

AUBER NOYA, VIRGINIA (1821-1897)

AMBARINA

Historia doméstica cubana

ÍNDICE:

I

Polluelo de águila en nido de gorriones

II

La carreta

III

La tarde de un día tranquilo

IV

La mulata Mariana

V

Correspondencia

VI

Ambarina a Inés

VII

Octavio a Mauricio

VIII

El mismo al mismo

IX

Ambarina a Inés

X

Inés a Ambarina

XI

Ambarina a Inés

XII

Octavio a Mauricio

XIII

El mismo al mismo

XIV

Ambarina a Inés

XV

Inés a Ambarina

XVI

Narración

XVII

Llamas y olas

XVIII

Una Eva superior a la tentación

I

POLLUELO DE ÁGUILA EN NIDO DE GORRIONES

Una de las más singulares leyes humanas es la que convierte en afrentoso delito desgracias que no ha originado el individuo que las soporta. Aunque sólo las vituperables acciones debieran envilecer al mortal, un ilegítimo nacimiento, la mezcla de sangre y otras causas por el estilo, en que su voluntad no tiene parte, bastan para arruinar su porvenir. En vano se clama contra ciertas preocupaciones destinadas a ofuscar injustamente el brillo del mérito y de la virtud. El espíritu habituado a concebirlas no puede rechazar su yugo, y hasta las mismas víctimas de su rigor les tributan ciega obediencia. ¡Desdichado pues el que aparentando despreciarlas por tal de satisfacer alguna pasión obstinada osa hollar a sus pies la opinión de la sociedad! Por grande que sea su fortaleza moral no logrará escapar a los anatemas del círculo en que vive y, temprano o tarde, se arrepentirá de haberlos excitado.

Pero tregua a inútiles reflexiones y pasemos al hecho verdadero que sin adiciones ni preámbulos me propongo referir al curioso lector.

La fisonomía de los pueblos cambia con el trascurso de los siglos: el hombre, que de los brazos de la juventud cae en los de la vejez, muda también de aspecto al empujarlo hacia su sepulcro el alado anciano que armado de una segur recorre el globo; mas la Naturaleza permanece igual siempre en la variación de sus estaciones, en su belleza fecunda y admirable. El día de verano que inundaba de luz la población campestre, situada a algunas leguas de La Habana, donde esta sencilla historia principia, se asemejaba en consecuencia como una gota de agua a otra a todos los días claros y sofocantes que durante el estío de la zona tórrida se encargan de agobiarnos con el ardor de su fulminante hermosura. Radiaba en el profundo azul del firmamento el sol de julio, derramando torrentes de fuego sobre los techos de paja de la rústica aldea, y la vigorosa vegetación de las próximas *estancias*. La brisa perdía su frescura al atravesar la inflamada atmósfera: mugía el ganado como lamentándose al pastar la quemada hierba del yermo y polvoroso potrero; inclinaba el marchito plátano sus anchas hojas hacia tierra; apenas osaba la palma mover en medio del letargo general su erguido penacho, y la campiña de los trópicos palpitaba abrasada por el astro que lucía en el cenit como un monarca en su trono.

A pesar del insoportable calor de la mañana dos muchachos de distinto sexo jugaban casi desnudos a la puerta de una de las casas del lugarejo, que aunque techada de *guano* revelaba en su exterior aseo y comodidad. Perteneía a una de las personas más importantes del pueblo, porque era menos pobre que sus vecinos, a una mujer de mediana edad y de aventajada presencia en su clase, allí conocida por la mulata Mariana.

Dorila. ¡Valentín! -exclamó aquella, compareciendo en el umbral de su morada-. ¿Queréis ganar un tabardillo saliendo a la calle con un sol tan fuerte? Más valiera que en vez de emplear el tiempo en locas travesuras aprendierais a leer con Ambarina. ¡Adentro! ¡Adentro!

Los chicuelos, de un color tan atezado como el de su madre, cuyas mejillas parecían de cobre, entraron en la casa saltando y gritando:

-Enséñanos a leer, Ambarina.

La persona que respondía a este extraño nombre era una niña de unos catorce años que revelaba en su pensativo rostro prematura reflexión. Según en los poéticos albores de la aurora se adivina el principio de un hermoso día así en las facciones todavía infantiles de Ambarina, y en sus formas incompletas, descubriase desde la primera mirada la futura beldad. Grandes ojos negros dotados de sobrehumano resplandor, una elevada frente, asiento del candor y la inteligencia, una nariz fina y recta como la de la Venus romana, labios de un coral oscuro como el que producen las rocas marinas y cabellos tan magníficos como los de Berenice anunciaban en el capullo pomposo una rosa que no tardaría en desarrollar sus exquisitas perfecciones. No la habían pues llamado Ambarina porque poseyera la menor analogía con la humilde flor designada con igual nombre en el reino botánico, sino porque teñía su aterciopelado cutis un matiz de ámbar, una dorada palidez que jamás alteraban ráfagas de carmín.

Lejos de acoger cariñosamente a los dos chicuelos contemplolos con una expresión indefinible que se asemejaba al desdén, y los rechazó murmurando: «Apartaos: no

manchéis mi vestido con vuestras manos sucias», y levantándose precipitadamente se dirigió a la puerta de la calle, donde sus pupilas, que despedían rayos de luz, recorrieron con una especie de ansiedad el inmenso horizonte.

-¡Ingrata! -dijo pesarosa la mulata Mariana, acercándose a ella-. Estas pobres criaturas te acarician y tú las repeles con aspereza. Recuerda, desagradecida, que son mis hijos, y casi tus hermanos, puesto que te he criado también con la leche de mi seno.

-Gracias a Dios tengo para con vosotros la deuda del reconocimiento, pero no la del parentesco -replicó Ambarina con el aire de orgullo que se unía en su peregrino rostro al de la bondad-. Cien veces me has asegurado que circula sangre pura y sin mezcla por la red de mis venas. Me lo has repetido, sí, con placer, porque me has servido de madre y me amas. Mas ah... ¡Con cuánta mayor complacencia te escuchaba yo, Mariana! Tus palabras encerraban para mí la esperanza, la salvación, la vida.

-¡La vida! murmuró Mariana con aire de duda. ¡Bah! Uno se acostumbra a todo. En prueba de que así sucede mira cómo a pesar de no haberme otorgado Dios una piel blanca he disfrutado horas felices en que no me ha pesado haber nacido. El silvestre arbusto que apenas se levanta una vara del suelo no ostenta la gallardía de la palma real, y sin embargo, no por eso deja de producir galanas flores, ni de gozar como ella del sol, del rocío y de la fresca brisa. ¡Pero qué veo!, añadió con asombro. ¡Estás llorando! ¿Me ocultas alguna pena? ¿Te ha ofendido alguno de la casa? ¿Hijita (tú me has permitido darte este cariñoso dictado en consideración a lo mucho que te quiero), qué significan esas lágrimas?

-No lo sé, Mariana, balbuceó sofocada la niña al enjugar sus húmedos párpados. Mas dime ¿de qué lado queda el mar? ¿Hacia dónde debo volver los ojos para encontrar ese lago proceloso, infinito, que nos pone en comunicación con el continente europeo?

-Y a ti, niña, ¿qué te importa el viejo mundo?

-En él, según me has referido, reside la familia de mi padre, el cual ya no habita en la tierra, pues si te presto crédito sobrevivió pocos meses a la infeliz a quien robó el honor, y que falleció al darme a luz. Un borrón hay en mi nacimiento ilegítimo: turbio está en parte el manantial de mi existencia. ¡Pero qué diferencia de una mancha que puede desaparecer el día que un hombre honrado me ofrezca su mano y su apellido a la indeleble que en mi destino hubiera impreso la sangre de una raza degradada! Esta última afrenta se trasmite a los hijos: pasa de generación en generación y ni acciones laudables, ni méritos, ni opulencia consiguen destruirla. ¿De qué sirve que llamemos preocupaciones a los escrúpulos que la sociedad abriga respecto al particular si el mismo que las moteja las experimenta en secreto?

Semejante lenguaje, que debía ofender los oídos de Mariana, sólo le arrancó un gesto de pena. Tan natural juzgan las especies atezadas fuera de su país el predominio de la blanca que ni siquiera lo califican de injusto. Convencidas en los civilizados pueblos de su menor valía suelen profesarse a sí mismas cierto desdén, mostrándose ufanas con el más pequeño favor y consideración de la orgullosa raza que las subyuga. ¡Triste condición humana, que siempre ha de tener en más al más poderoso!

-Hijita mía, exclamó la mulata, acariciando los lustrosos cabellos de Ambarina. Tranquilízate, que no hay en tu fe de bautismo nada capaz de avergonzarte. Aunque no provengas de legítimo matrimonio no tienes tú la culpa de las faltas de los autores de tu ser.

-Dios ha dicho que los errores de los padres serán castigados en los hijos hasta la cuarta y quinta generación, replicó la jovencilla con vehemencia. ¿Cómo existen por consiguiente hombres tan locos o egoístas que al abandonarse al torrente de sus pasiones olvidan que van a transmitir a su descendencia el oprobio de sus criminales deliquios?

-¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Mariana sorprendida. Al oírte hablar le parece a uno que deben poblar tu cabeza tristes canas en lugar de los rizos de la niñez. Sí; aunque me juzgues una mujer poco escrupulosa conozco que te indignas con un motivo sobrado del olvido que solemos hacer de la razón para satisfacer inclinaciones vituperables. Pero cuando el corazón desea una cosa con toda su energía es tan difícil someterlo a la penosa ley del sacrificio. Ambarina, tu madre no se había criado entre ejemplos a propósito para enseñarle a preferir su honor y virtud a las felicidades que a menudo arrastran a un abismo a las personas más honradas. Huérfana como tú había crecido como tú también en el seno de una familia de color que sin ser enteramente desmoralizada habitaba en una ciudadela con otras gentes de su clase, de todas costumbres y cataduras. Huyendo por instinto de los escándalos y perniciosas escenas que la circuían, la buena muchacha dejó aquella fétida morada para trasladarse al domicilio de una respetable señora, donde se puso a trabajar de costurera, conquistando pronto con su docilidad y moderación el afecto de su ama. Doña Margarita le regaló multitud de bonitos trajes y a pesar de su tez de ámbar como la tuya, o quizá a causa de ella, cuando María se ponía *facistora* y salía a pasear luciendo finas muselinas y cintas galanas, así, así, la seguían los mozalbetes suspirando por una mirada de sus ojos de fuego. ¡Ya se ve! María, que debía la vida a una salerosa gaditana, poseía todo el gracejo de la más seductora gitanilla.

-Mi madre fue bien desgraciada y concluyó tan mal como principió, murmuró Ambarina, escuchando con una mezcla de humillación y de interés la relación de Mariana.

-No siempre padeció descontenta, repuso la mulata, incapaz de comprender las delicadezas de un ánimo altivo, no obstante el lenguaje superior a su condición en que se expresaba. Hubo un tiempo, aunque breve, en que no hubiera cambiado su suerte por la de una reina. Yo, que sirviendo al par de criada de mano a Doña Margarita la trataba casi como a mi igual; yo, objeto como ella de la protección decidida de la rica señora viuda, que privada de hijos profesaba a sus domésticos casi maternal cariño; yo en fin, que asistía con María a las lecciones de lectura que se complacía en darnos Doña Margarita por entretener su ocio, o por lástima hacia nuestra ignorancia, puedo referirte cuanto le pasó entonces. María, lo mismo que yo, a fuerza de oír a su ama vituperar las groseras palabras que según nos repetía echan a perder las mejores ideas aprendió a hablar en los términos escogidos que todavía mi lengua no ha olvidado, a pesar de los muchos años transcurridos desde que tenía quien la dirigiera bien. Doña Margarita nos hubiera arrojado a la calle si la mulata linda (así me llamaban), o la huérfana blanca, no hubieran hecho honor como hábiles alumnas a sus pretensiones de sabia maestra. María pues, ufana con su educación de señorita, y no queriendo confundirse con las criaturas cuyo envilecimiento la ahuyentó del asilo de su desamparada infancia, cerraba prudentemente

los oídos a los aduladores que le pusieron los dictados de perla de oro, paloma torcaza y flor de saúco. Pero la tentadora serpiente, halagando su vanidad, logró echar por tierra sus honestas resoluciones. Dos caballeros hermanos y recién llegados de la Península se alojaron en la morada de la opulenta viuda. Habiendo ingresado como socios en una de las primeras casas de comercio de La Habana alquilaron las habitaciones altas del vasto domicilio de dicha señora. Ambos poseían juventud, elegancia y agradable rostro. Era sobre todo Don Eduardo (tu padre) un mozo sin rival. ¡Qué brillo en la mirada, qué suavidad en la voz, qué gracia en la sonrisa! ¡Ah! ¡No extraño que la pobre María perdiera la cabeza por él!

-Los ejemplos repugnantes que contempló en sus tiernos años debieran haberla hecho inaccesible a las seducciones del vicio, exclamó Ambarina con énfasis.

-¡Vicio! ¡Vicio! repitió Mariana encogiéndose de hombros. Olvidas que tratamos de una muchacha en quien la delicadeza se reducía a un barniz exterior. Tu madre fue débil, pero no viciosa.

-¿No es afrentoso todo lo que causa desprecio? Yo preferiría la muerte a excitar semejante sentimiento por estilo alguno. Por eso estoy segura de que nunca cometeré una acción que me ruborice.

-¡Incauta! ¿Quién puede responder del porvenir? objetó Mariana, recordando las lecciones de su antigua ama con un aire de importancia que no sentaba mal en su rostro de bronceada matrona. Como dijo después Doña Margarita el dragón enemigo, que comenzó a atacar a María por la vanidad, concluyó vencéndola por el corazón. Trastornada con los obsequios que el galante Don Eduardo tributó a su hermosura se entregó pronto y sin reserva al placer de oírle y escucharle. Habíasele presentado en su infancia la inmoralidad bajo tan asqueroso aspecto que no la reconoció disfrazada con la gallarda figura y los graciosos discursos del forastero. Por último el brillo de una conquista que no se atreviera a esperar ofuscó la razón de la huérfana. La perla de oro se empañó, cesó de arrullar la paloma torcaza, perdió la flor de saúco su humilde perfume, y tu primer quejido resonó en la tierra, lejos por supuesto de la residencia de Doña Margarita, que abandonó a María apenas sospechó la falta a que quizá la guiara imprudentemente comunicándole aspiraciones que sólo podían realizarse a costa de su oprobio.

-La desgraciada víctima en compensación no sobrevivió a él, balbuceó Ambarina, juntando las manos. ¡Madre mía! No hay mañana que no me levante deplorando tu ausencia, ni noche que no me recoja rogando a Dios por ti. ¡Amada madre! Tu hija ha empezado a padecer desde que te perdió y sin embargo te bendice agradecida, porque tu temprano fallecimiento le prueba que aunque delinquistes no cesaste en el fondo de tu alma de rendir homenaje a la virtud, porque al saber que sucumbiste bajo el peso de tus remordimientos puede adorar y respetar tu memoria.

Mariana volvió a examinar con asombro a la altiva niña, cuya índole no lograba comprender su espíritu vulgar. En seguida, moviendo la cabeza confusa y dudosa, prosiguió:

-María murió a los pocos meses de haber nacido tú. Entonces yo, que me había casado con el hombre de mi clase de que enviudé no ha mucho tiempo, te crié con la leche de mi seno. Tu padre aunque no se confesaba tal, atendió solícito a tu subsistencia hasta su hora postrera, que siguió de cerca a la de su víctima, según tú llamas a María. La fiebre amarilla lo arrebató y Don Diego, su hermano, informado del misterio de tu nacimiento, continuó protegiéndote en secreto. Mas aún no contarías más de tres años cuando Don Diego, a quien había enriquecido un gran premio de la lotería, persuadido de que el ardiente clima tropical destruía rápidamente su salud, arregló sus negocios y retornó a su patria, donde según rumores públicos contrajo inmediatamente matrimonio.

-A pesar de su legítimo enlace mi tío no me ha olvidado del todo, exclamó Ambarina ansiosamente. Él te ha señalado una pensión mensual para mi manutención, y en medio de mi orfandad tristísima réstame siquiera el consuelo de saber que reside en el mundo un miembro de mi familia que no me ha borrado de su memoria.

Inclinando Mariana la cabeza con aire inexplicable murmuró:

-Sí; Don Diego es un buen señor. Otro en lugar suyo ya no se acordaría de ti. Catorce años cumplirás pronto, en cuyo largo espacio de tiempo no te han faltado alimentos sanos, decentes vestidos, ni en cierto modo comodidades, gracias a su liberalidad. A fines de cada mes viene el administrador de los bienes que en la isla conserva, el «Antilla», el hermoso ingenio de Don Diego próximo a este pueblecillo, y me entrega de paso cuatro onzas de oro españolas que invierto en tus más urgentes necesidades, en pagar al maestro de escuela que te ha enseñado a escribir mejor que un abogado, y en otra multitud de gastos que se originan en una familia pobre como la nuestra, pues mi difunto Pepe, que en paz descansa, únicamente nos ha legado por herencia sus viejas herramientas de carpintería.

Al oír decir a la mulata «nuestra familia» tiñéronse las pálidas mejillas de Ambarina del brillante rubor que jamás provenía en su impresionable organismo de la savia de la juventud sino de alguna emoción extraordinaria. Pero, apagando al momento la reflexión aquella llama refulgente, exclamó con dulzura como proponiéndose triunfar de los impulsos interiores que la inducían a mostrarse ingrata con su segunda madre:

-Buena Mariana ¿qué me importa lo que haces de la suma que recibo puntualmente por orden de mi tío? No será con retribución tan pequeña con lo que conseguiré pagarte lo mucho que te debo. Te equivocas además si imaginas que me regocijan los dones de Don Diego por su valor material. Mi corazón sólo busca en ellos la memoria de un cercano pariente que no ha olvidado mi mísera existencia, el pensamiento afectuoso del hermano del autor de mis días, que quizá en remoto continente se detiene alguna vez en la pobre Ambarina. ¡Ay! ¡Es tan triste no tener padres, haber perdido antes de conocerlos a esos inefables protectores de la edad más feliz de la vida, desear su ternura, sus consejos, su patrocinio, y encontrarse aislada, desamparada, y sin guía en un mundo inmenso y falaz, según me dicen mis libros! ¡Oh Mariana! ¡Perdóname si con frecuencia permanezco sombría, concentrada, llorosa, a tu lado y al de tus hijos rechazando las caricias que me prodigáis, y que no merezco! ¡Entonces os huyo porque siento que me agobia como una losa fúnebre mi orfandad, porque llamo con la voz del alma a los que me engendraron y no me responden, porque veo que tus hijos sonrían en tus brazos, que los polluelos de las

aves se refugian llenos de placer bajo el ala materna, y que cuanto comienza a vivir apoya su debilidad en el robusto tronco de donde ha brotado, excepto yo, condenada desde que nací a permanecer desheredada de ese precioso amparo, a no disfrutar otros halagos que los de la compasión! ¡Oh Dios mío! ¡Afirmar que sois grande, justo, misericordioso, y no obstante habéis mirado con enojo mi humilde cuna: me habéis quitado mis padres, a quienes hubiera adorado de rodillas mi veneración filial! ¿Temáis acaso que los amara demasiado? ¡Ah! No, Señor, pues vos mismo nos mandáis honrarles y obedecerles. Primero vos; ellos después. Mas yo no tengo padres y he naufragado antes que su cariñoso acento me hubiera enseñado a distinguir los escollos. ¡Desdichada de mí! ¿Qué haré...? ¿Quién me guiará...? A pesar de mi sincera aversión a todo lo que nos degrada, privada de los expertos directores que nos proporciona la naturaleza ¿no llegaré a pecar y delinquir como mi madre?

Mientras hablaba Ambarina las lágrimas que henchían su pecho logrando subir a sus ojos corrían como un torrente por sus mejillas. Al contemplar su abatimiento, su dolor, su amargo desconsuelo, extraña mezcla de esperanza, zozobra y ansiedad se pintó en las caracterizadas facciones de Mariana.

-¡Pobrecita! murmuró. ¡Ah! Triste cosa debe ser efectivamente no haber conocido uno a sus padres. Los míos fueron gentes ajenas a los remilgos y refinamientos que tanto preocupan a los blancos, y sin embargo me amaron con ternura y me hicieron feliz ínterin los conservé. ¿No crees, Ambarina, añadió interrogando con atención la fisonomía de la adolescente que, aunque en tu concepto haya descendido tu madre deshonrada al sepulcro, si se levantara de él por un milagro divino lo olvidarías todo menos que la recobraras?

-¡Prefiero respetarla muerta a acusarla viva, replicó Ambarina con firmeza. Prefiero, sí, regar con mi llanto su fría tumba a ruborizarme al eco de su voz. Lamentar la pérdida de nuestros padres cubre el alma de luto; pero avergonzarse de ellos ¡oh! eso convertiría el negro crespón en sudario horrible. Sucumbiendo mi madre joven, bella y amada, al pesar de haberse extraviado ha expiado su culpa, que de otro modo permanecería indeleble. Por eso a través del polvo de la huesa me sonrío su imagen revestida de gloria: por eso tan a menudo se me aparece en sueños coronada de flores, guirnalda inmarcesible que no hubiera obtenido quedándose en la tierra tranquila y resignada con su oprobio...!

Volvió Mariana a mirarla admirada, y a balbucear:

-Confieso que nunca se me hubieran ocurrido semejantes ideas. Diríase que en realidad circula bajo una piel blanca sangre distinta a la que corre en las venas de la gente de mi color. ¡Paciencia!

Un estruendo parecido a un repentino cañonazo detuvo el curso de sus reflexiones. Absortas en su conversación, no habían reparado que las ligeras nubes, que media hora antes rodeaban el horizonte sin empañar la claridad del cielo tornándose densas con extraordinaria rapidez habían extendido en el aire negro toldo preñado de electricidad. El estampido del trueno les anunció por tanto la llegada de una de esas pasajeras tempestades tropicales que el mugir del viento, los fulgores del relámpago y los torrentes de lluvia convierten en imagen de un formidable cataclismo destinado a desvanecerse a

los pocos instantes, dejando la atmósfera purificada, la sedienta tierra empapada en riego benéfico, y a todas las vivientes criaturas, próximas a perecer sofocadas por el riguroso estío de la zona tórrida, aspirando con ansiedad la húmeda fresca que las reanima. El orden admirable que reina en el mecanismo físico del universo ha colocado en todas partes el remedio junto al mal para evitar que los poderosos agentes que combinados unos con otros propenden a la general conservación truequen su acción provechosa en destructiva. Cuán previsora y sabia es la Naturaleza.

La *turbonada* que acababa de enviar su imponente voz a la mujer y la niña cuyo diálogo he referido poseía la solemnidad de un huracán verdadero. Remolinos impetuosos arrebatando en sus alas los raudales que del firmamento descendían, luminosas sierpes surcando los etéreos vapores y detonaciones eléctricas aturdiendo los ecos vecinos, todo comunicaba al desorden de los elementos suficiente majestad para incluir aquel espectáculo entre los que ha llamado un célebre poeta «Magníficos horrores de la Creación».

-Vamos a tener un temporal de verano, dijo Mariana asustada. ¡Entremos, Ambarina; entremos pronto!

-Permíteme observar la escena terrorífica que a nuestros ojos se presenta, contestó la jovencilla sin moverse. ¡Me gusta tanto ver a los árboles torcerse bajo los furiosos ataques de su aéreo enemigo, a la Naturaleza irritada ostentar todo su poder, y al rincón que habito salir de su monotonía perenne!

Estruendoso estallido interrumpió la sencilla expresión de sus elevados impulsos. El rayo se desprendió de las nubes, cayó sobre la cima de próxima palma real, la tronchó y desapareció en la tierra, dejando a los dos testigos de su velocidad destructora mudas de asombro y de miedo.

Mariana fue la primera que sacudió su estupor. Haciendo la señal de la cruz empujó a Ambarina hacia el interior de la casa con violencia.

-¡Aguarda! exclamó la niña alargando su trigueño cuello. ¿No oyes el ruido de un carruaje que se adelanta precipitadamente?

-Es el rumor del agua que corre, del viento que muge, de los árboles que se agitan, y tal vez del ganado que se queja en los *potreros* inmediatos.

-No. He ahí una *volante* de viaje que anda casi tan aprisa como las nubes impelidas por el vendaval, repuso Ambarina. Arrástrala vigoroso trío de caballos del país. Viene hacia nosotras. ¿Quién puede exponerse así a la ruda intemperie?

-Alguno de los dueños de las vecinas fincas a quien la turbonada habrá sorprendido en el camino.

Ocurría esto en el año 184... y entonces las vías férreas no extendían tan numerosas ramificaciones en el suelo cubano como en la actualidad.

Deteniéndose el carruaje bajo el diluvio a la puerta de la mulata Mariana un joven como de veinticuatro años levantó el paño delantero y se puso de un salto en la pequeña sala.

-Buena mujer, exclamó, dirigiéndose a la dueña de la casa, sírvase Vd. designarme la ruta más corta para llegar al ingenio «Antilla», que se halla situado en las inmediaciones. El calesero no conoce la finca y mi hermano ha olvidado los senderos que a ella conducen.

-Tomando por la guardarraya de palmas que enfrente tenemos caminarán Vds. en recta dirección al «Antilla», contestó Mariana presurosa. Pero hágame Vd. el favor de decirme a su vez si ese ingenio pertenece aún a su antiguo propietario, Don Diego de Alarcón.

Antes que el joven satisficiera la curiosidad de la mulata un hombre de madura edad asomó su pálido rostro fuera del carruaje murmurando con voz impaciente y débil:

-Ven, Bernardo. La humedad del aire me molesta extraordinariamente.

Bernardo saludó a Mariana y volvió a subir a la *volante*, que atravesó con vertiginosa rapidez la calle de palmas fronteriza, desparramando con el movimiento de sus ruedas el agua estancada en los charcos del camino.

La brusca retirada del joven le impidió oír el grito en que prorrumpió la mulata al distinguir el semblante del individuo que lo había llamado. Mariana temblando como una azogada, y amarilla como la cera virgen, balbuceaba buscando apoyo en una silla:

-¡Virgen Santísima! ¡Es él! ¡Mas cuán cambiado está! ¡Cómo nos pone el tiempo, Divina Señora!

-¿De quién hablas? preguntó Ambarina ansiosamente.

-De Don Diego de Alarcón.

-¿Del hermano de mi padre? ¿De mi tío?

-Del mismo, niña, del mismo. Mis ojos no esperaban volverlo a ver antes de cerrarse para siempre. Don Diego no me miró; de otra manera también me hubiera conocido.

-¡Oh! ¿Qué osas indicarme, Mariana...? ¿Mi tío, mi único protector en la tierra, se encuentra tan próximo a nosotras? exclamó Ambarina fuera de sí. ¡Ah! Me engañas; te burlas de mi credulidad.

-Te repito que es *él*, niña. El corazón me latió al percibirle, como si quisiera escaparse de mi pecho. ¡No se recuerda con indiferencia la época dichosa de la juventud! ¿Habrás traído a su familia? ¿Tendrá hijos? El joven de cabello rojo que acaba de salir de aquí le dio el dictado de hermano.

-Entonces, si no te has equivocado, mañana irás a presentarte a Don Diego, a hablarle de mí, a decirle que necesito abrazarle y reclinar mi cabeza sobre su seno como sobre el de un segundo padre... ¡Es mi tío...! ¡Un miembro de mi verdadera familia...! ¡Gracias a Dios ya no estoy sola!

-No formes castillos en el aire, repuso Mariana sin ofenderse con las palabras de su hija de leche, a cuya significación ya se había acostumbrado. Tu ilegítimo nacimiento impedirá quizá que Don Diego te reconozca por su sobrina, o te ame como a tal. Roguemos al cielo que su esposa no haya venido con él, y que no le rodeen otros niños para que no se oponga a admitir en su hogar doméstico al triste fruto de una pasión culpable. Hija mía, con razón acusas a tus padres por haber cedido a un efecto ilícito destinado a labrar la desventura de tu inocente existencia.

Mariana lloraba; Ambarina respiraba con dificultad.

-No importa, objetó con firmeza la última. Suceda lo que quiera la suerte, mañana solicitarás una entrevista con Don Diego. ¿Me lo prometes, Mariana? Será el mayor de los beneficios que te deberé.

-¡Lo haré, niña, lo haré, y si Dios abre sus oídos a mis acentos terminaron, pobre paloma, tus desdichas!

Con estas palabras renació la esperanza en el alma oprimida de la adolescente. La atmósfera pareció reflejar de improviso sus felices ideas. Huyeron las nubes con tanta ligereza como habían llegado: el borrascoso viento se trocó en blando Favonio; el azul del cielo brilló como transparente zafiro, y el sol, derramando de nuevo su luz sobre la húmeda vegetación, cubrió de millones de diamantes la tierra y las plantas.

Figurósele un siglo la tarde a Ambarina, aunque se recogió muy temprano para abreviar las horas que la separaban de la explicación anhelada. Durante su interrumpido sueño, fantásticas visiones continuaron el hilo de los pensamientos que la preocuparan despierta. Tan pronto creía que Don Diego la rechazaba como que le abría cariñoso los paternos brazos; tan pronto imaginaba dirigir el postrer adiós al triste albergue de la mulata como que un destino implacable la condenaba a perecer de dolor entre Mariana y sus hijos, y la noche lejos de proporcionarle reposo le arrebató de consiguiente las pocas ilusiones que le sonrieran al impensado arribo de su tío.

Al apuntar el alba abandonó Ambarina desfigurada e inquieta el tormentoso lecho. El alma de la niña comenzaba a sentir desde la edad de la imprevisión con intensidad extraordinaria. ¡Profundas emociones la aguardaban sin duda en la de las pasiones impetuosas!

Mariana le llevó como de costumbre la taza de aromático café que al levantarse toman indispensablemente los habitantes de los campos cubanos. Ambarina, imposibilitada de tragar un sorbo del fortificante líquido, se pudo desde luego a preparar las galas de su nodriza, diciéndole:

-Ya es hora.

-¿De qué, niña?

-De dirigirte a la morada del Sr. de Alarcón. ¡Mariana! Anoche soñé que me estrechaba contra su pecho llamándome su hija querida.

La pobrecilla le callaba la parte adversa de sus nocturnas visiones a fin de no desanimarla.

-¡Ojalá que se cumplan tan halagüeños presagios, Ambarina! repuso suspirando la mulata, pues aunque de índole imprevisora conocía algo el mundo gracias a la experiencia.

Mariana, deseando calmar la impaciencia de la jovencilla, ciñó a su talle flotante vestido de blanca muselina sembrada de grandes ramos rojos, adornó su cuello con una sarta de corales iguales a los que formando pulseras realzaban la bronceada morbidez de sus brazos, se echó sobre los hombros una inmensa *manta* de *burato* color de fuego que le descendía hasta los pies y se cubrió la casi lacia cabellera con un pañuelo de seda encarnada que imitaba el tocado peculiar a las criollas mestizas de Santo Domingo. A pesar de sus cincuenta estíos así envuelta en carmíneos lienzos podía simbolizar a la indiana América con su tez tostada por el sol y su ardiente horizonte.

Despidiose la mulata de Ambarina recomendándole cuidara mucho a Dorila y a Valentín, que solían aprovecharse de su ausencia para cometer mil travesuras y encaminándose hacia la frontera guardarraya de palmas pronto desapareció tras los cortinajes de espesa verdura.

No tardó Mariana en llegar al «Antilla», donde todo indicaba el largo tiempo que sin visitarla pasara su legítimo propietario. La hierba crecía por todas partes: los campos de caña, que no fueron renovados oportunamente, presentaban una vegetación raquílica; las palmas reales, a cuyo pie habían germinado las semillas caídas de su cúspide, formaban tupidos bosquecillos; el terreno, casi abandonado a sí propio, ostentaba la agreste fertilidad de los países cálidos y asemejábase el ingenio más bien a una llanura virgen que a la finca cultivada que tantos beneficios había proporcionado.

Arrojando Mariana una mirada melancólica en torno suyo balbuceó confusa:

- ¡Lo que va de ayer a hoy!

Sin embargo todo mostraba al par que aquel desorden iba a repararse. Reunía el mayoral la *dotación* del «Antilla» ante la casa de vivienda: paseábase el administrador pensativo como aguardando órdenes y temiendo rendir cuentas; enumeraban el ganado los empleados blancos de la finca, trazando a la vez el inventario de todas las existencias, y el joven de la cabellera rojiza a quien Don Diego llamara Bernardo dictaba sus mandatos desde el colgadizo de la casa con aire de autoridad absoluta.

-¿Qué se le ofrece a Vd.?, preguntó distraído al acercársele Mariana.

-Deseo hablar con Don Diego de Alarcón, el dueño del ingenio, respondió la mulata, mientras su aceitunado cutis se ponía amarillo a la idea de volver a hallarse cara a cara con el hombre que le recordaba la antigua historia de su juventud.

-Don Diego está indispuerto y no recibe hoy a nadie, exclamó Bernardo con el tono impaciente de quien tiene cosas más importantes de que ocuparse.

-Anunciándole VD. que yo he venido a verle no permanecerán cerradas sus puertas para mí.

-¿Y quién es Vd. que tamaña influencia ejerce sobre el Sr. de Alarcón? replicó el joven con burlón acento. ¿Alguna reina de Etiopía vestida de máscara?

-Ni mi traje ni mi color impedirán que Don Diego se preste a oírme apenas sepa que solicita hablarle la mulata Mariana, dijo ésta alzando la voz.

Había tal expresión de seguridad en sus palabras que Bernardo, vislumbrando en ellas algún misterio interesante, escondió las uñas que a fuer de malévolo gato acababa de enseñar para añadir con la dulzura hipócrita del mencionado cuadrúpedo, a quien se parecía bastante su fisonomía:

-No pretendo indicar a Vd. que Don Diego se niegue a recibirle mañana u otro día cualquiera que se encuentre aliviado, sino que hoy le es eso imposible por hallarse en cama con fiebre y haberle recomendado el médico completa quietud. Como vendrá Vd. probablemente a resucitar en su espíritu añejas memorias la emoción que acompaña a los recuerdos causaría en su ya tan quebrantada salud un trastorno perjudicial si no lo preparáramos con anticipación.

-De cierto que se conmoverá D. Diego al escuchar mi nombre, exclamó María con imprudente orgullo. El pecho más endurecido se abre a la voz de la sangre y el del Sr. de Alarcón nunca fue rebelde a los instintos de Naturaleza.

-¿Cómo? ¿La unen a Vd. lazos de parentesco con mi hermano?, preguntó Bernardo sorprendido.

-No; pero trece años hace que habita bajo mi pobre techo una sobrina de Don Diego, a la cual el buen señor abrazará sin duda muy gustoso.

-¿Qué oigo?, exclamó Bernardo, cuyos ojos parduzcos adquirieron un reflejo singular. Entonces el padre de esa niña...

-Fue Don Eduardo, el hermano mayor de Don Diego, que falleció hace catorce años en La Habana de la fiebre amarilla.

-¿Y la madre...?

-Sucumbió al pesar de serlo sin haber tenido esposo.

-¡Ah!, dijo Bernardo con extraño acento. En tal caso Don Diego habiendo apenas conocido a esa muchacha en la cuna y considerándola una página vergonzosa en la historia de su familia, habrá tratado de olvidarla.

-No; pues me ha entregado hasta la fecha puntualmente el administrador de sus bienes la suficiente suma para alimentarla y vestirla.

-¡En efecto! Vd. me manifiesta la importancia de cosas que he juzgado pequeñeces ignorando la explicación que de su sentido me da Vd. A menudo, por orden de Alarcón,

he escrito al encargado de sus negocios en esta isla para que satisficiera la pensión señalada por aquél a una mulata llamada Mariana.

-¡Bien persuadida estaba yo de que no abandonaría Don Diego a su sobrina!, murmuró la mulata enjugándose los ojos.

Bernardo, que meditó un rato en silencio, respondió al fin:

-Yo también creo, Mariana, que Alarcón acogerá gozoso a esa huerfanita. De todos modos, caso que se oponga a admitirla a su lado trataré de vencer su resistencia animado de la sincera convicción de que esa niña, a pesar de su ilegítimo nacimiento, posee los derechos a su amparo de una parienta próxima.

-¡Que Dios premie los excelentes sentimientos de Vd., caballero!, dijo Mariana, penetrada de gratitud. No extraño en verdad que Vd. se haya sentido luego inclinado a favorecer a mi Ambarina, puesto que siendo hermano de Don Diego debe Vd. ser igualmente tío de la pobrecita huérfana.

-¡No! Sólo lazos de afinidad me ligan al Sr. de Alarcón. Mi hermana Cecilia, que hoy mora en el cielo, fue su esposa. De ese matrimonio provienen nuestras fraternales relaciones.

-¿Don Diego ha enviudado?, indagó Mariana casi con alegría. ¡Tan cierto es que el interés propio ahoga con frecuencia la compasión en el alma humana!

-Sí; el desgraciado tuvo consorte e hijos y la Parca le ha robado las prendas que tanto amaba. Aunque ha llorado con lágrimas de sangre la pérdida de una compañera ejemplar, la herida que jamás se cicatrizará en su pecho es la que en él abrió la muerte de su primogénita, de su Inés, ángel de diez primaveras que anunciaba demasiadas perfecciones para permanecer en esta tierra pecadora. Inés pereció de un modo trágico y horrible: Cecilia, mi hermana, que se hallaba próxima a dar a Don Diego un nuevo fruto de su conyugal ternura, no pudiendo resistir a tan tremendo golpe conoció que el dolor apresuraba fatalmente su alumbramiento, y a los pocos días del entierro de Inés se encontró Alarcón, antes feliz esposo y orgulloso padre, sin familia en el mundo.

-¡Desventurado! Pero Ambarina... su sobrina, suavizará las amarguras de su corazón afligido, recogerá sus lágrimas, ocupará el lugar de la preciosa niña que ha perdido, y le consolará al fin. ¡Ah! Quizá su memoria atrajo nuevamente a Don Diego a La Habana.

-Respecto a esa suposición se equivoca Vd., pues fui yo quien deseando sacarle del profundo abatimiento en que sumido yacía, y que pusiera en orden sus asuntos, lo induje a regresar a la Isla de Cuba, dijo Bernardo, frunciendo involuntariamente el ceño. Si el hombre lograra leer en el porvenir no siempre haría lo que hace. Por último, buena mujer, vuelva Vd. mañana y cuente con mi influencia sobre el ánimo de mi hermano político.

-¡Que todos los santos de la corte celestial bendigan a Vd.! Mañana a esta hora retornará sin falta para saber qué disposiciones manifiesta el Sr. de Alarcón hacia nuestra huerfanita. Mientras tanto corro a fomentar la esperanza en su turbado espíritu.

La mulata efectivamente, a pesar de haber pasado ya la edad de la ligereza, cobró alas en los pies para volar al lado de Ambarina, que salió a recibirla con la tez de sus suaves mejillas, más en armonía que nunca con el nombre que le dieran. Su rostro era en realidad de pálido ámbar y conocíase que la inquietud enviara toda la sangre de sus venas a su impresionable corazón.

-¿Y bien, Mariana? preguntó con trémulo acento, viendo a la mulata adelantarse envuelta en sus rojas galas, que agitaba juguetona a la loca brisa tropical.

-¡Excelente, joven!, exclamó Mariana, jadeando de fatiga. Al principio me chocó su encendida cabellera, después me pareció tan hermosa y brillante como el fuego. Y hay quien diga burlándose: «Ni gato ni perro de aquella color». ¡Cómo si poseyera relación alguna la clase del cabello con la del alma!

-Por supuesto que no: esas son vulgaridades. Pero cuéntame todo lo que te ha ocurrido sin olvidar el menor detalle. ¡Te he aguardado con tanta impaciencia...!

Apresurose Mariana a complacerla. Al saber Ambarina que Don Diego padecía solo, enfermo, privado de las íntimas afecciones que constituyen el primer tesoro de la edad madura, experimentó el inmenso poder de la idea de deber y cariño que une entre sí a los vástagos de un mismo tronco y, respondiendo su amante naturaleza al grito de la sangre, voló su ser entero hacia el pariente que no conocía aún. Las enérgicas facultades de su exquisita sensibilidad se le figuraron débiles para enjugar el respetable llanto con que el padre afligido, el desconsolado esposo, regaba dos tumbas recién abiertas.

-¡Oh, cuánto le voy a amar! ¡Cuán asiduos cuidados he de prodigarle!, repetía, derramando lágrimas también. Aunque apenas distinguí su fisonomía cuando su carruaje de viaje, guiado por la Providencia, se detuvo a nuestra puerta me pareció llena de simpática bondad. Mariana, todo me presagia que no tardaré en abandonar esta habitación. Mas no temas que te olvide, ni tampoco a tus hijos. Al contrario aumentaré tu pensión con permiso de mi tío para que Dorila aprenda en la mejor escuela de su clase las femeninas labores, y Valentín al lado de algún artesano un oficio honrado y lucrativo. Entonces no necesitarás dejarlo vagar como ahora con los pilluelos de la plebe para ir a comprar los objetos precisos a la manutención diaria, pues tendrás con que pagar un muchacho que desempeñe la parte más penosa del servicio doméstico. Repito, Mariana, que desde la morada de Don Diego extenderé protectora mano sobre todos los tuyos.

-Confío en ello, niña. De otra manera seríais muy ingrata, contestó la mulata, exhalando involuntario suspiro.

II

LA CARRETA

Ínterin Ambarina con el candor de la inexperiencia, juzgaba ya cierta su ventura, Bernardo trabajaba para que nunca llegara a realizarse. Mirando a su cuñado privado de herederos había halagado el joven la esperanza de conseguir que le legara su rico

patrimonio. Por eso, bajo pretexto de distraerle de sus penas, lo había conducido a América, temiendo que las fincas que en ella conservaba, a cargo de extrañas manos, disminuyeran en valor productivo: por eso lanzaron sus inquietos ojos el reflejo salvaje del gato en acecho al revelarles Mariana que Don Diego tenía una sobrina, es decir, que lo había traído cerca de la misma persona en situación de despojarle de parte, sino del todo, del pingüe caudal que ambicionaba.

Hipócrita y sagaz como el felino cuadrúpedo que he citado comprendió que los medios violentos de nada le servirían en semejante crisis. De su resolución pues, de vencer en la lucha recurriendo a pérfidas armas dimanó el cambio de sus modales para con la mulata, y la confianza que trató de inspirarle después de haberla acogido al principio con burla y desprecio.

Dejando para otra hora el examen de las cuentas que pidiera al administrador del «Antilla» entró en la casa y se dirigió meditabundo al aposento de Alarcón apenas se alejó Mariana.

El rostro de Don Diego anunciaba patentemente su postración moral y física. Reclinado en un sillón de cuero viejo que el transcurso del tiempo ennegreciera, envuelto en una bata cuyos sueltos pliegues descubrían su excesivo enflaquecimiento, fijaba las distraídas pupilas en la abierta ventana de su alcoba, que sombreaban enredaderas indígenas cuyos frescos ramilletes colgaban hacia el interior de la pieza. El céfiro al agitar aquel verde arco, matizado de risueños colores, enviaba sus perfumados efluvios al enfermo: un sinsonte, emigrado de la parte oriental de la isla, donde abundan esas canoras aves, saludaba con sus acentos brillantes e imitativos desde próximo naranjo la radiante mañana, y los fatigados ojos de Don Diego iban a reposar lánguidamente en los grupos de árboles que en la distancia se desprendían sobre el fondo luminoso del horizonte.

A despecho de la sensación del bienestar que debía causarle aquella perspectiva, tan campestre y plácida como un idilio de Gessner, Alarcón, silencioso, macilento, presa de ideas tristes, revelaba en su semblante los tormentos de un alma llena de recuerdos crueles.

-¿Te sientes peor, querido hermano?, exclamó Bernardo, tomándole una mano cariñosamente. Tu pulso late con febril rapidez, tus facciones indican una especie de angustia y todo manifiesta en ti que la elevada temperatura de la zona tórrida, lejos de disminuir tus dolencias las agrava.

-Bernardo, hijo mío (pues a causa de la diferencia de nuestras edades y, del amor filial que me profesas puedo darte tan tierno nombre), replicó Alarcón con voz apagada: no son los sufrimientos de mi débil cuerpo los que me martirizan, son los del corazón ulcerado que conmigo llevo. De otro modo el espectáculo que tengo delante hubiera restituido ya la salud. Observa la esplendidez de la Naturaleza, que despliega sus galas a nuestro alrededor, la gloriosa claridad de ese cielo despejado y el maravilloso plumaje de esos pájaros que atraviesan el aire en bandadas, haciéndonos creer tan pronto que hemos percibido animados rubíes como alados zafiros, o esmeraldas y topacios arrebatados por el viento. Escucha el canto de ese sonoro trovador de las selvas tropicales, que ha venido a saludarme como a un amigo antiguo; aspira las aromáticas emanaciones que se

desprenden del seno de la ardiente campiña como deseando devolverme las fuerzas de la juventud, y conocerás que si esta pobre ruina humana fuera capaz de reparación en parte alguna hallaría elementos más a propósito para salir de su decadencia. Mas ¡ay! que todos esos encantos, todas esas poesías, y todos esos manantiales de vida reanimar no consiguen la que se apaga en mi pecho, porque mi ángel querido, mi Inés adorada, la graciosa hiedra que tan dulcemente se enlazaba al viejo olmo, no me ha acompañado al mundo descubierto por el gran genovés y me aguarda en otro mejor.

Suspiró Bernardo tristemente al oírle. No obstante su índole egoísta conservaba su corazón algunas cuerdas sensibles que el trato social concluyó de embotar muy presto, pero que entonces vibraban todavía ante los infortunios de su cuñado. Cuando su hermana se uniera a Don Diego doce años antes apenas contaba él trece de edad. Huérfano pocos meses después pasó a vivir con Alarcón, de quien recibió el complemento de una educación esmerada, a la vez que repetidas muestras de casi paternal cariño. La máxima popular de que los beneficios hacen ingratos es tan falsa como repugnante. Si hasta el león lame con rugidos de gratitud la mano que le acaricia ¿cómo el hombre podría sentirse dispuesto a despedazarla? Bernardo por lo tanto amó a su hermana, a su sobrina y a Don Diego ínterin el propio interés no se opuso a sus afecciones. Pero apenas el fallecimiento de Cecilia e Inés dejó a su cuñado sin familia, la codiciosa esperanza que vino a animarle despertó de golpe sus malos instintos. Desde aquella aciaga catástrofe consideró enemigos suyos a cuantos se conciliaban las simpatías de Alarcón. Para aislarlo todo lo posible le aconsejó el viaje a América como remedio exigido por el quebranto de su salud, y Don Diego, ya retirado del comercio, creyendo también que la mudanza de lugar aliviaría sus achaques consintió en embarcarse. Tal era además la indiferencia con que había llegado a mirar las cosas del mundo que sepultado en el marasmo sombrío de su perpetuo dolor dejaba a Bernardo dirigir a su antojo sus acciones.

Conociendo el postrero su ilimitada influencia sobre un hombre a quien el sufrimiento inspirara aversión a pensar por sí mismo se propuso utilizarla volviendo a alejarle inmediatamente del país a que lo trajera cediendo a un cálculo equivocado. Don Diego tenía en él una sobrina. Para el mortal cuyo enfermo espíritu necesitaba el bálsamo de íntimos afectos, una sobrina era casi una hija. No había pues tiempo que perder si quería evitar que aquella muchacha frustrara sus cautelosos planes de riqueza futura.

El disimulo constituía el arma favorita de Bernardo. Demasiado astuto para ignorar que el individuo empeñado en pasar al otro lado de una fuerte muralla arrojándose de frente hacia el obstáculo que le intercepta el camino se expone a estrellarse con el rudo choque, sin alcanzar su objeto, estudiaba el baluarte en busca de una brecha hasta descubrir la vía que debía guiarle en completa seguridad al punto deseado. A esta táctica recurrió como de costumbre el pérfido joven.

-Hermano y bienhechor mío, dijo, parodiando una franqueza antípoda de su carácter, me hallo plenamente convencido de que nos hemos equivocado respecto a los medios de obtener tu curación. Cerca de las cenizas de tu hija y de tu esposa te sentías menos triste, porque allí te acompañaban las sombras de ambas, los lugares donde disfrutaste de sus halagos y hasta las losas fúnebres bajo las cuales reposan para siempre con la tranquilidad del justo. Ahora comprendo que sólo debemos buscar distracción en la distancia y

variación de escenas cuando intentamos desprendernos de la pena que nos oprime, o confiamos en que el tiempo la destruya. Pero tú no pretendes olvidar ¡oh hermano! Tu única esperanza se cifra en llorar con menos amargura, y en suspirar con menos desconsuelo. Regresemos pues a la patria de las prendas queridas que un destino implacable nos ha arrebatado. Allí permanecen siquiera sus fríos restos: aquí nada poseemos de lo que les perteneció.

-¡Ah, sí, volvamos! murmuró Don Diego reclinándose desfallecido en su sillón con las manos cruzadas sobre el pecho como para comprimir sus sollozos. Retornemos a nuestro desierto hogar... Cuando perdemos algún deudo en tierra lejana reclamamos su cadáver para depositarlo en el cementerio de la ciudad nativa, que espera al par el nuestro. Y yo, egoísta endurecido, en vez de aproximarme a la huesa de mi hija y de mi consorte para cubrirla de lágrimas y preces he huido de su silencio como un hombre desnaturalizado porque carezco de valor para sufrir. Bernardo, regresemos a Europa. ¡Te lo suplico, te lo ordeno!

-Enhorabuena. Yo también ansío atravesar de nuevo el piélago anchuroso que a sus playas nos conduce. Mas necesitamos algunos meses para arreglar nuestros negocios y...

-¿Qué son los intereses materiales comparados con los del corazón?, replicó Don Diego, reanimándose.

-¡Miseria, nada! Vende o abandona mis fincas a tu voluntad con tal que nos marchemos pronto. ¡Ay! Desprecio los bienes terrestres desde que la muerte colocó todos mis tesoros en el cielo.

El desdichado Alarcón, velándose enseguida el rostro con sus dedos color de cera, lloró en silencio. Bernardo, que lo contemplaba con una mezcla de menosprecio y de compasión, lamentando sus torturas y juzgando al propio tiempo debilidad de carácter descuidar a causa de ya consumado infortunio un patrimonio bastante pingüe para compensar en su concepto aflicciones por el estilo, creyó el momento excelente para tratar de la idea que lo preocupaba.

-¿Sabes, hermano, le dijo, que según lo que la casualidad me ha descubierto los terribles golpes que has recibido pueden quizá considerarse una expiación de las faltas cometidas por algún miembro de tu familia?

-No te entiendo, balbuceó Alarcón entre sobresaltado y atónito.

-Hace media hora que estuvo aquí la mulata Mariana, añadió Bernardo, examinando el efecto que sus palabras producían en su interlocutor.

-¿Mariana... estuvo aquí?, preguntó Don Diego, estremeciéndose.

-Sí, y su boca me ha referido una historia insignificante para personas poco timoratas y religiosas, pero de gran trascendencia por el contrario para las de conciencia severa que prestan fe al castigo de los errores humanos por medio de la divina justicia. Don Eduardo, tu hermano mayor, sedujo en años anteriores a una doncella honesta y sencilla, fue causa de que la incauta deshonrada falleciera en la flor de la juventud y legó al mundo una

criatura infamada con la depravación de sus progenitores. Arrebatado poco después el loco libertino del número de vivientes por la fiebre amarilla (esto ocurrió, como sabes, en La Habana) dejó a su hija, fruto del desenfreno, a cargo de una impura mestiza que se dice viuda sin haber sido nunca casada, pues la prole de la mulata Mariana no posee otro origen que el de la inmoralidad. Ambarina (tan raro nombre han dado a la mísera muchachuela destinada a recordar los desaciertos del desgraciado Eduardo), criada entre continuas perspectivas de desorden y vicio ha manifestado desde la niñez extraordinaria inclinación a lanzarse en su seno. Según los fidedignos informes que he tenido de su conducta antes de venir a hablarte del particular su mayor placer consiste en vagar por las calles con los pilluelos más inmundos, asustando con su temprana perversión hasta a la mulata Mariana, que a pesar de su poca escrupulosidad ha pretendido en vano retenerla en ciertos límites de decoro. Amenazábala con escribirte su mal comportamiento a fin de que si no se moderaba la castigaras suspendiendo la pensión vitalicia que le has señalado, y la pequeña arpía, cansada de oír tu nombre como el de un preceptor rígido, y sabedora de que constituía tus delicias una hija angelical, exclamaba a menudo con el rencor de un alma negra: ¡Puesto que a mí me hacen llorar por culpa de ese hombre, permita Dios que muriéndose su hija lllore a su vez eternamente sobre su frío cuerpo roído de gusanos!

-¡Ambarina ha dicho eso!, gritó Don Diego despavorido. ¿Ha osado desear la muerte de mi Inés? ¡Oh! ¡Has acertado! Hay en esa funesta historia una gran falta, un castigo mayor aún, y una terrible expiación, pues yo abandono a esa muchacha y... la maldigo.

Un clamor desesperado brotó a continuación de la contraída garganta de Don Diego. Horribles convulsiones agitaron su cuerpo: amarillenta espuma asomó a sus labios y durante largo rato todo fue confusión en la casa, oyéndose la voz de Bernardo repetir con sincera angustia:

-¡Un médico! ¡Traed un médico!

Acudió el de una finca próxima ínterin corrían a buscar a La Habana otro de renombre. Eficaces remedios se prodigaron al moribundo y un hijo no hubiera mostrado más solicitud hacia él que su cuñado.

Ansiaba heredarlo el joven traidor, pero no que recibiera de su mano el golpe de gracia. Así es que no sosegó hasta que calmada la espantosa crisis vio caer a Don Diego al llegar la noche en un sueño profundo que restituía la esperanza a los que por él se interesaban.

Dos días después de aquel en que Alarcón sentado en cómoda poltrona junto a la ventana de su aposento contemplaba el verdor de los campos, y escuchaba el canto del sinsonte, la luz del sol lo despertó en su lecho. Incorporose quebrantado aún por el sopor de la calentura y extendiendo la mano a Bernardo, que velaba pensativo a su cabecera, balbuceó: «He soñado».

-No por desgracia si aludes a la escena de antes de ayer, hermano mío, replicó el joven con una especie de ansiedad. Concluyamos de una vez tan penoso asunto para que no vuelva a aumentar sus zozobras. He hablado nuevamente con la mulata Mariana. En uno de tus intervalos de reposo salí de tu alcoba para refrescar con el libre ambiente mi cabeza, abrasada por el insomnio, y la encontré aguardándome en el colgadizo.

-¿Y bien?, preguntó Alarcón, tornando a reclinar su frente en la almohada.

-¿Vienes a informarte de la decisión de Don Diego respecto a Ambarina? le dije. Entonces oye su definitiva respuesta. Una hija adorada le fue arrebatada allende los mares de un modo atroz, horrible. Jugando con un mastín, hasta aquel día fiel guardián de la casa, el animal la mordió. ¡Estaba atacado de hidrofobia! Al cabo de dos semanas la celeste niña sucumbía a la propia siniestra enfermedad. Era evidente que la Providencia castigaba con aquel aciago suceso faltas graves en algún miembro de la familia de Alarcón, modelo en conjunto de escrupulosa moralidad. Habiendo buscado Don Diego inútilmente la nefanda causa en sus acciones pasó a examinar las de su difunto hermano. Desde luego renació en su mente con el minucioso escrutinio el recuerdo del extravío a que debe Ambarina la existencia. Bien se equivoque o acierte, considerándola Alarcón origen principal de sus males domésticos niégase a ver a esa niña, y resuelto a alejarla irrevocablemente de su lado se dispone a vender las fincas que en Cuba posee a fin de regresar en el acto a su país. Ambarina proseguirá disfrutando mientras viva de la renta mensual que hasta aquí ha recibido: si mejora de costumbres y se casa puede contar con una dote de seis mil pesos, mas en cuanto a lazos de parentesco olvide desde ahora que tiene un tío.

-¡Inés, hija mía!, murmuró el enfermo, no atendiendo en aquel artificioso relato sino a la cruel catástrofe que le robó el objeto de su idolatría paternal.

-Mariana quiso penetrar en tu alcoba, añadió Bernardo, clamó contra tu determinación y me enseñó sus dientes de culebra irritada. Yo la hice arrojar del ingenio por los criados, los amenacé con severas penas si le permitían pisar otra vez sus linderos y te libérté para siempre de la grosera furia. En adelante no podrán aturdirte con sus imprecaciones ella y Ambarina.

-Tanto mejor, repuso Don Diego, que sintiéndose más descontento que nunca odiaba el motivo que acrecentara su desasosiego moral. Aunque Ambarina me pertenece de cerca no quiero ni debo colocarla en el lugar que ocupa mi Inés, serafín de inocencia y de dulzura en quien deposito legítimamente mis afecciones. El ángel lloraría en el cielo si viera que la reemplazaba en mi corazón dolorido la compañera de los pilluelos de las calles, la alumna de la mulata Mariana, el fruto del deshonor, como con sobrada razón la llamas Bernardo. ¡Ah! Hiciste bien en despedir a Mariana, en repelerla, en no consentir que contemplaran mis ojos su semblante falaz. Pues yo me niego a adoptar a Ambarina, y si escuchara el eco de su acento, o recibiera en las mías el reflejo de sus miradas, quizá hablaría la voz de la sangre más alto que la de la reflexión.

-¡Diablo, no he andado demasiado aprisa!, pensó Bernardo estrechando con aparente emoción la mano de su cuñado.

¡Que se juzgue del triste desengaño de Ambarina cuando regresó Mariana participándole que su tío le cerraba su puerta con entereza inflexible, que su destino era permanecer en la situación que ocupaba entonces! Bernardo había dicho a la mulata con hipócrita suavidad, y fingiendo apiadarse de un mal irremediable, que a las primeras palabras con que intentara recordar a Alarcón los lazos que a la huérfana lo unían, aquel se había enfermado de cólera, calificando de imperdonable ofensa que la hija de la culpa

pretendiera reemplazar en su cariño a la pura y malograda flor producida por el casto entusiasmo de un himeneo virtuoso.

-Don Diego, según el joven que maneja todos sus asuntos, se ha atrevido a echarme en cara la ilegitimidad de tu nacimiento, prosiguió Mariana encolerizada. Y si no fuera por ciertas cosas que me atan la lengua yo probaría que no corresponde al viejo hipócrita hacerse tan delicado, ni lanzar al aire piedras que pueden caerle sobre la cabeza. Porque al presente está enclenque y arrugado se figura que nunca ha sido mozo y alegre. ¡Ah! El buen señor ha perdido la memoria, pero yo la conservo.

No la escuchaba Ambarina. Pálida, inmóvil, concentrada en su inmenso pesar, repetía amargamente:

-¿Conque pretenden condenarme a vivir humillada, envilecida como hasta aquí, hallándose tan próximo el hermano de mi padre? ¡No, no lo lograrán!

Cuando la mulata, afligida de antemano, esperaba perpetuo llanto y quejas infructuosas de parte de la huérfana, la última, revistiéndose de la serenidad desesperada propia de las enérgicas índoles en las crisis decisivas, sólo trató de buscar modo de penetrar hasta Don Diego a despecho de su prohibición. Dirigióse al Antilla; pero los siervos del ingenio se opusieron a dejarla pasar, escribió a Alarcón pero sus cartas le fueron devueltas sin abrir. Más de un mes consagró no obstante a su propósito de vencer a fuerza de perseverancia la rigidez de su tío. ¡Inútil empeño! Estrellábase su constancia de niña contra la resistencia de un hombre. Entonces, ya desanimada, le llegó el turno de gemir y llorar. Sus incesantes lágrimas detuvieron el desarrollo de su adolescencia, su dorada tez se puso blanca y Mariana temió perderla.

-¡Morir mi niña por ese viejo ruin, por ese tigre sin entrañas!, exclamaba la mulata fuera de sí. Secarse mi rosa silvestre por culpa del árbol carcomido que le rehúsa su sombra. ¡Ah! Le he de sacar los ojos como se ponga al alcance de mis uñas.

-No olvides que te refieres a mi tío, replicaba Ambarina con doliente voz, a aquel a quien amo aunque no lo conozco, porque la misma sangre circula por sus venas y las mías. Además todos afirman que es bueno, humano, generoso. Únicamente conmigo se muestra duro e insensible. Pero si yo consiguiera postrarme a sus pies y hablarle de nuestro parentesco, el corazón me dice, Mariana, que extendiéndome los brazos me llamaría su hija.

-Tu corazón te engaña ahora según antes te engañó, murmuraba la mulata compadecida.

Una mañana que vagaba Ambarina por los alrededores de la finca de su pariente, un carruaje que atravesaba el camino arrastrado por robusto trío de caballos del país, tan llenos de vigor y poder bajo su humilde estampa, se detuvo cerca de ella. Asomó la cabeza fuera del vehículo un individuo de mediana edad, paseó en torno suyo escudriñadora mirada y preguntó a la huérfana:

-¿Sabes, preciosa jovencilla, si se encuentra a mucha o poca distancia el ingenio de Don Diego de Alarcón denominado «El Antilla»?

-Sí, señor. Esas calles de palmeras y esos bosques de mangos pertenecen a la finca que Vd. busca. Pero dispense Vd. a su vez mi curiosidad, caballero, añadió la adolescente dominada por la idea de aproximarse a su tío. ¿Es Vd. amigo del Sr. de Alarcón?

-Aunque no tengo el gusto de conocerlo personalmente me dirijo a su casa con objeto de comprarle el Antilla. Adiós, graciosa Amarilis de los campos cubanos. Adelante, el calesero.

Voló el carruaje entre nubes de polvo y dejose caer la niña al pie de un árbol sollozando convulsa. Comprendió que al desprenderse de sus haciendas preparaba Don Diego su regreso al viejo mundo.

-Si no he conseguido explicarme con él teniéndolo tan inmediato ¿cómo lo lograré cuando el anchuroso mar nos separe?, balbuceaba presa de un dolor capaz de matarla. Desvaneciose mi postrer rayo de esperanza. Don Diego se va y debo resignarme a pasar mis días en medio de gentes a quienes reconocida estoy sin poder estimarlas, o determinarme a morir. ¡Morir! Y no he vivido aún, y son tan bellos ese cielo azulado, ese glorioso sol, esa feraz campiña y ese radiante horizonte. ¡Morir! Es decir, acostarme fría, inerte, en un ataúd forrado de negro, como aquél en que encerraron a Pepe, el mulato carpintero a quien llamaba Mariana su marido... ¡Oh! Asusta demasiado a mi edad descender amarilla, helada, muda, al seno de la tierra para que me devoren los gusanos e invada mis miembros fétida putrefacción... Pero peor me parece todavía habitar siempre la casa de Mariana, oyendo el grosero lenguaje de las personas de su clase que la visitan, sospechando del decoro de la mujer que me protege, y temiendo que me coloquen al nivel de Dorila y Valentín, que me tratan como a su igual. ¡Qué atroz porvenir, eterno Dios, me presenta ese cuadro! ¿Mi mayor angustia proviene de que el tiempo puede acostumbrarme a él y mi horror al mal extinguirse a fuerza de rozarme con sus deplorables escenas? ¡Ah! Prefiero ir a reunirme con mi madre, a la cual el arrepentimiento habrá proporcionado la gloria. No quisiera, sin embargo, abandonar este mundo antes de alcanzar un abrazo y la bendición de mi buen tío. Porque él es bueno: me lo asegura el alma mía, que vuela en alas de irresistible simpatía hacia el hermano de mi padre. Que no me sea permitido surcar el aire como esos pájaros que pasan cantando sobre mi cabeza. Más felices que yo el espacio les pertenece para dirigirse a dónde ansían. ¡Ay, yo poseo alas sólo en el pensamiento!

Así llorando y hablando consigo misma permanecía Ambarina acurrucada al pie del árbol sin importársele el sol ni el polvo, que a tan avanzada hora de la mañana evitaban prudentemente los más rudos trabajadores. Aislábala su desgracia de toda sensación ajena a la pena profunda que martirizaba su espíritu. Cubrídala por otra parte a medias un tamarindo con su afiligranado follaje y a través de sus ramas murmuradoras los rayos del astro protector de la región indiana acariciaban con benignidad la frente de la pobre afligida.

-¡Se va y me quedaré sola porque no he sabido acercarme a él!, gritó de improviso Ambarina levantándose, sacudiendo sus desordenados cabellos y recorriendo los objetos que la rodeaban con una mirada casi sin luz.

En aquel instante vio aproximarse una carreta cargada de fardos y barriles que tomó el rumbo del Antilla. La idea que se le ocurrió entonces se retrató con patentes rasgos en el semblante de la huérfana. El conductor de la carreta agujoneaba los tardos bueyes de pie sobre los tablones delanteros del pesado vehículo. Ambarina corrió pues tras éste, saltó a él con la ligereza de una cabra salvaje y a riesgo de asfixiarse se escondió entre los bultos resuelta a no retroceder en su tentativa.

Cada vez que el boyero volvía el rostro por casualidad para arrojar una vaga ojeada a los campos, u observar si el movimiento de la marcha desarreglaba su carga, palpitaba el corazón de la niña de un modo que le inspiraba recelos de que se oyeran sus latidos. Y ni aun cuando el carretero recobraba la recta posición cantando algunas sencillas décimas, cesaba la congoja que la asaltaba.

De repente parose la carreta con un sacudimiento que conmovió toda la máquina de Ambarina. Una de las ruedas se había introducido en un hoyo, formado en el sendero que seguían por la lluvia y el fango. El boyero agujoneó los dos robustos cuadrúpedos que guiaba y consiguió únicamente aumentar su cansancio, haciéndoles agotar sus fuerzas en inútiles tentativas para salir de aquel atolladero.

-¡Maldito hoyo!, exclamó el rústico. Necesitaré descargar la carreta para sacarla de él. Vamos, Azabache, añadió, estimulando con la lengua y el aguijón al animal de la derecha, que negro, lustroso y con una blanca mancha en el lomo hubiera recordado en el antiguo Egipto a los descendientes del famoso Apis. Ahórrame tan enojosa tarea y esta tarde te regalaré una ración de maíz adaptada a tus merecimientos.

Azabache mugió sonoramente como si hubiera comprendido las palabras de su amo y el tosco vehículo rechinó con su gigantesco esfuerzo para restituirlo a terreno firme.

-¿Sálvame, valiente animal! murmuró Ambarina desde su escondrijo, cual si se dirigiera a una criatura capaz de prestarle auxilio en su apurada situación.

Entonces el carretero clavó el aguijón tan vigorosamente en el lomo del compañero de Azabache que a su vez imitó, bramando de dolor, a su poderoso émulo. La carreta salió con lentitud de la hondonada y los dos bueyes continuaron su camino con las rojas lenguas colgando de las anchas bocas, la piel reluciente de sudor y los miembros contraídos de resultas de la extraordinaria pujanza que acababan de desplegar.

-¡Viva mi hermosa yunta! gritó el carretero alegremente. No la cambiaría por el caballo más andador, ni por un machete con el puño engarzado en fina pedrería, ni por un *zapateo* bailado al son del tiple con la *guajira* más salada de los alrededores.

Y de nuevo entonó las placenteras coplas que interrumpiera al hundirse su carro en el lodo, realizando sin saberlo la sentencia bucólica del divino Virgilio: «¡Feliz el hombre de los campos!»

Creíase ya segura Ambarina de penetrar sin otro obstáculo en el ingenio cuando el ruido de un caballo que corría a galope la indujo a sacar la cabeza de su rincón con la desconfianza del que se oculta. Entonces vio al joven del cabello rojo que preguntara en

casa de Mariana por la ruta que conducía al Antila, adelantarse en traje de viaje montado en un potro bayo.

-¡Hola, Francisco!, dijo Bernardo, deteniéndose junto al boyero. ¿Llevas al fin a la finca los efectos que encargamos a La Habana tres o cuatro semanas hace? No te has dado mucha prisa.

-No ignora Vd, don Bernardo, que la tardanza ha dependido del administrador, y no de mí, que en cierto modo me asemejó a mis bueyes, los cuales no se ponen en camino hasta que el aguijón les comunica la orden de partir. ¿Y Vd., señor Don Bernardo, se marcha para La Habana ahora?

-Necesitando mi cuñado antes de cerrar la venta del ingenio arreglar algunos papeles ante abogados y escribanos para la mejor conclusión del negocio voy a ocuparme del particular. Dentro de un mes, Francisco, regresaremos Alarcón y yo a la madre patria.

-Don Diego y Vd. nos dejan con la miel en los labios. Blancos y negros sentimos todos en la finca que ésta cambie de amo. Diríase que hasta los animales, perfectamente mantenidos en ella, se entristecen adivinando que su bienestar presente no durará mucho. Si según el refrán «Más vale malo conocido que bueno por conocer» ¿qué será cuando lo conocido es inmejorable?

-Tu lenguaje, Francisco, me demuestra que también la lisonja se alberga en las cabañas, repuso Bernardo riéndose. De todas maneras, te aseguro que por mi parte lamento tanto como tú la precisión de que Don Diego se halla de huir de esta hermosa isla, cuya riqueza de vegetación, de luz y de vida me embelesan. Muy gustoso hubiera pasado en medio de sus fértiles campos, o en sus tranquilas ciudades, algunos años. Pero asuntos de familia de que depende el reposo de Alarcón le obligan a alejarse de la perla cubana inmediatamente para evitar las agitaciones morales que acaban de ponerle al borde de la tumba.

-Ya sabemos, señor Don Bernardo, que la mulata Mariana, residente en el vecino pueblecillo, ha tenido la culpa de la reciente crisis que amenazó de muerte los días del señor Don Diego con las brujerías y chismes de que intentó valerse para sacarle dinero. Así nos lo ha repetido el mayoral al trasmitirnos orden perentoria de apalear a la tal mulata si osaba volver a aproximarse al Antila. ¿Qué pueden no obstante importar a un caballero como el señor de Alarcón los sortilegios de una miserable mestiza? Dependiera su permanencia entre nosotros de que no tornara a oír pronunciar siquiera el nombre de esa perversa mujer de color y vería Vd. como yo me comprometía a no permitir que la traidora pisase nunca los linderos de la finca, como tampoco los dos pilluelos hijos suyos, que son perfecto retrato de aquel bribón de Pepe que nos robaba los mejores racimos del platanal, ni la muchachuela amarilla como las flores del saúco que con ellos habita, y a quien llaman Ambarina. Pero por desgracia impelen a Don Diego a abandonarnos negocios de mayor consideración que cuantos con él pueda tener esa canalla.

Faltó poco para que esta última palabra frustrara la empresa de la huerfanita. Herida en su susceptible amor propio se agitó entre los sacos que la escondían, buscando algún objeto

que lanzar a la cabeza del rústico que se atrevía a tratarla con tanto desprecio. Felizmente contúvola a tiempo la reflexión.

-Adiós, Francisco, exclamó Bernardo, arreglando las riendas de su caballo. Estaba escrito, como dicen los orientales, que atravesáramos mi cuñado y yo a fuer de aves de paso las playas del mundo de Colón, y jamás lograremos los mortales impedir los decretos trazados en el libro del destino. Sin embargo, como la delicada salud de mi hermano político exige cuidados excesivos te recomiendo encarecidamente no consientas que la menor misiva de la mulata Mariana llegue a sus manos en mi ausencia, pues esa endiablada mujer y su familia inspiran a Don Diego tal aversión que se pone convulso apenas se alude a semejante gente en su presencia. Respecto a las causas que le inducen a vender sus bienes de América son en parte extrañas, como comprenderás, a personas de tan baja extracción. Achaques antiguos, deseos de respirar el grato ambiente del país natal, necesidad de dinero contante, he aquí el principal origen del precipitado retorno de Don Diego al viejo continente. Hasta la vista, Francisco. Prosigue guiando tus bueyes y convéncete de que no son más felices que tú los que guían a los hombres.

Desapareció Bernardo mientras el carretero, perplejo con la sentencia de que se valió el joven para concluir su diálogo, prorrumplía poco más o menos en el siguiente monólogo:

-¡Bah! En efecto que causa gusto dirigir a Azabache y Bermejo, animales mejores en su clase que bastantes racionales criaturas... Ninguno de su especie gana en pujanza a Azabache, y en cuanto a Bermejo, aunque algo lento, es el más perseverante y sufrido de los bueyes habidos y por haber. ¡Qué haya luego quien de mal agüero juzgue ese color de pelo en hombres y cuadrúpedos... ¡Tontería! Ahí están para defenderlo Bermejo y Don Bernardo, que se parecen en las buenas cualidades. Está visto que... que... todos los días aprendemos algo, dijo Francisco, obligado a finalizar de cualquier manera su elucubración filosófica.

Afortunadamente para Ambarina, a quien la conversación de Bernardo y el boyero llenara de terror, la carreta atravesaba en aquel momento la *tranquera* del Antilla, rodando a compás de ásperos chillidos por la ancha calle de palmas reales que formaba la *guardarraya* principal.

Ya en la finca mudaron de cariz sus zozobras. Había llegado al punto que deseaba; pero ¿cómo descendería del vehículo sin que lo notasen? ¿Cómo se deslizaría hasta el Sr. de Alarcón sin que se lo impidiesen?

Lívda de susto espiaba acurrucada entre los fardos la oportunidad de arrojarse a tierra desapercibida. La carreta se paró frente a los almacenes de la finca y al instante la circuyeron el administrador, el mayoral y varios etíopes que acudían unos a examinar los artículos que traía Francisco y otros a ayudarle a trasladarlos bajo techado.

Azabache y Bermejo, impacientes de ir a descansar de sus fatigas, mugían saludando a sus compañeros, que rumiaban la hierba en el corral, ínterin Francisco desataba las sogas que sujetaban la carga y un robusto africano agarrando un saco de arroz lo lanzaba al suelo con el vigor de un Goliat.

Pavoroso grito brotó entonces de la carreta. Retrocedieron todos sorprendidos y Ambarina, comprendiendo que no tenía un minuto que perder, precipitándose de su escondite echó a correr hacia la casa de la vivienda.

-Es Ambarina, la muchacha color de flor de saúco que habita con la mulata Mariana, exclamó Francisco, conociéndola inmediatamente con la perspicaz mirada del campesino acostumbrado a recorrer varias distancias. Don Bernardo acaba de recordarme la terminante orden de Don Diego de no permitir a miembro alguno de la familia de Mariana aproximarse a su persona.

-Detengámosla pues, añadió el administrador, temeroso de desagradar a Alarcón, y sobre todo a su cuñado.

Y blancos y negros, hombres libres y esclavos, volaron en pos de la niña, cortándole con la velocidad del relámpago el camino que conducía a la casa. Azorada como la perseguida cierva Ambarina, cambiando de rumbo, se dirigió hacia la parte inculta de la finca, llamada el *monte*. Trastornada, palpitante, lo único que definía en el vértigo de sus pensamientos era que no debía salir del ingenio sin hablar con su tío. Habituada a correr por los campos movíanse sus pequeños pies con extraordinaria presteza; pero tantos la acosaban que no tardó en sentir que se imprimía en su rápida huella la ruda planta de sus enemigos. Al persuadirse pues de que iban a alcanzarla, a estorbar su propósito, a llevarla nuevamente a la morada de Mariana, tal desesperación se apoderó de su corazón contristado que comenzó a gritar con penetrante voz:

-¡Don Diego! ¡Tío, padre mío! ¡Socorro!

-¡Perversa! Va a causar con sus chillidos al amo una segunda crisis, dijo Francisco. ¡Hola! *Ligero*, continuó, atrayendo a su lado con un silbido a un gran perro galgo que los seguía. Cógela sin morderla, si puedes.

Todavía hablaba el carretero y ya bañaba la espalda de Ambarina el ardoroso hálito del inteligente cuadrúpedo, que la agarró con sus afilados dientes por el vestido sin lastimarla. Al contacto del perro, cuya prontitud celebraron los clamores de tantas personas reunidas en su contra, perdiendo la huérfana la razón figurase que le daban caza como a los negros *cimarrones*. Trocándose por consiguiente su angustia en miedo repitió, refugiándose en un grupo de árboles frutales que formaban el pórtico, digámoslo así, de la silvestre espesura del *monte*:

-¡Piedad! ¡Socorro! ¡Que me matan!

-¿Qué significa este tumulto?, preguntó un hombre de madura edad saliendo presuroso del bosquecillo.

La Providencia había permitido que los fervientes votos de Ambarina se realizasen. Don Diego se hallaba en su presencia. Al aspecto del perro sujetando a la jovencilla, que trataba de huir, profundo espanto se retrató en las facciones del Sr. de Alarcón: el temblor febril que precede a las convulsiones epilépticas sacudió sus miembros y su garganta contraída, apenas le dejó balbucear:

-Favorecedla. ¡Es un perro rabioso!... ¡Inés! ¡Inés!... Si la muerde ya no habrá remedio...

-Señor, esta muchacha se ha introducido en la finca probablemente con la intención de robar plátanos o frutas, le dijo el administrador, mientras Francisco, rodeando con sus robustos brazos a Ambarina, la apartaba de allí. No pretendemos hacerle daño sino obligarla a retirarse.

-Es Inés. ¡Mi Inés!... Y el perro se encuentra atacado de hidrofobia... ¡Oh! ¡Matadle, por Dios, matadle!

-Se equivoca Vd., Sr. Don Diego. El pobre *Ligero* disfruta de completa salud y sólo ha perseguido a esta bribonzuela causa-bullas porque se lo hemos ordenado, exclamó el carretero. Además no crea Vd. que se llama Inés la muy maliciosa. Su nombre es Ambarina, porque cubre perennemente su cutis un color de ictericia, aunque según su nodriza, la mulata Mariana, en la pila bautismal le pusieron el de Margarita.

-¿Esa niña es Ambarina, mi... la protegida de Mariana?, preguntó Alarcón, a cuyas mejillas afluyó toda la sangre de sus empobrecidas venas para después, al abandonarlas, dejar en ellas el fúnebre matiz de la muerte.

-Sí, señor; la misma que Vd. nos ha mandado expulsar del ingenio por conducto de Don Bernardo, replicó Francisco, pugnando por llevarse a Ambarina, que con clamores y mordidas trataba de escaparse de sus brazos.

-¡Es verdad! Según mi hermano esa muchacha pasa su vida con los pilluelos de las calles, anuncia bajas inclinaciones y no merece enjugar las lágrimas que consagro a la memoria de mi inolvidable hija. ¡Quitadla de mi presencia!

-¡Vamos! Nada has conseguido, culebra mordedora, murmuró Francisco, limpiándose algunas gotas de sangre que los dientes de la niña atrajeran a la epidermis de sus encallecidas manos.

-¡Adiós! ¡Adiós!, gritó entonces Ambarina, dirigiéndose a Don Diego. ¡Ya puedo morir! A lo menos he contemplado el rostro respetable de mi único pariente en el mundo cruel donde vago huérfana y sola.

Y cesó de luchar con Francisco, que juzgándola vencida la volvió a colocar en tierra para que anduviese por sus pies, contentándose con asirle un brazo con sus dedos de hierro. Ambarina caminó a su lado, llorando y gimiendo; pero de improviso, cediendo a una determinación meditada, o a una inspiración del momento, desprendió su brazo delicado de las manos del brutal *boyero* con tanta violencia como si quisiera quebrarlo para recobrar su soltura, se libró por sorpresa de aquellas animadas tenazas y regresó como flecha hacia Alarcón.

Hombres y cuadrúpedos de nuevo se lanzaron tras la desdichada. Ya era tarde. Ambarina volaba en lugar de correr. Dios comunicaba alas a sus piececillos para salvarla, y cuando llegaron sus antagonistas a tocar su desgarrado traje estrechaba ya las rodillas de Don Diego, exclamando:

-Perdón, perdón, si en algo he ofendido a Vd. Pero protéjame contra los que ansían mi mal: escúcheme antes de repelerme con inflexible rigor... ¡Ah! ¿Qué ha hecho a Vd. la pobre Ambarina para que así la deteste? ¡Amar a Vd. y rogar al cielo por su bien aun antes de haberle visto nunca!

-¡Eh, cierra esa boca infernal, mocozuela!, que te has propuesto agotar nuestra paciencia, gritó Francisco, tirando de la infeliz. Yo te juro que has de pagar caro el rato de incomodidad que nos ha causado tu pertinacia.

-¿Permitirá Vd. que así me ultraje en su presencia?, dijo Ambarina, mirando a Don Diego ansiosamente. ¿No resuena en el corazón de Vd. la santa voz de la sangre? ¿Es posible que oculte fría e impiadosa índole esa respetable fisonomía? ¡Oh!, duélase Vd. de la huerfanita, tío, padre mío.

Y enderezándose con suave rapidez Ambarina rodeó con sus brazos el cuello de Alarcón, bañó con sus lágrimas su alterado rostro, y apoyó sus labios en su demacrada mejilla con una ternura que le recordó los dulces ósculos de Inés.

-¡Inés de mis entrañas!, balbuceó el desventurado padre, estrechando conmovido a la suplicante niña contra su pecho.

-¿Agrada a Vd. más el nombre de Inés que el de Ambarina?, repuso la jovencilla, temblando de regocijo y no osando entregarse a él aún. En tal caso quiero que Vd. me llame Inés en adelante. ¡Ah! ¿Llora, solloza Vd.? Ya sé que motiva su dolor la pérdida de una hija tiernamente amada. Pero yo soy sobrina de Vd. y le amaré a mi turno con una intensidad que hará que Vd. llegue a considerarme también su hija. ¡Oh! No se niegue Vd. a darme tan afectuoso dictado. Arrodillada se lo suplico a Vd. ¡He suspirado tanto por conocerle, abrazarle y derramar mis lágrimas sobre su seno cariñoso! ¡He padecido tanto desde que nací, huérfana, desamparada y privada del paterno calor! ¡Por Dios, no frustré Vd. mi esperanza! Ampáreme Vd., que es hermano del autor de mi existencia, que acendradamente le quiso, y que le cerró los ojos. Al ver a Vd. creo ver la parte más preciosa de él mismo, pues me lo figuro, yo, que lo perdí en la cuna, con ese semblante grave y dulce, con esa mirada triste y benévola, con esos cabellos que comienzan a encanecer a semejanza de las hojas de otoño, cuando principian a ponerse amarillas. Oiga yo de los labios de Vd., aunque sea una vez sola, las inefables palabras «hija mía». Después, por tenaz que Vd. se manifieste en rechazarme, en enviarme a casa de la mulata Mariana, no podrá impedir que lleve conmigo un tesoro de felicidad.

-¿No deseabas tú mi desdicha porque te condenaba mi olvido a vegetar en humillante situación?, le preguntó Don Diego casi convulsivamente.

-¿Lo juzga Vd. posible?, replicó Ambarina con un candor que lo penetró. ¡Ay! Yo sólo formaba votos por la felicidad de Vd. y nuestra reunión. Si se dignara Vd. mirarme no dudaría de mi sinceridad.

Fijáronse maquinalmente las pupilas de Alarcón en las facciones de su interlocutora y de tal modo le enterneció su expresión melancólica, suplicante e ingenua que hacia ella voló su alma con efusión irresistible.

-Se parece tanto a Inés que mi corazón se siente inclinado a amarla apasionadamente.
¡Hija mía!

Y Don Diego volvió a oprimirla contra su pecho sin confundirla esta vez con la malograda prenda que echaba de menos.

-¡Gracias, misericordioso Dios! Acoge en su seno a su pobre sobrina. Le dirige el afectuoso lenguaje que la infeliz ha ansiado tanto oír, murmuró Ambarina, llorando y riendo al propio tiempo.

-Tú no eres mi sobrina, exclamó Alarcón, que no cedía siempre a la voluntad de Bernardo por debilidad de carácter sino por la indiferencia que le inspirara el pesar hacia cuanto le circuía, y que al recobrar un objeto capaz de interesarle recobraba también su natural firmeza.

-¿Cómo? ¿No soy la hija de Don Eduardo, el hermano mayor de Vd.?, inquirió la niña, tornando a temblar asustada.

-Cuanto te han referido respecto a Eduardo se reduce a una fábula destinada a ocultar la verdad. El malogrado joven falleció en la flor de sus años inocente del yerro que le han atribuido. ¡No, tú no eres mi sobrina!

-¿Pues qué soy entonces?, preguntó Ambarina tímidamente.

-¡Mi hija!, gritó Alarcón con un acento que hizo estremecer a los que asistían a esa singular escena.

Renuncio a pintar las emociones de Ambarina al recobrar el envidiable tesoro de que se creyera desheredada para siempre. Abríase de golpe la tumba para restituirle el protector de su tierna edad; o, más bien, desvanecíase de improviso el error de su orfandad supuesta ante las sagradas caricias de la paternal afección. Doblemente pálida y agitada que cuando huía de sus perseguidores a través de matorrales y pedruscos repetía, agarrando con casi frenético delirio las ropas de Don Diego, y besando con el extravío de la demencia el rostro, las manos y hasta los pies de su ídolo:

-¡Mi padre!... ¡Padre mío!... ¡Tengo padre aún!

Cosa extraña. El ataque nervioso que trastornaba el impresionable organismo de Alarcón apenas una sensación fuerte lo sacaba de su apático marasmo lo respetó en aquel supremo momento. Nada nubló su gozo al volver a asirse a la tierra por un lado enérgico y querido. Para quien se abría el sepulcro y restituía la felicidad doméstica que devorara era para él. Su llorada Inés renacía en Ambarina. Todavía le quedaban en el mundo días de consuelo y de paz.

Pero mientras él se reanimaba como por un milagro divino, Ambarina sucumbía a la fatiga de los opuestos combates que desde las primeras horas de la mañana experimentaba su atribulado espíritu. El desaliento con que saliera del domicilio de la mulata Mariana, su tétrica meditación bajo el tamarindo, su angustioso viaje entre los fardos de la carreta, el espanto con que huyera de los que le acosaran como a un venado

silvestre, la desesperación que la dominó al rechazarla Don Diego al principio, y luego su inmensa dicha al conseguir más aún de lo que osara pedir al cielo, al encontrar en la tierra a su padre, que creía dormido para siempre en la huesa, al oírle repetir con la voz del alma: «¡Hija mía! ¡Mi hija adorada!» todo amenazó destruir los resortes de su máquina física. Descolorida, palpitante, se desmayó en brazos de Alarcón con los labios todavía separados, como si anhelara continuar exclamando:

-¡He recobrado mi padre! ¡Padre querido, bendito seas!

Los tristes huérfanos, aquellos que han perdido su mejor apoyo aquí abajo, comprenderán las intensas emociones de Ambarina. Los que favorecidos por la suerte viven dichosos en el completo círculo de su familia conocerán al par la fuerza omnipotente de los lazos de amor creados por la Naturaleza, que nos impele a aficionarnos desde luego al pariente que habiendo pasado su vida lejos de nosotros se presenta de golpe a nuestra vista o nos escribe desde países distantes, sólo porque sabemos que del propio tronco que nos produjo ha brotado el vástago de su existencia.

Más de un mes permaneció enferma Ambarina de resultas de las referidas agitaciones. Y bastó aquel tiempo para que Don Diego amara a la pobre niña casi tanto como había amado a Inés, oyéndole repetir en medio de los delirios de la fiebre, cuando el alma y el pensamiento de la inocente sin velo se descubrían:

-¡He recobrado mi padre! Me ha llamado su querida hija. Bendecidle, Dios mío, por tanta bondad.

Al regresar Bernardo de su excursión a La Habana halló a su cuñado paseando por las calles de perfumados naranjos del Antilla con tierna solicitud a la joven convaleciente, que no consentía en separarse ni un momento de él. Los grandes ojos de Ambarina buscaban inquietos a Don Diego, expresando impaciente afán apenas lo miraban desviarse de su lado. El intenso afecto que la apasionada niña le demostraba era una tiranía casi, pero ¡cuán inefable y grata para el hombre que sucumbía al dolor de haber perdido su familia! Si la lluvia los sorprendía vagando por los campos, Ambarina, olvidando su propia situación, arrastraba a su padre bajo el árbol más próximo, diciendo: «Va Vd. a coger un resfriado. Por Dios no se moje Vd»; si Alarcón amanecía melancólico cantaba y bailaba para distraerle, y si cualquier desagradable lance ocurría en la finca, como una querrela, verbi gracia, entre los siervos o la aparición de algún malhechor en los alrededores, pretendía encerrar en su aposento al objeto de su adoración entusiasta para preservarle de todo peligro, cual si se tratara de un niño o de una mujer. Mucho cuidaba Ambarina el inapreciable bien que la divina misericordia le devolviera; mucho agradecía igualmente su padre aquellas puerilidades, que revelaban un afecto profundo, indestructible.

Convencido Bernardo de que ya no había medio de destruir lo sucedido, de que Don Diego había abierto para siempre su corazón a una hija tan amable, linda y tierna como su difunta Inés, lejos de manifestar torpemente su despecho con infructuosas tentativas para luchar con hechos ya consumados fingió extraordinario alborozo porque hubieran salido falsas las supuestas acusaciones públicas que refiriera contra el carácter de Ambarina, y

conociendo que su cuñado lo apreciaba demasiado para sospechar de la bondad de sus intenciones se contentó con exclamar filosóficamente mientras se aclaraba su horizonte:

-Estaba escrito.

III

LA TARDE DE UN DÍA TRANQUILO

¡Cuán rápidamente corren las horas, arrebatando en sus infatigables alas nuestra fugaz existencia! Parece sin embargo que el hombre, a pesar de caminar entre sepulcros, se forja siempre la ilusión de que ha de permanecer estacionario en la tierra, según lo que se atormenta, y agita y afana para embellecerla con sus perennes planes de felicidad futura. Creeríase, sí, viéndole sacrificar tan a menudo la dicha presente a la venidera, que confiando como el viajero en llegar a un albergue cómodo donde disfrutar prolongado descanso desafía contento las pasajeras penalidades de su ruta. ¿Pero de qué estamos seguros aquí abajo excepto de la muerte? ¿Qué otro asilo duradero nos aguarda excepto el de la tumba? ¡Ah! Todo lo demás constituye humo fugitivo, vanos ensueños, nada.

Don Diego de Alarcón habiendo pues soñado cerca de sesenta años tocaba al instante supremo del eterno despertar. Aunque, desde que Ambarina reemplazó a Inés al lado suyo, la enfermedad de languidez que minaba su vida se había curado con el benéfico bálsamo de la tranquilidad moral, la debilidad de sus pulmones lo había conducido gradualmente a una tisis que manifestó sus irremediables estragos cuando reducido a un espantoso estado de consunción le anunció la inercia de su máquina física que iba a pararse, imposibilitada de continuar funcionando a causa de la destrucción completa de sus principales resortes. Los órganos digestivos habían cesado de cumplir con sus tareas: la lámpara, agotado el aceite, vacilaba próxima a apagarse, y Don Diego, dispuesto ya a abandonar el mundo, esperaba extendido en su lecho el solemne trance porque todos hemos de pasar.

Mientras el padre de Ambarina espiraba con la serenidad del justo nada indicaba en la Naturaleza el tristísimo luto de que iban a cubrirse cuantos le amaban y conocían. La magnífica tarde que sucediera a una mañana aún más refulgente deslizaba su luz en el aposento de Alarcón, cuyas ventanas yacían todas abiertas por su orden a fin de que la libre brisa ahuyentara el nauseabundo olor que por lo regular mortifica a los enfermos en medio de las drogas medicinales empleadas en su alivio. Gracias a Dios los facultativos de hogaño no consideraban indispensable como los de antaño condenar al pobre doliente a carecer de ventilación, y de las frescas bebidas que mitigan el ardor de la fiebre. La ciencia de Esculapio ha progresado como todas las otras, despojando a sus intérpretes de muchas preocupaciones que en su tiempo los impulsaron, de buena fe, a aumentar los sufrimientos del paciente, figurándose que lograrían lo contrario.

Habitaba Alarcón una de las más hermosas casas de la frondosa alameda de Isabel II y moría contemplando los verdes árboles, a los cuales profesara su apacible carácter afición sincera. Deleitaba todavía sus apagados ojos la risueña vegetación tropical, medio velada por las cortinas de blanca gasa de su lecho, al par que por la confusión de ideas que

antecede a la agonía. Cruzábanse sus manos, del amarillento color de la cera, con resignado ademán sobre su pecho, y su rostro al aspirar los fragantes efluvios de las próximas plantas, expresaba una embriaguez semejante a la que experimenta el sibarita al saborear en espléndido festín la postrera copa de exquisito licor. Después, dejando caer los párpados sobre sus empañadas pupilas, se durmió tranquilamente.

Entonces una de las personas que le asistían, asustada con su inmovilidad, se levantó presurosa, se acercó a la silenciosa cama, apartó las cortinas, examinó al durmiente y murmuró, juntando también las manos con profunda angustia:

-¡Santísima Virgen! No hay remedio. Lo leo en su semblante desfigurado. ¡Ay! Inspiradme a lo menos, piadosa Señora, la precisa conformidad.

Hablando así arrojose más bien que se sentó, sollozando convulsivamente en un sillón inmediato.

Quien de este modo lloraba y se quejaba con tanta vehemencia, como si su lacerado corazón enviara a sus mejillas un río de lágrimas, era una joven dotada de poco común hermosura. Sobre su dorada tez, tan suave como la seda, brillaban dos ojos de fuego, dos ojos grandes y negríssimos cuyos rayos, superiores a los del diamante, no podían olvidar los que los admiraban una vez. El cabello, de un ébano magnífico, coronaba formando naturales ondulaciones una frente tan elevada como la que dieron los escultores de la antigüedad a la estatua de Minerva. La boca, diminuta, y de un coral algo oscuro que con el dolor había palidecido, servía de estuche a dos hileras de dientes de la rica madre perla. En fin, un talle esbelto y flexible, una torneada garganta que revelaba su opulenta morbidez, sin renunciar por eso a su castidad, en medio de los desordenados pliegues de una bata de muselina y un pie que hubieran envidiado las damas chinas perdiéndose holgadamente en pequeñas babuchas de terciopelo, completan la descripción física de aquella mujer arrogante, cuyo exterior era un modelo de indiana belleza, y cuyo traje descubría que abrigaba su alma más sensibilidad que coquetismo, puesto que sumida en su pena olvidaba hasta el cuidado personal, a que su sexo concede en todas circunstancias marcada atención.

El lector habrá reconocido en la hermosa desconsolada a Ambarina. Era en efecto ella en todo el esplendor de una lozana juventud. Reclinada en el sillón permaneció silenciosa largo rato, y luego, alzando la cabeza de improviso, clavando nuevamente escudriñadoras miradas en el aletargado enfermo, tornó a exhalar en ayes desgarradores su amargura, repitiendo con fatídica tenacidad:

-¡Dios mío, vos lo habéis decretado! Voy a cesar de verlo para siempre.

Enseguida púsose a repasar en su mente, por centésima vez, los gratos días de su vida doméstica durante los diez años transcurridos desde que Alarcón la acogiera en sus brazos paternos. El alborozo con que salió de la morada de la mulata Mariana, la inefable dicha con que se oía llamar hija querida por el verdadero autor de su ser, el afán con que se dedicó a aprender las habilidades que realzan las femeninas gracias cuando Don Diego la llevó a La Habana para perfeccionar su educación, la infinita complacencia con que después de trabajar meses y meses bajo la férula de sus maestros iba en las

temporadas de pascua al Antilla a correr y reír en completa libertad, y sobre todo la intensa satisfacción que embargaba su corazón agradecido al escuchar a su buen padre aplaudir sus intelectuales progresos, o al verle presenciar enternecido sus juegos juveniles, todo renació revestido de misterioso encanto en el fiel panorama de su memoria. También recordó la venturosa época en que ya convertida de lindo capullo en galana rosa, al leer en el respetable semblante de Don Diego el júbilo que le causaban sus triunfos de sociedad le echaba al cuello los brazos, preguntándole con su insinuante voz de mimada niña:

-¿Todavía llora Vd. a su Inés?

Y parecíale que Alarcón le contestaba como de costumbre con su afectuosísima sonrisa:

-No, hija de mi alma, porque tú me has consolado.

Pero cuando Ambarina, absorta en estos pensamientos, que constituían la plácida historia de su pasada felicidad, comenzaba a creer aciaga pesadilla la historia siniestra de su actual dolor, volvía los ojos hacia el hombre reducido a esqueleto que yacía a su lado, embargado por el sopor de próxima muerte, y un lamento tan agudo como si por primera vez se le ocurriera la idea espantosa de la irreparable desgracia que la amenazaba, tornaba a escaparse de su atribulado pecho.

Tan cumplida fuera la ventura de que la joven disfrutó en el hogar de su protector legítimo que hasta sus antiguos padecimientos en el domicilio de su nodriza llegaron a presentársele vagos y confusos en la distancia. Su reconocimiento fervoroso hacia su padre por la mudanza de su situación probaba, no obstante, que no los había olvidado enteramente. El que ha sido siempre feliz, no comprendiendo todo el precio de su prosperidad, descuida el himno diario de su gratitud: el que ha sufrido mucho al librarse del yugo de hierro de la desgracia se postra ante el áncora de su salvación para adorarla y bendecirla de continuo.

No vaya el lector a figurarse que a causa del disgusto con que Ambarina participó en su niñez de la suerte de la mulata Mariana la desdeñó ingratamente apenas la acogió en su seno Don Diego. Jamás, por el contrario, se había manifestado tan llena de deferencia y amistad hacia Mariana y sus hijos como cuando ya no temió que demasiado frecuente roce la contagiara con sus defectos. Desde que no la atormentó el recelo de que la colocaran al nivel de unas criaturas a las cuales se sabía tan superior por todos los estilos, se despojó del orgullo con que antes se envolviera para impedir la completa fusión de sus respectivas situaciones. Las colmaba de regalos, las visitaba siempre que iba a la finca, y la mulata Mariana, aunque envanecida con la amabilidad de su señorita, contenida por el respeto que le inspiraba Don Diego, nunca la molestó ante extraños testigos con las demostraciones de una intempestiva familiaridad.

En un solo objeto se alteraba en parte la armonía de sentimientos e ideas que reinaban entre Ambarina y su padre. Aquel objeto era Bernardo, que proseguía ocupando un puesto principal en el cariño de Alarcón. Conservaba el joven la dirección de los negocios y bienes de su cuñado, y sin su auxilio el último, a quien las cuestiones de dinero fastidiaban, hubiera probablemente caído en manos de servidores ávidos que se

hubieran aprovechado de su ciega confianza para llenar su bolsillo. Firme Bernardo en su secreto propósito de captarse una reputación de probidad que le produjera los seguros premios del aprecio público daba, sus cuentas con íntegra delicadeza. Contentándose con la mensualidad (a la verdad crecida) que le señalara su hermano político, se dedicaba sagazmente a aumentar el patrimonio que debía pertenecer a Ambarina, pues reconocida ya por hija natural del hacendado, y careciendo éste de otros herederos próximos, correspondíale su caudal de derecho. Calmados sus primeros ímpetus de oculto furor había calculado Bernardo que todavía podía apoderarse de las pingües rentas de Don Diego. Casándose con Ambarina tendría una esposa y una fortuna igualmente brillantes. He aquí por qué, formando su cauteloso plan de ataque, apenas atravesó la hermosa doncella los umbrales de la pubertad comenzó a mostrarle una inclinación reprimida por el respeto que llenó a Don Diego de regocijo y suscitó, según ya he indicado, en su hija el pesar primero que empañara su cándida alegría, desde que ceñía sus sienes con la corona de rosas de la felicidad.

Unir los dos seres en que se concentraban sus afecciones, enriquecerlos a la vez mezclando los bienes que a ambos destinaba ¡qué proyecto tan risueño para el alma generosa de Alarcón! Pero inesperados obstáculos se opusieron a un pensamiento que juzgara tan posible y fácil. Rehusaba Bernardo confesar su amor a Ambarina, pretextando para mejor lograr su deseo lo mucho que a su delicadeza repugnaba la elección de opulenta consorte, y respecto a la joven su corazón sencillo y franco, a quien satisfacía el amor paterno, rechazó casi con indignación la idea de otorgar a Bernardo sentimiento más vivo que el amistoso que ya los enlazaba.

Atribuyó Don Diego al principio su resistencia a pudor virginal, a lo distante que aún se hallaba su inocente candor de las apasionadas emociones que más tarde experimentaría. Pero cuando los años transcurrieron, y la preciosa adolescente se convirtió en majestuosa beldad, y sus sonrisas empezaron a acoger los homenajes de otros adoradores, entonces Don Diego no calló la pena que le causaba su desvío hacia Bernardo. Ambarina, que a pesar de su amable índole hubiera resistido con entereza a despóticos mandatos, al escuchar las súplicas de su amado padre sintiose dispuesta, por tal de ahorrarle el más leve disgusto, a consumir la miseria de su porvenir. Mas al ir a consentir en la propuesta boda, expresó tan profunda angustia su elocuente fisonomía, descubrió el temblor de sus miembros tal repugnancia al himeneo que aceptaba contra su voluntad, que Alarcón detuvo en sus labios la sentencia destinada a sellar su desdicha doméstica, exclamando:

-No prometas hoy nada, hija mía. Aguarda a serenarte para decidir de tu suerte. Cuando te hayas acostumbrado a la perspectiva de un enlace que, lo confieso, realizaría todos mis votos, ese día me dirás con tu sonora y sincera voz: «Padre mío, la razón ha abierto las puertas de mi corazón a Bernardo. Le entrego mi mano segura de que afianzo al verificarlo mi futura dicha». Mientras no puedas hablarme así, Ambarina, calla y reflexiona.

Respiró la joven libre de un horrible peso, contemplando ante sí indeterminado plazo. Ínterin el mal está lejos, cree el incauto mortal que logrará evitarlo, y para la temprana edad, particularmente preséntase el enemigo distante como imposibilitado de acercarse jamás.

Desde aquella explicación siempre que Don Diego se preparaba a hablarle del asunto le tapaba la boca Ambarina con sus dedos de rosa, diciéndole al levantarse a la vez de puntillas para besarle la frente:

-Todavía mi rebelde corazón no se ha dejado vencer por la grave consejera que según Vd. me atraerá al matrimonio; aún no me hallo dispuesta para otro amor que el de mi buen padre. ¿Por qué tiene Vd. tanta prisa en abdicar su absoluto dominio sobre mis sentimientos? ¿Por qué se alarma Vd. por Bernardo no obstante la indiferencia con que trató a los demás galanes que me aturden con sus suspiros, falsos o verdaderos?

Y Don Diego se sonreía con el gentil donaire de la fascinadora hija de los trópicos, la cual al conservar, agasajando al anciano, su deseada independencia se revestía para con Bernardo de un aire de fría dignidad que contenía sus amorosas insinuaciones.

De este modo transcurrió el tiempo hasta que agravándose las dolencias crónicas de Alarcón tomaron las ideas de Ambarina distinto rumbo. Ya no se ocupó de futuros proyectos, ni de asuntos que personalmente pudieran convenirle. Insoportable zozobra, embargó de improviso todas sus potencias. Su bienhechor, su único amigo, el padre adorado objeto respetable de su entusiasmo filial, iba quizá a descender a la tumba, dejándola de nuevo sola, triste, desamparada. Pero sus inquietudes no se manifestaron con estériles lágrimas, ni con impotentes suspiros. Solícita, incansable, dedicose en cuerpo y alma a prolongar todo lo posible la amenazada existencia del ídolo de su sagrado afecto. Oró en abundancia, de sus pródigas manos y fervientes súplicas de sus labios elocuentes recibieron los médicos para ayudarla a detener en la tierra el espíritu que iba a escaparse de su momentánea prisión. De día su actividad rodeaba a Alarcón de incesantes cuidados, o su firme brazo lo sostenía en los paseos que por mandato de los facultativos emprendía a pie durante las horas de sol; de noche no abría una vez el enfermo los abatidos ojos sin que tropezaran éstos con las luminosas órbitas de la buena hija que velaba a la cabecera de su padre, devorando su lloro por no afligirle. Y Don Diego, aunque callaba conmovido su gratitud, hacía entonces tras las cortinas de su lecho un gesto misterioso. ¡La bendecía!

Como postrer recurso para un mal incurable aconsejaron los médicos al pobre ético que atravesara el mar. Antes pues que su decaído ánimo, que comenzaba a juzgar penoso todo movimiento, se decidiera a tentar aquella prueba última, ya Ambarina había arreglado los preparativos del viaje, ya su voz, que bajo su serenidad aparente ocultaba angustiosa emoción, exclamaba: «Marchemos». Dejando efectivamente su casa a cargo de Bernardo, Alarcón y su hija se embarcaron para los Estados Unidos, recorrieron el hermoso país que ha enaltecido Washington y poetizado Cooper, bogaron en sus románticos lagos, buscaron en sus frondosos bosques las huellas de los mocasines indios y fueron a coger silvestres flores a orillas del Niágara, ante cuya asombrosa catarata recordó Ambarina suspirando la magnífica descripción de su célebre compatriota Heredia:

...Mil olas
cual pensamientos rápidas pasando
chocan y se enfurecen,

y otras mil y otras mil ya las alcanzan
y entre espuma y fragor desaparecen.
¡Ved! ¡Llegan, saltan! El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados.
Crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
¡En las rígidas peñas
rómpele el agua: vaporosa nube
con elástica fuerza
llena el abismo en torbellino: sube,
gira en torno, y al éter
luminosa pirámide levanta
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta!

La joven habanera, que a fuer del ilustre vate citado, podía exclamar frente a aquel accidente grandioso de la Naturaleza americana:

¡Yo digna soy de contemplarte: siempre
lo común y mezquino desdeñando
ansié por lo terrorífico y sublime!

hubiera experimentado al ver precipitarse de inmensa altura el caudaloso río, a quien de repente falta su lecho, las profundas delicias que espectáculo, semejantes causan a las almas capaces de comprender su hermosura si al volver los ojos chispeantes de entusiasmo hacia el autor de sus días la palidez del desgraciado, su desfallecimiento y su indiferencia por cuanto no poseía relación con su malestar físico no le hubieran recordado una realidad espantosa e inevitable. Entonces la elevada imaginación de Ambarina plegaba sus alas tristemente: un frío glacial penetraba en su pecho, y cesando de encantarla la portentosa escena murmuraba con débil voz:

-¡Regresemos a nuestro albergue!

Lejos de producir la mudanza de clima en Don Diego la mejoría deseada aumentó de tal manera sus padecimientos que antes que se desprendieran de los árboles las amarillentas hojas de octubre se dirigió de nuevo con Ambarina a su adoptiva patria, huyendo más asustado del frío cierzo que las aves que todos los inviernos emigran de la república anglo americana a los vergeles perennemente floridos de la gran Antilla.

Desde su retorno la fatídica enfermedad siguió su curso y, según ha visto ya el lector, Don Diego, obligado a guardar cama, conocía que el ángel de la muerte se disponía a colocar el sello eterno sobre sus descoloridos párpados.

Tan esplendente y pura era la tarde tropical testigo de su agonía apacible que su tibio reflejo tiñó de sonrosado matiz las mejillas del justo aspirante, el cual, abriendo los ojos después de un breve letargo, sonrió con inefable ternura a su afligida hija.

-¡Padre mío!, exclamó ésta, corriendo hacia él, besando su mano al compás de convulsivos sollozos y alzándola en seguida al cielo entre las suyas con suplicante ademán.

-Ruégale que me admita en su gloria, perdonando mis pecados, balbuceó Don Diego débilmente, pues pedirle que evite nuestra separación sería formar un voto inútil. Cumplida ya mi jornada cedo mi puesto a los nuevos seres que deben reemplazarme según el orden gradual de la Naturaleza. Resignémonos, querida hija. La vida se reduce a un corto sueño de que cuando menos lo pensamos despertamos en la eternidad. Muy pronto por lo tanto volveremos a reunirnos.

-¡Ah! Yo no poseo suficiente fe religiosa para aguardar conforme el supremo momento de que Vd. me habla, gritó Ambarina, permitiendo que estallara su hasta entonces contenido dolor. ¡Gran Dios! Si eres tan bueno y justo como asegura la voz universal déjame a mi padre, o llévame con él a tu seno!

Y la desesperada doncella se arrojó sobre el lecho, mesándose los cabellos, mordiendo frenética las sábanas y exhalando guturales gemidos.

-¡Pobre muchacha!, murmuró Don Diego, enjugando una lágrima que a pesar de su valor moral asomó bajo sus pestañas encanecidas. En el exceso de su pena olvida que la hora de la muerte es triste hasta para el mejor cristiano y duplica sus angustias con el espectáculo de las suyas.

Bastaron aquellas palabras para que Ambarina reprimiera sus desgarradoras emociones, recobrara en parte su presencia de espíritu y tornara a sentarse a la cabecera de su padre con melancólica compostura. Pero todos sus esfuerzos no podían impedir que sus labios temblaran, que el llanto que pretendía encerrar en su corazón humedeciera sus párpados enrojecidos, ni que sofocada por la violencia que imponía a sus sentimientos pensara en alta voz:

-¡Ay! Lo conozco. Nací para padecer.

-Ofrece tus sentimientos en holocausto al que nos redimió con su sangre y se calmarán, le dijo con dulzura Don Diego. ¿De qué además te quejas? Si otros me han ganado en larga existencia pocos en cambio han disfrutado años de tan completa ventura como los que acabo de atravesar para llegar al sepulcro. Mira una prueba de la paternal misericordia con que me ha tratado el Omnipotente en la magnífica escena que me ofrece su amor divino antes que el panorama del mundo desaparezca de mi vista. El cielo, de un azul deslumbrante, parece abrirme sus radiantes puertas; el sol, revestido de gloria, acompaña mi descenso hacia la tumba; los árboles, desplegando frente a mi albergue su follaje de esmeralda, me encantan aún. Todo me anuncia que sólo mi cuerpo va a perecer; que mi alma, inmortal como su Creador, volará a la patria inmarcesible apenas se desmoronen las paredes de su asilo transitorio. Y tampoco de la tierra desapareceré enteramente, amada Ambarina. ¿No has observado a menudo, penetrada de asombro, cómo el gusano convertido en crisálida, y luego en mariposa, aunque al depositar sus huevecillos bajo esta forma última sucumbe y se seca, renace luego vigoroso y juvenil en el nuevo insecto que brota de su semilla? Así, Ambarina mía, yo, que dejo en ti un vástago de mi rugoso

tronco, resucitaré en tus hijos, que serán mis nietos, y te consolarán. ¡Oh niña sensible! ¡Corazón agradecido y apasionado que me has indemnizado con usura de la pérdida de la familia que tanto lloré! Bendice al Hacedor en vez de lamentarte, pues perdonando piadoso los errores de mi mocedad me ha proporcionado en ti una recompensa en lugar de un castigo.

Ambarina inclinó la cabeza, meditó en lo pasado y exclamó, estremeciéndose al unir el recuerdo de las anteriores desdichas a las desdichas presentes:

-¡Oh, yo le bendeciría con mayor sinceridad si prolongase los días de mi padre!

La tarde declinaba: la alcoba se iba por grados oscureciendo y una hora resonó con lentitud entre las melancólicas sombras del crepúsculo. ¡La de la oración! Al acompasado tañido de la campana religiosa Ambarina, Bernardo y cuantos se hallaban en el aposento se prosternaron ínterin Don Diego pronunciaba rezos en alta voz. Luego que hubo concluido Ambarina lo besó en la frente, pidiéndole su bendición, piadosa costumbre que va desterrando la sociedad moderna por rancia y anticuada. ¡Cómo si no debieran vivir siempre las venerandas hábitos que mantienen el orden, el amor y el respeto en el círculo de las familias!

-Quizá no volveré a escuchar en este valle de lágrimas el toque del *Ave-María* vespertino, dijo Alarcón. Que halague pues también mi oído una vez más la patética melodía que dedicó a esa hora imponente un compositor ilustre. ¡Canta el *Avemaría* de Schubert, mi Ambarina querida! ¡Sé el poético cisne para la agonía de tu padre!

En vano todas las potencias morales y físicas de la joven se rebelaron contra semejante deseo. Inútilmente la espantó como un sacrilegio la idea de la música, la poesía y el arte interrumpiendo el fúnebre colorido de su dolor. Don Diego le pedía un sacrificio y si hubiera sido éste el de su vida lo mismo se hubiera apresurado a complacerle.

Bernardo abrió el piano, que el enfermo al agravarse sus males mandara trasladar a su alcoba. Ambarina, pálida, desmelenada y con los vestidos en desorden, se sentó ante él y después de grave y expresivo prelude una voz de ángel entonó con sublime tristeza la suave y religiosa inspiración de Schubert. ¡Ave-María!, cantaba Ambarina entre sollozos. ¡Ave-María! murmuraba el moribundo en su lecho, dirigiéndose a la Santa Virgen, en cuya presencia no tardaría en aparecer. Y todos los circunstantes con devoto recogimiento repetían. ¡Ave-María! en el fondo de su conmovido corazón.

Nunca aquel trozo musical, lleno de tan admirable sencillez, había producido el efecto que entonces causaba en el pequeño auditorio. Su misma melancolía lo hace en realidad más a propósito para el aposento del enfermo que para brillantes salones; su monotonía misma lo pone más en contacto con el silencioso dolor que con la perfumada atmósfera de los mundanos placeres. Hasta el alma escéptica de Bernardo envió, en consecuencia, al oírlo una lágrima a sus ojos y, olvidando un momento las miserias terrenales, aspiró respetuosa el sagrado incienso que subía hacia el trono de la Reina de los serafines en alas del genio, de la fe y del sentimiento profundo.

Cuando la joven hubo dado el postrer acorde en el sonoro instrumento con que acompañaba sus patéticas modulaciones, cuando su última nota se perdió en el aire, miró

ansiosa a Alarcón como para obtener en su inefable sonrisa la recompensa de su penosísimo esfuerzo. Pero el agonizante yacía inmóvil y mudo. Entonces Ambarina lanzó un clamor terrible y sin valor suficiente para ir a cerciorarse de la funesta verdad dijo, próxima al par a desfallecer:

-¡Ya murió!

-No, no, es solamente un síncope, exclamó Bernardo, prodigándole los precisos auxilios.

Los cuidados de sus numerosos asistentes restituyeron en efecto a Don Diego el uso de sus facultades.

-¡Cruelles!, balbuceó al recobrar el conocimiento, viendo a Ambarina y a Bernardo afanarse por llamarle de nuevo a la vida. ¡Me dormía arrullado por los ángeles y vosotros me despertáis en el lecho del dolor!

Después entró el médico de cabecera, lo examinó, le recetó algunos cordiales y se retiró caviloso.

-¿Y bien?, le preguntó Bernardo, que lo siguiera, mientras Ambarina con las manos juntas escuchaba su respuesta a pocos pasos de distancia.

-La lámpara, ya agotada, se habrá extinguido antes del alba próxima, contestó el profesor de la ciencia más grande que existe. ¿Ha hecho Don Diego todas sus disposiciones?

-Sí, ha arreglado sus asuntos para con los hombres y se ha preparado por medio de la iglesia a comparecer en el tribunal de Dios, replicó conmovido Bernardo. Lo único que nos corresponde ahora es...

-¡Rogar por él!, dijo el facultativo despidiéndose.

Leyó Don Diego en el trastornado semblante de su hija y en la patente agitación de su cuñado su definitiva sentencia. ¿Necesitaba tampoco que la confirmaran los mortales para comprender que la había pronunciado el Omnipotente?

De improviso Ambarina, que permaneciera como anonadada en un sillón, se levantó con febril presteza, se arrodilló junto al lecho del objeto de sus filiales ansias y exclamó con una voz que arrancó lágrimas a cuantos la oyeron:

-Padre mío muy amado, acabo de repasar en mi memoria si he servido y complacido a Vd. en todo como es deber de una buena hija y mil dardos me han atravesado el pecho al recordar que he contradicho uno de sus favoritos deseos rehusando el consentimiento que me pedía Vd., que podía mandar en mi persona como dueño absoluto, para mi boda con Bernardo. Perdón, perdón, queridísimo padre, por esa rebelión indigna e insensata. ¡Miserable de mí! Osaba ocuparme de mi propia felicidad como si la de Vd. no me bastara. ¡Ah! Sea Vd. indulgente con esta mezquina criatura, que le suplica prosternada en el polvo. ¡Dígame Vd. por Dios que me perdona!

-Ambarina, la aflicción te trastorna el juicio. En nada me has agraviado. El Ser Supremo me concedió en ti la más perfecta de las hijas y si marchó triste al encuentro de Inés es porque hubiera preferido quedarme a tu lado.

-El cielo premie tanta bondad y tanto amor, replicó la joven convulsivamente. ¡Oh! Crea Vd. que si inmoldando mi existencia me fuera posible conservar la suya el regocijo con que me extendería en el ataúd manifestaría que también sé yo amar y agradecer. ¡Oh padre! Mi corazón, rebosando en filial ternura, no comprende que haya otro sentimiento tan enérgico en la tierra, ni quiere tampoco experimentarlo. Bástame pues para llenar mis obligaciones en el matrimonio un cariño casi amistoso, una simpatía casi fraternal. Bernardo me inspira esos afectos y Vd. ansía nuestro enlace. Yo le prometo por lo tanto la mano de esposa y cumpliré mi juramento a no ser que Bernardo mismo me releve de él.

-¡Muero contento!, dijo entonces Alarcón, uniendo entre las suyas las manos de su hija y de su cuñado. Dejándote a ti, Ambarina, un apasionado consorte, y a ti, Bernardo, una dulce compañera, mi grata deuda para con entrambos queda satisfecha. En mi testamento, que abriréis a los pocos días de mi fallecimiento, os lego, hijos míos, cuanto poseo. Temiendo sin embargo que Ambarina rehusara contraer la propuesta boda contigo, Bernardo, le ordenaba en el documento referido que, caso de persistir en su repulsa, y de no verificarse por oposición suya la fusión conyugal de vuestros respectivos intereses, te cediera la cuarta parte de la herencia como recompensa justísima de los desvelos con que la has cuidado. Mas ahora que felizmente va a ligaros eterno lazo por vuestra espontánea voluntad, es la mía que no dividáis los bienes que me pertenecieron. ¡Ojalá fructifiquen en vuestras manos como la buena semilla en las del justo! He aquí arreglados ya definitivamente mis negocios en este mundo pasajero. Llamad a un sacerdote para que me ayude a ascender al inmarcesible con alma serena y tranquila.

En el momento de apartarse Ambarina y Bernardo del lecho del agonizante una idea repentina hirió al parecer la imaginación de éste, pues desapareciendo la santa conformidad pintada en sus facciones exclamó con impaciencia:

-¡Mísero de mí! ¡Y he podido olvidar!... ¡Mariana, quiero hablar con la mulata Mariana!

-Por mucha prisa que nos demos a comunicarle tus órdenes, hermano mío, no llegará a la capital desde el pueblecillo de su residencia hasta mañana al mediodía, contestó Bernardo con intención.

-¡Es cierto, y la muerte, que no espera, me arrebatara antes del alba!, repuso Don Diego comprendiéndole. ¡Pluma, tintero, papel! Voy a escribir.

Le proporcionaron los utensilios que pedía y con tanto trabajo que para trazar algunas líneas tardó horas enteras, logró trasladar Alarcón a una carta el pensamiento atormentador que se le había ocurrido. Después selló la epístola cuidadosamente, puso el sobre «A Mariana» y la entregó a su hija.

-Prométeme que Mariana recibirá este billete cerrado como te lo confío, dijo a la joven al verificarlo. Júramelo por la hora de mi agonía bajo la pena de tu eterno infortunio y de la profanación de mi sombra.

-¡Lo juro!, exclamó Ambarina, asiendo el papel y guardándolo en su seno.

Todavía iba a hablar Alarcón; pero la emoción patente que experimenta al ocuparse de un importante secreto casi olvidado en medio de tantas angustias apresuró su fin. Empañáronse sus ojos, volvióse su respiración penosa, y al levantar el tembloroso brazo sobre la inclinada cabeza de su hija para bendecirla otra vez voló su espíritu al seno de *Aquel* que lo había sacado de la nada.

Distinguiendo Ambarina de golpe en las facciones de su adorado padre, el terrorífico color de la muerte lanzó un grito agudísimo, y tan incapaz de soportar con firmeza la catástrofe como si no la hubiera aguardado con dolorosa anticipación cayó para atrás atacada de estremecimientos espasmódicos. Bernardo, sosteniéndola a tiempo, la condujo a un asiento inmediato, donde continuó agitándose presa de contracciones epilépticas. En el desorden de su desesperación abrióse la bata de muselina que velaba su cuello y asomó sobre su seno virginal el papel que el difunto con tanto encarecimiento le confiara.

-La carta dirigida por Alarcón a la mulata Mariana, murmuró al verla Bernardo, al cual no abandonó ni en tan suprema crisis su carácter previsor y artero. Debe encerrar algo muy importante que quizá me interese saber. ¡Recojámosla!

Y la guardó en su bolsillo sin asustarle el abuso de confianza que cometía frente al cadáver todavía tibio de su protector.

Durante muchos días de nada se acordó Ambarina excepto la irreparable pérdida que había cubierto su vida de luto. Cuando la obligaron de nuevo a pensar y a moverse, preguntó inquieta por el billete que le entregara su padre.

-Se habrá extraviado en la confusión de la noche en que expiró, le dijo Bernardo presuroso.

-De modo que ni siquiera tendré el consuelo de cumplir su postrer mandato. ¡Ay!, balbuceó Ambarina, repitiendo la convicción que abrigaba respecto a su infausto destino: ¡Nací para padecer!

IV

La mulata Mariana

Al ver adelantarse hacia nosotros una inevitable desgracia quizá debe asustarnos menos el martirio del instante fatal en que recibimos el golpe aciago que la aflicción profunda, tenaz e implacable que le sigue de cerca. Mientras la herida brota fresca sangre todavía no se ha envenenado y la misma sorpresa y estupor que nos causa su intensidad no nos permite conocer toda su amargura. Pero luego que el primer aturdimiento ha pasado, que recobramos suficiente presencia de espíritu para analizar, digámoslo así, la dolorosa sensación que nos abruma, entonces ¡ay! la sentimos doblemente.

Esto sucedió a Ambarina, que al cabo de tres o cuatro meses de la muerte de Don Diego yacía más pálida, más abatida, más triste que el día en que lo sacaron cadáver de su

mutuo albergue. Sus negras ropas eran menos sombrías que el duelo que en el alma llevaba. El inmenso vacío que hallaba en su existencia aumentaba el tétrico carácter de su filial dolor. Sola, sin familia, rodeada de superficiales amistades, faltábale un corazón afectuoso en el cual derramar las lágrimas que enchían el suyo con esa seguridad en la ajena simpatía que calma las mayores penas. ¡Ah! En medio de su aislamiento moral, bajo el fardo de sus pesares, que nadie le ayudaba a sostener, ¡cómo suspiraba por la sólida educación religiosa que no recibiera! Aunque veneraba a Dios como al augusto príncipe de todo lo bueno, grande y hermoso, en casa de la mulata Mariana le habían enseñado a recitar como un loro sus oraciones, sin reflexionar en las santas palabras que pronunciaba, ni penetrarse de la divina esencia de la fe. De las hábitos de la infancia dependen por lo regular las ideas de la edad de la razón. Acostumbrada Ambarina a ir por rutina a la iglesia, a manifestar las exterioridades de la religión sin empararse en su inefable espíritu no encontraba refugiándose en el seno de la piadosa plegaria todos los consuelos que ésta posee para la devoción verdadera. Pedía auxilio a una madre de cuyas bondades no estaba suficientemente persuadida. Al elevar sus pensamientos al cielo buscaba en él más bien al padre que perdiera que al Hacedor inmortal, y su incierta confianza en el socorro supremo la dejaba sin apoyo en el círculo de las terrestres espinas.

Residía su único alivio en la amistad de Inés, joven interesante a quien primero se aficionó porque llevaba el nombre de la malograda niña que tanto había amado Alarcón, a quien después concedió todo su aprecio porque a generosa índole y clara inteligencia unía exquisita sensibilidad, y a quien más tarde consideró hermana de su infortunio porque había perdido una madre objeto para su filial cariño de tan ferviente culto como el que a su padre profesara ella. Si el largo tiempo de que ya databa su materna orfandad había mitigado en parte el luto de Inés en cambio sufría otras penalidades de que Ambarina estaba exenta. El autor de sus días, que había apresurado el fin de su esposa con sus caprichosos devaneos, a pesar de las canas que sombreaban su frente incurría en errores ridículos a su edad. Sexagenario extravagante Don Lorenzo gastaba su patrimonio en báquicas orgías y homenajes a coquetas que se reían de él por tal de simular una juventud que desde muchos años antes lo abandonara. Cupido cubierto de arrugas revoloteaba ansioso en derredor de todas las flores fáciles y la pobre Inés vivía temiendo que el vetusto Tenorio le diera una madrastra indigna de reemplazar a la virtuosa y tierna madre que lloraba aún.

Sin embargo, aunque su posición bajo este punto de vista superaba en mortificaciones a la de Ambarina hallábase Inés menos abatida y atormentada merced al cristiano entusiasmo que albergaba su pecho. Sostenida por un ardor espiritual contemplaba con sereno semblante las asperezas de la ruta. Cuando la fatigaba demasiado la cruz de sus contrariedades domésticas acudía al templo católico, y allí, exhalando sus gemidos entre nubes de oloroso incienso, conocía que el santo perfume era maravilloso bálsamo para sus heridas morales. Y si obstáculos imprevistos le impedían dirigirse a la divina mansión prosternándose ante la imagen del Crucificado en un rincón de su aposento, o enviando sus preces al cielo a la sombra de los árboles de la campiña, acababa de convencerse al recobrar la paz de su alma, antes tan agitada como un mar tempestuoso, de que la morada del Altísimo es la Naturaleza entera.

Ambarina, tibia creyente, paloma criada a la ventura entre silvestres aves, cuando pasó a poder de Don Diego se dedicó a estudiar los conocimientos del mundo, olvidando casi en su juvenil efervescencia los de la eternidad. El hombre de nuestros días, por otra parte, sometido generalmente al indiferentismo religioso, no posee la fe necesaria para transmitir a la niñez esa piedad sincera que se consolida con los actos de una minuciosa práctica. Sólo la mujer, sólo una madre ama y cree lo bastante para desarrollar en sus hijos con sus pacientes lecciones y su ejemplo las devotas virtudes. Contentándose Don Diego con que Ambarina asistiera a la iglesia y llenara las exterioridades del buen cristiano no se acordó de sondear las disposiciones de su índole respecto a las profundas materias de que depende nuestra salvación. La adolescente pues, viendo que sus preceptores únicamente daban importancia a los ramos de cultura intelectual, o de adorno, que excitan el aplauso público, dejó secarse abandonados los manantiales de amor divino que no podían menos que existir en el fondo de un alma tan sensible, agradecida y elevada como la suya.

Relacionadas Ambarina e Inés por el trato social se habían agradado mutuamente desde la primera mirada. Convirtiose su simpatía en intimidad afectuosa cuando la anterior vio descender a la tumba al respetable anciano que en la tierra la protegía. Inés, que acudió solícita a su lado al saber el terrible golpe con que la agobiara la parca, se esforzó en enjugar su lloro con sus dulces caricias. Pero desavenencias de familia le impidieron continuar visitando con la frecuencia que deseaba a la triste huérfana. Envuelto su padre en las redes de una artificiosa mujer que aceptaba sus vetustos suspiros, ansiando escapar a la pobreza que la amenazaba, obligaba a cultivar la supuesta amistad de personas que con justos motivos excitaban su antipatía. Rehusando al principio Inés servir de juguete a los desvaríos de un hombre que desconceptuaba el venerable carácter de la ancianidad recurría a incesantes pretextos para quedarse en casa, y luego trasladarse presurosa a la de Ambarina. Mas descubrió desgraciadamente Don Lorenzo la preferencia que otorgaba su hija a una joven extraña sobre aquella con quien su locura pensaba emparentar pronto, y marchando en su busca colmábala de denuestos en la morada ajena sin importársele que oyera todo el mundo su indigno lenguaje. Una vez que la mulata Mariana, la cual iba a menudo a ver a su señorita, presenció una de las referidas escenas, en que el padre abusaba de sus derechos prorrumpiendo en injustas invectivas, y la hija recibía silenciosa la grosera descarga de su cólera, con el desenfado propio de su condición se interpuso entre Don Lorenzo y su víctima, llamándole viejo loco, necio esclavo de una mujerzuela que se mofaba de él, y otras lindezas por el estilo. Don Lorenzo, usando de los privilegios de su color, alzó el bastón para sacudirle el polvo: Mariana, furiosa como una gata lastimada, le hizo frente con las uñas de fuera, y los gritos de «vil mulata» y «roñoso vejete» hubieran resonado largo rato a compás de sendos golpes a no haber Bernardo relegado a cada uno de los contrincantes al lugar que le correspondía.

Desde aquel lance, a la vez ridículo y penoso, prohibió Don Lorenzo a su hija frecuentar tan asiduamente el trato de Ambarina. Inés sin embargo, aprovechaba todas las oportunidades de visitarla que se le presentaban y hallándola siempre sepultada en sombría tristeza decíale compadecida:

-¿Por qué no apresuras tu matrimonio con Bernardo? Creándote una familia desaparecerán con el desempeño de tus obligaciones de esposa tus melancolías actuales.

-¡Ay!, contestaba suspirando la huérfana. Para llevar a la morada conyugal un corazón contento se necesita más viva afección que la que me inspira Bernardo. Éste por su parte, en un tiempo tan prendado al parecer de mi escaso mérito, y tan deseoso de pertenecerme por íntimos lazos, no pronuncia ahora palabra alguna relativa al compromiso que contrajimos junto al lecho de muerte de nuestro mutuo protector. ¿Motiva su reserva el respeto que mi dolor le causa, o ha cesado de profesarme el cariño que creyó indestructible? Lo ignoro. Pero de todos modos comienzo a convencerme de que he conocido mal a Bernardo juzgándole capaz de sacrificarlo todo a la propia conveniencia, pues si le dominaron sórdidos pensamientos hubiera reclamado la mano de la rica heredera que ha prometido acompañarle al altar.

Transcurridos cinco o seis meses de lóbrego luto resolvióse al fin Ambarina a trasladarse al ingenio, lo que no verificara antes por temor a las intensas memorias que la posesión campestre donde se deslizaran muchos de los días de su felicidad conservaba para su alma constante. Ocupábase una mañana de los preparativos de su próxima partida cuando entró Bernardo en la sala en que arreglaba la joven algunos objetos que pertenecieran a Don Diego, dejando correr mientras tanto por su dorado rostro las lágrimas inagotables de una eterna aflicción.

-¿Es pues cierto que te marchas, Ambarina, para el Antilla? le preguntó Bernardo, sentándose a su lado y golpeando, como embarazado, con el bastoncillo que en la mano llevaba la punta de su bota.

-Sí; me voy, respondió la huérfana afectuosamente, porque su soledad la impelía a contemplar en Bernardo un amigo. Y añadió con débil sonrisa: espero que me acompañes siquiera algunos días, y que te compadezcas de la pobre abandonada.

-¿Has adivinado entonces que he determinado desistir de nuestro enlace?, repuso el joven, aferrándose a las palabras que su interlocutora pronunciara con distinta intención para atraer el diálogo al terreno que le convenía.

Nunca había amado Ambarina a Bernardo; menos aún, en otro tiempo lo había calificado de la mayor de las desdichas su boda con él, y no obstante miró romperse casi pesarosa el único lazo que la unía en la tierra a otro individuo de su especie.

-¿Puedo saber el motivo que te ha inducido a renunciar al proyecto que tanto complacía a nuestro bienhechor?, indagó turbada en consecuencia.

-Seguramente, murmuró Bernardo, dimanada de la repugnancia con que primero miraste nuestro matrimonio, y de... de...

A despecho de su frío egoísmo detúvose Bernardo dudoso. Comprendiendo que iba a dar a la huérfana el golpe de gracia temblaba su misma dureza al descargarlo sobre la indefensa víctima.

-Yo creía que me habías perdonado mis caprichos de niña mimada, exclamó Ambarina, fijando en él los llorosos ojos. Hoy necesito tanto un amigo, un hermano, un compañero, que sufro mucho, lo confieso, al conocer lo indiferente que te es mi suerte. ¡Pero cuán

pálido estás! ¡Cuán demudado! ¡Ah, me asustas! Aunque nada debo temer en el mundo después de los crueles males que me agobian me aterra tu trastorno.

Un relámpago de conmiseración brotó de las rojizas órbitas de Bernardo.

-¡Pobre muchacha!, balbuceó. Yo no quisiera ofenderte; yo me siento interesado a tu favor con sinceridad. Pero la preocupación, la costumbre, la mulata Mariana... ¡Oh! ¡Por todo pasaré menos por eso!

-¿Qué dices?, gritó Ambarina, abandonando su asiento presa de un espanto instintivo.

Entonces hizo la casualidad que penetrara Mariana en la habitación donde hablaban ambos. Su espesa cabellera lanosa, completamente desordenada, comunicaba a su cabeza monstruoso tamaño, y todos los especiales signos de su raza, tales como los abultados labios, los morados tintes y el blanco amarillento del globo de los ojos, puestos en evidencia por la cólera, se revelaban en su rostro con extraordinaria energía.

-¡Ah! ¡Querida hija, qué desgracia! Ya no puedo ocultártela, exclamó, enjugando el copioso sudor que le bañaba la frente.

-Te he prohibido usar para conmigo los dictados familiares que te inspira el imprudente afecto que me profesas, dispuesto a olvidar demasiado a menudo la distancia que ha colocado la sociedad entre mi condición y la tuya, replicó la joven con una susceptibilidad rencorosa que a ella misma le sorprendió.

-¡Por cierto que me encuentro ahora en situación a propósito para elegir mis palabras!, añadió Mariana con peculiar desenvoltura. ¡Aquel bribón de Francisco! No en vano me causaba admiración verte rondar permanentemente mi puerta. Tan pronto se aparecía en el umbral diciendo: «Mariana, vengo a que Vd. y Dorila me cosan esta ropa», como «Marianita, le traigo a Vd. una granada más fresca que un vaso de agua de coco y unos mameyes colorados que ganan en lo sabroso a la mejor conserva». Gracias, Francisco, me apresuraba yo a contestarle. ¿Qué milagro nos ha valido de repente el cariño de Vd.? ¿Ha olvidado Vd. los días en que no permitía que ninguno de mi casa se acercara al ingenio de Don Diego de Alarcón, y en que persiguió Vd. a la pobre Ambarina como a una sierva cimarrona para impedirle explicarse con aquel caballero que en gloria esté? ¡Bah!, exclamaba el muy taimado: «Lo pasado es como si nunca hubiera sido. Si antes no me agradaba la familia de Vd., Mariana, en la actualidad me gusta y está dicho todo. ¡Ea!, Toma una tajada de mamey, Dorila. Tu madre, o más bien, tu hermana mayor, pues la hermosota Mariana no parece otra cosa, te va a ayudar a comer la exquisita fruta». He aquí poco más o menos las zalamerías con que me engañaba Francisco. ¡Saben tanto los hombres cuando les conviene! Por astuta y experta que se juzgue una mujer les sirve de instrumento como ellos se propongan ofuscarle la razón.

-No comprendiendo a donde conduce semejante preámbulo, dijo Ambarina con desabrimiento, suplicote Mariana, que caso de que hayas venido a hablarme de Francisco y de sus visitas a tu casa dejes la materia para otra ocasión. Tengo al presente asuntos más importantes de que ocuparme.

-¿Más importante que la fuga y pérdida de Dorila, ingrata? Mira; yo podría confundir tu altivez. Pero no, no; he jurado por la salvación de mi alma guardar silencio.

-Te has propuesto hoy atormentarme y has comenzado a conseguirlo, repuso Ambarina, elevando su voz hasta las agudas notas del enojo. Explícame el galimatías con que me aturdes, o me alejo de aquí mientras recobras tu serenidad.

-¿Quién estaría serena en lugar mío sufriendo tantas penas?, gritó Mariana, prorrumpiendo en violentos sollozos. ¿Te figuras acaso, soberbia criatura, que únicamente las personas de piel blanca saben sentir? ¡Ah! Fuera menor el afecto que te tengo y yo te probaría lo contrario. Francisco frecuentaba tan a menudo mi morada que los vecinos repetían... pues... que pensaba en mí demasiado. Mas el tunante a quien acechaba era a mi hija Dorila. El gallo viejo necesita tiernas pollitas. Una noche Dorila huyó con el carretero y se refugió en su choza. Aunque ya había perdido su honra comisioné a Valentín para que me trajera a la fugitiva, asegurándole de antemano mi perdón. Dorila rehusó escucharle; Francisco lo arrojó a empujones de su bohío; Valentín, irritado, sacando una navaja hirió al carretero y heme aquí con la hija deshonrada y el hijo condenado a presidio. Dígame Vd. ahora, señora mía ¿quiere Vd. más aún para que rabie y no chille no sólo la mujer de mi color sino también la madre blanca más remilgada y artificiosa?

-Por supuesto, Mariana... El caso es serio... Dorila lanzada en la carrera del vicio... Valentín degradado para siempre... ¡Ah! ¡Ya no extraño tu exaltación febril!

-Francisco tiene la culpa de todo. Mas yo me vengaré de ese hombre, doblemente infame en haber fingido que me miraba con afección para luego seducir a mi hija sin escrúpulo. Conmigo el daño hubiera sido de menos trascendencia; quien hace un cesto hace ciento y al cristal empañado no se le nota una mancha más. Pero Dorila estaba tan pura como tú, Ambarina. Yo contaba con que Francisco le serviría de padre y el malvado en lugar de protegerla ha labrado su desdicha. No importa, iré a buscarle, le arañaré, le arrancaré los ojos y después prenderé fuego a su casa en castigo de su traición, que ha precipitado a Valentín en la cárcel, ha desacreditado a Dorila y me ha dejado sola en el mundo con mi desengaño.

Experimentaba Ambarina indefinible mezcla de horror y lástima al oír a Mariana, adivinando que el principal motivo de su desconsuelo consistía en que Francisco no la hubiese preferido a su hija. La mulata prosiguió con indiscreta locuacidad:

-Si los hombres suelen manifestarse malos por capricho, las mujeres no les vamos en zaga. Fuera Francisco siquiera rico y generoso y se disculparía en parte la influencia que logró adquirir sobre tan linda mulatica como Dorila. Pero ¡bah! El muy avaro jamás le regaló otra cosa que frutas de la finca donde trabaja, o insignificantes galas de vestir. Hoy le traía un racimo de plátanos, mañana una vara de cinta deslustrada, y se concluyó. Ni un traje bonito que lucir en los bailes del pueblo, ni un pintado pañolón que llevar a la iglesia, ni una joya fina con que inspirar envidia a sus compañeras, recibió Dorila de su mano. Presentábase la muchacha mejor ataviada que otra alguna de su clase merced a lo que le regalabas tú. En cuanto a Francisco no se valió por cierto de brillantes preseas para seducirla. ¡Tacaño ruin! Duéleme en el alma que Valentín no hubiera podido colmarlo de

los improperios que merece, pues desde el principio de su contienda Francisco le cerró la boca con una bofetada, a la cual contestó mi hijo con el navajazo que lo ha enviado a presidio. ¿Comprendes ahora, Ambarina, la extensión de mi desgracia?

-Tanto la comprendo que la mía se ha aumentado desde que te he oído, repuso la huérfana, pálida como la sustancia fósil cuyo nombre le dieran. Tu relato al penetrarme de compasión me hiere de un modo cruel que a mí propia me asombra. Entra en mis aposentos, Mariana, y tranquilízate mientras reflexiono en los medios necesarios para remediar lo sucedido. ¡Ay! Tiempo ha que he descubierto que es la vida una cadena de zozobras.

Bernardo, que atento y silencioso asistiera a esta escena singular, apenas desapareció la mulata tras la puerta de la alcoba de su señorita dirigióse a Ambarina y tomándola de una mano díjole con profundo acento:

-Mariana acaba de indicarte la secreta causa de mi rompimiento contigo.

-¡Mariana!, repitió la huérfana, agitada de nervioso temblor.

-Ella misma. Aunque yo podría ahorrarte una explicación dolorosa, seguro de que, a pesar de desatar mi voluntad y no la tuya los lazos de nuestra dispuesta boda, me cederías los bienes que tu padre y mi hermano político me designó en caso de que rehusaras aceptarme por esposo, ¿para qué exponerme a que si mañana te casas me dispute tu marido el patrimonio que habré debido en apariencia a tu liberalidad? ¿Por qué tampoco he de recibir como una gracia rentas que me corresponden de derecho? Pues al rechazar tu mano no obedezco a un frívolo capricho, ni a un inconstante cambio de afecciones: retrocedo ante un obstáculo que a la generalidad de los hombres arredraría, ante la repugnancia que nos inspira la mezcla con otra raza que justa o injustamente consideramos inferior a la nuestra.

-¿Qué dice, Dios mío? ¡No lo entiendo!, balbuceó Ambarina, respirando apenas.

-Esta carta, donde grabó tu padre sus postreros pensamientos, y que ha llegado a mis manos no importa cómo, aclarará a tus ojos la cuestión, exclamó Bernardo, sacando un papel de su bolsillo. Escucha lo que en ella decía Don Diego de Alarcón a la mujer de color que acaba de salir de aquí.

Y leyó lo siguiente casi en el oído de Ambarina:

«Mariana: La expiación de nuestras culpas es que su memoria nos martirice hasta en los brazos de la muerte. Ya su terrible frialdad comienza a helar mis miembros; ya van debilitándose los latidos de mi corazón; ya un velo misterioso empaña mi vista, y sin embargo, no consigo concentrar todas mis ideas en la majestuosa imagen del Dios omnipotente que no tardará en juzgarme. Un recuerdo me lo impide, recuerdo de acerba tristeza, de punzante remordimiento, de humillación cruel. ¿Lo has olvidado tú acaso, frágil criatura que me arrastraste a la falta que tanto me avergüenza, falaz Dalila que me sedujiste para luego introducir en mi pecho un implacable torcedor? ¡Es imposible! Oye pues la orden que te reitera un agonizante desde el borde de la tumba, y cúmplela si no quieres padecer en tu hora final todavía mayores angustias que yo.

»Exijo de tu obediencia que el fruto de nuestro error juvenil prosiga creyendo que no hay en sus venas gota de impura sangre, que arrostrés mil veces la muerte antes que darle a sospechar que la historia de aquella pobre muchacha blanca víctima de la desesperación que le causó su deshonor fue una fábula que te enseñé para que nuestra hija escapara al oprobio que una sociedad despiadada imprime en la frente de los infelices cuyos padres han carecido de suficiente virtud para oponer las leyes, usos y preocupaciones ya en ella establecidos al desarrollo de la grosera llama producida por una pasión material. Mi airada sombra se levantará del sepulcro para maldecirte el día en que la joven delicada, púdica y buena que me ha perdonado su ilegítimo nacimiento sepa por tu indiscreción cuán culpable fue mi extravío; mi espíritu pedirá al cielo tu eterna condenación cuando por causa tuya descubra Ambarina que su madre es la mulata Mariana...»

Un grito agudo interrumpió la lectura de Bernardo. Habíase lanzado Ambarina hacia él exclamando:

-¡Mientes, me engañas! ¡No encierra ese papel declaración tan horrible!

-Leelo tú propia, respondió el joven, poniéndole el terrible documento, escrito y firmado por Alarcón, ante los ojos.

Recorrió Ambarina tan espantada como si encerrara su sentencia de muerte. Cayendo después sobre una silla próxima repitió como estúpida:

-¡Ambarina es hija de la mulata Mariana!... ¡La mulata Mariana es madre de Ambarina!

-Ahora no extrañarás que a despecho de tu raro mérito no hayan llegado mi filosofía y mi pasión hasta el punto de hacerme aceptar por suegra una mulata, y por cuñados un presidiario y la querida de un carretero...

-¡Infame!, gritó Ambarina, exasperada con su fría insolencia. ¿Y tú cómo has osado apoderarte de una carta dirigida a otra persona, violar un secreto sellado, digámoslo así, por el anatema de un difunto? ¡Devuélveme ese papel, traidor: entrégamelo, fementido!

-¡Ola! ¡Ola! ¡Parece que la ovejilla empieza a transformarse en silbadora serpiente! Me alegro, Ambarina. Temía que tus lágrimas y ruegos me enterneceran: tu cólera y tus reproches me ayudarán a conservar mi serenidad. Cesa pues de prorumpir en inútiles invectivas. Este papel es una garantía de la realización de mis planes que nadie ¿lo oyes? arrancará de mi poder.

-¿Pretendes entonces, deshonrarme, perderme, enseñando ese papel al mundo entero?, añadió la huérfana fuera de sí. ¿Qué te he hecho yo para que así me odies y amenaces?... ¡Piedad, piedad, Bernardo! ¡Dame esa carta!

-Jamás, Ambarina, porque he resuelto guardarla para poner a cubierto mi patrimonio, que se reduce a la consabida cuarta parte del tuyo, que Alarcón me legó por si acaso te negabas a casarte conmigo, del futuro ataque de tu parentela. Sabiéndome dueño de este documento no se atreverá a molestarme ninguno de los tuyos. Además, si los reverses de la suerte me arruinan, un día mostrándotelo o recordándote que yace en mis manos, no me rehusarás tu piadoso auxilio. Ínterin no llegue semejante crisis no temas de mi malicia

la publicación de tu secreto. Usaré con moderación de mi influencia sobre ti y si nunca necesito apremiarte te dejaré vivir y morir en seráfica tranquilidad.

-¿Crees posible que retorne a mi corazón el sosiego encontrándose mi destino a merced de un hombre como tú? ¡No en vano sospechaba mi espíritu previsor que ocultaba tu hipocresía perverso egoísmo! ¿Pero de qué me asusto neciamente como una inexperta niña?... Quizá esa carta es parto de la delirante imaginación de un moribundo u obra de una pluma hábil en falsificar la letra ajena, quizá...

-¡Mariana!, exclamó Bernardo, dirigiéndose a la alcoba donde entrara la mulata, ven a decir tu misma a Ambarina si no eres...

Corrió la joven hacia él y le tapó la boca con sus crispados dedos. -¡Mi madre! murmuró, concluyendo la frase que Bernardo comenzara. ¡Ah! Ignore a lo menos siempre esa desdichada mujer que conozco sus derechos a mi cariño. Te lo suplico, arrodillada, Bernardo.

-Lo ignoraré, contestó éste compadecido, pues, lo repito, quiero utilizar el secreto de que me he apoderado, mas no tu daño infructuoso. Cálmate, Ambarina: cédeme con todas las competentes formalidades la parte de tus bienes que me corresponde, afirmando que la ruptura de nuestra boda proviene de tu repugnancia en contraerla, y probablemente este papel desaparecerá en el fondo de mis gavetas para no volver jamás a disfrutar de la claridad del día.

Inclinose después Bernardo galantemente para levantar a la huérfana, pero evitando ella con horror su contacto, huyó al opuesto extremo de la pieza, repitiendo casi demente:

-¡Me mataré! ¡Me mataré!

IV

Correspondencia

Octavio de Silva a su amigo Mauricio Ramírez

Heme aquí en el nuevo mundo, querido Mauricio: mírame con los ojos del pensamiento a millares de leguas del patrio hogar, y de los lugares que tantas veces juntos recorrimos. Mi inquieto ánimo, que de continuo me conduce de un punto a otro sin apenas saber lo que busca, ni lo que desea, debe encontrarse ya satisfecho. El inmenso océano se extiende con sus espumosas montañas entre mi persona y el antiguo continente, donde según decía un filósofo griego tuve la desgracia de que un día que el padre de los dioses estaba de mal humor se le antojara lanzarme a la tierra para que mi voz quejumbrosa aumentara el fastidioso clamoreo de las miserias humanas. Otro clima y otras costumbres me rodean lejos de la metrópoli, y el aire que respiro, perfumado con las ricas emanaciones de la vegetación tropical, alivia mi pecho del penoso fardo que lo abrumaba. Separémonos del teatro de nuestros sufrimientos y se mitigarán en gran parte la violencia de nuestro dolor. Si hubieran arrancado a Pablo del sitio en que todo le traía a la memoria el patético

poema de su juventud, tan trágicamente desenlazado con la muerte de su malograda amante, hubiera logrado consolarse de haberla perdido. Pero lo dejaron en perenne contemplación de los escombros del derribado edificio de su dicha, y cubriéndose su alma del eterno luto que destruye la fortaleza moral descendió a la tumba antes de haber vivido.

Amigo Mauricio, tú sabes que también yo, aunque no cuento la temprana edad de Pablo, ni riego con mi lloro la huesa de tierna y malograda beldad, he necesitado huir de mis domésticos penates para no sucumbir prematuramente a los aciagos recuerdos que me representaban. Dotado de un alma altiva, apasionada e impresionable en sumo grado, he pedido siempre la felicidad a las afecciones íntimas, juzgándolas los únicos goces capaces de satisfacer al hombre sensible. Mas ¡ay! que la adversa suerte se ha propuesto burlar mi moderada ambición proporcionándome continuos desengaños. El amor me ha vendido cruel, y la amistad no me ha tratado con mayor benevolencia. Sólo tú la has comprendido tal como la sentía yo, simpática, pura, desinteresada y al abrigo de las vicisitudes de una pasión más vehemente; tú sólo al verme llorar has mostrado al par en tus ojos piadosas lágrimas, y que tu honrado cariño, pronto a dirigirme severos reproches cuando mi natural fogosidad me arrastraba a cometer imprudentes acciones, reservaba inagotables consuelos para mis horas de amargura. ¡Oh Mauricio! Sin tu apoyo ya este infeliz no existiría. Tu firme y serena razón ha sostenido como robusto báculo las debilidades de mi carácter caprichoso y descontentadizo; tu amiga mano me ha guiado hacia la luz en el momento en que iba mi locura a precipitarme en un abismo de tinieblas; tu voz recta y tranquila ha calmado a menudo mis borrascas mentales. Por eso sincera gratitud se mezcla con el afecto que te profeso y el velo de reserva que oculta mi corazón a la mirada de los otros desaparece ante las tuyas.

No lo ignoras, Mauricio, el ridículo ha sido siempre en mi concepto el arma más temible que conocemos; la idea de que a mi paso hubiera cuchicheos y risas me ha sobrecogido en todas épocas como la peor de las calamidades. En lo único que tu grave y sensata voz me ha encontrado rebelde es cuando me has repetido «Respetar la opinión y el decoro social sin declararte sumiso esclavo de las preocupaciones». ¡Ah! Lo que tú de preocupaciones calificas forma parte de ese decoro y esa opinión. Puesto que residimos entre nuestros semejantes correspondenos mirar bajo el mismo punto de vista que ellos los lances de la comedia de la vida. ¿Qué importa que dos o tres individuos aislados comprendan que el actor que en el teatro del mundo excita carcajadas de desprecio debiera más bien causar compasión si al atravesar el escenario prorrumpe el público en dicterios y silbidos? ¿Qué importa que penetremos el frecuente desacierto de los humanos juicios si mientras tanto nos guiamos por sus decretos? En vano me repetirás que es necia y vituperable preocupación burlarse del marido a quien engaña su esposa, e infligir a la víctima el castigo que merecen los culpables violadores de la fe conyugal. A pesar tuyo al presentarse en mártir te sonreirás también, lo contemplarás con desdeñosa lástima y la preocupación te avasallará como al vulgo irreflexivo. He citado este ejemplo en vez de otro cualquiera para probarte que nunca reuniremos suficiente acopio de razón y filosofía para sobreponernos a la aprobación o a la crítica de la sociedad.

Convengo contigo en que llevada al exceso esa deferencia hacia el dictamen ajeno degenera en moral esclavitud, en flaqueza que nos condena a inmolar nuestra voluntad y

nuestros gustos a un mundo que no nos suministra la ventura apetecida. Pero ¿qué quieres? En cuanto a mí he recibido de la Naturaleza una índole desdichada que agrega esa imperfección a otras muchas, y aunque el hombre se modifica con la edad no cambia enteramente de ideas y carácter.

Al tenaz deseo de aprobación que me subyuga, uno yo un descuido en vigilar los accesorios de que depende mi reposo que ha originado las tormentosas luchas de que he sido víctima, borrascas cuya intensidad ha mezclado prematuras canas con mis negros cabellos y mortales desengaños con las ilusiones de mi impetuoso corazón. Probablemente habrás olvidado cuan sinceramente amé a Carmen, la desleal consorte que me vendió como Dalila. La pasión que encendió en mi pecho su falaz encanto se asemejaba al primer capullo que desarrolla en el árbol el benigno aliento de la primavera, al primer trino del pajarillo que ya ha llegado a la época de su vigor, a todo lo primero en fin, que es siempre más fresco y puro que lo que viene después. Carmen al par me amó entonces; todavía lo creo a despecho de su subsecuente perfidia. Pero férvido en mis sentimientos, capaz de llevar hasta el delirio mi afecto a una mujer, pronto a hacer por ella grandes sacrificios, carezco sin embargo del arte que otros poseen para ocuparse de su ídolo sin cesar, para manifestarle con mil pequeñeces su rendimiento, para ser lo que vulgarmente se llama *cavaliere servente* de una hermosa. Desde que juré eterno cariño a Carmen y recibí su ardiente promesa de invariable fidelidad descansé como en un tesoro seguro en la duración de nuestra conyugal ternura. Parecíame en mi ofuscación que una sonrisa, una mirada, una confianza completa bastaba a revelar a mi compañera mi grata constancia. Necio de mí, que no consideraba que la mujer prefiere a todo el halago de su vanidad, agradece más los frívolos obsequios que se le prodigan en público que un culto reservado, e insaciable tratándose de su amor propio no nos perdona que la presentemos a los ojos ajenos como olvidada y desatendida.

No contenta Carmela con poseer mi corazón indignose de que todos no vieran cuan sujeto en sus cadenas me tenía. Sorprendido a menudo en el círculo de brillante festejo con el aire discipulante y desabrido de su semblante, aproximábame a ella solícito para preguntarle si se hallaba indispuesta, y apenas escuchaba su respuesta negativa apartábame de su lado de nuevo para hablar con mis amigos sin sospechar el amargo despecho que suscitaba en la engreída beldad mi conducta. Perteneciendo, por desgracia, mi esposa al número de las criaturas que prefieren parecer felices a serlo, necesitaba un infatigable adorador que murmurara de continuo en su oído frases lisonjeras, que se apresurara a ocupar el asiento junto a ella vacante, y que no sintiera nada para expresar mucho a la faz de los indiferentes. Dotada de índole menos vulgar, lejos de molestarse con mi comportamiento me hubiera dicho reconocida: «No profanemos, querido mío, nuestro inefable amor despojándolo del púdico velo que tantos hechizos le comunica. El sentimiento que se expone a todas las miradas pierde, como la flor azotada por el vendaval, su exquisito perfume. Las afecciones que reservamos son siempre las más profundas, y dos almas que se comprenden guardan para sí solas sus mutuos desahogos con tanto afán como el avaro sus riquezas».

En lugar, repito, de dirigirme este sensato lenguaje, demasiado frívolo para apreciar mi discreción, Carmen buscó culpable entretenimiento a su fastidio. Tú escuchaste, Mauricio mío, los clamores de mi desesperación y mi vergüenza cuando descubrí que un mozalbate

indigno de interesar a una mujer capaz de respetarse a sí propia había deshonrado mi hogar. En mi primer ímpetu de furor resolví matar a los criminales, enseguida los desprecié. Pero el mundo se informó de mi oprobio y aún abrasa mi frente el rubor que me causa la menor alusión a las páginas funestas que desearía borrar del libro de mi vida a costa de toda mi sangre.

Me separé de Carmela, la abandoné a su miserable destino, y mi rigor contribuyó quizá a su prematura muerte. La infeliz sucumbió a una rápida tisis. ¡Qué Dios haya perdonado su alma pecadora! También yo la perdoné en consideración a que me devolvió pronto mi libertad.

Nací con un signo fatal: no me queda duda. A pesar de la sinceridad con que he amado no he podido encontrar leal correspondencia en el amable sexo que nos proporciona la dicha. Tú conoces el deplorable lance que acaba de inducirme después de la catástrofe referida a abandonar en la madre patria alto y lucrativo empleo para trasladarme a América con la pequeña renta que heredé de mi familia a fin de huir a cualquier costa del teatro de mi segunda afrenta. El tiempo había comenzado a cicatrizar la herida abierta en mi pecho por la falsía de Carmen. Entonces trabé amistad con una joven a quien juzgué destinada a concluir de verter benéfico bálsamo sobre la antigua llaga. Esbelta, rubia, dotada de candoroso aspecto, Beatriz me pareció un ángel de luz que Dios, apiadado de mi infortunio, me enviaba para consolarme de lo pasado. Una rosa blanca no encierra mayor pureza que el rostro de aquella niña, tímida y delicada en su exterior como la sensitiva. Deposité en su cariño mis postreras esperanzas, la bendije como a la fuente de mi resurrección moral, y preparé gozoso la guirnalda de virginales azahares para su casta sien. En vano han cantado los poetas la inefable magia del amor primero; yo creo que el último es el más bello siempre. Mi corazón, que temía haber agotado todas sus ilusiones en el culto insensato que tributó a Carmela, halló nuevas fuerzas para adorar a Beatriz. Nacido bajo el sol cálido de Andalucía, la sangre árabe que circula por mis venas me suministra fácilmente las felicidades y los tormentos de la pasión. Otros pueden vivir fríos, apáticos, indiferentes para cuanto no posea relación directa con los intereses de su conveniencia positiva; yo necesito amar algo para considerar la existencia un beneficio. Ni la ambición, ni los locos placeres logran dominarme hasta el punto de que se extinga en mi interior la intensa sed de más dulces emociones. La nada de los bienes a que la codiciosa multitud otorga tanto precio resalta de continuo a mi vista perspicaz, y sólo los deleites del alma, que lo mismo nos colman de gozo en miserable choza que bajo artesonada techumbre, realizan mis aspiraciones secretas.

Ínterin tuve fe en la simpatía, las virtudes y la sinceridad de Beatriz, fui tan venturoso que no hubiera cambiado mi suerte por la de un potentado. Alegre como el ave que dispone su nido ocupábame en arreglarlo todo para nuestra indisoluble unión cuando un antiguo discípulo mío, regresando de sus viajes por país extranjero, me encontró dedicado a tan plácida tarea. En la efusión de mi dicha, pues ésta ansía desahogarse en voces lo propio que el dolor, anuncié a Gustavo mi próxima boda. Al darme cordialmente la enhorabuena me preguntó el nombre de mi desposada. Apresureme a revelárselo y al descubrir que se trataba de Beatriz estremeciose como si le hubiera mordido una serpiente. Entonces con honrada indignación me participó que aquella joven era una azucena marchita por corrupción temprana, un tipo poco común de refinada hipocresía,

una mujer en fin que despojada de su inocencia y abandonada por el autor de la deshonra buscaba un encubridor de su extravío. Los datos que me presentó en garantía de su terrible acusación encerraban incontestable certidumbre. El mismo depravado mancebo que había perdido a Carmen perdió a Beatriz, valiéndose de los artificios de una precoz perversidad, a la cual cínicamente sirvió de auxilio la familia de la víctima, dejando sin apoyo su flaqueza para luego obligar al seductor a conducirla al altar. Pero el malvado después que hubo, con sagaz cautela, cumplido sus diabólicos proyectos desapareció del teatro de su traición sin que el público, alucinado por su carácter hipócrita, que comunicó a su desventurada cómplice, sospechara lo ocurrido.

Tú asististe, Mauricio, al espectáculo de mi agonía al cerciorarme de que Gustavo, informado, no importa cómo, de la abyección secreta de Beatriz me la había descubierto a tiempo. Loco de celos, dominado por la natural impetuosidad de mi organismo, me apoderé de un acero homicida para sumergirlo en mi pecho luego que lo hubiera teñido en la sangre de la pérfida joven. Tú me lo quitaste de las manos, contuviste mi furor y me embarcaste para América a despecho de mi desesperada resistencia. Calmados en la travesía mis violentos arrebatos siéntome hoy tranquilo como el enfermo que triunfando de la grave dolencia que amenazó arrojarlo al sepulcro torna abatido y asombrado a formar parte de los vivientes. La convalecencia me ha sumido en una especie de estupor que embota la memoria de mis recientes penas. ¡Ay! ¿Debo acaso agradecerte lo que acabas de hacer por mí? ¿No me aguardan todavía dolores que no hubiera experimentado si tu cruel piedad no se hubiera opuesto al trágico desenlace de mis angustias íntimas?

Sea como fuere, confieso que la casualidad me ha castigado por mi lado débil. Por lo mismo que tanto temo el escándalo mi esposa me vendió, y enseguida la amante con que pretendí reemplazarla quiso aumentar el rastro impuro que dejara la adúltera bajo mi techo eligiéndolo para asilo de sus anteriores torpezas. ¡Cuántos, sabedores de su aventura con su corruptor, se habrán burlado de mi candidez! ¡Cuántos habrán atribuido mi necia confianza a cínica indiferencia hacia el honor sacrosanto! ¡Y cuántos me habrán tomado por objeto de sus sarcásticas conversaciones!

Pero desviemos de mi mente los acerbos recuerdos que tornarían a oprimir con insoportable peso mi corazón. ¡Engañosa Beatriz! Ocultar un espíritu lleno de culpables dobleces bajo aquel modesto rostro, aquellos ojos siempre inclinados y aquel ademán revestido de virginal timidez. ¡Oh! En adelante no creeré ni en los ángeles.

Adiós amigo, comencé esta carta proponiéndome hablarte de la gran ciudad cubana donde me encuentro ahora y únicamente me he ocupado de memorias tristes. Perdona a un alma intranquila que lance los gemidos de su interior desasosiego. ¡Beatriz fementida! ¡Ah! Cuando hemos amado de veras no consigue tampoco la razón que olvidemos pronto. En vano a mí propio me repito que la mujer que acaba de exponerme al vilipendio público no merece que mis ojos la lloren. Fui feliz ínterin no dudé de ella y necesito tiempo para habituarme al vacío que experimento en la actualidad. Apenas me haya serenado te referiré mis observaciones respecto a esta floreciente Antilla. Mientras tanto ruega a Dios por el hombre abatido y desengañado que desde lejos te saluda afectuosamente y ya sólo aspira en la tierra a cesar de padecer, como el único bien que se halla a su alcance.

El mismo al mismo

Es en verdad La Habana una de las ciudades más ricas, comerciales y moderadas del universo. Persuadidos sus habitantes, como Chateaubriand, de que en la costumbre reside la corriente de la duradera dicha ignoran las turbulentas pasiones, las inquietudes y sed de cambios que producen en la mayor parte de las grandes poblaciones europeas frecuentes alborotos destinados a colocar hoy la autoridad gubernativa en las manos de que la arrebataran ayer. La juventud del país, más afecta a los ramos de la paz que a los laureles de Marte, se ocupa sobre todo de su bienestar positivo con prematura sensatez, reduciendo sus placeres en general al círculo de orden en que giran todas sus acciones. Cortísimo es en la capital cubana el número de esos jóvenes a quienes llamamos truenos en la Península, porque tienen a gala gastar su dinero, reputación y salud en desenfundadas orgías. Aquí no va nadie por la noche a los cafés a discutir cuestiones políticas, ni a obsequiar a Baco con vergonzoso exceso. Como si el ardor del clima destruyera la turbulencia caprichosa que agita el cuerpo y el alma en otras regiones, la temprana edad limita en La Habana sus recreos a pasear en carruaje por las tardes, a bailar durante el verano en los pintorescos pueblos de las cercanías, a visitar en el invierno los teatros, y a tener algún ídolo amado en quien pensar, con seriedad o de paso, pues aquí las niñas de trece abríles ya suspiran sentimentalmente y los adolescentes de quince ya han comenzado a tributar incienso a la hermosura.

El interior de La Habana, a pesar del lucido aspecto que de noche ofrecen muchas de sus calles iluminadas a causa de los magníficos establecimientos mercantiles, construidos a ambas de sus aceras, como si en ellas se celebrara perennemente alguna fiesta nacional, es triste y sofocante; pero la parte que se extiende fuera de murallas es vasta, despejada y alegre. Desde que, atravesando las puertas se halla, uno en el amplio espacio lleno de fresco verdor llamado «Alameda de Isabel II», y contempla ante sí el transeúnte el suntuoso teatro de Tacón, cerca del cual principia una serie de altos, nuevos y cómodos edificios, el alma se ensancha, los ojos se recrean, y el perpetuo movimiento de los infinitos carruajes que van y vienen, particularmente los días festivos, conduciendo en su seno grupos de cubanas beldades coronadas de rosas, vestidas de ligeras gasas y con la sonrisa del contento en los labios de coral, distrae el ánimo más preocupado. También yo suelo mezclarme con la multitud pedestre que sigue con ansiosa mirada en las tardes de los domingos el inmenso y doble cordón de raudos vehículos que circula bajo los árboles del citado paseo, ostentando la elegancia y lujo de sus dueñas; yo también me deleito admirando los atractivos de esas ninfas de dorada tez, negras pupilas y pie diminuto, a quienes solo un corazón enfermo y gastado como el mío puede rehusar homenaje de amor. Bellas indianas, poéticas flores de la virgen Antilla, valiosas joyas de un mundo más joven y fértil que aquel en que nací. Perdonadme si únicamente os concedo la ofrenda de una alabanza respetuosa. En otro tiempo mi alma ardiente y sensible os hubiera adorado con el entusiasmo de que sois tan dignas. Pero llegué tarde a las benignas playas que os producen; dos mujeres menos amables que vosotras marchitaron para siempre las ilusiones de mi vida, y nada perdéis tampoco en que no suspire a vuestras plantas un hombre ya desencantado por la experiencia de sus treinta y dos estíos.

Has acertado, Mauricio, enviándome tan lejos para salvarme de la desesperación. Nada es tan favorable al olvido como la distracción de los viajes. Aunque me siento todavía desanimado y melancólico ya no experimento el misántropo tedio que antes me mataba. Ayer al vestirme me miré al espejo y me sorprendí no distinguiendo ya en mi exterior el vituperable abandono que me comunicara la desgracia. He vuelto a ocuparme involuntariamente de mi persona como cuando pretendía agradar. Dios sabe que siempre me he reído con indiferencia oyendo elogiar mi figura. Pero el cuidado tributado al decoro físico no debe confundirse con la presunción, y la costumbre me ha hecho recobrar mi traje arreglado desde que ha disminuido el desorden de mis pensamientos.

La generalidad de las casas de La Habana es de un solo piso, sobre todo en extramuros. No tienes, Mauricio, idea del aire familiar, digámoslo así, que esos sencillos edificios, abiertos por la noche a las miradas de los que pasan, dan a la población. Basta por consiguiente recorrer las calles para encontrar solaz y placer. A través de la reja, cien y cien beldades reclinadas en el cómodo columpio, verdadera hamaca del sexo delicado bajo la zona tórrida, hechizan al transeúnte, que puedes verlas hablar jovialmente con sus amigos, reír, bailar y tocar el piano, huésped indispensable de toda decente sala habanera. Ese modo de construir las casas facilita las relaciones de sociedad. Altos muros y tupidos cortinajes no se interponen aquí, como en Europa, entre el habitante del país y el forastero, que contemplando desde luego el aspecto más o menos simpático que presenta cada hogar doméstico elige a su antojo las amistades que frecuentar desea.

Pero distraído, refiriéndote generalidades he dejado para el *postscriptum*, como las mujeres, lo más interesante que me ha sucedido desde que huella la tierra joven y fecunda descubierta por el gran Colón. Has de saber que forma parte de los paseos públicos situados en el recinto de La Habana, uno llamado Alameda de Paula, aunque ni un solo árbol la sombrea, pues dicha alameda se reduce a un espacio enlosado y circuido de verjas de hierro y bancos de piedra que se extiende a orillas del puerto. Durante las noches de luna ofrece ese lugar intensas delicias a las almas tristes y contemplativas como la mía. El vasto horizonte que desde allí se percibe confundándose misteriosamente con las profundidades del mar, los innumerables bajeles anclados en la hermosa bahía elevando fantásticos sus arboladuras bajo la etérea bóveda, salpicada de relucientes estrellas, o de blancas nubecillas, la consoladora brisa que después de un día ardoroso circula en aquel punto derramando grata frescura, la quietud, el silencio, todo sumerge el ánimo en la vaga abstracción que sin asemejarse al placer, ni tampoco a la pena, participa de ambas sensaciones. Mientras la multitud acude a la Plaza de Armas, donde hay retreta a menudo, yo voy a la Alameda de Paula a meditar melancólicamente, a abandonarme a la corriente de mis pensamientos, con frecuencia vagos e indefinibles. Sentado en un banco, fija la vista en el vacío, y escuchando sin oírlo el rumor de las pequeñas olas que levanta el terral nocturno en derredor de los buques, inmóviles como viajeros fatigados, me traslado a lo pasado de tal manera que no siento el curso de las horas. Carmela, Beatriz, las ilusiones de mi desvanecida juventud y el desencanto de la realidad actual me embargan completamente; el tiempo huye sin que lo advierta yo, y a no resonar de improviso los monótonos acentos del sereno anunciando las once o doce de la noche, creo que me olvidaría de ir a buscar el reposo junto a mis penates.

No ha mucho que absorto más que nunca en mis téticas ideas hallábame allí repasando mentalmente las dolorosas páginas de mi oscura vida. Al reflexionar, como de costumbre, en la nada de nuestra existencia transitoria desprendíase de mi corazón a impulsos de sombrío desaliento, de una convicción tenaz de que jamás libarán mis áridos labios la copa de la verdadera dicha, el involuntario apego a la tierra que a ella nos une por tantos lazos difíciles de cortar. Huérfano, solo, desamado, errante en el mundo sin entusiasmo ni deseos ¿qué esperanzas me ofrece por cierto mi carrera futura que valgan la pena de continuarla para llegar un poco más tarde al inevitable término del sepulcro?, pensaba yo, Mauricio. ¿Qué hacer para encontrar al fin paz y descanso duradero?

-¡Morir! ¡Morir!, exclamó con fuerza una voz que creí el eco de mi silencioso monólogo.

Volví los ojos hacia el lado de donde partía y una mujer vestida de blanco pasó ante mí como la visión de un sueño. Figurándome casi que era un fantasma creado por el desorden de mi imaginación la seguí con mi atónita mirada. La vaporosa sombra se dirigió rápidamente a la verja que separa la alameda de la bahía, se arrodilló en humilde actitud, permaneció varios minutos con las manos juntas y la frente inclinada y subiéndose a la baranda después se arrojó al mar.

-¡Un suicidio!, grité, sacudiendo el estupor que me embargaba para precipitarme en el agua tras ella.

Llegué a tiempo de asirla por su traje cuando iba a hundirse, ínterin mis clamores llamaban la atención de los marineros de un bote que bogaba a corta distancia.

Atendió la embarcación a mis acentos y nos recogió. Deslizando algunas monedas en la mano de sus tripulantes les impuse silencio respecto a una acción desesperada que podría desacreditar a la infeliz que la había cometido, miembro tal vez de familia respetable y decente. Regresamos a tierra y a los pocos minutos quedé solo con la desconocida, a quien acababa de salvar del peor de los crímenes para con el Ser Supremo.

Empapada en agua, desfallecida, doblada la cabeza sobre el pecho, apoyábase en mi brazo aquella otra víctima del infortunio, muda a impulsos sin duda de un dolor demasiado hondo para exhalarse en exclamaciones inútiles.

-¿A dónde debo, señora, conducir a Vd.?, le pregunté, sin distinguir sus facciones, cubiertas por un gran mantón blanco que la envolvía de pies a cabeza, y que la humedad había ceñido a su talle, marcando puras, esbeltas y juveniles formas.

-A mi domicilio, contestó con una voz cuya dulzura hizo vibrar en mi corazón una cuerda simpática.

Después, echando a andar con velocidad febril, atravesó las principales calles de la ciudad hasta detenerse extramuros ante una casa de alto cuyo exterior anunciaba la opulencia. Entonces llamó como impaciente a sus puertas, cerradas a causa de lo avanzado de la hora, y mientras venían a abrir apartó un poco su mantón mojado para examinarme el rostro con una curiosa mirada que sentí sin ver.

-Aunque me ha perjudicado Vd. conservándome una vida que me pesa agradezco su intención, que ha sido la de hacerme un beneficio, exclamó nuevamente con el acento melodioso que me conmovía. Adiós, y que el Cielo en recompensa de la filantrópica piedad de Vd. lo libre de las amarguras que me han arrastrado al culpable arrebató que vitupera Vd. interiormente.

Hablando así se volvió con viveza hacia una mujer de color que acababa de salirle al encuentro gritando desolada: «¿Eres tú, Ambarina?» la mandó callar con un ademán imperioso y desapareció en la casa, cuya puerta tornó a cerrarse tras ella, dejándome antes percibir a los destellos de los faroles del alumbrado público dos admirables ojos deslumbrantes como el relámpago, una dorada tez y el óvalo puro de un rostro que probablemente posee muchas otras bellezas.

¡Ambarina! He aquí un nombre gracioso y singular. ¿No te parece tan extraordinario, Mauricio, como la aventura que te ha narrado? Pues ¿cómo comprender que una joven hermosa y rica ansíe la muerte a despecho de sus ventajas hasta el punto de cometer la sacrílega acción que a mí, hombre resuelto, me ha arredrado siempre que se me ha ocurrido? ¿Cómo persuadirse de que mora en esa brillante flor un gusano tan devorador y cruel que la induzca a desafiar la ira divina con tal de escapar a sus mordeduras?

¡Ay! La pobrecilla sufre quizá los propios tormentos que a mí me han ulcerado el pecho. El amor, eterno martirio de la temprana edad, la habrá engañado, vendido, sepultado en el infierno que yo conozco, y sintiéndose demasiado débil para soportar los males de que he triunfado yo, ha querido refugiarse para evitarlos en el frío seno de la Parca. Sí, tal vez he sido inhumano restituyéndola a la existencia y condenándola por consiguiente al inmenso vacío, al tedio misantrópico, a la acerba desconfianza que de nosotros se apoderan cuando nos han hecho traición las afecciones que juzgábamos santas, generosas e invariables.

¡Ah, jovencita! No me maldigas si algún día con el alma helada por una soledad más lúgubre que tu actual desesperación, con la hiel del resentimiento en tu espíritu, torturado por los agravios de tus semejantes, murmuras sollozando: «¡Ojalá hubiera perecido la noche en que las olas rodearon como una espumosa mortaja mi cuerpo de virgen!».

Porque mi desconocida, Mauricio, exhala de toda su persona, como los azahares del naranjo, el aroma divino de la castidad que nada ha perdido aún de su poesía. Me atrevo a sostener que no es casada, ni viuda, y que únicamente el amor ideal ha ardidó en aquel seno turgente y delicado.

¡Ah! ¡Ah! Permite que me ría, amigo, de los castillos en el aire que forma mi imaginación para realzar a una mujer que apenas he visto, y que por cierto no se me ha presentado bajo un aspecto muy recomendable, volviendo impía mano contra su vida, de que sólo puede Dios disponer. Me creo desencantado, muerto para la juventud, la esperanza, el entusiasmo y las gratas emociones, y me apresuro sin embargo a concebir ilusiones nuevas y locas. ¡Mísera humanidad! Tus proyectos y palabras se parecen a las letras trazadas sobre movediza arena, que el menor soplo de viento basta para borrar. Y osamos hablar de nuestra firmeza, de la profundidad de nuestras impresiones, de la duración de nuestros sentimientos. ¡Jactancia de fatuos, orgullo de necios, alucinación de dementes!

La reflexión calmó pronto la efervescencia de mi incorregible corazón, siempre ansioso en su imprudencia de proporcionarse sensaciones apasionadas. Torné a caer en el marasmo que me ha inspirado la desgracia, y que generalmente pertenece a los que, como yo, necesitan violentas sacudidas para hallar en el mundo halagüeños alicientes. Cuando no vislumbro ante mí alguna perspectiva risueña, algún inefable ensueño cuya realización preocupe todas mis potencias, me pregunto a mí propio para qué vivo. Lo positivo hasta ahora ha dejado en todas las circunstancias de mi existencia algún vacío penoso que me ha impedido considerarlo de felicidad. Por eso, ofendido gravemente por las dos mujeres en cuya ternura quise encontrarla completa, he llegado a veces a pensar que han dimanado de mi carácter los desastres que más lamento. Confiado y tranquilo en sumo grado desde que juzgo correspondidas mis afecciones, olvido que el amor es una planta preciosa que exige esmero exquisito para no marchitarse. Así, descuidando el delicado capullo que para perfumar mis días brotara en el pecho de Carmen, permití apático que otro me lo arrebatara. Demasiado impetuoso para acordarme del porvenir cuando ese mismo amor, tan pacífico después, a inflamarme comienza no me detuve a examinar la índole ni los antecedentes de Beatriz para creerla enseguida un ángel, convertirme en esclavo de sus artificios y hacerla depositaria de mi dicha futura. Ya ves, Mauricio, que por lo regular comprendo algo tarde los riesgos de mi negligencia, o de mi entusiasmo exagerado. Trataré no obstante de no incurrir en ninguno de ambos extremos para con la misteriosa Ambarina.

A pesar de no haber principiado todavía junio, reina ya en la bulliciosa capital cubana sofocante temperatura. A toda prisa, pues la abandonan las familias más acomodadas para trasladarse a Guanabacoa, el Cerro, Puentes Grandes o Marianao, frescos pueblos de las inmediaciones a propósito para pasar la temporada veraniega. La costumbre y la moda, tan influente en todos los civilizados países, tienen tanta parte como el calor en esa emigración al campo. Apenas empieza el sol a ostentar su omnipotente fuerza ya las mamás experimentan el reumatismo crónico y las niñas los ataques de nervios que obligan al jefe de la casa a mudar sus dioses domésticos a cualquiera de los referidos puntos donde se reúne la multitud elegante durante el estío. En ellos, se pasea, se toman salutíferos baños, se verifican a porfía privadas tertulias, y se baila los días festivos en glorietas abiertas a los céfiros nocturnos, al aroma de las flores de los prados vecinos y al fulgor de las radiosas estrellas de la zona tórrida. Las risueñas habaneras llaman la atención en esos sencillos templos de la alegría por la gracia de sus vestidos de diáfano tul, o de ligera gasa, y sobre todo por la simpática hermosura. Casi todas profesan vehementemente afición a la contradanza del país, baile voluptuoso y pausado que respira la muelle seducción a la vez que la ardiente poesía del clima tropical. A compás de su monotonía encantadora balancean las hijas de Cuba con púdico donaire sus talles flexibles como los bambúes indianos que crecen a orillas del límpido Almendares, o del romántico Yumurí, y te repito, amigo, que se necesita llevar como yo la coraza del desengaño sobre el pecho para no embriagarse con el irresistible atractivo de tan amables ninfas.

He abierto nuevamente esta carta, que ya había cerrado, para decirte: «Mauricio, la he vuelto a ver». Ayer justamente asistí en Puentes Grandes, el más bonito y pintoresco, en mi opinión, de los pueblos de la temporada campestre, a una fiesta que se efectuaba en su espaciosa y ventilada glorieta. Se da aquí tal nombre a un vasto salón al aire libre,

techado con casi rústica simplicidad, sostenido por pilares de madera y engalanando las noches en que la orquesta atrae a su recinto a los partidarios de Tersícore con las afiligranadas hojas de la palmera indiana mezcladas con guirnaldas de silvestres florecillas. Perfectamente iluminada ayer la de Puentes Grandes brillaba a fuer de mágico oasis en medio de las sombras de los próximos campos. Multitud de delicadas señoritas, cuyos trajes de vaporosas telas blancas, rosadas y azules las asemejaban a bandadas de mariposas desplegando sus abigarradas alas a la claridad de las lámparas deslumbradoras, bailaban con el entusiasmo de costumbre, y recité a compás de la seductora música los siguientes versos de Palma, uno de los más distinguidos poetas de la gran Antilla:

Los aires rompe el ruido
de la nocturna fiesta:
¡oh! ¿Qué impresión es esta,
qué mágico sonido,
qué plácida embriaguez?...
Es la cubana danza,
y al escuchar sus sonos
mis muertas ilusiones,
mis sueños de esperanza
¡renacen a la vez!

En efecto, Mauricio: mi pecho acababa de palpar con una aceleración en completa armonía con las estrofas del inspirado bardo. Las cenizas que lo llenaban se desvanecieron bajo el fuego entre ellas oculto. Una joven vestida de blanco paso ante mí deleitándome con el aroma que exhalaba su flotante ropaje. Apenas vislumbré los chispeantes fulgores de sus ojos negros y la dorada finura de su tez sin igual, una conmoción eléctrica trastornó mis potencias. Iba acompañada de un anciano y de otra señorita que al pronunciar el nombre de «Ambarina» aumentó la agitación de todo mi ser. Deslizándome por medio del gentío corrí a colocarme frente a la recién llegada, que se había sentado junto a los floridos festones que ornaban la glorieta. ¡Era ella! La mujer a quien impedí suicidarse la noche que me paseaba en la Alameda de Paula, la desventurada a quien saqué de la bahía helada, trémula y próxima a la muerte...

Además de la admiración que me causaba su tropical belleza impelíame la curiosidad a examinarla con atención escudriñadora. ¿Qué motivos podían haber inducido a tan magnífica criatura a buscar un sepulcro prematuro? Para saberlos interrogué respecto a su posición social a varios individuos que me rodeaban. Todos me respondieron unánimemente que Ambarina es la única heredera del gran caudal de su difunto padre, un tal Don Diego de Alarcón, miembro de una distinguida familia de la Península, y que iba a casarse con uno de sus parientes que le hacía la corte con asiduidad cuando rompiendo de improviso el proyectado matrimonio prefirió entregar a su ex-futuro la parte de sus bienes que Alarcón le designó en su testamento, caso que su hija se opusiera a su ardiente anhelo de enlazarlos, a aceptarlo por dueño y consorte.

-Si Ambarina ha frustrado por su propia voluntad la dispuesta boda, pensé sorprendido, no puede dimanar de pena de que no haya llegado a realizarse su violento atentado. ¿Qué misterio oculta en consecuencia esa frente tan noble, ese rostro tan apasionado a pesar de su inmovilidad y esa actitud tan altiva no obstante su modestia?

A fuerzas de mirar a la extraña joven logré magnéticamente que sus ojos hacia mí se volvieran. Chocaron un momento sus brillantes pupilas con las mías y sin duda me reconoció, pues el ámbar de su cutis adquirió la palidez de la muerte para enseguida teñirse de un carmín que comunicó a su hermosura resplandor extraordinario. Pero después en vano proseguí tratando de excitar su atención. Su mirada se cruzó con la mía con tranquila indiferencia. O el deseo me había alucinado y la emoción de Ambarina fue casual, o se había propuesto firmemente no manifestar que me conocía.

Me guardé bien de invitarla a bailar, temiendo una repulsa. Poco aficionada al parecer al entretenimiento que llamó Luis XIV placer de los locos, cuando su edad y sus piernas gotosas no le permitieron ya participar de él, sólo a la avanzada hora en que el salón campestre comenzó a despejarse consintió en ponerse en las filas de la contradanza. ¡Bendita casualidad! Un amigo mío era su compañero. Entonces suplicándole me dejara dar algunas vueltas con la bella joven puse resueltamente mi brazo en torno de su elegante talle, estreché la punta de sus afilados dedos con mi mano temblorosa, le expresé con los ojos que por mi parte me acordaba perfectamente de lo acaecido en la Alameda de Paula y añadí por medio del mismo lenguaje mudo que me encontraba de nuevo dispuesto a exponer mi vida por salvar la suya. Al verme de repente a su lado, una exclamación de terror, de sorpresa o de alguna otra impresión profunda expiró en los labios de Ambarina, la cual, obligada a apoyarse en mi hombro para sostenerse:

-Me siento mala, murmuró. Tenga Vd. la bondad, caballero, de conducirme a mi asiento.

Aunque la obedecí solícito al colocarla en su silla me apresuré a ocupar otra inmediata. Ambarina me contempló con un sobresalto singular y dirigiéndose al anciano con quien entrara en la glorieta:

-Don Lorenzo, le dijo, quisiera retirarme. ¿Dónde está Inés?

-Bailando. Apenas termine la contradanza nos marcharemos. Demasiado tiempo me ha detenido aquí esa locuela inconsiderada, contestó el anciano de mal humor.

Entonces Ambarina, imposibilitada de emprender la fuga, volvió el rostro a otro lado y se puso a observar a los bailadores.

Ofendido con su desvío descortés determiné en venganza entablar de golpe la conversación.

-Creo, señorita, que no es ésta la primera vez que nos vemos, le dije en voz baja. ¿Ha olvidado Vd. tan pronto la Alameda de Paula? El ligero servicio que tuve la dicha de prestar allí a Vd. debiera inducirle siquiera a no volverme la espalda.

-¿A qué servicio alude Vd., caballero? No le entiendo a Vd., replicó la joven, cambiando de actitud para lanzarme de frente una fulminante mirada. En cuanto a los favores que se reprochan no merecen excitar gratitud alguna.

-Señorita... yo... pues... sentiré que Vd. me juzgue mal; pero...

-Gracias a Dios que concluyó Inés, exclamó Ambarina interrumpiéndome, levantándose y acudiendo al encuentro de una simpática sílfide que hacia ella se dirigía. Vamos, ninfa de Tersicore: recuerda que yo soy poco afecta a esa diosa, y que tu padre la aborrece.

Después, poniéndose precipitadamente su *abrigo*, como temerosa de que yo la ayudara, asió el brazo de Don Lorenzo y se retiraron los tres.

Quedé triste, humillado, infeliz, en mi solitario asiento. Nunca ha comprendido que lleguemos a amar de veras sino cuando el trato y la correspondencia del objeto de nuestros suspiros ha convertido en sentimiento profundo la apasionada inclinación, y sin embargo resonó en mi pecho el eco de un sufrimiento tan intenso y concentrado como el que me inspiró la perfidia de Carmen y Beatriz al repelerme Ambarina con tan ingrata dureza.

Pero de improviso, pasando la mano por mi frente para ahuyentar los amargos pensamientos que me asediaban, alzáronse mis ojos atraídos por otras órbitas fascinadoras. ¡Oh Mauricio! El corazón me palpita al decírtelo como no ha palpitado jamás. Detenida Ambarina aún en la glorieta por la multitud que le interceptaba el camino, había vuelto de nuevo el rostro hacia mí y sumida en melancólico silencio me contemplaba a su turno con una especie de ansioso placer.

Incurrí en la imprudencia de levantarme como para acercarme a ella. Inmediatamente tiró del brazo de Don Lorenzo, se mezcló entre los concurrentes y desapareció.

No importa, ya no quedaba yo abatido y desesperanzado como antes. Aquella mirada había inundado mi alma de regocijo para muchos días, revelándome que todavía no había terminado para mí la felicidad en la tierra.

Yo, que he repetido que después de los treinta años no debemos bailar por el único gusto de mover los pies, me precipité entonces en el torbellino del vals a dos tiempos con la febril fogosidad de un jovenzuelo barbilampiño. Escogía sin verlas a mis compañeras, colmándolas de galantes lisonjas. En fin reí, exhalé la alegría que embargaba todas mis facultades, y luego, al hallarme otra vez solo en mi habitación, arrojándome sobre el lecho me absorbí en mí mismo para analizar la expresión de la mirada elocuente y púdica que me dirigieran como un dardo de fuego los admirables ojos de la joven de tez de ámbar.

Aquella mirada inolvidable al descubrirme los tesoros de ternura que encerraba su seno virginal me decía que no obstante su rara conducta para conmigo, una adivinación misteriosa le había revelado que mi corazón debía unirse al suyo con íntimos lazos, y que después de habernos buscado mutuamente por senderos distintos nos habíamos al cabo encontrado para confundir, en una sola, nuestras dos existencias.

¡Inefable idea! ¡Suprema dicha! ¡Esperanza digna del Cielo! No, jamás amé a Carmen ni a Beatriz si comparo el fugaz sentimiento que ambas me inspiraron con el intenso alborozo que me causa el pensamiento de que Ambarina participa de la simpatía que me postra a sus pies o, más bien, el hombre que en su sed de afecciones se entrega a ciegas al amor primero no obedece verdaderamente a la pasión sino al concebir el último.

Aunque los desengaños de una dolorosa experiencia debieran haberme hecho cauteloso, incapaz de reprimir mi natural fogosidad, y enemigo de largos preámbulos, en la mañana siguiente a la noche del baile me atreví a escribir a Ambarina en respetuosos términos, pidiéndole permiso para ir a saludarla. Me devolvieron mi carta sin abrir, mostrándome lo intempestivo de mi comportamiento. Heme aquí, en consecuencia, buscando quien me sirviera de introductor en casa de la esquiva beldad, y rondándola como alma en pena. Al fin el joven que me había proporcionado la dicha de bailar con ella se ofreció amablemente a satisfacer mi pretensión. Anuncia mi visita a Ambarina y la singular criatura le contesta secamente que habiendo decidido marcharse al campo por algunos meses no deseaba contraer, en vísperas de su partida, nuevas amistades. Animado a pesar de tantos desaires por la consoladora memoria de aquella mirada grabada en mi imaginación con caracteres indelebles reduje a mi protector a que de todas maneras me llevara al domicilio de la ingrata, que obligada por la urbanidad tendría que someterse a las circunstancias recibíendome afablemente. Fijamos pues la hora y al anochecer del día designado, vestidos ambos con estudiada elegancia, llamamos a la puerta de la rebelde doncella. El portero nos impidió entrar diciéndonos:

-La señorita y su familia partieron esta mañana para el campo.

-¿En qué punto está situada la finca a donde fueron?, indagué con impaciencia.

-Lo ignoro, porque la señorita no me lo participó. Y ni dádivas ni amenazas lograron que el rudo cerbero quebrantara el silencio que sin duda su ama le había recomendado. Era evidente que Ambarina me huía, me temía, o quizá... ¡me odiaba!

Pero ¿qué significaba en tal caso aquella mirada angelical, triste y elocuente que pareció llamar mi alma hacia la suya, aquel rayo divino que dirigiéndose de sus ojos a mis ojos me habló breves minutos en un lenguaje mil veces superior al de los labios?

Amigo, dispensa el desorden con que te he ido describiendo mis opuestas sensaciones a medida que las experimentaba. Ahora me pierdo en un laberinto de conjeturas, en un abismo de recelos destinados probablemente a conducirme a nuevas decepciones. ¡No importa! Mi corazón ha vuelto a palpar con la impetuosidad de la juventud y aunque el dolor se mezcle con esos tumultuosos latidos, prefiriendo su actual desasosiego al letargo frío como la muerte de su antiguo desengaño, exclamo como el reo que se ha escapado de lóbrega prisión: «¡Gracias, oh Señor del universo! pues retorno a la luz y a conocer que existo.»

VI

AMBARINA A INÉS

La paz del retiro en que residio hace dos meses se ha infiltrado en parte en mi pecho, Inés mía. Bajo un sereno cielo, rodeada del eterno encanto de una naturaleza poética y fecunda, no podían permanecer sumidas mis potencias en misantrópico abatimiento sin ingratitud hacia el Omnipotente Padre, que ha formado para mi regalo los infinitos bienes de que gozo, pues aunque me considero un átomo mezquino en el gran conjunto de la

creación universal también soy hija suya, y por lo tanto me ha destinado a disfrutar de las maravillas que su munificencia ha derramado en el orbe. Mi espíritu, oprimido en los círculos sociales que acabo de perder de vista, se dilata ante el inmenso horizonte que admiran mis ojos, ávidos de libertad y de expansión; mi tristeza se desvanece escuchando los himnos de alegría que elevan las silvestres aves hacia el firmamento y cuando la tierra florece, las brisas murmuran con la melodiosa suavidad del arpa eolia y las criaturas sometidas a los instintos materiales parecen comprender que han nacido para buscar la dicha secándose mis lágrimas dígame enojada a mí propia:

-¡Insensata mujer! ¿Por qué exageras tus penas en lugar de tratar de acostumbrarte a soportarlas? ¿Por qué ofendes a Dios quejándote perennemente de tus mortificaciones en vez de darle gracias por los beneficios que te ha concedido?

En efecto, ¿de qué me lamento, Inés, con tanta amargura?... ¿De mi nacimiento ilegítimo y de la pérdida del respetable protector a quien debí la existencia?... A corta distancia de mi cómoda morada trabajan centenares de infelices que nacidos casi como el bruto de una unión torpe y casual, arrancados al seno de su familia y patria para venir a regar con el sudor de su frente un suelo extranjero, se afanan de continuo para que otros recojan el fruto de sus cansadas tareas. Ahora bien, ¿debo acaso deplorar mi suerte si la pongo en parangón con la del pobre africano que a mi lado sufre conforme dolores comparados con los cuales no merecen los míos excitar piedad? ¿Debo yo llorar mientras el mísero etíope canta y ríe a compás del *machete*, que maneja su fatigado brazo desde la mañana hasta la noche con filosófica resignación? En vano el egoísmo suele repetirme, para excusar mi falta de paciencia, que esos humildes entes cuya estoica resistencia contra los padeceres físicos y morales envidio de buena fe no los sienten como yo, porque no comprenden lo acerbo de ciertas picaduras que a mí me desagradan; que degradados por su estado de embrutecimiento vegetan sin otras ideas de pena o de placer que las experimentadas por la grosera materia, o el ciego instinto. Son criaturas humanas a pesar de su abyección, y quizá lo que juzgamos apática estupidez es la virtud del que cede sin los arrebatos de una cólera infructuosa a los implacables decretos del destino.

Estas consideraciones no impiden, sin embargo, que renazca el luto de mi alma cuando recuerdo ciertas circunstancias de mi vida, que ni a ti, tierna amiga, consentiría mi orgullo en revelar; cuando traigo a la memoria la terrible explicación que rompió mi boda con Bernardo Arribas, el hombre despiadado y cauteloso con quien iba a enlazarme. Con sólo trazar aquí su nombre se han abierto en mi pecho las heridas crueles que creía cicatrizadas. ¡Oh! No vayas a figurarte, querida Inés, que mi corazón le amaba, y que de nuestra repentina separación han dimanado mis tenaces tristezas. Odio a Bernardo a la vez que le temo, y si ahora padezco menos que antes consiste en que desde que estoy en el campo no soporto el suplicio de su abominable presencia.

El día empero de la ruptura de nuestros compromisos quedé tan afligida y desesperada que intenté suicidarme. Dulce amiga que has tenido la felicidad de recibir una educación verdaderamente religiosa, no retires de mí tu afecto por el crimen que a consumar no llegué. Perdóname, pues sufría tanto que se me trastornó el juicio. Vivir después de lo que me había dicho aquel hombre infame me parecía peor que desafiar los tormentos del infierno. Por otra parte tan grande idea he concebido de la Divinidad a mi modo que no consideraba posible que por una falta temporal me condenara a eterno castigo. Me escapé

de consiguiente, por la noche, de mi morada, me dirigí al mar y me lancé a las olas. Un individuo que oyó el ruido de la caída de mi cuerpo en el agua arrojándose tras de mí me libró de la muerte. Condújome enseguida a mi domicilio, sosteniendo mis vacilantes pasos con la simpatía que inspiran a los seres generosos los martirios ajenos. Mi corazón, que empezaba a helarse con el frío del sepulcro, se reanimó con el calor de sus compasivas palabras. Lo sentí palpitante bajo mis empapadas ropas como si resucitara en la yerta tumba a la existencia y a la juventud. Al despedirme de aquel mortal benéfico, alzándose mis ojos para observar si su semblante armonizaba con su filantrópica índole, hallaron en sus facciones el mismo encanto que en sus persuasivos acentos. Entonces, confusa, atónita y como asustada, murmuré rápidamente la expresión de mi gratitud y me refugié en mi albergue.

Tardé varias semanas en recobrar completamente mi equilibrio moral. La funesta revelación que escuchara de boca de Bernardo, la dependencia para con él a que aquel secreto aciago me sometía, mi frustrado proyecto de suicidio y luego la imagen agradable y simpática de mi salvador se mezclaban en mi mente de una manera extraña, tenaz, indefinible. Temiendo volverme maniática o estúpida busqué distracción a mis desordenadas ideas, y por tal de obtener siquiera un intervalo de descanso consentí en acompañarte al baile de las Puentes, a que nos llevó tu padre.

Pero allí, Inés, le vi de nuevo serio y pálido como la primera noche de nuestro encuentro, examinándome con un interés que me manifestó que me había reconocido. Tratando de acercármeme suplicó a mi compañero de contradanza le permitiera dar algunas vueltas conmigo, y cuando trémula de vergüenza al recordar mi pasado arrebató, o a impulsos de una emoción singular que ignoro cómo explicarme, le rogué que me restituyera a mi asiento, se apresuró a ocupar otro a mi lado. Resuelta a evitar toda comunicación con él me dominé lo suficiente para mirarlo con tanta indiferencia como a una persona enteramente extraña. Ofendido entonces se atrevió a hablarme del favor que me había hecho. Contesté casi con grosería a su atenta reconvencción y apoderándome del brazo de Don Lorenzo me levanté para salir del baile, dejándolo, según creo, en extremo desconcertado.

Interceptome el paso el elegante concurso que llenaba la campestre glorieta. Detenida a despecho mío en su recinto no pude resistir a un deseo más fuerte que mi reserva previsor y volviendo el rostro dirigí una mirada de despedida al hombre a quien razones particulares me obligaban a pagar con ingratitud un gran servicio. ¡Él también me miraba! Al encontrarse nuestros ojos, una afectuosa sonrisa asomó a sus labios, aumentando el raro atractivo de su simpática fisonomía. Arrepentida al momento de lo que calificaba de vituperable descuido de mi parte arrastré a tu padre fuera de la glorieta, y de ella salí seguida a mi pesar por la gallarda imagen del desconocido.

No pienses ¡oh Inés! que es uno de esos hombres a los cuales llama el vulgo buenos mozos porque tienen erguida talla, regulares y empalagosas facciones y un aire de fatuidad que anuncia la convicción de su propio mérito. El protagonista de mi melancólica aventura en nada se asemeja a ese tipo común y jactancioso. De estatura mediana, su rostro aunque hermoso debe más bien su encanto a su expresión de inteligencia que a sus rasgos correctos. ¡Ay! Por mi desgracia posee la irresistible seducción, el poderoso magnetismo de que carece la física belleza cuando no la anima el

interior reflejo de un espíritu elevado. ¡Cómo ocultártelo a ti, amiga indulgente y sincera, para quien únicamente se abre sin desconfianza mi pecho susceptible y receloso? Me siento dispuesta a amarte con toda la ternura de un virgen corazón cansado ya de su triste vacío y por lo mismo quiero desviarlo de mis huellas, pues determinada a no casarme nunca trato de ahorrarme a tiempo tormentos inútiles.

Los días transcurridos desde que habito en la finca de mi buen padre han borrado algo esa perseguidora imagen de mi memoria. El que de veras desee olvidar, el que necesite beber las aguas del Leteo, que se aleje de los lugares donde han nacido las emociones de que pretende desprenderse. La mudanza de escenas, el movimiento, las nuevas perspectivas, todo contribuye a proporcionarle la distracción que busca. Cierto es que en los instantes de reposo un sordo dolor moral le dice que la llaga permanece abierta aún, que el tiempo y la distancia sólo han servido de paliativos para los estragos de un mal incurable. Pero sus sufrimientos vuelven después a adormecerse con la ausencia de las causas que los produjeron. ¡Buen Dios! Yo he padecido desde la niñez. Permitid en cambio que se deslice en pacífica monotonía mi juventud. No os pido goces sino tranquilidad. En mi terror a la corona de espinas rechazo la de la felicidad suprema, y convencida por experiencia prematura de que expiamos en este pobre mundo con cien horas aciagas una de completo regocijo no aspiro a conocerla.

El Antilla se halla más floreciente que nunca. Debo hacer a Bernardo la justicia de declarar que supo sacarlo del estado de ruina en que se encontraba cuando lo puso mi padre bajo su dirección. Pero desde nuestra ruptura ha cesado aquél de mezclarse en mis negocios. Le he entregado el legado de Don Diego y me he apresurado a recobrar mi independencia. Aunque el Antilla prosperaba rápidamente bajo sus órdenes, respira ahora como libre de un yugo de hierro. Los míseros etíopes, que trabajaban agobiados por su implacable severidad, se enderezan actualmente en medio de sus tareas y apoyándose un rato en sus instrumentos de labranza, tienen tiempo de enjugar la transpiración de su frente. ¡Desdichados! ¡Ah! Nadie debe compadeceros tanto como yo. Reanimaos pues. Si a costa de vuestros anatemas y penalidades he de duplicar mis rentas, rechazando ese aumento de riqueza me contentaré con la mitad. Prefiero a un oro superfluo vuestra humilde gratitud y vuestras sinceras bendiciones.

Con mi residencia en el ingenio la suerte de los que por mí se exponen al ardor del sol, rompen el endurecido seno de la tierra, cubren las vastas sabanas de ondulantes cañaverales y hacen correr a arroyos un dulce líquido, ha mejorado de tal modo que me juzgo con derecho a esperar que merced a ese alivio se mitigue el rigor de mi hado. He sustituido limpios vestidos a los harapos que los cubrían; he repartido terrenos incultos que se extendían a espaldas de la finca entre los más sumisos y laboriosos para estimularlos a perseverar en el bien; he provisto sus *bohíos* de todo lo necesario, y he permitido que vengan a bailar los domingos al son de sus destemplados tambores junto a mi puerta. Entones les hago algunos regalitos insignificantes para mí, y para ellos de gran valía, que les arrancan gritos de reconocimiento. A menudo se humedecen de gratas lágrimas mis párpados oyéndoles exclamar con espontánea efervescencia: «Parece que ha resucitado nuestro buen amo Don Diego. La *niña* es lo mismito que él fue». Su rudo vocerío al compararme con mi inolvidable padre halaga mi tímpano como una música melodiosa; la sombra del venerable protector de mis mejores años me sonrío a compás de

sus aclamaciones como para exhortarme a merecer tan inapreciable alabanza, y aunque me haya levantado por la mañana nublada la frente de melancolía me recojo por la noche penetrada de inefable placer.

No temas, sin embargo, que cegada por filantrópico entusiasmo trato de separar a mis siervos de la situación a que la costumbre los ha reducido en la isla de Cuba. No me toca a mí alterar un estado de cosas que la mayoría de sus habitantes aprueba, y declara único medio de conservar la riqueza del país. En vez de romper las cadenas me contento con aligerarlas. ¿Por qué no nos proponemos obtener con la persuasión y la blandura lo que alcanzamos con la arbitrariedad y la dureza? Error grosero de las almas crueles es creer los rígidos castigos el verdadero medio de que el fatigado cultivador mueva su brazo más aprisa. Un hombre que trabaja de buena voluntad adelanta doble en un día que una docena que lo verifica de mala gana. Yo he logrado destruir de una manera muy distinta la natural pereza del indolente africano. Aquel que se duerme apoyado en su azada, o apenas vuelve la espalda el mayoral suspende su labor, no recibe el pedazo de terreno que regalo a los más activos. No podrá de consiguiente trabajar para sí propio, ni tampoco vendrá a bailar los domingos con sus compañeros ante mi casa. Si estas penas no lo corrigen anuncio que le voy a enajenar a algún propietario vecino. Semejante amenaza triunfa de la rebeldía del más recalcitrante. A la idea de pasar de manos de la buena *niña*, como me llaman, a las de un amo quizá intolerante y severo el culpable se arrodilla, me besa el borde del traje, me promete la enmienda y llora desesperado, implorando mi conmiseración. Cuando graves casos de desobediencia tenaz me obligan a rechazar al suplicante, aguardo a que toda la dotación acuda a interceder a favor suyo, me dejo rogar largo rato, ofrezco mostrarme inexorable en el porvenir y concluyo perdonando siempre. Aquel hombre por lo regular no reincide en sus faltas. Estimulando a los mortales se consigue mucho más de ellos que quitándoles la esperanza. He aquí pues probado que hasta por egoísmo debe el hacendado manifestarse benigno con sus siervos, y evitar todo lo posible que el chasquido del látigo los despoje de la vergüenza, que constituye el freno principal de la humana criatura en todas circunstancias.

Por mi orden el carpintero del ingenio ha arreglado los *bohíos*, que hoy parecen rústicas casitas, destinadas a cobijar una población feliz a la sombra de los plátanos y palmeras tropicales. Los visito con frecuencia y aquel donde reina el desaseo no vuelve a ser hollado por mi planta. Desvélanse pues los atezados dueños del pajizo albergue en mantenerlo reluciente de orden y limpieza. Mis elogios, que van acompañados de presentes útiles, los ponen gloriosos; mis reconvenciones los entristecen y corrigen. Así premiando las laudables cualidades no necesito castigar los vicios.

Estos ciudadanos me suministran entretenimiento y distracción. A veces olvido mi infausto sino hasta el punto de reírme con el franco alborozo de mi edad. La juventud a pesar suyo busca la alegría como el pájaro los rayos del astro que impera en el cielo. El pensamiento consolador de que mis esfuerzos contribuyen al bien de mis semejantes desvanece además las nubes de mi horizonte. Con el género de vida que he adoptado se ha robustecido mi antes quebrantada salud y ha adquirido mi espíritu nuevas alas. Abandonando temprano mi lecho salgo a pasear acompañada de la nodriza, la mulata Mariana, mientras permanece todavía la vegetación bañada de aljofarado rocío. Atravieso la finca aspirando afanosa el puro y fragante aire matutino y voy a sentarme en la falda

de una colina coronada de palmas de diversas clases que se alza a uno de los extremos del Antilla, o me interno en el *monte* agreste que lo concluye. Allí escucho arrobada el melodioso murmurío de las magníficas aves de mi ardiente patria, que saludan la salida del sol con himnos de contento. Todo despierta a la vez en la Naturaleza, el cielo, la tierra, las plantas y los pajarillos de Dios. Inúndase de luz el espacio, despliegan sus pétalos las flores, comienza la familia ornitológica sus sencillos conciertos, y sólo la criatura humana, ingrata siempre e indiferente a menudo a las glorias divinas, suele cerrar los ojos a la pompa universal.

Contemplando el éter azul como un zafiro inmenso a través de los claros del espeso bosque, observando el regocijo con que sacuden el letargo del sueño los irracionales seres que se agitan en torno mío ansiosos de retornar a la existencia, admirando en fin las maravillas de la creación, que parecen decir al mortal: «Vive, goza, sé feliz», mis manos se juntan como en éxtasis, mi pecho palpita conmovido y mis labios exclaman sinceramente:

-¡Supremo Dios! Yo, que os reconozco y venero en vuestras sublimes obras, no extraigo sin duda de ellas la esencia preciosa de la felicidad porque carezco de un alma bastante elevada para que sobreponiéndose a las humanas miserias pueda satisfacerse con vuestros augustos dones.

Cerca del bosque extiéndese una laguna formada por un ojo de agua, y las abundantes lluvias del verano, que ni aún durante el tiempo de seca y de calor se agota. La rodean frondosos bambúes que mandó plantar mi adorado padre a corta distancia de la orilla, cubierta de verde grama, y sobre aquella aterciopelada alfombra voy a reclinar me cuando me canso de vagar por el *monte*, empapando mis ropas en los diamantes líquidos que la esmaltan. Enojada Mariana al ver la osadía con que desafío la humedad y el ardor del sol pretende reconvenirme por mi imprudencia; pero la reduzco al silencio diciéndole:

-Para que mi corazón no sufra necesito agitar mi cuerpo. Déjame moverme, Mariana, pues de lo contrario volveré a recordar las amargas de mi niñez, la muerte del amado autor de mis días, y que sé yo cuántas otras cosas ¡ay de mí! que me disgustan de la existencia.

A estas palabras, sobrecogiéndose la pobre mulata como si ya me contemplara encorvada de nuevo bajo el peso de unas penas que a pesar de no hallarse a nivel de su comprensión la afligían, me contesta como atemorizada:

-Ya que necesitas de movimiento, niña, ¿por qué no lo buscas en los placeres de la ciudad, que hemos abandonado por este destierro?

-En la ciudad, Mariana, quise suicidarme, aquí me he resignado a vivir. ¿Crees aún que me conviene mejor aquel bullicio que este silencio?

-Los blancos tienen inexplicables rarezas, murmura mi nodriza encogiéndose de hombros. Hijita, si yo me encontrara en tu lugar habría de gozar tanto como tu padeces. ¡Joven, bella, rica, y haber deseado morir porque un hombre feo y repulsivo rehusó tu mano! ¿Ignoras acaso que hay veces en que perder es ganar? Además a las flores frescas

y perfumadas les sobran abejas que acudan a chupar la miel que contienen. ¿Me entiendes, niña mía?

-¡Ay Mariana!, replico suspirando. Si tu fueras yo no pensarías como ahora piensas.

Y mi imaginación, retrocediendo a lo pasado, tiñe para el resto del día mi frente de palidez. Mariana, por consiguiente, temiendo remover las mal apagadas cenizas de mis dolores morales, ha cesado de reconvenirme por mis matinales paseos y mi retiro melancólico. La infeliz me ama a su manera, manifestándome su solicitud con casi maternales cuidados. Cuando abandono el lecho a la luz del alba hallo ya preparadas mis chinelas de goma para preservarme en lo posible de la humedad, mi taza de café caliente, y a Mariana a mi lado ansiosa de darme el ósculo con que saluda mi despertar. ¡Oh Inés! ¡Dios me castigará por mi ingratitud hacia esa mujer, a la cual debo mucho más de lo que te figuras! No obstante la convicción de mis obligaciones para con ella, nunca recibo ni contesto complacida a su afectuoso beso. Te confesaré uno de los pequeños motivos que producen tan deplorable resultado. Mariana en vez del café con que fortalezo mi estómago al levantarme conforta el suyo con un traguito de anisado que comunica a su hálito intolerable olor para mi olfato escrupuloso. Trayendo pues los espirituosos efluvios que se escapan de sus labios a mi memoria la afición de su raza a los licores que trastornan la razón, las groseras hábitos en fin de las criaturas sin educación ni principios, rebélase mi ser entero contra el íntimo contacto que nos une y necesito dominarme para no repelerla lejos de mí. ¡Oh, esto no proviene de necio engreimiento, ni de dureza de corazón, Inés! Tú sabes con qué afable indulgencia trato a los siervos de la finca. ¿De qué dimana entonces?... Probablemente de un susceptible organismo en el cual todo lo que parece degradante, ridículo y vulgar excita repugnancias invencibles que me privan de la benevolencia precisa para amar por sus laudables cualidades a los mismos cuyas ordinarietas me hieren y chocan.

Ocultando empero a mi nodriza mis interiores impulsos arreglo mi atavío matutino y salgo a caballo o a pie antes que el rubio Febo lance su chispeante carro en el espacio sin límites. Empeñada Mariana en acompañarme, me ha privado de la distracción que me proporcionaban mis largos paseos ecuestres cayéndose a cada rato del matalón que monta hasta hacerse el otro día en la cabeza una herida de gravedad. Al temor de que se repita tan funesto accidente he resuelto inmolar mi favorito recreo desde que habito el Antilla. La espontaneidad de mi sacrificio, las lágrimas que derramé ínterin Mariana, permaneció enferma de cuidado, me han rehabilitado a mis propios ojos del ingrato desvío con que suelo mirarla, y todo me prueba que, si extraordinarias circunstancias no me redujeran a la fuerza a tratarla casi como a igual, me sentiría llena de entrañable cariño hacia la que me alimentó con su leche.

He nacido para comprender y admirar la naturaleza según el sincero entusiasmo que me inspiran sus panoramas, cultivados o salvajes, imponentes o sencillos, tranquilos o borrascosos. Desde niña me causaron inefable enajenamiento la magnificencia de una serena noche alumbrada por la claridad de la luna y los fulgores de la radiante mañana, a quien sirve de diadema la aureola del sol, mientras las pardas nubes del violento huracán también me deleitan por distinto estilo. ¡Cuán a menudo me escapaba de la casita de mi nodriza para subir a una eminencia y aspirar allí con afán los ásperos efluvios que despedía la sedienta tierra al prepararse a recibir los torrentes de lluvia que iban a

desprenderse de la atmósfera a compás de los estallidos eléctricos, que parecían próximos a desquiciar el universo! Con qué frecuencia sosteniendo más tarde la vacilante marcha del que me dio el ser lo guié por las anchas guardarrayas del Antilla, induciéndole a regocijarse con la poética placidez del vespertino crepúsculo, que teñía de púrpura, violeta y oro el vasto horizonte. Pero ahora que ya no soy la inexperta niña que vagaba por los campos como las locas mariposas, ni tampoco como la joven feliz que caminaba risueña junto a un respetable protector, ahora que formada por la desgracia conozco ya la sociedad y los hombres, mi espíritu, que antes apreciaba instintivamente los portentos de la creación, experimenta gratitud infinita hacia su eterna generosidad, fecundo poderío y beneficios perpetuos.

-¡Naturaleza!, exclamo conmovida. Aunque he aprendido a llorar muy temprano jamás mis lágrimas han provenido de ti. Nuestros pesares emanan por lo regular de nosotros mismos, que nos atormentamos perennemente, convirtiéndonos en esclavos del orgullo y rehusando contentarnos con los innumerables bienes que nos suministras. Nuestra locura al rodearnos de trabas y preocupaciones extravagantes destruye a veces hasta las sagradas inclinaciones que nos comunicas tú. Inculcas, verbigracia, en el pecho del hijo ardiente afecto, deferencia respetuosa hacia aquellos a quienes debe la existencia, y sin embargo, si ese hijo nace de una madre desprestigiada por ideas injustas no querrá quizá ni venerarla, ni reconocerla, ni llamarla tal a la faz de sus semejantes. ¡Oh naturaleza! Todo es en ti grandeza, elevación, sublimidad; todo en nosotros pequeñez, ingratitud, egoísmo. Acoge por lo tanto compadecida a esta mujer destinada a vivir en triste aislamiento, y que víctima de los míseros errores de su especie se refugia en tus brazos, confiando en que tu augusta quietud le permita siquiera morir en paz.

De este modo suelo hablar conmigo propia al dirigirme a la colina de las palmas que ya te describí, al bosque de los *tocororos*, como llamo al *monte* donde me paseo matinalmente a causa de la multitud de preciosas aves de esa clase que en él se abrigan, y al estanque de los bambúes, al que he puesto el nombre de laguna de la *Esperanza*, porque allí, olvidando mis penas, renazco a la idea consoladora de un porvenir mejor. Sentada bajo los verdes penachos que sombrean el gran charco de agua cristalina bórrase de mi memoria el doloroso rastro de mis anteriores martirios. Su murmurío, armonioso como el que producían en la antigüedad las sonoras cañas del Eúfrates, embarga mis pensamientos. Misterioso letargo que no es la dicha, ni tampoco el pesar, se apodera entonces de mis potencias, y mis ojos, cansados de verter lágrimas, reflejan los rayos de la luz del cielo.

Mi completa separación de Bernardo Arribas contribuye mucho, repito, al alivio de mi tristeza. Figurándome que no he de volverlo a ver se aligera la losa que todavía a ratos pesa sobre mi pobre corazón. ¡Ojalá que su eterna ausencia concluya de levantarla enteramente!

Luego que el calor del sol me ahuyenta de tan plácidos lugares regreso a la casa de vivienda, donde después del desayuno reúno en torno mío a los criollitos de la finca para enseñarles a conocer a Dios. Circuida de los pequeños etíopes paso horas enteras exhortándolos a ser buenos y laboriosos, segura, vuelvo a decir, de que no pierdo mi tiempo y de que apelando a los sentimientos laudables de la más humilde criatura se obtiene de ella doble que despojándola de todo pundonor a fuerza de insultos y

desprecios. Mucho te engañarías empero, Inés mía, si por lo referido imaginaras que he logrado vivir contenta. Hállome reducida aquí a la sociedad de Mariana, y con esto te indico lo bastante para que comprendas cuan aislada me juzgo. Ni mis ideas, ni mi educación, ni mi carácter armonizan en nada con los de mi nodriza. ¡Ay. Plugiera a Dios que hubiera yo mamado con su leche su facilidad para ser feliz! Mariana se ha reconciliado en el Antilla con su hija Dorila, la cual prosigue participando de la morada de Francisco el ex boyero, hoy mayoral de la finca. Tan pronta a enfadarse y colmar de dictérios a los que la incomodan, como a olvidar los agravios recibidos, según sucede a las gentes de su clase, apenas Dorila acudió compungida a besarle la mano, la perdonó. Aunque no he extrañado en Mariana una conducta tan en consonancia con su índole y la ligereza de sus principios, me ha sí sorprendido en Valentín, el hermano de Dorila que, al salir al cabo de dos o tres meses de encierro de la prisión a que lo envió su arrojo en haber alzado la mano contra el ex boyero por la seducción de su hermana, ha ido también a vivir a su lado en el antiguo puesto de carretero. De modo que ahora Mariana, Francisco y los dos hijos de la primera constituyen una sola familia en cuyo seno no parece haberse suscitado jamás la menor disputa. ¡Dichosos ellos, cuyos disgustos pasan tan velozmente como las tempestades del verano tropical! Repúgname sin embargo esa mezcla de opuestos lazos bajo la propia techumbre, convencida como me encuentro de que la bastarda fusión de sangres diferentes debe engendrar otra raza rebelde y pérfida por lo mismo que dotada de un carácter incompleto no pertenece a ninguna de las dos de que ha provenido, y que no la han creado Dios y la naturaleza sino las degradantes pasiones del hombre inmoral.

A despecho de la siniestra fisonomía de Valentín, de su tez, de un amarillo oscuro y bilioso que anuncia la cólera, y de su torva mirada, que desde niño, me lo ha hecho considerar una venenosa serpiente ansiosa de morder, dudo actualmente de la justicia del instinto de repulsión que me indicaba en ese mulato una criatura traidora y maléfica, viéndole olvidar el rencor del castigo que a causa de Francisco recibió para sentarse amigablemente a su mesa, participar de la compañía de su hermana y pasar las primeras horas de la noche recostado contra la puerta del mayoral pulsando su tiple con suave y melancólica expresión. Los golpes que le dio Francisco cuando lo reconvino por lo sucedido con Dorila, los ultrajes y prisión que sufrió entonces y la envidia con que contemplaba el predominio de los blancos, pues al revés de Mariana, que los venera porque son poderosos, él manifestaba odiarlos por su superioridad, han desaparecido de tal manera de su memoria que hoy no tengo en la finca servidor tan sumiso y puntual como Valentín. ¡Más vale así! En recompensa pago sus trabajos liberalmente.

Desde que Dorila ha comenzado a caminar por el sendero del vicio me desagrade infinito su presencia. Por consideración empero a los recuerdos de nuestra niñez y a las instancias de Mariana la tolero en la finca. La vanidad de esa infeliz muchacha se ha aumentado con lo único que hubiera debido destruirla. Ufana con los vergonzosos lazos que la unen a un individuo de la especie que califica tan superior a la suya, pasea con extraordinario descaro su afrenta. Si la vieras recorrer las guardarrayas con el vestido tan largo como las colas que usaban las damas de las antiguas cortes, la cintura tan oprimida que le permite respirar difícilmente, y las mangas y el corpiño tan escasos que sus brazos y busto ostentan de un modo ofensivo al pudor su atezada morbidez, te causaría risa y lástima. Regálanle a porfía los guajiros de la vecindad fragantes flores y pintados pañuelos, y a

menudo, observando el impudente desenfado que despliega en el círculo de sus toscos galanes, lloro humillada pensando:

-¡He aquí la compañera de mi infancia, la amiga de mi incauta adolescencia! ¡He ahí la mujer que ha crecido al lado mío! ¡He ahí casi mi... hermana!

¡Oh autor de mis días, venerable anciano que moras entre los justos! Dios te habrá perdonado muy pronto la falta que presidió a mi nacimiento, merced a las infinitas bendiciones que te prodigo por haberme sacado del infesto recinto de las malas pasiones, donde a pesar de mi altiva inocencia hubiera quizá llegado a familiarizarme con la corrupción, por haberme extendido a tiempo la salvadora mano que me elevó a la posición decorosa que ahora ocupo.

No necesito decirte que conservo con escrupuloso esmero la escogida biblioteca de mi buen padre. Los libros de historia y de amena literatura llenan las horas que no dedico a mis paseos, a mis domésticos cuidados, al cultivo de un jardincito que tengo a espaldas de la casa, a la manutención de mis palomas y gallinas, y al estudio de mi piano, que silencioso desde la muerte de Don Diego ha vuelto a resonar bajo mis dedos. Tan completamente, Inés, ocupo mi tiempo que la imagen del hombre que me libró del suicidio sólo halla ocasión de aparecérseme cuando voy a la laguna de la *Esperanza*, a oír el canto de las parleras avecillas que acuden allí a satisfacer su sed, a mirar a los patos y garzas silvestres sumergirse en el cristalino estanque, a formar ramos olorosos con las *ninfeas* azules y los blancos y rosados *nelumbios* que he mandado plantar cerca de la orilla, y a bogar en el botecillo, ligero como las primitivas piraguas indianas, que he hecho construir para surcar el agua serena. Con frecuencia, siguiendo dentro de la pequeña embarcación el hilo de alguna reciente y novelesca lectura, me creo trasladada por encanto a los canales de una improvisada Venecia] tropical, mecida en romántica góndola y guiada por gentil batelero a quien comunica mi ociosa fantasía el elegante talle y expresivo rostro de mi salvador. Recítame su voz conmovida, en lugar de los dulces versos del Petrarca y del Tasso, los al par muy melodiosos de Heredia y Milanés, mientras sus ojos elocuentes se fijan en los míos con apasionado entusiasmo, su firme brazo sostiene mi débil cintura con ademán protector y su animada fisonomía me dice: «¡Te amo!» ¡Oh! Y entonces mi alma, que únicamente ha conocido filiales y amistosos afectos, se lanza con virginal candidez hacia aquella otra alma de fuego que a buscarla viene. Las peregrinas galas del perdido Edén brotan de repente a mi alrededor, los ángeles me acarician y la felicidad me sonrío revestida de la gallarda forma del mortal seductor al cual he visto dos veces. Pero un momento después, el prosaico graznido de las ranas ahuyenta la ilusión inefable: el barquichuelo, mal conducido, tropieza contra la ribera, las tojosas que en ella bebían huyen asustadas, el áspero y monótono canto de los etíopes sustituye a las poéticas estrofas, y la voz de Mariana, que piensa por su parte en el almuerzo, me advierte que es ya tiempo de regresar a casa.

Mis principales goces por lo tanto residen en vanos sueños. ¿Qué importa? Puesto que la ventura humana es tan fugaz y dudosa, soñemos a los menos con ella, querida Inés, siempre que podamos.

OCTAVIO A MAURICIO

He dejado transcurrir meses enteros sin escribirte. No me reconvengas por un descuido inevitable. En este país fulminante sol excita la pereza mental en el cerebro más activo. Sin embargo, tengo muchas cosas que referirte. Mi pecho, demasiado lleno, necesita desahogarse en el tuyo. Escucha, o, más bien, lee.

Desde que huyó de mí ingratamente la joven de quien te hablé en mi anterior volvió a quedar mi existencia mustia y vacía. El verano mientras tanto abrasaba el corazón de La Habana, sofocándose al par el mío en las estrechas calles, que rebosando en ruido comercial y en densas nubes de polvo aumentan los daños de la canícula. En vano las radiantes noches del estío, verdaderamente magníficas aquí, ya pasee su carro la pálida luna por el espacio azul, ya sólo lo esmalten las estrellas, vienen acompañadas de suavísima brisa a mitigar los rigores de un día candente. En vano también pasajeras tempestades, llamadas *turbonadas* en Cuba, suelen refrescar el aire con chubascos repentinos. Me sentía fuera de mi centro en la atmósfera de fuego que no me hallaba acostumbrado a respirar. Además la terrible enfermedad endémica, en toda su fuerza entonces, ejercía en torno mío funestos estragos. No se hablaba de otra cosa sino de los infinitos forasteros que sucumbían al horrible mal, engendrado según la opinión de hábiles facultativos por los pútridos miasmas que el sol de los trópicos extrae de los pantanos que se extienden en bastantes puntos de la isla a orillas del mar, y de las basuras que arrojan a éste desde los barcos estacionados en los puertos. La fermentación de los desperdicios y plantas marinas que se corrompen en el agua contribuye mucho sin duda alguna al desarrollo del aciago azote que ataca con saña feroz a la mayor parte de los hijos de las zonas frías o templadas que a desafiarlo se atreven. Confieso, Mauricio, que a pesar del poco apego que profeso a una vida de fastidio y desengaños, el temor de perecer derribado por el monstruo invisible que se ceba particularmente en la robustez y la juventud me atormentaba a fuer de lúgubre pesadilla. Las precauciones que mis amigos, o más bien, conocidos, me inducían a tomar para precaverme de él acrecentaban mi sobrecogimiento. Si comía con apetito me amenazaban con una indigestión que podía producir la fatídica dolencia; si me sometía a un régimen de parca sobriedad, gritaban que no me sería posible resistir en caso de que con violencia llegara a invadirme. Aconsejábame uno que no me expusiera al aire ni al sereno, ínterin otro me recomendaba el libre ambiente a cualquier hora del día y de la noche como el mejor preservativo contra las alteraciones de la salud corpórea. ¿Qué hacer pues para evitar el siniestro fantasma? ¿Qué opinión seguir entre tantas distintas? ¿Qué freno poner a los inquietos latidos de mi corazón, que me anunciaban nuevos reveses? Adoptar el único dictamen general en medio de tantos contradictorios. Marcharme al campo, panacea maravillosa para todas las enfermedades del universo a causa de los salutíferos efluvios que se desprenden de las plantas en cualquier estación, y alejarme del ardiente foco donde la endémica fiebre nace, crece, se propaga y derramando sobre la población su fétido aliento envía todos los años millares de víctimas al sepulcro, eligiéndolas entre los infelices que no están todavía aclimatados.

Una familia habanera con la cual me he relacionado íntimamente puso a mi disposición al efecto, con la hospitalaria amabilidad propia de los habitantes de la grande Antilla, una deliciosa finca que posee a varias leguas de la capital. Acepté agradecido y

proveyéndome de una escopeta, de municiones y de todos los precisos utensilios de caza me trasladé por el ferrocarril, el más útil de los modernos inventos, al cafetal indicado, que lleva el pomposo nombre de «Paraíso indiano». Desde que salí de la ciudad comenzaron a dilatarse mis pulmones, a huir las aciagas ideas que me perseguían, a ofrecerme a mis encantados ojos los amenos panoramas de esta zona privilegiada. La vegetación tropical no se asemeja, amigo mío, a la de las regiones distantes del Ecuador, siempre verde en la primavera y el verano, pálida en el otoño y seca en el invierno. Aunque esa graduación de diversos tintes no carece de atractivo, lo supera el del brillante color de esmeralda que desde enero hasta diciembre ostenta aquí la frondosa campiña, de continuo matizada de flores como un inmenso jardín. Selvas vírgenes y pobladas de gigantescos árboles se elevan aún en muchos puntos de la isla, cubriendo leguas y leguas de inculto terreno; la palma real, gallardísima hija de un suelo abrasador, tan abundante en ella como la hierba silvestre, forma por todos lados interminables pórticos, y parece imposible que la naturaleza, tan amiga del pintoresco desorden, haya por sí sola construido esas rectas columnas coronadas en vez de chapiteles por orgullosos penachos. Únicamente viéndola se comprende la romántica gracia, la característica poesía que ese árbol singular y elegantísimo comunica al horizonte. Cuando en el antiguo continente me ponía a examinarlo en grabados y láminas experimentaba una sensación que no me causaban las producciones vegetales de otras regiones igualmente extrañas para mí, porque la indiana palmera me revelaba un nuevo mundo, y las galas de otro cielo muy superior al que sirve de dosel a la caduca Europa. Después, contemplándola de cerca, realizase la grata ilusión que de lejos me inspiraba. Desde la cubierta de la embarcación que a América me condujo empecé a distinguirla orillando la costa, adornando la isla más bella que en esta latitud baña el Atlántico, y extendiéndose en hileras o grupos por las llanuras que constituyen la fisonomía peculiar del país por la parte occidental. A su aspecto resucitaron en mi imaginación las tradiciones concernientes a los primitivos indígenas. Creía ver el penacho guerrero con que coronaban su frente los caciques en el día de batalla, y moverse a su pie, suspendida de las ramas de árboles menos altivos, la hamaca donde la joven madre india arrullaba al tierno fruto de su amoroso seno. Gozosa ahora mi mente al apartarse de la población sofocante y ruidosa que casi de prisión le sirviera ha desplegado las comprimidas alas con el afán del cautivo que recobra su libertad. Mis pensamientos, tanto tiempo acerbos, melancólicos o desconsoladores, han reflejado la alegría de los vergeles, que parecían acudir a mi encuentro con amistosa solicitud, y al deslizarse con la rapidez del relámpago la máquina que me arrebatara dejaba en pos de mí sombrías zozobras.

A pesar de lo temprano que salí de la ciudad llegué por la tarde al «Paraíso», digno en verdad de su título, que juzgué primero asaz enfático. Un cafetal es un vasto jardín dividido en simétricos cuadros donde crece la preciosa planta de cuyo grano hace tan gran consumo el mundo civilizado. Entre los cafetos, arbustos de poca elevación, levántanse protegiéndolos y suministrando a la vez infinita utilidad otros tantos plátanos, árboles hijos también de los ardientes climas, que aquí reditúan el principal alimento de las clases medianas y pobres. Reprodúcense casi sin exigir cuidados, y dan enormes racimos de frutos sustanciosos y gruesos que agradan tanto a la vista como al paladar. El blanco y el negro aman con pasión en la isla de Cuba ese manjar, tan nutritivo como sano, gozando más quizá el último todavía al saborearlo, sencillamente cocido, o asado, en su humilde *bohío*, que su dueño al mirarlo en su mesa convertido en deliciosas frituras

o compotas excelentes. La palma, el plátano y los bambúes o cañas bravas son en mi concepto las plantas más especiales y marcadas de la zona tórrida, pues guardan armoniosa consonancia con la radiante hermosura de la bóveda etérea bajo que nacen, con la música de los céfiros que las agitan, y con la existencia al par lánguida y apasionada de las criaturas residentes en la tierra feraz en que sube siempre el termómetro a extraordinaria altura.

Los verdes campos cubanos me encantan; su flora variadísima me recrea; pero quizá me admira más que la botánica tropical las páginas aladas de su ornitología. Fabuloso es realmente el esplendor de las aves que pueblan los bosques de la gran Antilla española, vuelan en sus sabanas y animan sus jardines. No te puedo decir cuál prefiero en ese conjunto de pájaros magníficos, en esa cadena de eslabones cubiertos de matizadas plumas que comienza con el pavo real, dotado, según sabes, de los chispeantes destellos de los metales más preciosos, y termina con el sunsun o colibrí, fenómeno de la alada especie, amatista, zafiro y rubí flotante que sólo se alimenta con el néctar de las flores, en torno de cuyas corolas se agita de continuo, zumbando de placer. Tan pronto el lindísimo tocororo, cuyo plumaje, verde, rojo, azul y teñido de cuantos lucientes colores conocemos, es tan delicado que una ráfaga de violento aire lo lastima, posado en una rama casi al alcance de mi mano excita mi asombro, como los picotazos del *carpintero real*, horadando en robusto tronco su nido, me inducen a derribarlo con las municiones de mi escopeta para contemplar de cerca su elegante forma y gallardo penacho purpúreo. Ahora el *cardenal* pasa ante mí como una nubecilla de grana, y después el *aparecido* me deslumbra como un collar de pedrería o un arco iris viviente. Aquí chilla el judío vestido de lustroso luto y allí asoma como una flor rosada y amarilla entre su follaje de esmeralda una de esas diminutas y deliciosas aves llamadas en esta isla *peorreras*, que en Europa valdrían un tesoro. En una palabra, no te puedes figurar cuanto me entretienen las galas de la naturaleza en una región tan pródiga en producirlas. Me voy a volver más sabio que Buffon en el estudio de sus profundos arcanos a fuerza de admiración, respeto y gusto por sus bellezas, que no todos comprenden. Hoy desgarré mis ropas trepando a un cerro gigantesco en cuya cima han colocado las parásitas sus extraños ramilletes, y mañana las humedezco en la laguna a que acuden a beber los preciosos patos silvestres que llevan el raro nombre de *huyuyos*. Si invierto horas enteras en examinar las plantas no clasificadas todavía por los botánicos que penden de las cercas rústicas, o brotan entre los matorrales, enseguida absorben mi atención los infinitos insectos que juegan en el aire, ya desplegando las abigarradas alas de la mariposa, ya las plateadas de los caballitos del diablo, ya las apenas perceptibles de los mosquitos, que se precipitan sobre mis manos y mi rostro como vampiros liliputienses. La mezcla del calor y la humedad, propia de este clima, lo fecundiza todo inmediatamente. Hasta en los tejados de las casas crece la hierba, hasta en el menor charco nacen insectillos zumbadores que tienen un día de vida, equivalente a los numerosos años de otras criaturas. Sin embargo, creo que han mentido los que han asegurado que la madre universal de cuanto existe nada ha formado inútil. Yo no sé para qué servirán los infernales *zancudos* y *jejenes* que mientras te escribo se empeñan en devorarme, a no ser que los haya concebido para aumentar las mortificaciones expiatorias del hombre pecador.

Me encuentro solo en el «Paraíso» con el mayoral y los africanos encargados del cultivo del balsámico grano que constituye una de las principales necesidades de la grande

Antilla, pues se me olvidaba decirte que se bebe más café que agua pura. Apenas despiertas te ofrecen café; almuerzas y te dan café; comes y te presentan café; cenas y te ponen con el café tu gorro de dormir. En el campo particularmente, hállase siempre al fuego, en la choza de los trabajadores blancos, el jarro de agua que hierve para la próxima preparación del indicado líquido. ¿El artesano tiene calor? Enjugándose la frente con el pañuelo de Madrás va a tomar café. ¿Padece del estómago? Toma café. ¿Se entrega al alborozo? Toma café también. En fin, el café es un artículo indispensable para el habitante de las ciudades y campos de Cuba. La aromática bebida lo conforta a la hora de levantarse, en la de sus tareas, en la de sus regocijos y en la de sus zozobras. Para pintarte de una vez la extraordinaria afición que el *montero* sobre todo le profesa, te diré que toma casi tanto café como cigarros fuma. Basta con esto para que comprendas que es su garganta una cafetera perpetua, según es su boca una chimenea ambulante por donde se escapa de continuo el azulado humo de la buscada hoja que forma uno de los primeros ramos de la industria del país.

Mucho simpatizo, Mauricio, con ambas costumbres, no sólo porque fumo y bebo café muy gustoso sino porque el frecuente uso del último prueba la sobriedad de los honrados labradores en cuyo círculo vivo ahora, los cuales en lugar de tomar la mañana con aguardiente o mosto fermentado la saludan con un trago del líquido benéfico que jamás ha turbado la razón de sus apasionados, ni los ha guiado a los vicios. Aunque el café, según modernos Esculapios ataca los nervios, las habaneras padecen de ellos menos a menudo que las gentiles europeas, que anteponen a aquél el té y el chocolate. Quizá provendrá de que La Habana, novicia en los supremos refinamientos de la civilización, la moda, y por consiguiente el artificio, no considera aún de alto buen tono declararse una bella sujeta a enfermedades epilépticas y a extravagantes convulsiones.

No deseo ciertamente que la perla de las Antillas adelante en melindres por el estilo; pero sí que cuide más de su agricultura. Según en torno mío veo Pomona y Vertumnio tienen que regalar casi por sí solos a la humanidad gastronómica de Cuba sus ricos productos. Las legumbres y raíces se venden aquí muy caras y carecen de buena calidad, porque apenas las cultivan, ni las recogen a tiempo, ni se ocupa de ellas el horticultor después que ha arrojado la semilla en los surcos, como manifiesta en los mercados la abundancia de rábanos socates, de coles florecidas y de guisantes amarillentos. Si también los adornan profusamente la magnífica piña, reina perfumada, exquisita y fresca de las frutas tropicales, el delicado zapote, muy superior al níspero europeo, el mamey colorado, sabroso y dulce como una conserva confeccionada por más hábiles manos que la de los reposteros de los modernos Lúculos, el suave anon, la dorada naranja, el plátano de seda y la olorosa pomarosa, consiste en la generosa fecundidad de una naturaleza llena de juventud, y no de los afanes del hortelano. ¡Qué bien se crearía en esta isla una temperatura artificial como en el antiguo continente, o renunciaría al sueño el cultivador para hacer brotar de una planta rara más brillantes flores o más apreciados frutos que los que por sí misma ofrece al hombre! Quizá ni aún se acuerda de remover la tierra a su pie, de regarla en tiempo oportuno, ni de agradecerle sus dones. Sin embargo, tanto como de indolencia dimana esto de que reeditando mucho más las vegas, cafetales e ingenios que las huertas y jardines ansían todos dedicarse al cultivo de aquéllos, dejando el de los últimos para los que faltos de capital y de brazos se consagran en pequeño a las especulaciones agrícolas. Así es que a cargo tan importantes ramos de personas que no se

cuidan de la buena o mala clase de su mercancía, con tal que puedan trasladarla pronto al despacho común, que únicamente aspiran a pasar del día, y que prefieren vender aprisa a vender bien, no participan esas pequeñas fincas de las mejoras y reformas que a porfía se introducen en las de azúcar, pues los cafetales comienzan a desaparecer como menos productivos. De modo que no tardarán en reducirse las haciendas rurales de la isla a llanuras cubiertas de caña dulce o tabaco, fuentes de inagotable riqueza para los grandes propietarios del país.

Agrádame por su novedad la monotonía del género de vida que llevo. Me levanto con la aurora, apuro a fuer de matutino néctar un vaso de leche recién extraída de la mansa vaca, que viene dócilmente a ofrecer tan salutífero alimento, échome la escopeta al hombro y a caballo o a pie recorro las inmediaciones del «Paraíso», apuntando a los pájaros que cometen la imprudencia de anunciarme con su canto madrugador su presencia en la arboleda vecina. Sin respeto a la inocencia y hermosura de los alados trovadores, los derribo de la trémula rama donde entonaban sus gorjeos y los deposito palpitantes todavía en mi zurrón de caza, pensando en lugar de compadecerlos en el ansioso desayuno que van a suministrarme. ¡Egoísta raza humana! ¿Cómo osas anatematizar la crueldad de los tigres y leones? ¿No destruyes tú como ellos para satisfacer tus apetitos? ¿No eres doblemente culpable al verificarlo, puesto que lejos de obedecer a un ciego instinto, a un involuntario impulso de tu naturaleza, privas de la vida a millares de inofensivos seres sabiendo lo que haces y sacrificando sin escrúpulo a un momentáneo goce su existencia entera? ¿Cuáles son los actos del tigre que le han conciliado la aversión universal? Atacar al indefenso rebaño, destrozarlo, saciar su sed de sangre, rugiendo de salvaje complacencia, en las ovejas que no huyen a tiempo, y luego retirarse a digerir su horrible festín en el fondo de sombría caverna. Pues tu ¡oh hombre! que maldices su rabia, te conduces aún peor, porque no sólo sorprendes a tu víctima desprevenida sino que la cuidas, acaricias y engordas a menudo para enseguida inmolarla en aras de tu sensualidad. Convéncete en consecuencia de que las imprecaciones que lanzas contra otras criaturas las mereces tu principalmente.

Estas reflexiones no me impiden, Mauricio, llevar al cocinero sabrosos *sabaneros*, delicadas *tojosas* y exquisitas gallinas de Guinea, cuyo vuelo ha detenido mi implacable escopeta durante mi paseo matinal: estas filosóficas consideraciones no minoran el apetito con que me siento ante la mesa campestre para regalarme con la carne sustanciosa del ave silvestre que conserva, a pesar de la salsa común con que la adereza mi rústico Careme, el gusto de las aromáticas semillas que constituían el banquete diario del pobre animal antes que viniera a constituir el mío. Después, concluido el único placer que según los desengañados no nos miente, me pongo a meditar en un sillón que coloco en el colgadizo de la casa, o reclinado bajo frondoso árbol hojeo las páginas de nuestros mejores prosistas y poetas. Deslizándose Morfeo entre las suaves armonías de las musas suele cerrar mis párpados con tranquilo beleño. Entonces aquel completo reposo moral y físico me rejuvenece en verdad, cual si resucitara para mí el tiempo envidiable en que todo me sonreía en el mundo. A veces, el chasquido del látigo del mayoral anunciando a los siervos las horas del descanso me despierta, abro los ojos, distingo el sol en su meridiano, me desperezo con voluptuosa indolencia y buscando con que apagar mi sed chupo la piña deliciosa, o apuro el agua fresquísima de los cocos verdes. Ya desempeñada tan grata tarea con la lentitud de la ociosidad me ocupo de mi *toilette* con

aseo tan esmerado cual si fueran las africanas de la finca refinadas beldades, oigo con gusto la voz del criado que me llama a comer (en el campo no se piensa en otra cosa), vuelvo a dedicarme al cuidado de mi estómago y saboreada ya con calma oriental la indispensable taza de café retorno a mi poltrona, donde introduciendo el tabaco o cigarro entre mis labios me abandono a los fantásticos deliquios que embargan a los árabes y persas al fumar su pipa de ámbar llena de opio. Dulce letargo inspirado por el ardor del clima arroba mis potencias sin adormecerlas enteramente. Mi alma se concentra en sí misma para lanzarse con nuevo vigor en las borrascas del sentimiento cuando salga de su apatía actual. Confusas visiones atraviesan ese crepúsculo, indeciso como el de la tarde, misteriosos suspiros conmueven mi pecho, que no define a donde se dirigen y, a menudo, murmuro con involuntaria tristeza:

-¡Estoy realmente en un paraíso; pero segundo Adán faltame todavía mi Eva!

¡Ay amigo! Apenas tal idea se me ocurre, los fantasmas vagos, indefinibles y vaporosos que flotan a mi alrededor se mezclan hasta trocarse en una especie de blanca nube que entre sus brumosas ondulaciones me muestra la esbelta forma de una mujer. Luego, sobre aquel cuerpo diáfano y gracioso, asoma un rostro pálido, melancólico y elocuente como el de las vírgenes de Murillo, revelando angustias peores que las de la muerte, cual la vez que lo vi en la Alameda de Paula, o la desconsoladora calma de la resignación, cual la en que lo admiré en la glorieta de Puentes Grandes. Sí, a pesar mío cuando deseo volver a amar y a sentir me acuerdo de Ambarina, de la extraña, esquiva e incomprensible joven que ha rehusado agradecerme la conservación de sus días. ¡Ay, pobre doncella! Quizá me huyes porque penosas decepciones han excitado en ti prudente terror a las agitaciones del alma, porque aprecias como un bien la letárgica indiferencia en que a los menos se adormece sin sufrir, y yo lejos de imitar tu sensata previsión corro loco e irreflexivo tras nuevas ilusiones, nuevas esperanzas, y por lo tanto, nuevo males futuros.

¿Y la tarde cómo la pasas?, es probable que me preguntes, asustado con lo tristes que son la soledad y el silencio de los campos a la hora en que la noche principia a extender su imponente manto sobre la tierra, en que el faro universal se apaga en el océano, y en que el hombre necesita reunirse en sociedad con sus semejantes para no participar moralmente de la oscuridad que descende de los cielos a fuer de fúnebre mortaja. ¡Bah! Mejor tal vez que aturdiéndome en frívolas diversiones y costosos entretenimientos. A esa hora, que con razón consideras melancólica, permanezco en el colgadizo aspirando el fresco terral y mirando los astros que parecen nadar en un mar azuloso, coronados de fosfóricos reflejos. El médico de la finca, el cura del próximo pueblo y el maestro de escuela del mismo acuden a darme conversación, y recostando sus sillas o *taburetes* de cuero contra la pared me distraen con sus controversias. Mientras ellos disputan y charlan, embriagado yo con los perfumes de las flores del cafeto, que casi inodoras por separado componen en masa una inmensa copa de aromas, y con las caricias del céfiro, tan gratas y voluptuosas en los países cálidos, me abandono al éxtasis inefable, al pacífico bienestar que ha largos años no disfrutaba. Penetrando por todos mis poros, un ambiente vivificante purifica mi sangre, robustece mis fibras y predispone mi ser moral a elevarse hacia la gloriosa cúpula donde derraman su luz millones de estrellas. ¡Magnífica noche de los trópicos!, digo entonces a compás de las discusiones de mis acompañantes, que apenas reparan en semejantes maravillas. Ni el célebre firmamento de Andalucía e Italia

posee una diadema de constelaciones tan admirable como la que ostentas en ese misterioso toldo, teñido de más oscuro y profundo azul que el del lapislázuli.

Otras veces también, reuniéndonos en el interior de la casa, juego al ajedrez con el médico, o los cuatro comenzamos una partida de tresillo que gracias a la corta suma que se atraviesa para darle animación se prolonga hasta las diez o las once, hora en que el buen cura y el pedagogo regresan al pueblecillo donde han fijado sus lares, mientras el Hipócrates campestre se dirige a la modesta habitación que en el cafetal ocupa. Imítolos a mi turno y entro en el lecho con la complacencia de un oriental, seguro de que el «Paraíso» me enviará alguna celeste hurí, alguna imagen encantadora en cuyas facciones incomparables reconoceré el divino retrato de la joven a quien saqué casi yerta de la bahía de La Habana: de... Ambarina.

La memoria de Beatriz y de Carmela, que antes a fuer de pesadilla aciaga turbaba mi reposo, ha desaparecido completamente. ¡Ah! ¿Debemos entristecernos o alegrarnos de que las simientes de un amor nuevo destruyan al instante las ya carcomidas raíces del antiguo? No me atrevo a decidir la cuestión.

Determinado a permanecer en tan delicioso retiro hasta octubre por lo menos, pues la fiebre amarilla se prolonga más allá de los límites del verano, me entretengo en formar un herbario con las plantas que recojo en mis excursiones, y una colección de insectos que me acompañará a mi retorno a Europa. Al efecto he mandado traer papel a propósito para mis disecciones botánicas, y pinzas y largos alfileres para prender a los pobres animalillos volantes que exciten mi curiosidad. El mayoral del «Paraíso», individuo cuya franca honradez realiza la frecuente ficción de los novelistas respecto a la bondad hospitalaria del hombre de campo, alegre *guajiro* que monta los domingos gallardamente su negro potro, se ciñe a la cintura la camisa y pantalón listado con una ancha faja de vivos colores de la cual pende el indispensable *machete*, especie de sable tosco con puño de plata y vaina pintoresca que nunca abandona, y va a bailar el *zapateo*, graciosa danza del país, con las más lindas muchachas de la vecina aldea, se asombra viéndome lastimarme a cada rato el rostro y las manos con los abrojos del inculto bosque para ir a coger una florecilla que él insignificante juzgaba, o atrapar un feo bicho que se arrastraba sobre las hojas. El otro día por lo tanto exclamé a mi turno, mirándole dirigirse a su *bohío* cargado con una jaula de cañas llena de unos escarabajos negros y amortecidos que dentro se movían torpemente:

-Parece, Tomás, que también se ha vuelto Vd. naturalista. Ni siquiera desdeña Vd. la familia de esos horribles animalejos.

-¿Horribles?, repitió como sorprendido. Entonces no los conoce Vd., ni sabe cuánto los perseguimos aquí. Con ellos se adorna mi novia cuando va a un baile, y ocultándolos entre la muselina se cubre de guirnaldas más relucientes que si fueran de diamantes. Este insecto es el cocuyo.

-¡Ah! ¿La célebre luciérnaga indiana?, repliqué. Todavía no la había yo visto sino pintada. Puesto que la llaman errante linterna de las cubanas campiñas, tráigame Vd. esta noche algunas de esas animadas lámparas para convencerme de que la vocinglera fama no ha exagerado su brillo.

-Los cocuyos vendrán por sí propios a mostrárselo a Vd. en los árboles fronterizos a la casa. Abundan tanto durante el verano que se introducen en las habitaciones, centellean en medio de la hierba y surcan el aire como exhalaciones luminosas. La época del calor y de las lluvias es su estación preferida. Y según el cariz del horizonte no tardarán en principiar las postreras.

Regularmente el marino y el labrador presagian con exactitud las variaciones atmosféricas: aquél porque las estudia cuidando de su nave y éste porque al par las observa preocupado con su cosecha. Apenas se hubo retirado Tomás con sus cocuyos, resonaron sordos truenos en la etérea bóveda: impetuoso viento sur levantó del seno de la tierra densos remolinos de polvo y gruesas gotas de agua tibia, cayendo sobre el endurecido suelo, anunciaron la explosión de una *turbonada*. ¡Qué formidable estruendo, qué ásperos estallidos eléctricos, y qué torrentes de lluvia! Cualquiera hubiera creído, menos el que ya presenciara tan grandioso espectáculo, que un segundo diluvio iba a inundar el universo, no perdonando ni la verde rama que recogió en su pico la paloma escapada del arca de Noé. Los rayos descendían sobre las palmas, que los atraen con su recta elevación como pararrayos producidos por la previsión de la sabia naturaleza en una latitud donde son tan violentas sus conmociones: el agua corría con furia de las cataratas del cielo; truenos metálicos y repetidos ensordecían al pobre mortal, testigo de la sombría majestad de tan imponente desorden, y yo, fascinado por la romántica poesía de los elementos desencadenados, ansío volar en alas del huracán bramador al misterioso laboratorio etéreo donde la voluntad divina lo forma a su antojo.

Duraría la *turbonada* dos o tres horas. Enseguida cesó la lluvia, apagose el trueno en el espacio, reprimió el vendaval su tempestuoso aliento, lució de nuevo el sol sobre campos y habitaciones, y sólo recordó el pasado trastorno el arco iris atravesando el cristal azul de la inmensa cúpula del mundo. Heridas por la aureola del monarca del día aparecieron las ramas de los árboles; recobró la vegetación su matiz de esmeralda, y los lirios del indiano estío, entre los cuales descuellan el *crinum*, listado de morado, y el elegantísimo *pancratium*, de estrechos y blancos pétalos realzados por verdes estambres, levantando sus relucientes tallos, despidieron tan penetrante olor a nardo y a vainilla que embriagadas las mariposas se precipitaban con afán hacia su cáliz para quedar prisioneras en el dorado polvillo sobre el cual imprudentemente se posaran.

A continuación de la turbonada, gozosa la región tropical con el recibido riego, despliega como la casta y apasionada virgen después del primer ósculo de amor nuevos y púdicos encantos. Los azahares del limonero, las hojas del guayabo y las ramas de otra porción de aromáticos arbustos, aquí silvestres envían, en alas de la brisa ráfagas de casi trastornada fragancia. Y el hombre, ebrio a su vez, como la mariposa con los perfumes del aire y del follaje húmedo, con la hermosura del cielo y las palpitations de una tierra ardorosa y poética, suspira lánguidamente cual si lo estrecharan los invisibles brazos de una fada irresistible, cual si también expirara de placer en el nevado seno de una flor sensible y seductora.

Por la noche Tomás me dijo:

-Señor, allá en mis primeras mocedades fui pirotécnico y entiendo algo aún de fuegos artificiales. He querido de consiguiente obsequiar a Vd. con una muestra de mi habilidad en la materia. Sígame Vd. si gusta presenciarla.

Condújome a varios pasos de la casa de vivienda ante un gallardo naranjo recortado artísticamente, y lo vi convertido en brillante araña compuesta de innumerables lucecitas del pálido y suave color de la llamada de Bengala. Me sorprendió que hubiera podido colocarlas Tomás en todas las hojas del naranjo desde su más débil retoño hasta su más pequeño botón. El árbol despedía por todos lados fosfóricos destellos, deslumbraba como un astro trasladado a la tierra bajo el oscuro toldo de una opaca noche, y hacía creer en la magia de los cuentos orientales.

-Los potentados europeos te colmarían de oro porque en sus grandes fiestas adornaras sus jardines con una iluminación semejante, dije al mayoral. No acierto a explicarme cómo has logrado encender luces de tanta duración en el estrecho cáliz de un azahar, o sobre la frágil punta de un vástago que a asomar empieza. ¿Eres hechicero Tomás?

-Sí, pues voy a convertir en fosfórica nube la fosfórica iluminación, me contestó riéndose.

Y agarrándose del árbol sacudiolo con tanta fuerza que volaron en efecto los millares de lucecitas por el aire a fuer de otros tantos aerolitos, quedando apenas una que otra estacionada en el naranjo.

-¡Ah, comienzo a comprender!, exclamé entonces. Esas rastreras estrellas son insectos, son luciérnagas indianas, son en fin los cocuyos que esta mañana llamé feos escarabajos.

-Ha adivinado usted el misterio, repuso Tomás. Mientras llovía, cubrí la copa del naranjo de pedacitos de caña dulce simétricamente dispuestos, suspendí mi jaula de coyuyos de sus ramas con la puerta abierta y al instante los golosos prisioneros se dirigieron hacia su predilecto manjar. Yo, que conozco las costumbres de esos animalitos, sabía que los que vagaban por las inmediaciones no tardarían en acudir a donde se hallaban sus compañeros, ni en lanzarse por lo tanto sobre la dulce caña. Ya ve Vd. que no me he equivocado, y que soy hábil pirotécnico.

Di gracias a Tomás por su ingeniosa ocurrencia, ínterin al observar de cerca aquellos insectos, tan comunes de día, y de noche tan esplendorosos, cesaba de sorprenderme el que formaran las rústicas beldades adornos con ellos para sus prendidos. La claridad que exhalan por la cabeza y las escamas de su vientrecillo es tanta que con cinco o seis coyuyos casi se puede leer en las tinieblas. Admírase pues el extranjero, aunque haya oído hablar de esa brillantez maravillosa, cuando al visitar los campos de Cuba los distingue volando en bandadas resplandecientes, deteniéndose en la cúspide de las plantas y esmaltando la tierra de estrellas pálidas y temblorosas como las que se sostienen por portentosas leyes de atracción y armonía en la techumbre del universo.

Me ha referido Tomás multitud de tradiciones concernientes al cocuyo. Aquí un viejo avaro cobraba miedo a las lucecitas errantes, tomándolas por las almas en pena de sus víctimas; allá una linda muchacha, trigueña como el panal de miel y dulce como la miel misma, se valía del cocuyo a pesar de la tiranía de sus parientes, que la encerraban de noche a oscuras, para leer las cartas de su amante, que la vigilancia de sus guardianes no

le permitía recorrer de día. Él también por su parte debía agradecimiento al insectillo luminoso. Adoraba a Lola, la perla femenil del partido; pero otro *montero* gustaba igualmente de la seductora *guajirita*, y aunque Lola prefería a Tomás, su padre se inclinaba a Miguel. En semejante situación llegó la víspera de año nuevo, época en que la joven campesina cubana que desea elegir novio lanza a media noche una flor a la calle para que la recoja aquel de sus pretendientes que por esposo le ha señalado el destino. Por supuesto que desde por la tarde se situaron ambos rivales como sabuesos en acecho al pie de la ventana del objeto de sus suspiros. Trascurrieron las horas y, a la fijada, abriéndose un postigo exclamó la gangosa voz del padre de la disputada belleza:

-Juro que el que recoja la flor que mi muchacha va a arrojar recibirá su mano enseguida. ¡Alerta, Miguel!

-¡Atención Tomás!, dijo a su vez Lola.

Figúrate, Mauricio, con qué palpitaciones de corazón buscarían Tomás y Miguel en medio de la oscuridad profunda que los envolvía la prenda de su felicidad. Aunque soplaban un nortecillo agradable, chorreaba de sus frentes, dobladas hacia la tierra, un sudor fatigoso. De repente al levantar Tomás la cabeza desesperado con la inutilidad de la pesquisa percibió en un próximo tamarindo dos lumbreras que sin duda le enviaban Amor, dolido de su quebranto. Eran dos cocuyos rezagados que no habían desaparecido con las postreras brisas del verano tropical. Apoderose al momento de ellos y ocultándolos bajo su capa fue alumbrando trabajosamente por medio suyo el terreno que recorría. Así, consultando al fulgor de los fosforescentes animalillos cuantas hojas y ramas alzaba del suelo, pudo al fin apoderarse de la flor codiciada. Al inmediato día, en consecuencia, obtuvo formalmente la mano de Lola, con quien baila todos los domingos el zapateo, y hubieran ya casado si en un instante de expansión no hubiera revelado indiscreto el recurso de que se valiera para triunfar de su rival. Furioso Miguel al descubrirlo, corrió a quejarse al padre de la joven, que perplejo al oír la acusación de mala fe que dirigía contra su adversario sometió el extraño pleito a la decisión del maestro de escuela. Escuchó el pedagogo gravemente a los encarnizados litigantes y cediendo después a la razón, o a su interés por Lola y Tomás, dijo a Miguel con terminante acento:

-El padre de Lola había prohibido a Vds. llevar luz artificial para encontrar la disputada flor, pero no llevar cocuyos. Valerse de medios humanos, pero no de los que Dios suministra para favorecer al más digno de sus bendiciones. Ante el tribunal severo de la más imparcial justicia la mano de la trigueña Lola pertenece al discreto Tomás.

Y no atreviéndose nadie a refutar los argumentos del Cicerón de la aldea, Tomás y Lola se unirán pronto.

Es quizá este rasgo el menos curioso de cuantos me ha contado Tomás respecto a la magnífica luciérnaga de la zona tórrida; pero lo he puesto en tu conocimiento porque se halla en relación con el que acaba de proporcionarme una iluminación cocuyera. Para recompensar al mayoral del «Paraíso» de la grata sorpresa que ésta me causó le he ofrecido ser padrino de su boda; he reducido al padre de la muchacha a casarlos de una vez, y he contribuido a que dentro de una o dos semanas salgan de penas. Al expresarme

su reconocimiento por mi propicia intervención los ojos de la agraciada novia brillaban como dos cocuyos. Pero dejemos esos animalejos para tratar de otros.

Has de saber que anteanoche pasé un susto tonto. Dormía profundamente encerrado en mi aposento cuando me despertó un ruido de pasos cautelosos. Me incorporo sobresaltado, enciendo luz y asiendo un sable que acostumbro colocar a mi cabecera pregunto con voz de Esténtor: ¿Quién anda ahí? Nadie me responde, extingúese el rumor alarmante y persuadido de que había soñado vuelvo a reclinarme sobre al almohada. Pero antes que de nuevo se cerraran mis párpados renace el sordo ruido. Caminaban por la habitación y no muy despacio por cierto, pues parecíame escuchar claramente el roce de humanas pisadas sobre pavimento de madera. Por segunda vez interpelo en vano al perturbador de mi reposo: me levanto y cogiendo la nocturna lámpara y el sable viejo registro infructuosamente la estancia. Mas apenas al lecho hube regresado, he aquí que el misterioso rumor resucita, como mofándose de la torpeza de mis indagaciones. A tan extraña insistencia, medio turbado aún por las adormideras de Morfeo déjome invadir por los fantásticos temores de Hoffman: creo en visiones sobrenaturales y abriendo la puerta llamo al mayoral, que descansaba de su ruda jornada en inmediata alcoba. Acude Tomás con su buen humor característico, busca hasta debajo de los muebles y no tarda en echarse a reír a carcajadas.

-¿Qué hay? ¿Qué motiva esa descompasada jovialidad?, le pregunté algo confuso.

-Señor, los duendes son cangrejos, replicó el *guajiro*, esforzándose inútilmente en cesar de reír.

-¡Cangrejos! ¡Bah! ¿Acaso estamos a orillas del mar, o de algún río?

-Aquí, los cangrejos son hijos de la tierra lo mismo que los cuadrúpedos y las aves, añadió él. En prueba de la verdad que digo, mire Vd. al truhán que lo ha asustado.

Cogió después el sable y con la destreza de la práctica atravesó de parte a parte al importuno crustáceo, que me presentó agitando sus patas a guisa de una enorme araña. Enseguida designome otros dos o tres animales de igual especie que deslumbrados por la luz de la lámpara permanecían inmóviles en un rincón.

-Había olvidado que existiesen cangrejos de tierra, pues en Europa no los conocemos, exclamé, examinando la rojiza concha del pobre prisionero.

-Entre nosotros abundan tanto, por el contrario, como los cocuyos en la estación de las lluvias, época en que se reproducen y salen en tropel de sus cuevas, repuso el mayoral. Todos nuestros pantanos o ciénagas tienen el borde acribillado de agujeritos a fuer de un inmenso rayo, y cada uno de esos hoyuelos sirve de asilo a un cangrejo. Pero la carne de los que se crían en fétidos manglares es nociva y hasta venenosa. Mañana saboreará Vd. la de este infeliz que hemos pinchado, y al cual por su color, declaro excelente para el paladar de los golosos. Apuesto que el ladronzuelo se ha alimentado con los plátanos de la finca, o se ha escapado de alguno de los barriles donde los siervos los engordan con raíces y legumbres. Pronto me confesará Vd. que prefiere el cangrejo terrestre al acuático.

Cumpliose el vaticinio de Tomás. Tanto me agradan ahora esos crustáceos de terreno firme que apenas los siento caminar en mi alcoba corro a sorprenderlos; o cuando los etíopes, provistos de luces, van a buscarlos de noche por los campos me uno a ellos, a fin de tomar parte en esa extraña cacería, que aumenta los gastronómicos placeres a que me manifiesto tan sensible desde que no pienso, ni trabajo, ni salgo del *dolce far niente* de la pereza. ¡Ah, Mauricio! La gula es el pecado de los ociosos y de... los brutos, salvo las excepciones que existen en todas las reglas generales.

Me he extendido tanto en estas pequeñeces por temor de llegar al principal objeto de las presentes líneas. ¿Recuerdas que al comenzarlas te indiqué que tenía cosas importantes que referirte, y que mi corazón, penetrado de nuevas agitaciones, ansiaba como el río comprimido en estrecho lecho desahogarse dando curso a su violencia interior? ¡Ah! Demasiado comprenderás que ni mis cacerías, ni mis deleites bucólicos, ni mis conversaciones con el rústico amante de Lola, ni los cangrejos, ni coyuyos producen las emociones que exhalar necesito en el seno de un amigo verdadero. Pero recelando, repito, salir de la feliz apatía que acabo de describirte, tocar la cuerda que vibra casi dolorosamente en mi alma impresionable, he experimentado secreta complacencia, pintándote con una especie de calma voluptuosa el reposo de que he disfrutado durante muchos días, en retardar la confesión de que quizá lo he perdido para siempre. ¡Envidiable tranquilidad! ¡Dichosa indiferencia!. ¡Ay! Ya sólo existes en mi memoria: ya en vano clamo por ti, ya no volveré a conocerte nunca. Mauricio, la he visto de nuevo... Ambarina reside en mi vecindad... La casualidad me ha descubierto su retiro. Guarda mi próxima carta y te diré cómo. Adiós.

VIII

EL MISMO AL MISMO

Tiene razón, Mauricio, los que llaman al acaso el verdadero destino del hombre. A menudo nuestros mayores esfuerzos no consiguen el fin apetecido y cuando ya no esperamos realizar nuestro deseo, ni nada hacemos para su satisfacción, proporcionanos la casualidad lo que durante tanto tiempo buscáramos en vano. Únicamente de este modo se explica la fortuna de tantas nulidades, la dicha de tantas personas acreedoras apenas a pasar desapercibidas. Han tropezado a la ventura con la prosperidad de que gozan y lo deben todo al azar, dios caprichoso y omnipotente que no conoce imposibles.

En los momentos en que me hallaba la otra mañana cazando para proveer a mi almuerzo, una bandada de chillonas cotorras pasó sobre mi cabeza como una verde nube, yendo a confundirse con el follaje de los árboles en que se refugió. Detúveme para escuchar el áspero y vocinglero concierto que formaban las chilladoras aves hasta que, cansado de sus roncadas armonías, disparé un tiro a corta distancia. Al instante volvieron a elevarse en el aire, aturdiéndome con sus incesantes gritos. Seguí la pista, ansiando coger alguna viva para enseñarle a hablar como el papagayo de Robinson, hasta que vi que del centro de la esmeraldina cohorte salía un pájaro teñido del dorado matiz de la naranja, el cual fue a posarse sobre las blancas hojas de una yagruma. Me acerco, lo examino y descubro una cotorra amarilla, uno de los fenómenos de la familia alada a que pertenecía, como lo

es el albino en la humana raza, una de esas singularidades de la clase volátil que infinito se aprecian por su escasez. Proponiéndome, desde luego, apoderarme del extraño animalillo, le apunté de modo que cayera a tierra sin recibir incurable herida. Pero la amarilla cotorra, cual si sospechara mi intención, apenas me aproximé a la yagruma, voló a un lejano tamarindo para después trasladarse a un jagüey que enroscado como una serpiente de madera en torno del recto tronco de una palma real la había matado con sus abrazos, perniciosos como los del traidor. En fin, así de árbol en árbol, llegué a un bosquecillo de bambúes (propiedad de una finca inmediata), a cuyo aspecto, lanzando la fugitiva un chirrido de triunfo con su vocecilla clara y burlona, desapareció entre los flotantes penachos mientras yo, indignado de mi inútil persecución, la buscaba afanoso bajo el ramaje.

Encontré a su pie una laguna límpida y trasparente que se rizaba a fuer de líquido cristal al rozarla el soplo del céfiro. Ínterin fuera de la umbría bóveda, el sol, ya ardiente y fulgurante, vertía torrentes de fuego sobre los que osaban arrostrar su rigor; allí, primaveral frescura, voluptuosa sombra, gratísimo silencio brindaban al fatigado caminante delicioso descanso. Desde la primera mirada comprendí que pertenecía el vasto estanque a personas capaces de apreciar los goces campestres y dotadas de gustos poéticos y sencillos, pues en su borde, en el espacio que media entre el agua y las cañas hay bancos rústicos cubiertos de un césped espeso y reluciente como el terciopelo, donde al disfrutar del reposo del cuerpo se regocija el espíritu con la graciosa perspectiva que forma el *nelumbio* extendiendo sus anchas y redondas hojas sobre las claras linfas como para circuir de un zócalo de verdor sus grandes flores rosadas, amarillas y blancas, cuya orgullosa belleza contrasta con la modestia de las *ninfeas* azules, que asemejándose a la violeta en el olor balsámico y el silvestre atractivo con que se ocultan bajo su follaje se arriman a la tierra como pidiendo protección. Matizados patos y ánades más blancos que la nieve jugaban, nadaban y graznaban en el fresco fluido, arrojando al aire, al sacudir las alas, una lluvia de diamantes. Permitíame la transparencia del agua distinguir en el fondo infinidad de pececillos que allí vivían, y se reproducían libres probablemente del anzuelo del pescador. En una palabra, completaba el encanto de aquel lugar, tranquilo y romántico como el retiro de la prudente Egeria, un lindo bote, mezcla bizarra de la primitiva piragua india y de las góndolas de la antigua Venecia, que abrigado de la intemperie por un pequeño colgadizo lucía un toldillo y cojines de seda de tan brillante azul como el del cielo que a través del tupido follaje se vislumbraba.

Agradablemente sorprendido con mi casual descubrimiento me dirigí al bote, entré en él y asiendo los remos conocí por su ligereza que estaba destinada a manejarlos la mano de una mujer o de un niño. Sin detenerme a tratar de adivinarlo, separé el barquichuelo de la orilla y heme aquí bogando en el estanque reclinado en blandos almohadones acostumbrados sin duda a más dulce peso que el mío. Las aves anfibias, sometidas al yugo de la domesticidad, me seguían graznando alegremente. Casi llegué a creer que, convertido en la divinidad local que presidía las fuentes y ríos de la antigua Grecia, triscaban náyades cubiertas de plumas a mi alrededor. Sacome de ese error lisonjero un grito semejante a una carcajada mofadora. Alzo los ojos hacia el punto de donde partía y percibo a la cotorrilla amarilla, que hábil marinera subía y bajaba por los troncos de los bambúes como para ostentar su destreza. Entonces regreso con la góndola al colgadizo, salto a tierra y recogiendo mi escopeta acercome cautelosamente a la caña donde se

ejercitaba el travieso pájaro. Segunda acechanza tan infructuosa como la primera. Un rayo de sol, hiriendo el arma mortífera, le hizo despedir chispas centelleantes y asustada la cotorra desplegó sus raudas alas para desaparecer de nuevo como una nubecilla de oro y carmín.

Pero otro precioso hallazgo me indemnizó de su fuga. Ante mí, en el tronco lustroso y liso de una cañabrava, vislumbé un grueso letrero. Inclínome para descifrarlo y leo en caracteres trazados sobre la corteza con un punzón:

Laguna de la esperanza

-El título aunque bello no expresa todos los hechizos de este delicioso lugar, exclamé en alta voz, cual si imaginara que oírme podía una ninfa invisible, y sacando un cortaplumas del bolsillo de mi chaleco escribí debajo del anterior rótulo:

Más bien debe llamarse laguna encantada

Después me marché, resuelto a tomar informes respecto al hada misteriosa que imperaba en el estanque de los bambúes.

Nada pregunté, sin embargo, a Tomás. Quería levantar el velo yo solo, y ocultar a las miradas de los profanos el oasis que el acaso me proporcionaba para mi recreo.

En la inmediata mañana, por lo tanto, en vez de entretenerme en cazar me dirigí temprano a la encantada laguna. Aunque humedecía todavía la hierba el llanto de la aurora, dos mujeres se me habían adelantado en la campestre visita. La de más edad, mulata gruesa y robusta, se ocupaba en desamarrar el bote; la otra, que me volvía la espalda, examinaba con atención en el tronco de la cañabrava las letras que yo trazara la víspera. La cotorra amarilla, posada en su hombro, lanzaba chirridos de placer.

Al instante reconocí en el elegante talle de la que leía mis garabatos los esbeltos contornos de la juventud. Antes de verle el rostro, agitóse ya desasosegado mi corazón. Sentí que me ponía pálido: singular sobresalto trastornó mis potencias y me apoyé en mi escopeta, sorprendido de una emoción tan extraordinaria y repentina. Cuando la que la causaba se volvió de frente comprendí hasta dónde llega la magnética influencia que en nosotros ejerce la persona amada. Era Ambarina.

¡Cuán bella me pareció! ¡Ah, Mauricio! Ya no existía en sus facciones la enfermiza palidez del dolor que empañaba el lustre de su incomparable hermosura, la noche que la encontré en la Alameda de Paula, ni el mortal abatimiento que la marchitaba en la glorieta de las Puentes. Tranquila, si no feliz, brillaba en sus rasgados ojos la luz del sol, en sus doradas mejillas la frescura de la salud, y en sus labios el oscuro encarnado del clavel. Llamando a su lado a la mulata, mostrole con expresivos gestos el renglón que había trazado mi mano. Temblaba yo como un culpable en mi escondite, temiendo que si Ambarina sospechaba mi proximidad no retornara más a la laguna, y al ver volar a la cotorra amarilla hacia el grupo de arbustos que me ocultaba, me demudé cual si el animalillo pudiera delatarme.

La gruesa mulata, a quien da Ambarina el nombre de Mariana, se encogió de hombros ante el letrero con perplejo ademán, exclamando al tiempo mismo:

-Me alegraría, muchacha, de que turbaran hombres o duendes la quietud de este recinto para que no vinieras a él, a lo menos tan temprano, arrojando imprudente la humedad y la fatiga.

-¡No lo permita Dios, Mariana!, contestó la joven con su voz musical. ¡Quién cuidaría entonces de mis patos y de mis peces, de mi bote y de mis acuáticos dominios! Quizá algún transeúnte, conducido a la laguna por casualidad y agradecido a su apacible sombra, ha querido expresar en esas breves palabras el fresco descanso que le debió. Además ¿por qué hayan visitado mi Edén he de huir locamente de sus encantos? Te equivocas. No renunciaré sin justo motivo a tan ameno paseo, y si te cansas de acompañarme puedes quedarte en casa. Vendrá conmigo la cotorra amarilla.

-¡Vaya!, objetó Mariana con la familiaridad que adquieren las nodrizas (sé que lo ha sido de Ambarina) con sus hijos de leche. Buena vagabunda es la tal cotorra. Ayer voló hasta la inmediata finca, según me ha dicho Valentín, y el día menos pensado la pierdes si no te determinas a enjaularla.

-Deseo tenerla a mi lado sólo con los lazos del cariño, repuso la hermosa virgen, acariciando a su ruidosa favorita. En nada me gusta la violencia y mucho menos respecto al afecto.

Entrando después ambas en el barquichuelo se pasearon por el claro fluido, remando alternativamente. Revoloteaba la amarilla cotorra sobre la cabeza de su seductora dueña, gritando hasta aturdir, mientras los peces y patos se disputaban los pedazos de pan que arrojaba al agua la delicada mano de la joven, en cuya fresca boca vagaba una sonrisa llena de indefinible embeleso.

Guardeme bien de salir de la espesura que me servía de discreto observatorio. Sabía o adivinaba que mi presencia ahuyentaría a la ninfa cuyo aspecto recreaba mi alma a pesar suyo. Bastábame por otra parte contemplar a mi gusto el original de la bella imagen grabada en mi corazón, escuchar sus suaves acentos, admirar la gracia de sus palabras y maneras, y sentirme herido de eléctrica conmoción cuando Ambarina, cediendo a misterioso magnetismo, volvía hacia mí sus negros ojos, que no podían verme, como si buscara algo.

Luego que hubo agotado las provisiones que llevaba para sus acuáticos protegidos reclinose en el bote y apoyando la aterciopelada mejilla en sus dedos ámbar entregose a una meditación profunda.

Engañado por mi ferviente deseo creí oír la suspirar, evocando un recuerdo simpático y agradable, clamar por un objeto ausente, y que ese objeto era yo.

La áspera voz de Mariana diciendo «Vámonos: estoy cansada de remar», rompió el encanto. Ambarina saltó a tierra con la ligereza de la cierva silvestre, mostrándome un pie microscópico, un pie de verdadera habanera, ayudó a Mariana a amarrar el botecillo bajo el tinglado, y desplegando a continuación su sombrilla, pues ya el sol comenzaba a

molestar, se marchó seguida de la atezada nodriza. Sólo la cotorra permaneció en la laguna para seguir disfrutando de la libertad de los bosques.

Apenas desaparecieron sus amas dirigime al barquichuelo y paseé a mi turno por el agua, sentado en los cojines que sostuvieran el cuerpo gentil de la joven. La cotorra que me huyera la víspera, acudió a posarse en el bote arrastrada por el imperio de una antigua habitud, y a fuerza de halagos y caricias conseguí que cesara de temerme. Determinado a convertirla en abogada de mi causa para con su esquiva dueña he principiado a enseñarle a exclamar:

-¡Octavio! ¡Pobre Octavio!

Más de dos horas estuve en la laguna, pensando en los medios de que debía valerme para triunfar del desvío de mi adorada, y cuando me retiré acompañome tenazmente su imagen fascinadora.

Juzgo inútil decirte que a la siguiente mañana regresé solícito al cristalino charco, contemplé de nuevo a la ingrata beldad, hacia quien mi corazón, sediento de afecciones, se lanzaba pertinazmente, y que durante muchos días participé sin que lo sospechara ella de sus correrías madrugadoras. Los amantes, en general, no llegan a conocer del carácter de su amiga sino lo que ésta quiere manifestarles. Yo, secreto testigo de los paseos y conversaciones de Ambarina en el bosquecillo de los bambúes, observándola cuando al creerse libre de las miradas de la sociedad despojaba su expresivo semblante del velo de la reserva, me convencí de que su índole, aunque altiva y vehemente, abrigaba bajo aquel orgullo, muy semejante a la dignidad de sí misma, tesoros de bondad, de abnegación y de ternura inagotable. Qué interesante alarma reveló su apasionado rostro una vez que la mulata Mariana, tropezando en el borde de la laguna, se cayó al agua. Bien sabía que la profundidad del estanque no era suficiente para que persona alguna se ahogara en él, y sin embargo el temor de que la repentina zambullida alterara la salud de su nodriza tiñó de palidez mortal sus elocuentes facciones. Después, ínterin la mulata se reía para tranquilizarla, la ayudó a salir del vasto charco, la enjugó cariñosamente y hasta pretendió despojarse de parte de sus vestidos para suministrarle ropas secas. Aunque aquella mañana se alejaron al momento, quedé penetrado de una emoción gratísima al cerciorarme de que el alma de Ambarina rivalizaba en hermosura con su exterior. Otras veces, al distinguir, lánguida y triste a orillas del estanque, a alguna de las aves que acostumbran nadar, jugando en torno a su barquichuelo, le he oído exclamar con casi infantil sencillez: «¡Pobre animalillo! ¿Qué tendrá? Sin duda está enfermo». Y es para adorarla de rodillas ver la atención que otorga al doliente volátil, el afán con que lo examina a través de sus encrespadas plumas, el cuidado con que para reanimarlo lo coloca al sol. A menudo, Mauricio, he deseado transformarme en pato, o, más bien, en cisne, como Júpiter, para recibir sus suaves y halagüeñas caricias.

En pequeñeces se revela la condición moral del individuo. Suele ocuparse Mariana en pescar al anzuelo para añadir a la mesa de su señorita un plato en el campo muy apetecido por su escasez. Entonces deplora Ambarina lo lindo del pececillo que se ha dejado sorprender por la traidora carnada, y como la nodriza no hace caso de una compasión que redundaría en perjuicio de su estómago, la sensible doncella arroja

ocultamente al agua, de nuevo, los escamosos cautivos, riéndose después al oír decir a la voluminosa mulata:

-¡Jesús! ¿Es posible que con toda mi destreza no haya cogido hoy sino cuatro guabinas y media docena de camaroncillos insignificantes? ¿Dónde están los rojos peces y las anguilas plateadas que también he sacado?

-Tan brillante pesca sólo ha existido en tu imaginación, Mariana, responde Ambarina, haciéndole por detrás una maliciosa mueca de que considera único testigo a la cotorra amarilla. Has tomado por realidad la ilusión de tu deseo, el cual me alegro que no se haya cumplido, pues de lo contrario despoblarías pronto la laguna.

-En efecto, sin el menor escrúpulo de conciencia siento llevar a casa tan corta provisión de pescado, segura de que Dios creó cuanto existe para provecho del hombre.

Enseguida entablan una discusión en la cual únicamente escucho la voz sonora de Ambarina, que con fervor emite las más generosas ideas.

Admirando diariamente su mérito, la simpatía que me inspiraba se ha trocado en amor; estudiando su carácter el amor se ha convertido en pasión profunda. Me parece que ya no me sería posible vivir sin verla, que si la perdiera se transformaría el mundo en sombrío desierto para este pobre peregrino errante y solitario.

¡Ah! Pero no me atrevo a presentarme, ni a indicar mi ternura. Ambarina no es una mujer como las demás mujeres, o pesa sobre su existencia extraño misterio. Ha pocas mañanas que Mariana le dijo con su habitual desenfado:

-Cuatro meses han transcurrido desde que moramos en el ingenio, muchacha, y en todo ese tiempo no hemos hablado con otras personas que las de la finca. Ni siquiera Bernardo Arribas se ha acordado de nosotras. Desde que renunció a tu mano te ha olvidado completamente.

-¡Ojalá continúe olvidándome!, replicó la joven con alterado acento. Comencé a cesar de sufrir el día en que él principió a borrar me de su memoria. Su recuerdo pues resucitaría mis antiguas penas.

Bernardo es sin duda el mancebo con quien me indicaron que iba Ambarina a casarse. Su solo nombre suscitó en mi corazón estremecimientos de odio, porque mi amor lo considera un rival, y también porque Bernardo se llamaba el hombre desmoralizado que deshonró a Carmela, mi difunta esposa.

Te voy refiriendo mis impresiones según las experimento. No esperes de consiguiente orden ni unión en esta carta.

-Pero este encierro no puede durar siempre, prosiguió Mariana. Tienes veinticuatro años y a tu edad todas las ricas herederas como tú ya han elegido esposo.

Tembló la hermosa doncella: singular palidez aumentó el color de ámbar de su cutis y respondió con una firmeza que me heló el alma:

-Nunca me casaré. Lo he jurado por las cenizas de mi buen padre, que me aguarda en el cielo. Silencio, quietud y olvido es cuanto pido a la suerte. ¡Ay! No ambiciono la dicha. Me contento con no padecer.

Quedé atónito con la expresión que adquirieron la voz y el rostro de Ambarina al hablar así. Ambos revelaban la inmensa tristeza del que creyéndose condenado a eterna desgracia únicamente ruega al destino embote las saetas que han de desgarrar su lacerado pecho.

Volví a perderme en el dédalo de dudas que me inspiró al principio el atentado de la joven contra su vida, y al par volví a fijarme en la idea desconsoladora de que abandonada por aquel Bernardo, a quien había querido confiar su porvenir, no podía sobreponerse a los dolores de un amor sin esperanza.

Un tormento para mí desconocido, una zozobra perpetua, los celos en fin derramaron entonces en mi palpitante seno toda su horrible hiel.

Mientras yo lloraba de rabia tras los bambúes, pareciéndome que por medio del magnetismo del imperioso sentimiento que me dominaba, Ambarina debería haber adivinado mi pasión y mi culto, repetía ella, recobrada la melancólica serenidad de su semblante:

-Jamás me casaré. Suplícote pues, Mariana, que renuncies a hablarme del particular.

La mulata se encogió de hombros, murmurando: ¡siempre incomprendible!

-El campo, las flores, las aves, mis libros, mi piano, la amistad de las personas que aprecio, y sobre todo el placer de hacer bien a los pobres, me indemnizan del aislamiento a que me condeno, añadió Ambarina, sofocando un suspiro. El estudio será mi compañero, los menesterosos mis hijos, y Dios, que me aguarda, mi consolador. ¡Ah! ¿Con tantos elementos de ventura puedo acaso considerarme infeliz? Que el cielo prolongue hasta el fin de mis días mi situación actual y moriré tributándole sinceras gracias. ¿Cómo osaría quejarme cuando tengo salud, distingo al mísero lazarino pasar cubierto de úlceras ante mi puerta; cuando me sobran recursos para satisfacer mi caridad y contemplo el mendigo que solicita tembloroso un seco mendrugo para su alimento; cuando conservo el alma pura de vicios y miro al ebrio desplomarse en la calle bajo el peso de su afrentosa degradación? No me compadezcas, Mariana, comparándome con algunos pocos más afortunados que yo, ponme en paralelo con los infinitos que son cien veces más desgraciados y te inspiraré envidia.

¡Oh Ambarina, seductora mezcla de sensibilidad y de razón, del entusiasmo de la juventud y de la sensatez de la edad madura! Yo pertenezco a ese gran número de criaturas desdichadas a que aludes, pues adoro tu raro mérito sin atreverme a manifestarlo, ni a caer a tus pies como el devoto ante la santa imagen de su culto.

He llegado tarde probablemente, otro que no ha sabido apreciarte se me adelantó. No importa, hermosa joven, yo triunfaré de mis indecisiones, yo te referiré algún día mi martirio, yo exhalaré en tu oído mis ayes amorosos, y quizá derrame un rayo de sol sobre

tu helada tranquilidad la convicción de que otra alma simpática acompaña a la tuya en su sombrío aislamiento.

Como para desembarazarse de las penosas ideas que aquella conversación suscitara en su ánimo la esbelta ninfa saltó del botecillo a la ribera y reclinándose indolente en un banco de hierba exclamó con un acento que trataba de adquirir joviales inflexiones:

-Voy a plantar a orillas de la laguna narcisos y violetas, que no obstante el ardor del clima deben darse muy bien en este terreno húmedo. Al par quiero cubrir los bancos de verbena de todos colores que durante el estío formen festones matizados sobre la verde grama, y de *moyas*, o flores de invierno, que a la verbena reemplacen desde noviembre hasta marzo, esmaltando con sus estrellas blancas, moradas y amarillas el césped de estos rústicos asientos.

Aquel día me marché antes que Ambarina se retirara para regresar a las pocas horas seguido de Tomás y de veinte negros del «Paraíso», que rodearon de violetas, narcisos y silvestres azucenas, aquí llamadas *bruja*s, el borde del estanque, plantando a la vez la verbena florida, que traían en macetas, en los bancos de hierba. Hice plantar además grupos de blancos lirios de la estación y de tararacos color de fuego en las riberas del cristalino charco. Mi dinero y la eficacia de Tomás me habían proporcionado fácilmente tan preciosa colección de botánicos productos, que cultivaba un jardinero francés con bastante buen éxito en una *estancia* próxima. En fin, luego que hubieron mis numerosos auxiliares regado el nuevo plantío, que sacado cuidadosamente de los macetones nada padeció al cambiar de lugar, retornamos a la finca de mi temporal residencia sentados Tomás y yo en la carreta que condujera nuestra escogida carga de primores vegetales.

No dormí aquella noche. Tan pronto me arrepentía de mi obsequio, temiendo que ahuyentara a mi romancesca divinidad de su campestre santuario, como me sonreía la deliciosa esperanza de que complacida lo acogiera. Levanteme con la aurora y retirando de un jarrón de cristal lleno de agua fresca fragante ramo de violetas, heliotropos y pensamientos, que me procurara el mismo indicado horticultor extranjero, corrí al teatro de mis secretas combinaciones.

Logré adelantarme efectivamente a Ambarina. Me dirigí al bote y coloqué sobre el asiento el delicado ramillete, cuyo aroma embriagaba. Escondime después en la espesura. Excepto la cotorra amarilla, que precediera a su ama a guisa de correo, y que ya familiarizada conmigo vino a posarse en mi hombro, nadie presenció mi acción. Apenas me oculté, comparecieron Ambarina y su nodriza.

Nunca me pareciera la anterior tan interesante y simpática. Vestía blanca bata de muselina de la India ceñida al flexible talle por una cinta color de rosa. Un lazo de igual matiz cerraba castamente bajo la barba el bordado cuello de su *negligé* matinal. Su sombrilla de tafetán rosado arrojaba sobre sus negros cabellos y pálido rostro su suave reflejo. Encontré a Ambarina, repito, más seductora que nunca, porque además de sus naturales atractivos los ojos del amor embellecen al objeto amado.

Dirigiose distraída a la navecilla, la desató y murmurando admirada «¡Qué olor tan agradable! ¡Aquí hay violetas!», descubrió el grueso ramo allí depositado para ella. Lo

cogió con una especie de ansiedad causada por su vehemente afición a las flores, lo aspiró cual si quisiera absorber enteramente los balsámicos efluvios que despedía, y dijo en el primer impulso de su ingenuo placer: «¡Qué lindo regalo! ¿Quién será la maga bienhechora que me lo envía?».

-Aún te queda por ver lo mejor, exclamó Mariana con los exagerados gestos de las gentes de su clase. Mira qué maravilloso cambio se ha verificado en torno tuyo.

Entonces reparó Ambarina en las preciosas plantas que poblaban la ribera artificial, y en las guirnaldas de verbena que adornaban los bancos graciosamente mezcladas con el fino césped.

-¿Qué significa esto?, preguntó con asombro, ínterin yo temblaba en mi escondrijo. La laguna de la Esperanza es realmente la encantada laguna. Sin embargo ya no estamos en los tiempos en que según Florián Nemorino para obsequiar a Estela arrancaba durante la noche árboles enteros y los colocaba con los nidos de los pájaros que contenían ante las ventanas de su amada, ni hay tampoco en los alrededores, que yo sepa, Nemorino alguno empeñado en elegirme por su pastora. Tamaña metamorfosis de consiguiente es inexplicable, sorprendiéndome sobre todo que su misterioso autor, como para indemnizarme de que las matas de violetas no tengan flores me haya regalado este magnífico ramo, sin duda recogido en algún poético Edén.

-Ambarina, el que escribió el letrero del bambú debe ser el jardinero que te cuida tanto, observó Mariana riéndose. Cupido te acecha niña mía. Cuidado con sus cautelosas flechas.

-Infinito sentiría que proviniera del motivo que indicas semejante galantería, exclamó la joven, elevando la voz como para que la oyera un testigo invisible. Caso que me haya espiado, digámoslo así, con más curiosidad que delicadeza deben ya conocer mi invariable modo de pensar. Sólo me resta pues añadir que por mucho que me cueste renunciar a este lugar, que amaba porque ofrecía distracción a mis disgustos íntimos, cesaré de visitarlo apenas tema que se realicen, Mariana, tus sospechas.

A continuación, mientras la mulata se extasiaba con el bello efecto que producían la matizada verbena sobre la menuda grama y los rojos tararacos, blancos lirios y brujas amarillas y rosadas orillando a fuer de guirnalda inmensa el tranquilo charco, entrando Ambarina en el bote lanzó mi ramillete con desdén a tierra y comenzó a pasearse por el agua como de costumbre. Su rostro empero, que interrogaba yo con inquietud, anunciaba más tristeza que enojo, y aunque se contenía recelosa de que la observaran le sorprendí una vez enjugándose los ojos con el pañuelo.

¡Ah, hubiera dado mi vida por secar con mis respetuosos labios aquellas furtivas lágrimas!

Cansada pronto de recorrer la laguna amarró la navecilla bajo el colgadizo y dijo, presa de indomable emoción a Mariana:

-Vámonos.

-¿No llevas el hermoso ramo?, indagó la mulata entre irónica y risueña.

Movió Ambarina negativamente la cabeza con un desvío que me traspasó el corazón. Entonces la cotorra amarilla, que permaneciera posada en un bambú, voló a su hombro, repitiendo:

-¡Octavio! ¡Pobre Octavio!

Las dos mujeres se miraron atónitas, mientras yo bendecía al parlero animalillo.

-Acabo de convencerme de que la laguna está encantada verdaderamente, exclamó la joven. Huyamos del hechizo.

-Si tú no quieres el ramo, yo lo recogeré, dijo Mariana.

-Haz lo que gustes, replicó Ambarina, alejándose.

Olvidando en mi desesperación mis habituales precauciones las seguí a distancia. Cuando creyó que ya no podían verla Ambarina pidió el antes despreciado ramo y prosiguió, oliéndolo, su camino. Esto sin embargo no me consoló, pues confirmaba su inexorable propósito de cerrar al sentimiento que yo inspirarle pretendía las puertas de su pecho.

Regresé a mi morada, mustio y desanimado. La laguna encantada (me niego a llamarla de la Esperanza desde que la mía ha expirado en sus bordes) linda, según he descubierto, con el ingenio «Antilla», de que Ambarina es dueña, pero dista cerca de una legua del «Paraíso», que habito yo. Empiezo en consecuencia a resentirme de tan larga caminata diaria, que en el sofocante clima de los trópicos quizá concluiría por alterar mi salud si la verificara a las horas de la fuerza del sol. Pasé aquella noche todavía más desasosegado que la víspera. Pensamientos aciagos me atormentaban: malos ensueños me perseguían. Al asomar el alba, despertome una pesadilla funesta. Imaginaba hallarme junto al estanque mencionado, que Ambarina huía de mi amor, y que para evitar mis tenaces súplicas se arrojaba al agua, que se apresuró a cubrirla a fuer de líquido sudario. Quise volar a su auxilio, salvarla, precipitarme tras ella. ¡Vanos esfuerzos! Mis miembros doloridos rehusaban obedecerme: siniestra frialdad los paralizaba, y palpando el lecho donde yacía postrado conocí que era un ataúd. Lleno de horror pretendí entonces gritar, moverme, pedir socorro sin poderlo conseguir. Y cuando el golpe que recibí al caer de la cama ahuyentó la fatal visión, me encontré bañado en un sudor helado que tardó en ser sustituido por el natural calor.

-¿Qué tiene Vd., señorito?, me preguntó Tomás al traerme el vaso de leche que tomo al levantarme. Esta Vd. pálido y trémulo. ¿Se siente Vd. indispuerto?

-No, amigo; gracias a Dios, respondí, tratando de sonreírme. Pero he dormido mal y adversos ensueños me han mortificado. ¡Ay Tomás! Dichoso tú, que ya descansarás seguro del amor de Lola.

Cogí mi escopeta y tomé, tan triste como un día nebuloso, el camino de la laguna. Anunciábame un presentimiento que no vería a Ambarina. Efectivamente, nadie excepto yo visitó el estanque, que durante una semana permaneció olvidado por su dueña.

-¡Ingrata! ¡Cruel!, exclamaba yo cada mañana al retornar de mi infructuoso paseo, tan irritado como si hubiera faltado Ambarina a una cita a la cual prometiera asistir con puntualidad. El cielo me vengará de tu dureza haciéndote experimentar los martirios que me causas.

Inquieto y abatido al encontrarme obligado a renunciar a la ilusión bendita que comenzara a reanimar mi marchita existencia, ya no gozaba con los sencillos recreos que antes me satisfacían. Fastidiábame la caza, perdí el apetito y a la caída de la tarde en vez de jugar al ajedrez, de hablar o entretenerme con el médico de la finca, el cura y el maestro de escuela de la aldea inmediata, sentíame abrumado por el letárgico sueño que inspira un tedio sombrío. Tomás y el buen pedagogo, creyéndome hastiado del campo, me aconsejaban que regresase a la ciudad. Yo lo deseaba igualmente; pero no me resolvía a abandonar los lugares habitados por Ambarina.

¡Ay! Dominábame otra vez un amargo desencanto parecido al que me agobió al descubrir la falsía de la desdichada que hoy duerme en la tumba, y después el engaño de la hipócrita joven que ocultaba su degradación moral bajo el pérfido velo de supuesta modestia. Extremado siempre en mis impresiones he aprendido aún a sufrir ni a gozar a medias. Tengo pues horas de olvido; pero al soplo de una nueva contrariedad resucitan de golpe todos mis antiguos sinsabores.

La imagen de Ambarina me había distraído de mis disgustos: su desdén volvió a sepultarme en el marasmo que presentaba el mundo a mis ojos como un inmenso desierto, introduciendo a la vez en mi alma, ansiosa de gratos incentivos, secreta desesperación.

El otro día entregábame sentado en el colgadizo de la casa de vivienda a mis téticas cavilaciones. Elevábase el sol hacia el cenit, derramando torrentes de fuego sobre la tierra indiana. Dedicados a sus trabajos los siervos de la finca no resonaba en torno mío otro rumor que el de los insectos que zumbaban en el aire. Dobleándome bajo el peso del calor y la tristeza yacía sumido todo mi ser en una inercia estúpida y fatal. Entonces, como respondiendo a mis penosas y confusas elucubraciones, gritó una vocecilla aguda desde próxima rama:

-¡Octavio! ¡Pobre Octavio!

Alcé los ojos: era la cotorra amarilla, que saltaba de árbol en árbol juguetonamente.

Al momento corrí hacia ella como hacia una amiga querida. El travieso pájaro permitió que mi mano rozara su brillante plumaje y desplegando a continuación las doradas alas voló en dirección de la laguna. Repentina idea nació en mi mente al verla tomar aquel rumbo. Quien sabe si Ambarina a fin de frustrar el espionaje de su encubierto adorador, sin renunciar a sus paseos al estanque favorito, había cambiado de hora para visitarlo y en lugar de acudir a él a los primeros albos de la mañana lo efectuaba a la mitad del día. La linda cotorra sólo vagaba por los contornos cuando su ama se hallaba cerca. ¡Sí, Ambarina se encontraba en la romántica laguna!

Y sin que me arredrara el centelleante astro, cuyos rayos descendían a plomo de un cielo más azul que la turquesa, salvé a caballo en breves instantes la legua que me separaba del

bosquecillo de cañas bravas. No me había engañado el instinto, Ambarina partía cuando yo llegaba. En adelante mi astucia triunfaría de la suya.

Volví pues a contemplarla con la antigua frecuencia, a escuchar su voz, que había recobrado las melancólicas inflexiones que tanto me conmovieron noche que la saqué moribunda del mar, a empaparme, digámoslo así, en el funesto hechizo de un amor privado de esperanza. Durante dos o tres semanas desafié audazmente el sol de la canícula para acudir al punto a que se dirigía ella por frondosas y sombrías calles de árboles, ínterin yo tenía que atravesar estériles sabanas que apenas entapizaba chamuscada hierba. ¿Qué importa? Para el hombre verdaderamente prendado los obstáculos no existen.

Quizá hubiera sido más razonable y provechoso contar con la influencia de una eterna ausencia para curar la dolencia caprichosa de mi enfermo corazón, para destruir un sentimiento destinado, según todas las probabilidades, a labrar mi desgracia. Al principio hubiérame parecido horrible el sacrificio; enseguida la naturaleza, cansada, hubiera aplacado la violencia de mi dolor; después el consuelo hubiera venido como siempre en alas del tiempo a desvanecer sus impulsos. Mas pertenezco por mi mal a esa clase de hombres imprevisores, dispuestos en todas circunstancias a inmolar a las satisfacciones presentes, por pasajeras que las juzguen, la tranquilidad del porvenir. Y proseguí visitando la encantada laguna.

Aquellas perpetuas excursiones al sol, en la más rigurosa estación del año, quebrantaron no obstante mi resistencia física. A menudo llegaba con el rostro inflamado al charco cristalino, me dejaba caer anegado el calenturiento sudor a la sombra de los bambúes, y murmuraba apostrofando mentalmente a la joven, que no podía oírme:

-¡Ambarina! Tu dureza causará mi muerte. ¡Ah! Sufría mucho en verdad entonces. Extraño velo solía ofuscar mi vista: latían mis sienes de un modo insoportable, y mi sangre, irritada por una temperatura de fuego, abrasaba mis venas. En el vértigo de aquel trastorno general opuestas alucinaciones embargaban mi ser. Tan pronto divisaba a Ambarina sonriéndome con angélica dulzura bajo la aureola del martirio que ornaba su frente, como convertida en reptil traidor mordiéndome el pecho para infiltrar en él la incurable ponzoña del áspid de Cleopatra. Y al cesar el delirio nunca recobraba del todo la serenidad, pues al fijarse mis ardientes pupilas con nueva zozobra en la ingrata belleza, que bogaba en su navecilla tarareando patética canción, figurábame que distinguía en los rasgos de su semblante el simpático reflejo de mis silenciosas torturas.

Semejante situación no podía durar siempre. Mi amor, Mauricio, a pesar de su novelesco carácter siguió el curso común de todos los amores de la tierra. La prosa triunfó al cabo de la poesía; el grosero barro del espíritu encerrado bajo su cubierta. Ya no me bastaba ver a Ambarina; necesitaba confesarle que la adoraba y escuchar de sus labios definitiva contestación. Por otra parte el facultativo del «Paraíso» principiaba a observarme con cierta zozobra y una mañana que me disponía, entre once y doce, a dirigirme al bosquecillo de los bambúes díjome con seriedad:

-O renuncia Vd. a sus imprudentes correrías o va Vd. a darnos un susto. El semblante de Vd. me inquieta como médico y como amigo.

Continué mi ruta sin contestarle. Pero temeroso de enfermarme al fin, y de hallarme imposibilitado de proseguir arrostrando la intemperie, aquel día cuando Ambarina se alejó de la laguna penetré bajo las verdes cañas y en la misma en que escribiera por primera vez tracé con un punzón en grandes letras esta declaración lacónica;

¡Amo a usted siempre!

No contento aún con haber tomado tan audaz partido amarré al bambú un ramo de azucenas y flores de verbena cogidas a orillas del estanque para que no pasara desapercibido el segundo letrado.

Creo inútil decirte, querido Mauricio, que pálido como el reo que aguarda su sentencia de muerte acudí en la inmediata mañana al lugar retirado donde así adelantaba hacia su desenlace el melancólico drama de mi vida. Ambarina llegó graciosamente vestida de muselina blanca salpicada de florecillas azules. Su banda, su sombrilla, las guarniciones de su traje y su sonrisa encantadora reflejaban también el matiz de los cielos. Todo en ella era hermoso e ideal.

Mariana, que es una de esas personas escudriñadoras que al momento distinguen todos los objetos del punto en que se encuentran, reparó pronto en el ramo colgado del tronco del bambú.

-Tu misterioso apasionado vuelve a la carga, Ambarina, exclamó, riéndose a carcajadas. Ha cogido las flores de su jardín, pues estas que nos rodean le pertenecen por provenir de sus cuidados, y las ha suspendido de aquella caña para manifestarte su perseverancia.

-¡Otra vez!, dijo la joven con una expresión de indignación. Corrió Mariana a apoderarse de mi ofrenda y al desprenderla lanzó un grito.

-¡Han escrito de nuevo en el bambú!, añadió, poniéndose a deletrear el renglón trazado por mi mano: ¡Amo... a... Vd... siempre!

-Quizá te has equivocado al leer esos audaces caracteres, observó Ambarina, apresurándose a examinar, impelida por la curiosidad de su sexo, las breves palabras, que encerraban en sí solas más elocuencia que una librería entera. ¡Amo a Vd. siempre!, repitió, arrojando una mirada casi siniestra en torno suyo.

Después, como dominada por invencible agitación, cayó en próximo banco de césped, se cubrió el rostro con el pañuelo y oí sus convulsivos sollozos. ¡Oh Mauricio! Sus lágrimas me enloquecieron, porque imaginé que al derramarlas me había adivinado, me decía su reservado pensamiento: «Sé quién eres y te amo al par». Salí de entre las malezas donde la espiaba para precipitarme a sus plantas. Un resto de incertidumbre me contuvo a tiempo.

-¿Lloras porque tienes enamorados?, exclamó mientras tanto la vulgar Mariana. Tus lágrimas son las primeras que por igual motivo haya vertido una mujer. ¡Vaya! Cuando todas se afanan por inspirar pasiones sin lograrlo, tú lamentas los homenajes que te rinden sin pretenderlos.

-¡Mariana, soy muy infeliz!, murmuró Ambarina con los ojos enrojecidos. En este apacible rincón olvidaba mi triste pasado y renacía a las esperanzas futuras. Aquí, si no dichosa me sentía a los menos resignada, y me obligan a renunciar a mi único consuelo, a mi sola distracción. ¡Ay! No me ama de veras quien así me persigue y turba mi reposo. Adiós pues, cristalina laguna, verdes cañas, lindo botecillo y seres inocentes que constituíais mi recreo. Me voy... Os dejo para siempre... ¡No os volveré a ver!

Todavía hablaba Ambarina y ya había desaparecido cual fugitiva sombra. Mariana corrió tras ella con toda la velocidad que su corpulencia le permitía. Yo, lívido como un cadáver, salí de mi escondrijo y me arrojé sobre un banco rústico.

-¡Conque no hay remedio!, dije, hablando conmigo mismo. ¡Es forzoso morir u olvidarla!

Al ruido de mi voz, que elevé para desahogarme, un pájaro vino a posarse en mi brazo. Era la cotorra amarilla.

-Avecilla graciosa, tú no te has contagiado con la ingratitud de tu dueña, añadí, colmándola de caricias. Tú, como ella, no agravias al que te halaga y busca. Bates por el contrario las doradas alitas en señal de reconocimiento bajo la mano que te indica amor, y das, como ahora, las gracias a tu manera, chillando con estruendosa alegría. Lindo pájaro, las criaturas racionales podrían aprender a menudo a ser fieles y agradecidas de los que no han recibido otra luz que la del vago instinto. Pero tu señora, que tanto me desdeña, no conseguirá ahuyentarme sin haberme antes escuchado. Quiero hablarle, referirle mi pasión verbalmente y echarle en cara la insensibilidad de su alma. ¡Ah! Ella me cerrará las puertas de su casa, me impedirá llegar a su presencia y morirá sin haber logrado aterrarla con mis reconvenciones. ¿Qué hacer, avecilla, qué hacer?

-¡Pobre Octavio!, dijo la cotorra, como si me hubiera comprendido.

-Tienes razón en compadecerme, proseguí, tomando por confidente de mis quejas a tan extraña interlocutora. Mi espíritu y mi cuerpo padecen a porfía. Aunque esa fresca enramada extiende sobre mi cabeza su grata sombra, pareceme que el sol abrasa todavía mis pupilas, que tu plumaje amarillo son sus perseguidores destellos que vienen a ofender mi vista, a concluir de turbar mi cerebro excitado, y a encender en mis arterias palpitantes la lava de la fiebre. Mas una dulce mirada de los rasgados ojos de Ambarina, una benévola palabra de su sonrosada boca, un simpático suspiro virginal restituirían la calma a mi trastornado organismo. Háblele yo una sola vez y luego que disponga Dios de mi destino a su voluntad. ¡Oh! ¡Qué feliz idea! Te detengo prisionera, preciosa cotorra, te llevaré conmigo y únicamente te devolveré la libertad cuando venga tu dueña a buscarte al bosque. Tentemos ese medio. Caso que no produzca el éxito apetecido, recurriremos a otro.

Lléveme la cotorra por lo tanto. La encerré en una jaula y todas las mañanas la conduje en su prisión desde que asomaba la aurora hasta que expiraba la tarde a la laguna del «Antilla». El primer día, después de aquel en que la joven pertinaz prometiera no regresar a su oasis, nadie compareció en sus umbrales. Al segundo presentose un sirviente, que buscó en vano a la cautiva avecilla. Al tercero, llegó Mariana a verificar las propias pesquisas infructuosas, y al cuarto acudió Ambarina en persona a clamar por su favorita.

A su aspecto, sin tomarme tiempo de reflexionar, solté la cotorra, que voló hacia ella, relatando maquinalmente las palabras que no cesara yo de repetirle ínterin permaneciera en poder mío.

-¡Octavio! ¡Pobre Octavio!

-¿De dónde vienes vagabunda?, exclamó Ambarina, acariciándola con cierta instintiva reserva. ¿Quién ha aumentado tu vocabulario particular con esas voces?

-Yo... señorita, respondí, saliendo repentinamente de la espesura. Yo, que en el exceso de mis sufrimientos le he enseñado a pronunciar mi nombre con el epíteto que acompaña al de los desdichados.

Al verme aparecer reprimió con trabajo la joven un movimiento como de sobresalto. Serenándose enseguida dijo fríamente, aunque había invadido su rostro tan profunda palidez como la que teñía el mío sin duda:

-Caballero ¿dice Vd. que es desgraciado? Lo siento mucho, pues el infortunio ajeno siempre me ha inspirado compasión. Pero como no tengo el honor de conocer a Vd. me permitirá que me retire.

-¿De veras que no me conoce Vd., señorita?, exclamé, colocándome indignado ante ella para interceptarle el paso. ¿Tan presto se borran de su memoria los favores que agradecer debiera?

-¡Ah!, murmuró Ambarina con desdén después de haber buscado en vano por donde huir, pues se hallaba sitiada entre la laguna y mi persona. Me reprocha Vd. los servicios a que según parece le soy acreedora a mi pesar. En tal caso es Vd. el mismo sujeto que me los echó en cara una noche en la glorieta de Puentes Grandes, y tócame responder a Vd. como respondí entonces. El beneficio que su autor recuerda al obligado pierde por lo menos la mitad de su precio.

-Dispense Vd. mi torpeza, mi falta de delicadeza quizá, señorita, añadí con suplicante acento. Jamás hubiera hablado a Vd. en los términos que lo he hecho si Vd. no se empeñara en romper toda relación conmigo, obligándome por consiguiente a recurrir a pequeñeces que me repugnan. Escúcheme Vd., Ambarina, a mi turno pido a Vd. ese inestimable favor.

Aunque creí notar en su semblante una emoción contenida repuso en tono glacial:

-Me trata Vd., caballero, con una familiaridad que nada autoriza, ni autorizará nunca entre nosotros. ¿Qué pretende Vd. con esa tenaz persecución que me desagrada? ¿Por qué persiste Vd. en aproximarse a una mujer que no desea su amistad?

-¿Por qué, señorita?, Vd. lo ha leído en ese bambú.

Altiva sonrisa asomó a sus labios, cuyo encarnado oscuro se asemejaba al del amaranto.

-¡Oh! No me hable Vd. de una materia que de antemano me inspira tedio y enojo, dijo, reduciéndome al silencio con la orgullosa indiferencia de su ademán. Si Vd. porque me

prestó un auxilio que no le pedía yo, se ha propuesto importunarme todo lo posible, y obtener mi mano en recompensa (la de una heredera acaudalada, según Vd. no ignora), pensaré con sobrado fundamento que atribuye Vd. al amor la pertinacia que nace de la codicia, pues ningún hombre pundonoroso impone su cariño por la fuerza a la mujer que no le ama y se lo repite a su propia faz. Cese Vd. por lo mismo de gastar sus flores, sus atenciones y su tiempo en obsequiar a una joven que sólo aspira a vivir tranquila, retirada y libre de los lazos del matrimonio. Cualquiera otra podrá llevar a Vd. a la vez más mérito y más dinero.

Al oír tan insultante lenguaje, retrocediendo espantado como si un abismo se hubiera abierto de improviso entre ambos, dejé pasar a Ambarina. Aprovechóse ella de aquel movimiento para escaparse; pero como sorprendida de mi silencio volvió a continuación el rostro y sin duda notó en el mío una expresión que la sobrecogió, pues deteniéndose confusa me dijo con lágrimas en sus serios ojos.

-Perdone Vd. si le he ofendido en mi deseo de convencerle de la inutilidad de la preferencia con que Vd. me honra. Ojalá repare otra que valga más que yo el mal que a Vd. involuntariamente causo. ¡Pluga al cielo que un corazón más sensible que el mío pague a Vd. la deuda de gratitud que yo no puedo pagarle!

-Me ha herido Vd. de muerte tratándome, en recompensa de un cariño sincero y puro, como a un hombre vil, murmuré. Huyó en consecuencia de Vd. como de un objeto ingrato y dañino. ¡Adiós para siempre!

Y me alejé de allí ciego, delirante, tambaleándome como un pobre ebrio. Ignoro cómo encontré el camino de mi morada. Durante el tiempo que tardé en pisar de nuevo sus hospitalarios umbrales padecí atroces torturas. La cabeza se me rompía, estaban quebrantados todos mis miembros y una calentura horrible me devoraba.

He tenido ánimo a pesar de mis sufrimientos para concluir esta carta por temor de no poder de otra manera terminarla jamás. Mientras se afanan en torno mío, ínterin van y vienen, traza mi trémula mano sobre la almohada estos renglones de despedida. ¡Ah! ¡Sí! De despedida, Mauricio, pues me siento próximo al sepulcro, el médico ha acudido a mi socorro y al examinarme ha exclamado fatídicamente: ¡Fiebre amarilla!

¡Ay! En vano pretendemos evitar nuestro destino; él es más fuerte que nosotros. Vine al campo huyendo del siniestro enemigo que acaba de asaltarme y las imprudencias a que me arrastró una pasión insensata me han precipitado en sus garras más presto. ¡Oh! Mi frente se abre... Los miembros me pesan como si fueran de plomo... Esta angustia incesante me anuncia el fin de mi existencia. La vida no se escapa de un cuerpo joven sin luchar desesperadamente con la destrucción prematura. Voy a morir, lo conozco, lo presiento... ¡Mauricio mío, adiós... Ambarina... yo te perdono!

IX

AMBARINA A INÉS

¿Es cierto lo que me sucede? ¿No sueño? ¿No equivoco locamente los desvaríos de mi corazón insensato con la realidad? Explicándote la situación excepcional en que me hallo quizá lograré definir lo que hay de verdadero y de ficticio en la crisis a que me han conducido los acontecimientos por una rápida pendiente superior a mi resistencia.

¿Recuerdas cuán contenta te escribí mi anterior carta? Los sencillos placeres de la naturaleza habían cicatrizado en mi pecho las heridas causadas por mi funesto signo. Resuelta a huir del templo de Himeneo como el profano del santuario que le está vedado, a no conocer nunca el inefable alborozo de la maternidad, sin encerrarme en el claustro había elegido a Dios por esposo y por hijos a los siervos que dependían de mí. Comenzaba a creer que podría alcanzar la dicha a mi manera, contribuyendo a la ventura de los demás, acompañada de las bendiciones de la gratitud, y me sonreía casi alegremente a orillas de mi querida laguna de la Esperanza.

Cuando mi alma rebelde suspiraba por los tiernos afectos de que carecía, cuando la gallarda imagen del hombre que me salvó de un arrebató criminal se aparecía ante los ojos de mi memoria, demasiado fiel, recurría a mi razón, analizaba los obstáculos que me impedían contraer los lazos conyugales y desvanecía la halagüeña figura a fuer de vaporosa niebla en el horizonte de lo imposible.

Un día no obstante leí en el tronco de una de las flexibles cañas que sombrean mi pequeño lago artificial un rótulo que le daba el nombre de «Laguna encantada». Aunque imaginé que aquel letrero provendría de la indiferente mano de algún caminante deseoso de expresar las gratas emociones que le inspirara lugar tan delicioso, latíame el corazón con extraño apresuramiento. Luego, otra mañana, mostrome el vasto charco sus orillas y los bancos de césped que las adornan esmaltados como por magia de gayadas flores de la estación de estío, que ayudaban a aguardar con paciencia el desarrollo de otras más peregrinas destinadas a lucir sus galas en el invierno. La misteriosa adivinación de la simpatía, o el eco constante de mis involuntarios pensamientos, me indicó que el genio invisible que así encantaba verdaderamente la laguna era el individuo a quien yo debía la deuda de mi existencia, y cuyo hermoso rostro sólo contemplaran mis ojos dos veces. Al sospecharlo, asustada del peligro inminente que corría mi tranquilidad, varié las horas de mi paseo al cristalino estanque para evitar las consecuencias que tanto temía mi espíritu previsor. Pero cuando (penetrada de oculta tristeza) me juzgaba ya libre de las amorosas acechanzas de mi tenaz apasionado, leo de nuevo en el bambú de las inscripciones estas palabras, elocuentes por su propio expresivo laconismo:

¡Os amo siempre!

¡Pobre corazón mío! ¡Con que fuerza volviste entonces a palpar! Debe ser él, dijiste con tu fiel perspicacia. Mas comprimido por mi voluntad inflexible callaste su secreto tan silencioso como la urna de bronce que guarda las cenizas de un difunto.

Suspendí del todo mis paseos a la laguna convencida de que sufrimos mucho menos contrariando al principio nuestras inclinaciones que luchando con ellas después. Una linda cotorra amarilla que apreció infinito por su rareza y mansedumbre, acostumbrada a visitar conmigo diariamente el estanque, se extravió volando sola a él. Mariana y Francisco fueron a buscarla y no la encontraron. Yo entonces, recelando haberla perdido,

me determiné a regresar una mañana al bosquecillo de los bambúes. Al eco de mi voz, que la llamaba, la caprichosa avecilla salió de la espesura y empezó a revolotear sobre mi cabeza, gritando:

-¡Octavio! ¡Pobre Octavio!

Desde luego adiviné que pronunciaba el nombre del desconocido. ¡Veleidosa! ¡Me había abandonado por él!

Pronto salí de dudas. Un hombre joven aún, y hermoso siempre, se presentó a mi vista interceptándome el camino. Era el original de la imagen que me preocupaba. Estaba sin embargo tan pálido que casi me costó tanto trabajo conocerle como dominar mi confusión. Octavio, pues así se llama, con el aire decidido de que se reviste el más tímido en los casos de suprema importancia me declaró que su mano había trazado en la corteza del bambú la expresión de sus sentimientos, que me amaba con locura, y que el mundo le parecería un desierto si me negaba a acompañarle en él. La persuasión de sus palabras, la emoción retratada en su rostro, el fuego de sus miradas, donde brillaba la llama sombría de una pasión contenida largo tiempo, un alma que ansiaba unirse a la suya, el amor primero en fin que arrancaba con la energía de la virginidad moral sofocados suspiros de mi pecho, todo me inspiró tal temor de ceder al magnético hechizo que me arrastraba que para triunfar de mi debilidad lo rechacé con casi grosera aspereza. Irritado Octavio con mi ingratitud me recordó que debía la conservación de mi vida a su generosidad. Para no agradecerle tan gran favor fingí creer que pretendía obligarme a pagárselo con el don de mi mano informado de mi condición de rica heredera. Al oírme atribuir a una idea sórdida y miserable el culto novelesco que me había dedicado, la indignación de la honradez ofendida y de la calumniada sinceridad se pintó en sus nobles facciones. Lanzome una mirada que a su turno anunciaba casi el desprecio, me dejó libre el paso y se alejó sin prestar atención a las excusas que en mi arrepentimiento balbuceaba.

Avergonzada de mi conducta, habiendo reflexionado que sin valerse del insulto induce la mujer discreta a un pertinaz adorador a contentarse con su amistad, y deseando explicarme con Octavio, retorno al siguiente día a la laguna. Nadie interrumpió mi solitario paseo en bote. Un silencio de muerte me rodeaba. Ni los patos graznaban como otras veces al caer en el agua las migajas de pan que llevara mi cuidado para regalo suyo, ni los pececillos sacaban, para darme el saludo de bienvenida, sus cabezas fuera del fresco fluido, ni la cotorra amarilla charlaba con su habitual desenfado, ni tampoco las flores exhalaban las balsámicas emanaciones que la brisa veraniega se encarga de esparcir en el aire. Todo había cambiado en torno mío; o, más bien, lo que había mudado era la disposición de mi espíritu, que de repente se desprendiera de tan inocentes objetos. Absorbían mi memoria los detalles de mi entrevista de la víspera con Octavio: los analizaba mentalmente, gemía al pensar que el resentido joven no tardaría quizá en olvidarme y la convicción cruel que me asaltó el día que perdí a mi buen padre, de que me había condenado la suerte a vegetar aislada en el mundo, volvió a figurárseme la muerte en vida.

Proseguí frecuentando la laguna sin que nadie perturbara de nuevo mi quietud. Ya Octavio no seguía ni observaba mis pasos. Lo conocía yo en aquel profundo desaliento que me embargaba allí.

-Juzgándome una mujer egoísta, insensible e inculta se habrá curado de su infeliz amor, murmuraba a menudo, preocupada con la idea de la pasión que había rechazado. ¿Qué me importa? Puesto que mi infausta estrella me destina al celibato, debo alegrarme de que mi obstinado pretendiente haya desistido al fin de su persecución.

Y sin embargo, lejos de regocijarme sentíame triste, humillada, desesperada otra vez. Para no atribuir la renovación de mis amarguras a melancolías de un amor naciente repetíame a mí propia que la mujer menos coqueta se ofende de que sus admiradores no posean suficiente perseverancia para continuar adorándola a despecho de su desvío. Pero esta reflexión especiosa no lograba tranquilizarme.

Hallábame, la otra tarde en la sala de mi casa, en grave coloquio respecto a las mortificaciones de la vida con el cura del cercano pueblo, a quien convidó a comer con frecuencia, esperanzada de que el trato con el sacerdote cristiano me comunicue las religiosas virtudes que no me enseñaron en mi niñez, cuando el mayoral de una vecina finca, llamada el «Paraíso», entró precipitadamente en la habitación reclamando para un moribundo su santo ministerio. Al momento el buen cura abandonó la taza de café y bizcochos que saboreaba mientras proseguíamos nuestra plática para preguntarle con interés:

-¿Quién es el enfermo?

-El Sr. Octavio, contestó aquel hombre, enjugándose los ojos. Según el médico acaba de decirnos, el arte humano no puede ya nada para la salvación de su cuerpo. ¡Ay señor cura! ¿Se acuerda Vd. de lo familiar y bondadoso que se mostraba con todos? Parece que fue ayer cuando se divertía tanto con la iluminación de los cocuyos, con la aparición nocturna de los cangrejos y con las rabetas del maestro de escuela, tan propenso a enfurecerse siempre que juega al ajedrez. Y no contento con haber sido padrino de mi matrimonio, el día de la boda bailó con la novia colmándola de regalos con la generosidad de un príncipe. ¡Dios se lo pague en el otro mundo ya que no se lo ha pagado en este!

-Yo sabía que Octavio estaba malo; pero no lo creía de tanta gravedad, replicó el ministro de la religión, preparándose a correr a prodigarle los auxilios espirituales. Por eso, detenido por otras ovejas de mi numeroso rebaño que al par me necesitaban, no acudí a su lado. ¡Desgraciado joven! ¿Y a qué enfermedad sucumbe?

-A la misma de que vino huyendo a nuestros campos, al vómito negro, señor cura, añadió Tomás con voz entrecortada. El imprudente ha abierto con sus propias manos su sepulcro. Figúrese Vd. que durante la fuerza del sol andaba todos los días una legua a pie o a caballo para ir a no sé qué bosque de cañas bravas donde hay cotorras amarillas, agua, peces, barcos y otra porción de cosas de que no se cansa de hablar en su delirio con insensato frenesí. Aunque como novicio todavía en el «Paraíso» ignoro donde están situados esos malditos bambúes que atraían como un sortilegio al pobre Sr. Octavio he jurado no parar hasta descubrirlos, arrancarlos de raíz y no dejar con vida a ninguno de los animalejos que allí se albergan, pues el médico afirma que sin tantas y tantas insolaciones la fiebre amarilla no lo hubiera atacado con el furor que manifiesta ahora. ¡Qué dolor, señor cura, que dolor! Es un forastero, no se había aclimatado aún y su falta

de precaución lo ha perdido. Desde que cayó malo Lola y yo no hemos cesado de llorar, ni de gemir.

Imagina, amiga, mi espanto al escuchar la relación de Tomás. Yo causaba la muerte del desventurado Octavio; por culpa mía al pisar la hospitalaria Cuba encontraba en ella prematura huesa. Cediendo pues al inmenso dolor que esta cruel idea me inspiraba, a las pocas horas de haber partido el cura y el mayoral entré en mi carruaje de camino y sin detenerme a reflexionar me trasladé al «Paraíso».

Habíame precedido el celoso sacerdote. Estaban abiertas las puertas de la casa de vivienda del cafetal indicado, y al penetrar en su recinto, atraída por confuso rumor de voces, me deslicé hasta el aposento de Octavio, donde había muchas personas arrodilladas. Al llegar yo se retiraba el señor cura, expresando en sus facciones profunda compasión. Entonces, olvidando en tan crítico instante la reserva de mi sexo, recobrando el espíritu resuelto e independiente de la Ambarina que habitó semejante a una cabra silvestre, la cabaña de la mulata Mariana, me dirigí al lecho del enfermo.

¡Qué espectáculo, Inés mía! ¡Ojalá que tus ojos jamás contemplen uno igual! Es tan doloroso ver morir a los que amamos. Yo ¡ay de mí! asistía a tan lúgubre escena por segunda vez. El cadáver de mi padre, grabado en mi memoria, nunca poseyó la horrible palidez que cubría el semblante de Octavio. Era un color fatídico y lívido como el de la cera virgen, el de la fiebre amarilla en fin. Las sábanas de su lecho estaban manchadas de sangre, pues no se habían escaseado las sanguijuelas ni sangrías. Curábalo el facultativo de la finca por el método antiguo, extenuando su cuerpo para debilitar la enfermedad. ¿Pero qué importa este o aquel sistema cuando la Parca reclama su víctima?

Me arrodillé junto a la desordenada cama sin atender a las miradas de sorpresa que me dirigían los que cuidaban al moribundo. Una desesperación terrible fermentaba en mi seno, haciéndome indiferente a las consideraciones sociales. Sólo me acordaba en aquel supremo momento de que Octavio perecía por haberme amado. ¡Dios mío!, balbuceaba convulsivamente. Quizá fue feliz antes de conocerme, antes que un sentimiento de noble piedad lo impulsara a sacarme de la líquida tumba que buscaba mi juventud sin ilusiones. Y yo, en recompensa del inestimable servicio que me evitó un crimen, lo he conducido a tan deplorable situación. ¡He llenado con mi injurioso lenguaje sus postreras horas de amargura!

-¡Perdón, Octavio, perdón!, grité de improviso, olvidando que me observaban, y apoderándome de una de sus ardientes manos. ¡Perdón, no me maldigas!

El eco de mi voz sacó su espíritu de los fantásticos campos del delirio donde se extraviaba. Abrió los ojos, me miró con asombro y se incorporó al tratar de reunir los recuerdos que mi rostro le representaba.

-¡Ah, sí! ¡Ella es! ¡La cotorra amarilla!

Después, cayendo para atrás, resonando un sordo suspiro en su garganta, negra y espesa sangre corrió de su boca.

-¡La muerte!, añadió con un estertor angustioso. ¡Ambarina...! ¡Fatalidad...!

Y perdió el conocimiento.

-Ha nombrado a la cotorra amarilla, exclamó Tomás, acudiendo a su socorro. Hay brujería en todo esto. Es preciso que yo busque y mate a esa maldita ave.

Mientras tanto una agraciada joven, Lola, la esposa de Tomás, me preguntaba llorosa:

-Señora ¿qué se le ofrece a Vd. aquí?

-Permítame Vd. permanecer en esta habitación hasta que la suerte de ese desdichado se decida, respondí sollozando. Soy la dueña de la finca inmediata, una verdadera amiga de Octavio, una mujer muy infeliz. ¡Oh! Déjeme Vd. ayudarla a asistir a Octavio y la bendeciré penetrada de gratitud.

Tomás y Lola se consultaron en voz baja. Sospechando la clase de interés que me inspiraba el enfermo me contemplaron enseguida con expresión de lástima, diciéndome la última con la simpatía de la mujer que ha conocido las penas de amor hacia otra que también las experimenta:

-Señorita, esta Vd. en su casa.

Autorizada ya mi presencia allí, senteme a la cabecera de Octavio para observar con el corazón traspasado el espectáculo amarguísimo de la destrucción. A medida que trascurrían las horas, que caía la tarde, y que se adelantaba la noche, hacíaase más terrorífica la palidez del paciente. ¡Ay! ¡Aquella noche, próxima ya, debía ser para él la eterna!

No puedo describir lo que sentí participando de la sombría vigilia del agonizante. No era el dolor de perder las risueñas ilusiones del bello sentimiento que promete la dicha, era una inmensa lástima, un remordimiento acerbo, un deseo sin límites de rescatar a costa de mi vida aquella que iba a concluir tan repentinamente.

Privada de una fe bastante fervorosa para conformarme sin murmurar con los supremos decretos, demasiado pequeña para elevarme al cielo, depositando en él mis esperanzas, yacía en mi asiento muda, inmóvil, anonadada. Creía asistir de nuevo a la agonía de mi padre, volvía a medir con mis juveniles ojos el sepulcro, y como atraída por su fúnebre tranquilidad nacía en mi alma afligida afán prematuro de dormir en él para siempre.

Ínterin yo sucumbía en silencio bajo el exceso de mi pena Tomás, que no había renunciado todavía a la esperanza de salvar al enfermo, lo movía suavemente para inducirle a tomar una benéfica droga. Al contacto de su cariñosa mano abrió Octavio otra vez los pesados párpados, fijó en él tristemente sus vidriadas pupilas y balbuceó con lentitud:

-No, déjame rezar.

¡Déjame rezar! He aquí la postrera exclamación del moribundo más endurecido. He aquí la última idea del náufrago que en las congojas de su fin trata de asirse a las riberas de la salvación. ¡Gran Dios! ¿Son pues tan impotentes tus misterios que nadie ve sin

estremecimiento acercarse la hora de penetrarlos, que pecadores e inocentes diremos todos al borde de la tumba: «Quiero orar»?

Cuando desapareció completamente el sol en el horizonte y la luz artificial alumbró la alcoba de Octavio parecióme que reinaba en ella una atmósfera mortífera. El médico no obstante notó algún alivio en el paciente y declaró que si no tornaba a arrojar sangre quizá se lograra salvarle la existencia.

¡Con qué ansiedad nos dedicamos entonces a velarlo! El cura y el maestro de escuela de la vecina población, el mayoral de la finca y su joven esposa, yo y el mismo facultativo, acostumbrado ya a semejantes escenas, nos hallábamos pendientes de su menor suspiro. Un sueño bastante sosegado reparaba sus fuerzas y aunque el color de su cutis rivalizaba con la lividez de los cadáveres, aunque a ratos se le escapaban todavía vagos acentos de delirio, el tiempo proseguía su marcha sin que tuviera efecto una desfavorable crisis.

-¡Las doce!, dijo al cabo después de largas horas de insoportable inquietud el médico amigo. Si llega tan tranquilo al nuevo día se ha salvado Octavio.

-¡Buen Dios! Escuchad nuestros ruegos y realizad nuestras esperanzas, murmuré, postrándome junto al lecho.

-¡Amén!, añadió Lola, persignándose devotamente.

De improviso Octavio se agitó gimiendo, se incorporó con una violencia extraordinaria en su estado de debilidad y exclamó, dilatando sus empañadas órbitas:

-Aire... Me ahogo... ¡Oh! ¡Qué fatigas! ¡Son las de la muerte!

Y de sus labios volvió a brotar negra, fétida, corrompida, la sangre de sus venas.

Todos prorrumpimos en un grito de espanto que comprendió demasiado al enfermo. Al despedirse de la vida recobró la lucidez de su razón.

-Amigos, no hay remedio, murmuró resignado. Voy a emprender el viaje que todos, más temprano o más tarde, hemos de hacer. ¿Qué importan en verdad algunos días de anticipación? No lloréis pues, dadme la mano, recomendadme a Dios y decidme con la conformidad del cristiano y del filósofo: «Hasta la vista».

-Octavio, exclamé entonces, separando las cortinas del lecho que me ocultaban a sus ojos. Yo he contribuido aunque involuntariamente a los males de Vd., yo he pagado a Vd. con agrios insultos la deuda sagrada del reconocimiento. ¡Perdóneme Vd. por Dios para que pueda yo perdonarme a mí misma!

-¡Ambarina!, dijo él con una viveza que en instante tan imponente me probó su intensa ternura.

-He acudido al lado de Vd. apenas he sabido el riesgo que su vida corría, añadí, sofocada por las lágrimas. Sea Vd. pues conmigo clemente y generoso.

-Sólo con una condición, repuso el desgraciado reanimándose. Usted me acusó de miras interesadas al pretender su afecto y aspiro a dejar vindicada mi memoria de tan injusta sospecha. Ahora por lo tanto que voy a morir, ahora que ya no puedo codiciar los bienes del mundo que abandono, ahora que ya no es posible que me domine ningún deseo egoísta, querida Ambarina, objeto hermoso de mi constante adoración, ídolo de mis tristes suspiros, concédeme la mano preciosa que me rehusaste. Muriendo esposo tuyo moriré conforme.

-Señor cura, dispóngalo Vd. todo para casarnos *in articulo mortis*, dije al venerable sacerdote, que nos escuchaba conmovido.

Enseguida salí del aposento a fin de prepararme para la melancólica ceremonia que sin deshojar en mi frente los virginales azahares de la corona nupcial debía envolverme en los negros velos de la viudez.

¿A qué narrarte las opuestas emociones que atormentaban mi corazón? ¿Lo lograría tampoco aunque me propusiera pintártelas? Lo único que recuerdo al escribirte, más serena ya, es que una extraña mezcla de espanto, de ternura, de piedad y de dolorosa sorpresa me impedía definir las con exactitud. Que Octavio viviera o muriera iba a sellar mi infortunio. Simpáticos lazos unían ya mi alma a la suya y eterna aflicción me aguardaba, bien me condenara el destino a llorar sobre su sepulcro, o bien un milagro, prolongando sus días, me impusiera el suplicio de vivir temiendo perder su amor.

A la luz del alba entré en la alcoba de mi desposado sencillamente vestida de blanco, y tan descolorida y trémula como la neófita al pronunciar los votos que la separan de lo que más ha amado en la tierra para postrarla penitente al pie de los altares. Tomás y Lola habían encontrado entre los papeles de mi espirante novio su fe de viudo, pues acababa de revelar que había sido casado. Junto al lecho de agonía habían colocado una mesa sobre la cual se levantaba un crucifijo bendito que Lola rodeó de flores para quitar a mi boda con Octavio su aspecto lúgubre. La solícita mano de aquella agradecida mujer había comunicado al triste aposento un aire de fiesta gracias a las cortinas de muselina que suspendió de las ventanas, al orden que en él estableció y a la blanca colgadura salpicada de lazos azules con que adornó la cama del pobre enfermo. Durante algunos minutos singular sensación de esperanza y de miedo aceleró los latidos de mi pecho agitado. ¡Ay! La tímida mirada que dirigí a Octavio destruyó mi ilusión antes que naciera. El infeliz había vuelto a arrojar sangre, convulsiones espasmódicas recorrían sus miembros y su lívido rostro se desprendía tan desfigurado como si ya descansara en el ataúd sobre los bordados almohadones que le proporcionara la buena Lola.

Un momento después, ya el ministro del Altísimo había unido nuestras manos, que iba la Parca a separar para siempre. Ya me era permitido sin violar el decoro prodigar al mísero joven todos los cuidados de una tierna compasión. Hubiera creído soñar si los dedos de Octavio no estrecharan débilmente los míos, si su apagada voz no se complaciera en llamarme con la delicia intensa y pura que sólo causan las emociones del alma: «Amada esposa».

Dejeme caer como aturdida en un asiento próximo a su cabecera e inclinando mi frente hacia la suya murmuré, elevando a Dios una sincera plegaria:

-Muramos juntos.

¡Ojalá hubiera el cielo realizado mi voto!

La detonación de un arma de fuego indujo a Octavio a levantar su pesada cabeza. Yo permanecí inmóvil, como aquel que ya desprendido enteramente del mundo no se asusta ante sus cataclismos.

Tomás entró en la alcoba trayendo un ave muerta. Era la cotorra amarilla.

-He destruido el sortilegio: la he matado al fin, exclamó ufano. La maldita se había posado frente a la casa repitiendo con diabólica tenacidad: ¡Octavio! ¡Pobre Octavio! Al oírla confirmar con su fingida conmiseración el aciago destino de nuestro enfermo cogí mi escopeta, apunté a la funesta parlanchina y no erré el tiro. Desvanecido de este modo el hechizo el Sr. Octavio no morirá.

-¡Que Dios te escuche! Ahora deseo la vida, murmuró el joven, volviendo hacia mí sus empañados ojos.

Apenas pude sonreírle. ¡Ay! Al aspecto del inocente pájaro, víctima de la grosera superstición de Tomás, parecíame que yo también sucumbiría bajo los golpes de alguna preocupación errada e injusta. Fingiendo sin embargo participar de las ideas del mayoral, díjele que habiendo nacido el sortilegio en la laguna encantada, cuyas señas le di, debía arrojar a ella el cuerpo del ave. Inmediatamente partió el buen hombre a cumplirlo ínterin yo balbuceaba con tristeza:

-¡Que se confundan los restos de la pobrecilla con los lugares que tanto amo! Así creeré luego verla resucitar en las amarillas azucenas, y en las doradas moyas, que regaré con mis lágrimas a orillas del solitario estanque.

Pero contra lo que todos temíamos, Octavio triunfó de su terrible dolencia. Detúvose la disolución de la sangre milagrosamente, calmose la fiebre poco a poco, desapareció el siniestro color de su cutis, y al cabo de quince días de nuestro extraordinario enlace se paseaba apoyado en mi brazo por las espesas calles de árboles del «Paraíso», que lo era efectivamente para mí al contemplar la rápida mejoría de mi esposo, a que tanto contribuyeran mis cariñosas atenciones, mi tierna solicitud, mis infatigables desvelos. Trascurrieron otras dos semanas y trasladados ya al «Antilla» nuestra luna de miel alumbró la convalecencia de mi amado en el precioso retiro donde me refugiara huyendo de la desdicha. Dirigiendo a menudo nuestros pasos hacia la laguna, invertimos horas enteras en dulcísimas pláticas sentados en los bancos de césped, o reclinados en la barquilla, me refiere Octavio los tormentos que padeció cuando víctima de una pasión sin esperanzas me espiaba diariamente tras las flexibles cañas indianas. ¡Ah! La música de su acento jamás cansa mi oído, ni mi alma. Toda la vehemencia del amor primero, tanto tiempo sofocada en mi apasionada naturaleza tropical, se despierta en mí al eco de su voz persuasiva. En la languidez de su reciente enfermedad encuentra nuevos motivos para aficionarse a él mi índole, más ansiosa de proteger con maternal abnegación, de sacrificarse por sus afecciones que de recibir homenajes. Vago pues, como un genio benéfico en torno de mi amigo, adivinando sus deseos, previniendo sus necesidades y hasta ahorrándole el trabajo de pensar. Tanto le amo, Inés, que a veces recorriendo en su

compañía los cubanos campos, tan hermosos, tan fecundos, tan risueños siempre, sintiendo su mano en mi mano y su corazón cerca de mi corazón, he estado a punto de exclamar:

-Soy feliz.

Pero no he llegado, Inés, a decirlo, pues la idea aterradora que, según te indiqué antes, apenas me permitía pedir a Dios que mi Octavio viviera ha marchitado en capullo las flores de mi alegría. Ella me inspira perpetuo temor de perder algún día las simpatías de mi esposo.

Al ocurrírseme esta aciaga zozobra miro a Octavio con una especie de espanto, y recordando los lazos que he contraído a pesar de mi juramento, le hablo con tanta tristeza del restablecimiento de su salud que nublándose su frente contesta con expresión de reproche:

-Ambarina ¿pesará acaso mi vida como penoso fardo sobre la tuya? ¿Te arrepientes de la generosidad con que otorgaste al moribundo la mano que negabas al hombre prendado de tu mérito, viendo que aquél resucita para convertirse en éste? ¡Entonces no debieras haberme sacado del sepulcro!

Al escuchar sus sentidas quejas, rebélase mi impetuosa juventud contra mi implacable destino y, reclinando mi lánguida cabeza en su hombro, repito con acentos que lo persuaden:

-¡Te amo, esposo mío, para siempre! Jura por tu parte amarme también hasta tu postrer suspiro cualquiera cosa que suceda.

Su ternura llena de espontaneidad se apresura a responder a la mía satisfactoriamente. Pero Octavio al relatarme con honrada franqueza la historia de su vida pasada, al decirme que es viudo, me ha confesado que vino a La Habana huyendo de una pérfida joven a quien le unirían ya los lazos conyugales si no hubiera descubierto a tiempo su falsía, y aunque el amor más bello sea el último no me atrevo a creer que este último amor lo sea el mío para un hombre que conoce ya el poder del olvido. ¡Oh amargas dudas! ¡Oh crueles celos de un incierto porvenir! ¡No consuméis el martirio de un corazón que sufre ya demasiado con sus secretas angustias!

En fin, Inés, me hallo casada, y si camino hacia un abismo, la fuerte muralla que a mi espalda se ha levantado me impide retroceder. Lejos por lo tanto de fatigarte con inútiles lamentos quiero hablarte de asuntos positivos. Reservaré para Dios sólo la funesta elegía de mis siniestros presagios.

Aunque a Octavio le agrada el campo, se opone con razón a que nos retiremos completamente de la sociedad: con razón digo en lo que a él concierne, pues respecto a mí únicamente pido al mundo olvido y silencio. Ha determinado que pasemos seis del año en la ciudad y otros seis en el ingenio. Para arreglar desde luego nuestro plan de vida nos trasladaremos pronto a mi casa de La Habana, que te agradeceré mandes asear y ventilar, querida Inés. Necesitamos también un individuo de honradez notoria que, encargándose de la administración de nuestras fincas, evite a Octavio un trabajo que

podría perjudicarle en el estado actual de salud, la cual piensa acabar de restablecer emprendiendo más tarde un viaje a Europa, proyecto que armoniza con mis deseos. ¡Ah! Si gracias a la distancia lograra persuadirme a mí propia de que me había separado para siempre de mis aciagos temores entonces ¡oh bella Cuba! ¡oh amada patria! me resignaría a dirigirte un eterno adiós. Ya pensaremos en el particular.

Mientras tanto si conoces un hombre digno de nuestra confianza que consienta en hacerse cargo de la referida administración de mis haciendas de campo envíamelo inmediatamente. Antes que nos marchemos del «Antilla», pretendo que vea, para que lo imite, el método benévolo y dulce de que me valgo para gobernar a mis siervos. Líbreme Dios de que en mi apacible Edén resuene el chasquido del látigo de la servidumbre. Aunque haya en torno mío cadenas opóngome a que se sienta su peso.

Abre mi carta con cuidado a fin de que no se vuele el beso que en ella encierra para ti. -
Ambarina.

X

INÉS A AMBARINA

Con gran sorpresa he leído, amiga mía, la epístola singular que acabas de remitirme. ¿Cómo? Después de tan tenaz determinación de huir de Himeneo como de tu desgracia, de repetirme, envolviéndote en un misterio que he respetado a pesar de la natural curiosidad femenil, que te condenaba el destino a vegetar en triste aislamiento, ¿te has casado?... ¿Debo darte el pésame, o la enhorabuena por tu repentina boda? Las novelescas circunstancias que te han unido a un hombre que apenas conoces ¿te guiarán por medio de la casualidad a la dicha doméstica, o al arrepentimiento futuro? ¡Ah! Esperemos que a la primera, porque la justicia divina te debe la indemnización de tus tempranos infortunios.

Yo al par he tenido bodas en mi familia. Mi padre no obstante sus sesenta inviernos ha dado su mano a Leocadia, la mujer que desde antes de haber alcanzado sobre mi autoridad alguna me hizo derramar lágrimas, trocando la indulgencia con que me trataba el autor de mis días en tiránico despotismo. No necesito decirte que la joven mundana y frívola sólo ha consentido en aceptar tan anciano esposo por satisfacer su afición al lujo y la vanidad. Mi padre en consecuencia, abandonándose al ridículo delirio que excita el amor en los viejos, incurre por complacerla en locuras y gastos muy superiores aun a su pingüe fortuna, que con tamaña prodigalidad no tardará en convertirse en inopia. Tres o cuatro carruajes, magníficos muebles, deslumbrantes joyas, trajes espléndidos y palco en el teatro, todo le parece poco para comprar una sonrisa de Leocadia. Ufana con su absoluto dominio, mi madrastra (¡ay! bien merece tal nombre) se ha apresurado a trastornar completamente nuestra morada, nuestras costumbres, nuestro orden habitual y hasta nuestras horas de ocupación y de reposo. A la tranquilidad doméstica ha sucedido aturdidor estruendo, a la paz, la disipación y a la modesta sencillez de una vida retirada, el aparato presuntuoso de una casa a la moda. Leocadia ansía indemnizarse sin dilación de haber permanecido veinticinco años sumida en la oscuridad y el olvido. Su orgullo,

como una serpiente largo tiempo aletargada, ha despertado impaciente de desplegar su malicia, y mi desgraciado padre recibirá muy presto el castigo de su extravagante matrimonio.

Es mi madrastra una mujer peligrosa, una astuta sirena que guiará con facilidad a su mísero consorte a un precipicio. Para sufragar el costo de sus opíparos banquetes, ostentosos bailes y grandes cenas, el pobre anciano ha vendido ya un lindo cafetal que según en menos aciaga época, me repetía destinaba para mi dote. Leocadia además le induce a desprenderse de cuantos bienes raíces posee en la isla bajo pretexto de que convendrá a la salud de ambos ir a establecerse en Europa, pero en realidad para apoderarse de nuestra hacienda apenas se halle convertida en metálico. En su risueña frente ha leído mi perspicaz mirada un pensamiento codicioso y profundo. Su sed de placeres no extingue la ambición que la devora. Se casó por interés y se ha propuesto no haberse sacrificado en vano. Y cierta estoy de que el aciago día en que mi padre fallezca me dirá con hipócrita tristeza:

-Todo lo hemos gastado: nuestras comodidades han desaparecido con el hombre que nos las proporcionaba. Llamemos pues a Dios a nuestro socorro.

Ella ahora invoca el auxilio de Satanás para que la ayude en sus inicuos planes. Hechizado mi padre con sus pérfidas caricias, no sospecha el ruin móvil que la impele a prodigárselas, o aunque lo sospechara cerraría los ojos para no percibirlo. Yo pretendí abríselos una vez y a despecho de las delicadas precauciones de que me valí para conseguirlo, apenas conoció que mi voz acusaba a su compañera, en lugar de agradecer mi sana intención me colmó de improperios entre los cuales eran los más dulces los dictados de avara, envidiosa, calumniadora... ¡Ay Ambarina! Llegó para mí igualmente el triste turno de exclamar: soy muy desgraciada. Pero no creas que dimanen mis actuales angustias de temores egoístas respecto a mi propia conveniencia. Aún quedan cosas peores que confiarte y comprenderás entonces cómo a pesar de mi fe en Dios, de la sincera humildad con que deposito mis lágrimas al pie de sus altares, siento a veces fermentar en mi pecho emociones rencorosas y acerbas.

Antes de unirse a su anciano consorte amaba Leocadia a un joven que no la amaba lo bastante para perdonarle su pobreza y conducirla al ara nupcial. Ese adorador calculista, que contuvo su afecto ínterin receló comprometerse hasta el punto de encontrarse reducido a casarse con una doncella sin dote, viéndola ya esposa de otro ha concebido la delincuente esperanza de renovar sus mutuas relaciones a la sombra de un marido débil y entorpecido por la edad. Yo he sorprendido sus culpables miradas de inteligencia, he oído sus significativas palabras y hasta he contemplado sus manos enlazadas cuando seguros de la impunidad se creían; yo abrigo la certidumbre de que hay un individuo en la tierra que no tardará en envilecer a mi padre y, sin embargo, no puedo hablar, ni impedir el mal que preveo. ¿Sabes, Ambarina, quién es el ruin mortal que así mina a traición la honra de una familia hasta ahora sin mancha alguna? El que un día solicitó tu mano y nunca obtuvo tu corazón... Bernardo Arribas.

A despecho de la falaz dulzura de que ese cauteloso mancebo se reviste siempre, he participado de la antipatía que le profesas. Informada de que apenas rompió contigo y comenzó a visitar a Leocadia asiduamente, desdeñando los obsequios que mi padre le

tributaba, admirome que cuando el último hubo triunfado en su mutua rivalidad (porque Bernardo consintió en ceder el triunfo) buscara con empeño el trato de su victorioso competidor. Envanecido mi desdichado padre con su supuesta conquista, que atribuía al amor que a Leocadia había inspirado, y no a la malicia del hombre depravado que determinara abusar de su confianza, le invitó a venir a presenciar el espectáculo de su soñada felicidad doméstica. Aprovechase de su ceguera Bernardo para introducirse en nuestro domicilio y captarse sagazmente la amistad del objeto de su secreta mofa. A fin de aumentar el espesor de la venda que le impedía descubrir la verdad, fingió dirigirme sus homenajes, estar pendiente de mi menor palabra, y estudiarme con la atención del ser reflexivo que desea conocer a fondo a su futura compañera. Todo esto sucedía mientras el anciano se hallaba presente; pero apenas volvía la espalda o se adormecía en su asiento, aproximándose Bernardo a mi madrastra entablaba con ella sus acostumbrados coloquios sin importarle que yo los observara. Semejante conducta, tan insolente como pérfida, me llenaba de una indignación que contenía, comprendiendo que mi padre no prestaría crédito a mis declaraciones contra los culpables. Mas si vedado me estaba revelar su infamia, podía en compensación manifestar a Bernardo el desprecio que me causaba su duplicidad, contestando a sus públicos obsequios con desdenes igualmente públicos. La zorra, aunque descubierta, no se desanimó. Envolviéndose en la piel de la oveja ha acudido a mi padre quejándose de mi caprichosa enemistad y de mi vituperable ingratitud. El anciano, Ambarina, se ha irritado entonces contra tu pobre Inés, pesaroso de que pierda por sus majaderías, según dice, un ventajoso enlace. Me riñe, me amenaza y concluye recurriendo a las caricias para convencerme de que me porto mal.

Al sentir en mi frente sus respetables ósculos desgárrase mi corazón; las lágrimas bañan mis mejillas y arrojándome al cuello del padre infeliz que, a despecho de sus debilidades, me ama todavía a su manera, lo abrazo convulsivamente para correr enseguida a exhalar mi dolor al pie de una imagen de Cristo, que me envía, sino el consuelo, a los menos la conformidad. Más tranquila después retorno a la sala resuelta a arrastrar mi cruz sin lamentarme, a imitar la paciencia del que murió por redimirnos, y a valerme de dulces advertencias para desviar a Leocadia del vergonzoso sendero por donde transita. Sin que logre arredrarme la inutilidad de mis esfuerzos, sin que me induzcan a retroceder los sarcasmos de la mujer extraviada, he dirigido a menudo la conversación al terreno de la religión y la moralidad, recordándole que la vida temporal dura un instante y que en el Cielo recibiremos la recompensa o castigo de nuestro comportamiento aquí abajo. Pero cuando la juzgo atenta a mi discurso Leocadia me interrumpe diciendo: «Mucho tarda hoy Bernardo», o designando a mi padre, que al entrar en la habitación la saluda con una sonrisa, exclama, soltando una carcajada: «Lorenzo es la vera efigie de un viejo sátiro»; o dejándome de repente, según una frase vulgar, con la palabra en la boca murmura bostezando: «Tus sermones me fastidian como los de toda beata. Si llego a padecer insomnios recurriré a ti para adormecerme». ¡Oh Ambarina! Y la misma que así habla asiste a misa los días festivos con puntualidad, creyéndose penetrada de devoción porque sus labios pronuncian en el templo oraciones que su alma egoísta no venera. Aunque pensamientos adúlteros turben su mente bajo el velo que lleva a la sagrada ceremonia ¿qué importa? Cumple con las exterioridades del rito divino y se figura que el Omnipotente no le pedirá además verdaderas virtudes. Por desgracia, infinitas personas entienden la religión del propio modo que Leocadia.

Decidida a no alterar la paz del ocaso de la existencia de mi padre, me había propuesto al fin callarle las criminales relaciones de Bernardo con mi madrastra. Ofreciendo a Dios la vergüenza, la humillación y sobre todo el dolor profundo que mi corazón experimentaba ante el espectáculo de la deshonra del autor de mis días me limitaba a protestar contra él, rechazando inflexible las arteras tentativas de Bernardo para captarse mi benevolencia. Pero últimamente, Ambarina, la mina estalló a mi pesar y su explosión, como era de esperarse, me eligió por única víctima.

Me encontraba sentada en el sofá del salón entre Leocadia y Bernardo, que ocupaban dos sillones situados uno frente al otro en el estrado. Abiertas las numerosas ventanas de la vasta pieza, daban libre entrada al ambiente de una serena noche de la zona tórrida, que después de una cálida tarde de estío reanimaba las aletargadas potencias de los habitantes de la tierra del sol. Desde nuestros asientos distinguíamos el oscuro azul del firmamento, salpicado de estrellas con inmortal magnificencia. Sentíase el corazón dispuesto a amar en aquel instante, cediendo a la influencia apasionada de una naturaleza que parecía prometer a la criatura más desdichada la felicidad, y el mío, que se ha refugiado desde que perdí a mi madre en el seno del Supremo Hacedor, que conociendo su constancia ha huido asustado de los pasajeros amores terrestres para elegir un esposo divino que nunca lo abandonará, como si hubiera adquirido alas, se elevaba henchido de emoción inefable hacia el éter purísimo que ocultaba el albergue de sus espirituales esperanzas. Melancólica y abstraída, dejaba vagar mis ideas lejos del polvo del mundo cuando un ruido repentino me atrajo a él de nuevo. Aparto los ojos de la celeste bóveda, coronada de astros y veo a Bernardo, que se había apresurado a recoger el abanico que se le cayera a mi madrastra, besar su mano al devolvérselo con una audacia que era un insulto para mí, testigo inocente de los indignos deliquios de entrambos.

Miserables, o más bien infelices. Ínterin los esplendores de aquella noche poética y augusta me inspiraban pensamientos de piedad, admiración y virtud su majestuosa hermosura atizaba el fuego de la impura pasión que los dominaba. Mucho sufrí, obligada con el rubor en la frente a sofocar el grito reprobador que quería escaparse de mis labios. Pero me había impuesto la tarea de velar por la reputación de mi padre y fingiendo que nada había percibido, en lugar de provocar un inútil escándalo, permanecí en mi puesto inmóvil y silenciosa como fiel centinela decidido a morir antes que descuidar su vigilancia.

Hubo un momento, sin embargo, en que mi perspicacia se adormeció bajo la astucia de mis antagonistas. Bernardo había conducido la conversación diestramente a mi predilecto terreno, el de la religión. Discurrió con bastante criterio respecto a las obras de los escritores de la Iglesia, desde San Agustín y Santa Teresa hasta Fenelon y Bossuet, y ocupándose enseguida de la superioridad del dogma católico sobre todas las sectas que se han formado desde que el cisma se introdujo en su seno, hizo justicia al genio de Balmes, que a la edad en que otros comienzan a levantar el pedestal de su nombradía dejó ya cimentado el de la suya.

-Inés tiene casualmente uno de los monumentos de la fama del gran teólogo español, «El catolicismo comparado con el protestantismo», exclamó Leocadia con una sencillez aparente que ofuscó mi penetración. Traenos ese precioso libro, querida y lee en voz alta algunos capítulos.

Alegre como en niño a quien engañan con una golosina, corrí a buscar la obra de que se trataba. Al regresar, hojeándola en silencio para encontrar los mejores pasajes, entré en la sala pausadamente y distinguí a Bernardo sentado junto a mi madrastra en la actitud del amante correspondido que ha acechado con impaciencia la oportunidad de hablar a solas con el objeto de sus ansias. A pesar de la prisa con que se separaron al rumor de mis pisadas vi lo bastante para que poseída de justa indignación cambiara de propósito y determinara inducir a mi padre a sorprenderlos en el enajenamiento de sus ilegítimos desahogos.

Haciendo por lo tanto un inmenso esfuerzo sobre mí misma, proseguí caminando hacia ellos con los ojos fijos en las páginas del libre que me pidieran. Engañados a su vez se miraron uno a otro como diciéndose mutuamente: «Nadie ha visto» y se prepararon a escuchar la grave lectura con la complacencia del que habiéndose salvado de inminente peligro se halla dispuesto a las concesiones más fastidiosas.

Pero yo, que ya en mi asiento continuaba aún hojeando la obra en cuestión, exclamé de repente:

-Me he equivocado. Los más interesantes capítulos están en el segundo tomo.

Y me levanté de nuevo como para ir a buscarlo.

-Sí, ve, Inés; confiamos en la buena elección de tu talento, respondió Leocadia presurosa.

Salí pues con juguetona ligereza del salón para ponerme a observar detrás de la puerta principal.

-¡Dios mío! ¡Qué infames son! murmuré al ver a Leocadia aprovecharse de mi ausencia para pasar el brazo en torno del cuello de su amante.

Entonces volando al aposento del autor de mis días, exclamé con una vehemencia que hacía temblar mi voz:

-Padre mío, venga usted: sígame y conocerá quién es la mujer que me ha mandado usted respetar como a una segunda madre. Venga usted y se convencerá por sí propio de que la corrupción y la perfidia bajo la forma de Bernardo y de Leocadia se han unido para cubrir de oprobio esas canas venerables. ¡Ah, padre de mi alma! Cuando usted me reñía porque mi firme voluntad rechazaba los falaces obsequios de ese hombre depravado, ignoraba que además de la aversión justísima que me causa me separaba de él la certidumbre de que visita nuestro domicilio por mi madrastra, y no por mí, para destruir el honor de usted, y no para servirle de apoyo como un tierno hijo. Pronto, pronto, y los sorprenderá usted en brazos del crimen.

-Semejante acusación merece un gran castigo si se reduce a una calumnia, replicó el anciano, tan pálido que me arrepentí de haberle arrancado de los ojos la venda que le alucinaba. ¡Corramos a saberlo!

Trastornado mi padre por los celos, en lugar de dirigirse a la entrada principal del salón atravesó los interiores aposentos y se ocultó tras la puerta que sirve de comunicación a

éstos con aquél. Bernardo en efecto permanecía sentado junto a mi madrastra, mas en tan respetuosa actitud que casi comencé a dudar de lo que yo misma contemplara minutos antes. Hablaban de materias permitidas y para colmo de mi asombro Leocadia expresaba con acentos de sinceridad su cariño a su esposo, asegurando que nunca se arrepentiría de haber enlazado su juventud a tan noble y generosa vejez. Un espejo fronterizo le había revelado nuestra asechanza.

-Las únicas nubes que suelen oscurecer mi horizonte doméstico provienen de mi entenada, que se ha empeñado en considerarme ruin madrastra en lugar de la hermana afectuosa que para ella deseo ser, exclamó suspirando la falsa criatura. Pero por amor a Lorenzo, a mi respetable y mejor amigo, le perdono de corazón los muchos disgustos que su malicia me suscita.

Juguete de aquel pérfido lenguaje, mi padre me empujó con violencia en la sala y dominado ¡ay! por la cólera que los esclavos de una pasión experimentan hacia los que pretenden arrebatarles de su postreras ilusiones, me arrastró a los pies de Leocadia, gritando con terrible voz:

-¡Pídele perdón, malvada! ¡Pídele perdón!

-¿De qué se trata?, preguntó mi madrastra fingiendo sorpresa.

-¡Oh! No puedo decírtelo, ángel mío, gloria y consuelo del invierno de mi existencia, replicó en anciano, estrechándola en sus brazos. Pero desde hoy te juro que serás mi solo afecto y mi exclusivo apoyo. Ya no tengo hija, pues no reconozco por tal a la serpiente que devorada por envidiosos rencor se propone sembrar la discordia bajo el techo que la alberga. Que se vaya a donde quiera, que busque un asilo a su antojo. Yo le pagaré una pensión: yo le cederé la mitad de mis bienes si así lo exige. A lo que me opongo es a continuar abrigándola en mi seno, a exponer de nuevo mi oído a sus silbidos viles y engañosos.

Renuncio a pintarte mis sufrimientos al caer así sobre mi cabeza el paterno anatema. Olvidándolo todo, menos que mi padre padecía por mi causa, menos que mi conducta había exaltado su enojo, murmuré siempre arrodillada:

-¡Perdón, perdón!

-No. Tu malignidad suscitaría al cabo nuevas disensiones entre Leocadia y yo, consiguiendo quizá apartar su alma de la mía. Y antes que tal cosa suceda prefiero mil veces morir. Trasládate pues a casa de alguna amiga que consienta en recibirte por una pensión moderada, a la de esa Ambarina, verbi gracia, con quien mantienes constante correspondencia. Pronto estoy a entregarte la herencia de tu madre como me dejes en paz.

No convenía semejante arreglo a Leocadia, la cual apenas mi padre lo propuso empezó a interceder a mi favor. Revistiéndose de un aire de hipócrita generosidad que me hubiera hecho aceptar la idea del anciano, si el filial deber no me ordenara permanecer a su lado para defenderlo, a pesar suyo, de los disgustos que le aguardan, dijo temiendo como la hiena insaciable que se le escapara parte de los despojos de su víctima:

-Basta, Lorenzo. Cualquiera falta que esa muchacha haya cometido yo la tomo bajo mi amparo a fuer de madre tierna e indulgente. Si me amas, esposo mío, imita mi clemencia, y que no vuelva a hablarse del particular. Enjuga, Inés, ese llanto, besa la mano a tu padre y retírate a tu dormitorio donde plegue a Dios que las reflexiones de la noche corrijan de tal manera tu corazón que mañana al saludarme me digas con acento sincero: «En adelante te amaré en lugar de aborrecerte, Leocadia, no sólo para que mi padre me restituya su cariño sino también porque desde que te conozco mejor he aprendido a apreciarte».

-¡Criatura angelical! ¡Se necesita ser un monstruo para mirarte con ojos enemigos!, exclamó el ciego anciano, cubriendo de apasionados ósculos su frente impostora.

-Pero como nuestra hija es únicamente una pobre joven extraviada llegará a contemplarme con amigos ojos, repuso Leocadia, atrayéndome hacia su seno lleno de duplicidad.

-¡Gran Dios! ¡Salvad a mi padre!, murmuré, saliendo de la sala espantada con los abismos de hipocresía que encerraba el pecho depravado de aquella mujer.

Desde tan cruel escena Leocadia reina en la casa como soberana absoluta. Por mandato suyo nuestros bienes raíces se venden apresuradamente, y como la humilde sumisión, con que trato de recobrar las caricias del autor de mi existencia, me impide oponerme a que las haciendas que pertenecieron a mi madre se reduzcan también a metálico, pronto no poseeré en el mundo otro seguro abrigo que el del cementerio. Recelando Leocadia que mis amigos me induzcan a resistir a la arbitrariedad con que bajo especiosos pretextos me despoja de mi legítimo patrimonio, abre mi correspondencia y lee hasta la menor esquila. Te lo advierto, Ambarina, para que me escribas con reserva o secretamente, pues tu última carta corrió la suerte de todas las que ahora me vienen dirigidas, proporcionándote, según temo, un disgusto a juzgar por la repugnancia que manifiestas en entablar la menor relación con Bernardo Arribas.

Me la entregaron justamente cuando se hallaba presente mi madrastra, la cual velando bajo un aire de chanza su tenaz espionaje se apoderó de ella diciendo:

-Quiero servir de intérprete a tu amiga Ambarina leyéndote en alta voz su epístola confidencial.

Lo efectuó sin que acobardada por mis cadenas domésticas me atreviera a clamar contra su despotismo, y después de mil comentarios respecto a los misteriosos motivos que te impelieran a renunciar al matrimonio, de otros tantos gestos burlescos destinados a satirizar lo que llama tu romanticismo, y de fruncir el ceño enojada siempre que aludías a tu repulsión por Bernardo, al llegar al párrafo en que unida ya a Octavio me recomendabas te buscara mi amistad un individuo capaz de administrar con inteligencia tus bienes exclamó cavilosa:

-Bernardo sería a propósito para ese cargo, que le vendría perfectamente ahora que acaba de arruinarse en una imprudente especulación.

No creas sin embargo, Ambarina, que provenga de frustrados negocios como Leocadia pretende dar a entender, el atraso que ha experimentado Bernardo en sus intereses. Un vicio fatal ha devorado y devorará cuanto oro caiga en sus garras feroces: el del juego. Esa propia detestable pasión, todavía más odiosa en la mujer que en el hombre, se ha apoderado de mi madrastra, a la cual he visto a menudo pasar horas y horas sentada ante la mesa de tresillo con las cartas en las manos, trémulas de ansiedad, y los tormentos del demonio de la codicia pintados en el desencajado semblante. Aunque en escaso número la mujer jugadora existe en la grande Antilla, particularmente en las altas clases de la capital y Leocadia, apenas se ha encontrado en situación de dar rienda suelta a sus malas inclinaciones, ha descubierto los defectos que las trabas de la pobreza la obligaron a sofocar durante su primera juventud.

Avergonzada muchas noches de contemplar bajo la techumbre paterna, antes tan ejemplar y apacible, a la avaricia de lívido rostro, simbolizada por mi madrastra y su amante, presidiendo el verde tapete donde depositan el contenido de su bolsillo los mismos a quienes se atreven ambos a llamar amigos a pesar de su deseo de despejarlos, me he refugiado temprano en mi lecho fingiendo repentina indisposición para evitar tan repugnante espectáculo. Leocadia además mientras juega fuma como un veterano acostumbrado al olor de la pólvora, peor aún que el del tabaco. El sueño me ha sorprendido en mi solitaria alcoba, las visiones de Morfeo me han visitado, y cuando mis párpados han tornado a abrirse, heridos por los fulgores del alba naciente, he escuchado todavía en próxima pieza el ruido del oro, de las acaloradas voces y de la orgía nocturna. Mi padre por supuesto ha reconvenido tímidamente a su esposa por lo perjudicial de tan funesta inclinación.

-¡Bah! Apenas perdemos o ganamos una bagatela, de la cual nos valemos para comunicar atractivo al juego, responde Leocadia, acariciándolo como una zalamera gata. Es mejor, viejo mío, que me divierta con las cartas que no como otras jóvenes casadas con hombres de tu edad. ¡Eh! ¿Me entiendes, intolerante censor?

Observación tan edificante y delicada ha convencido al anciano, que no ha vuelto a chistar respecto a la materia. ¡Ay! El amor, ciego siempre ¿cómo podrá dejar de serlo en el ocaso de la vida, cuando los ojos de la inteligencia se han cansado tanto como los físicos?

Desde luego adivinarás que lo que Leocadia califica de bagatela para comunicar al juego algún aliciente forma sumas capaces de constituir la fortuna de una familia. A fuer de los gladiadores antiguos, que comenzaban con casi majestuosa calma la lucha y la terminaban destrozándose mutuamente frenéticos de cólera, así mi madrastra, Bernardo y los capitalistas que vienen a jugar con ellos empiezan interesando la partida moderadamente, para enseguida arriesgar cantidades que inspiran terrible desesperación al desgraciado que las pierde, diabólico regocijo al ambicioso que las gana y siniestras agitaciones a cuantos participan del criminal proyecto de enriquecerse arruinando a otro. ¡Oh, Ambarina, Ambarina! No acuses a la Providencia porque permite que la adúltera y el seductor prosigan impávidos e impunes al parecer su vil carrera en el mundo. Su inevitable justicia ha dado ya principio con las locas pasiones que los dominan al castigo de los culpables, que más tarde lo recibirán completo de uno u otro modo. Bernardo y Leocadia pierden casi siempre en el entretenimiento inmoral a que tan encarnizadamente

se entregan. Trastornados por la sed del oro, anhelando saquear el bolsillo de sus antagonistas, dejan el suyo en el campo de batalla. Mi madrastra, que primero jugaba en compañía de su amante, ha roto su convenio con él asustada con su mala suerte. La mesa de tresillo es el único terreno en que no armonizan.

Otra de las inclinaciones indomables de Leocadia es el amor al lujo, a la ostentación, a cuanto halague la vanidad. Las rentas de mi padre no sólo desaparecen sobre el verde tapete; se consumen también, como ya te he dicho, en costosos carruajes, trajes espléndidos y deslumbradora pedrería. Nada iguala al deleite que expresa el semblante de la frívola mujer, acostumbrada a pasar desapercibida entre la oscura plebe, al recorrer los días festivos reclinada en lujoso quitrín arrastrado por briosa pareja de caballos de alto precio la Alameda de Isabel II o el paseo de Tacón, luciendo las sedas más brillantes y los encajes más ricos en su traje de última moda, y reflejando en el aderezo de ópalos, zafiros o rubíes que centellean en su garganta y brazos descubiertos los rayos del pendiente sol. Su orgullosa mirada da las gracias a cuantos admiran su magnificencia. Después, si acude por la noche al Gran Teatro, si sentada en ese vasto y elegantísimo local, que ha obtenido con razón el dictado de uno de los primeros del universo en su clase, muestra a través del calado de los palcos, como en medio de dorada red de filigrana, su fausto y los adocenados atractivos que su amor propio juzga acreedores a ofuscar la fama de Cleopatra, es de ver como echa la cabeza hacia atrás, cual si dijera a los circunstantes: «Miradme, que lo merezco. No hay aquí ninguna que pueda comparármeme». Pero para que el gozo de la vana criatura sea cabal necesita que algún rendido galán se le coloque al lado, se encargue de obsequiarla constantemente durante la representación y le ofrezca el brazo a la salida del coliseo, ínterin su esposo camina detrás llevando el abrigo de su dueña y señora a guisa de un lacayo de cabellos blancos. Leocadia imagina que toda dama casada para estar a la moda debe tener un marido rico, muchos adoradores y una coquetería que los consiente a todos sin nada concederles. Sin embargo, ella altera esta postrera cláusula a favor de Bernardo, y a excepción de mi padre La Habana entera murmura de su comportamiento, que no tardará en desacreditarla en la opinión pública.

¡Ay! Al llegar aquí el corazón se me ha oprimido, conociendo que la descripción que de Leocadia te hago se asemeja a la de la enemistad. ¿Se habrá acaso deslizado en mi alma, que he creído pura, la hiel del aborrecimiento? ¿Me habrá impelido la convicción de los males que mi padre ha de sufrir por esa mujer a exagerar sus faltas? ¡No! Grandes son realmente, puesto que abriga su pecho sentimientos ilegítimos, y su cabeza la idea de usurpar los ajenos bienes. Mas correspóndeme en verdad callar sus defectos en lugar de revelarlos, ocultar a todo el mundo los secretos de su perfidia en vez de descubrirlos, y al hallarme a tamaña distancia de ese generoso comportamiento conozco que únicamente el Crucificado, cuya sublime abnegación venera el hombre sin conseguir imitarla, pudo mirar con piadosa lástima a sus verdugos, exclamar lejos de acusarlos al levantar los moribundos ojos hacia su padre celestial: «¡Perdónalos, Señor! ¡No saben lo que se hacen!»

Perdonadme por lo tanto a mi turno, Dios de infinita misericordia, si refiero a una amiga, casi a una hermana, las interioridades domésticas que desconceptúan a la esposa de mi padre. Nadie, Señor, excepto Ambarina, recibirá mis confidencias penosas. Para todos los demás enmudecen mis labios y mi pluma respecto a los desaciertos de Leocadia, llegando

mi propósito de conservar ilesa a los ojos de la sociedad, la honra del que me ha dado el ser hasta el punto de inducirme al fin a aceptar en público los obsequios del odioso Bernardo Arribas para destruir las sospechas que se han concebido de mi madrastra. Así no extrañará la malicia de los curiosos que ese traidor visite diariamente nuestro domicilio: así merced a mi prudencia, las imprudencias de Leocadia no la han hecho rechazar todavía del seno de las personas honradas y escrupulosas.

Aunque ni un ápice se ha debilitado el justo horror que me inspira el engaño conyugal de que es víctima el pobre anciano, a quien después de Dios amo sobre todas las cosas, desde la terrible noche en que pretendí inútilmente descorrer el velo de su confianza, cambiando de pensamiento ha tratado de aumentar su espesor. Hoy, Ambarina, vigilo las culpables relaciones de Bernardo y Leocadia no para gritar al desprevenido consorte: «Míralos: te venden!» sino para evitarle el aciago espectáculo que atravesaría su pecho con un dardo mortífero. Desde la noche, repito, en que tuvo lugar la espantosa discusión en la cual mi padre prefirió patentemente su esposa a su hija, un afecto nuevo y dudoso a otro antiguo y seguro, comprendí que la certidumbre de la ingratitud de Leocadia sería para él peor que la muerte o el martirio. He tomado pues mi partido y ya que me prohíben las circunstancias impedir el mal, quiero a lo menos estorbar sus consecuencias deplorables. ¡Ah! El anciano ignora la prueba de inmensa ternura que le doy interponiéndome entre su mirada, que al cabo distinguiría la siniestra verdad, y la mujer que tantas lágrimas me ha arrancado, para que no vea su infamia. ¡Ojalá, amado padre mío, que lo ignores siempre!

He aquí, Ambarina, como al concluirse tus desgracias las mías empiezan. Tampoco empero me hallo tranquila respecto a tu destino. Hay en tu reciente boda algo de precipitado y confuso que me atemoriza a mi pesar. Por otra parte al participar Leocadia a Bernardo tu repentino enlace expresó el semblante del postrero tan singular asombro, mezclado de profunda malicia, que me estremecí involuntariamente. Prepárate a recibir su visita muy pronto. Ha dicho al saber que necesitabas un administrador para tus bienes:

-Que no lo busque: yo lo seré. Y si Ambarina dilata su venida a La Habana iré al «Antilla» a declararle que la plaza me pertenece.

-Ambarina no puede ya decidir nada sin consultar la voluntad de su esposo, objeté indignada con su tono arrogante.

-Casada o soltera, la hija de D. Diego de Alarcón no me contradecirá jamás, replicó Bernardo con el aplomo de un hombre cierto de lo que habla.

¿Dependes efectivamente por causas que desconozco del capricho de tan depravado mortal, pobre amiga? En tal caso te compadezco, pues se asemeja a la serpiente, que lleva consigo implacable ponzoña. Adiós: vive prevenida y de todos modos menos triste que tu fiel. -Inés.

XI

AMBARINA A INÉS

La lectura de tu carta acaba, tórtola afligida, de llenar mi alma de melancólicas sombras. Ocupábame contenta de los preparativos de mi marcha a la capital, recelando que Octavio se fastidie aquí, cuando llegó a mis manos y la relación de tus penas íntimas principió a marchitar la flor de mi alborozo, que concluyó de cerrar, como herida del rayo, su corola con las infaustas noticias que concierne a Bernardo me das. ¡No hay remedio! He descansado algunos instantes y debo volver a comenzar la lucha: he aspirado sereno ambiente durante la breve tregua que me ha otorgado la adversa fortuna y siento ya de nuevo adelantarse la borrasca que no tardará en estallar sobre mi pobre cabeza. ¡Cúmplase la voluntad divina!

He callado a Octavio un secreto que puede perderme a sus ojos y Bernardo se ha hecho depositario de ese misterio terrible. Con esto te digo lo bastante para que comprendas no sólo el horror de mi situación sino también la necesidad de ocultar nuestra correspondencia, donde con frecuencia aludo a los aciagos problemas de mi vida y a las culpas de tu madrastra, buitre feroz, indefensa paloma, que te destrozaría en sus garras el día que fallezca tu padre a no permanecer abiertos mis brazos para ofrecerte un abrigo afectuoso y duradero. Acude a ellos, buena Inés, apenas conveniente lo juzgues. Una verdadera amiga te llama: una tierna hermana te espera.

¡Ay de mí! Ahora percibo, aunque demasiado tarde, el irreparable desacierto que cometí cediendo tanto a los impulsos de mi corazón como a las lastimeras súplicas de Octavio al unir para siempre mi mano a la suya en el lecho donde moribundo yacía. El hombre debe leer completamente en el alma de la mujer con quien va a enlazarse: debe informarse a fondo de su historia privada y la de su familia para convencerse de que es en realidad la compañera que desea para su porvenir. Octavio no conocía de mí otra cosa que mi exterior cuando juró amarme hasta su postrer suspiro; yo no podía tener confianza en una promesa fundada únicamente en pasajeras ilusiones, y ambos nos arrepentiremos un día quizá de haber contraído un lazo indisoluble sin haber pesado antes sus graves consecuencias.

Octavio arrepentirse de haberme amado. Mi esposo trocar su apasionada adoración en indiferencia o desvío. ¡Qué aterrada idea, Inés! Yo no he experimentado ni experimentaré nunca otros afectos que los legítimos. Octavio constituye hoy el sólo apoyo en que poseo derecho a sostenerme y si me faltara por lo tanto su ternura... ¡Ah, que no me falte jamás, Dios mío! pues abandonada de nuevo en el vasto desierto del mundo tal vez volvería a atacarme el vértigo que ya turbó mi razón en una aciaga noche y el impío suicidio reclamara su presa.

Segura de que Bernardo, si no marchó a la ciudad, vendrá a buscarme al campo continué mis preparativos de partida luego que hube recorrido tu carta. Mas atormentábanme tan funestos pensamientos al entregarme a la tarea que empezara tan gozosa, estaba mi pobre corazón tan oprimido que al regresar Octavio a mi lado, cariñoso como de costumbre, me preguntó admirado:

-¿Qué te ha sucedido, vida mía? ¿De qué proviene la palidez de tu frente? ¿Te sientes indispuesta o mortificada por nuestra próxima ida a la capital? Habla, explícate. Tus deseos son órdenes para el mortal que te idolatra, y que incapaz de someterse a sujeción alguna forzosa viene por sí mismo a postrarse a tus pies.

Me arrojé trémula de emoción en sus brazos ínterin las lágrimas que henchían mi pecho brotaban a raudales de mis ojos.

-¡Ah Octavio!, murmuré, asiéndome a él como la yedra al olmo. Jura que me amarás siempre como ahora, que nunca me rechazarás, aunque la enemistad, la calumnia o cualquier evento que de mí no dependa traten de desconceptuarme para contigo. Prométeme ¡ah! prométeme que mientras tu Ambarina sea pura, fiel y sincera no te importará que pierda sus bienes o la aureola de que tu generoso cariño la rodea en la actualidad.

-¡Tus bienes, tu aureola! ¿Qué quieres decir, Ambarina?, exclamó Octavio, examinándome con cierta desconfianza. ¿Volverás a alimentar la sospecha de que te he amado por interés? El día en que resucite en tu alma será el último de nuestra unión. Aunque sepa morir, aunque la desesperación me acompañe pondré el mar entre ambos para manifestarte que me has juzgado con injusticia.

Su altiva respuesta me anonadó, porque me demostraba que, a pesar de los sagrados lazos que confunden en uno solo nuestros mutuos destinos, consideraba posible una separación caso que la calificara de indispensable.

-Huir de mí... ¡abandonarme!, repuse con la impetuosidad a menudo imprudente que me caracteriza. Yo no te abandonaré, ni huiré de ti aunque me aseguraran que tu pasado no correspondía a tu presente, que había en él vergüenza o degradación. ¿Acaso podría vivir lejos de tu vista, ni olvidar que te he prodigado las caricias de esposa? Mas tú, ingrato, hablas casi serenamente de ausencia eterna porque tu amor ha nacido de un capricho y se extinguirá como un fuego fatuo ante la menor contrariedad. ¡Gran Dios! Ahórrame el inmenso dolor que de antemano presiento, envíame la muerte antes que el terrible golpe de su inconstancia, pues de otra manera me la daré yo el día en que diga él: ¡ya no te amo!

-¿Te has vuelto loca, incomprensible joven?, murmuró Octavio, pálido de emoción a su turno. Si el ardiente amor que te atreves a comparar con la fría llama de los fuegos ficticios se apagara con pequeñas o grandes contrariedades no estuviéramos unidos. Tú, que sin causa alguna me atribuyes una olvidadiza índole, olvidas demasiado pronto que para apoderarme de tu mano rebelde necesité bajar casi al sepulcro.

La sencilla dignidad con que refutó mi esposo mi insensato arrebato me conmovió doblemente que hacerlo hubiera podido una sentimental disertación. Temerosa de haberle ofendido rodeé su cuello con mis brazos y bañando con mi llanto su hermoso rostro repetí, sollozando convulsivamente:

-¡Perdón, perdón!

Mariana, que distinguió mis lágrimas, y cegada por un afecto mal entendido se mezcla demasiado a menudo en nuestras conyugales cuestiones, exclamó entonces, corriendo hacia mí:

-¡Ea! Ya comienza el cordero a convertirse en lobo. No seas boba, querida niña: manda siempre en tu casa y no te hagas de miel para que no te coman las moscas.

Aquel tu casa, pronunciado con énfasis, puso sombría la frente de mi esposo, que separando mi brazo de su cuello dijo severamente a la mulata:

-Salga usted de aquí, buena mujer; manténgase en su puesto y no entre en nuestras habitaciones sino cuando la llamemos.

-No me da la gana de irme, contestó mi nodriza, atrincherándose en los derechos que sobre mí posee. Usted se ha propuesto aislar a esa muchacha para manejarla a su voluntad; pero yo, que la he alimentado con mi leche, permaneceré a su lado para darle buenos consejos e impedir que se deje dominar más de lo preciso.

Mariana no ha simpatizado con Octavio, Inés mía, porque aquél, que no tiene como yo motivos para mirarla con indulgencia, ha evitado con ella toda familiaridad, relegándola al lugar que en su concepto le corresponde. Desde mi matrimonio Mariana no come a mi mesa, y aunque tampoco se sienta a la de los criados está profundamente irritada contra Octavio, que a su turno ha manifestado gran asombro de que una mujer de su color, educación y costumbres viviera casi a nivel mío. Habituada la mulata a las prerrogativas que le permitiera adquirir mi condescendencia ha visto con enojo, celos y desconfianza al hombre de mi elección apoderarse como señor y dueño de la dirección de mi destino. Así es que habiendo descubierto su excesiva susceptibilidad respecto a las materias que atañen a la delicadeza y pundonor cuida siempre de decir, para mortificarle, el carruaje, la casa y los criados de la señora.

Esta declarada hostilidad le ha captado igualmente la antipatía de Octavio, que al escuchar su insolente respuesta cuando la mandó retirarse del aposento donde se verificaba nuestra explicación amistosa repitió con una aspereza de que yo no la juzgaba capaz:

-Salga usted inmediatamente de aquí u ordenaré a mis criados que la ponga a usted en la calle para no volver a permitirle nunca pisar el umbral de mi casa.

Aunque Mariana se sobrecogió algo con su imperioso acento, replicó con la osadía de las personas de su calidad al creerse protegidas por mayor poder que el que las amenaza:

-No me retiraré si no lo exige Ambarina. Sus órdenes son las únicas que aquí obedezco.

-Vete ahora mismo, mujer imprudente. Antes que a mi voluntad quiero que te sometas a la de mi esposo, exclamé, empujándola fuera de la habitación con una violencia que en la actualidad me aflige como un remordimiento, y cerrando la puerta retorné de nuevo hacia Octavio, que yacía inmóvil en el centro de la pieza sumido en un silencio peor que un torrente de reproches.

-Dispensa a la pobre ignorante su errada conducta, le dije, estrechando afectuosamente sus manos entre las mías. Trastornada por el vehemente cariño que me profesa me hiere sin saberlo en lo que más amo en el mundo. ¡Octavio! Si es tan intensa la ternura que te inspiro, como te complaces en repetirme, pequeñeces de tan poca importancia no lograrán empañar el sereno horizonte de nuestra doméstica ventura.

A pesar de la sinceridad con que contestó mi esposo a la amante presión de mi mano, turbado aún por el resentimiento exclamó con grave voz:

-Ambarina, te amo tanto que sería para mí un horrible desconsuelo que por semejantes miserias desapareciera la inefable confianza de la pasión que te he consagrado. Engañado, vendido en mis primeras afecciones, necesito creer profundamente en ti para que no tornen a abrirse sangrientas e incurables en mi pecho antiguas heridas. Escucha lo triste de la historia de mi pasado y conocerás de cuán nobles y celestes cualidades debes revestirte para tranquilizar el corazón de un hombre que posee sobrados derechos para dudar hasta de los ángeles.

Enseguida me refirió otra vez con minuciosos detalles ese pasado que mostrara a mis ojos ligeramente en la hora solemne de nuestra boda, al declararme que era viudo, y que me entregaba no su primero sino su último amor.

No te relataré con igual prolijidad una historia que para mí tiene gran interés. Bástete saber que Carmela, la primera esposa de Octavio, lo vendió vilmente y que Beatriz, hermosa joven que consideró un serafín divino cuyas virtudes iban a borrar de su memoria los agravios de la anterior, ocultaba ya bajo su falso velo de virginal inocencia el oprobio de una seducción secreta. Dios no permitió que la desdicha de Octavio por segunda vez se consumara; una casualidad le reveló a tiempo la afrenta de Beatriz y huyendo entonces desesperado del europeo continente, donde tanto había padecido, acudió al nuevo mundo a buscar olvido, reposo, distracción y consuelo.

-Tú me has proporcionado esos inestimables bienes, en pos de los cuales corría atormentado por el presentimiento de que no los alcanzaría jamás, añadió Octavio, exhalando doloroso suspiro. Cuida pues ¡oh Ambarina! de que tan halagüeña ilusión, o mejor dicho, de que tan grata certidumbre prosiga fortaleciendo mi corazón. Lo conozco y confieso. Una penosa experiencia me ha hecho tan receloso que ya no puedo disfrutar sino temblando de lo que juzgo mi felicidad. Esta dicha por consiguiente desaparecerá como fugaz ensueño, apenas descubra mi suspicacia que tú u otro alguno imaginan de veras que al solicitar tu mano ansié apoderarme de una heredera rica. Ruégote por lo mismo que separes a Mariana de tu lado. Sus necias palabras, atendidos mi carácter y circunstancias, destruirían al fin nuestra paz interior. ¡Sí! Pues si volviera a exclamar como hace un momento al recibir mis órdenes que en esta casa sólo se obedecen las tuyas, quizá llegaría mi irritabilidad a acusarte de las impertinencias de nuestros sirvientes.

Afligiome en extremo el lenguaje de Octavio, que en mi situación excepcional me presagia mil futuros tormentos. Pero dominando todo lo posible mi terror le dije con la dulzura que triunfa de la resistencia de las índoles orgullosas:

-Perdona a Mariana, tierno amigo mío; ha alimentado a tu Ambarina con su leche y merece obtener gracias a tus ojos. Yo cuidaré en adelante de que permanezca en los límites del más profundo respeto hacia mi dueño y señor. Ya que la idea de que duden del afecto desinteresado que te ha conducido al matrimonio te causa tamañas inquietudes, ojalá que hubieras hallado a Ambarina tan pobre y desamparada en la sociedad que todo te lo hubiera debido. Feliz ella a la sombra de tu generoso amparo hubiera despreciado las

calumnias de la ignorancia o la maledicencia. ¿Qué importan mezquinas habladurías encontrándose el alma satisfecha y sin remordimiento alguno que la turbe o humille?

-A mí me importan mucho, pues no porque la serpiente sea un inmundo reptil le permito que derrame su veneno sobre mi honor, replicó Octavio acaloradamente. Todavía ahora, que ya esposo tuyo me he desprendido en cierto modo de lo pasado, suelo estremecerme al recordar que el corruptor de Carmela y el seductor de Beatriz que constituyen dos entes infames reunidos en un solo hombre, puede sonreírse con desdén al oír pronunciar mi nombre. Después de mis públicos descalabros, necesito imponer respeto a la multitud con mi escrupulosa dignidad para que no llegue a considerarme acreedor a las ridículas desgracias que he sufrido. Si hoy creyera que sórdida codicia me había guiado a tus plantas, confirmándose mi vergüenza se figuraría también que cerré en un tiempo los ojos a la traición de Carmela y a la falta de Beatriz por bajos cálculos de ruin interés. ¡Oh! Venga la muerte mil veces antes que merecer así el desprecio de mis semejantes, añadió el desdichado con una expresión de rabia que me aterró.

Entonces, pensando en el secreto que a Octavio he callado, y que todos ignoran excepto Dios, aquél a quien llamó hermano mi padre y esta infeliz mujer, caí desfallecida en un próximo asiento agitada por un temblor convulsivo.

-¡Bernardo! ¡Bernardo!, murmuré en voz baja. Sonríe satisfecho, tú me perderás.

-¿Te asusta mi arrebato? exclamó mi esposo, serenándose y prodigándome solícitas atenciones. En tal caso imploro a mi turno tu indulgencia. En expiación de la violencia con que acabo de hablarte, ceso de oponerme a que permanezca en casa la mulata Mariana.

Así la mano con que sostenía él mi cabeza inclinada y apoyándola sobre mi corazón:

-Octavio, dije con un acento que lo sorprendió por su solemnidad, te amo, sólo a ti he amado y cualquier cosa que suceda no podría vivir sin tu amor. Cuando pues ya no me ames y me lo confieses me consolará esta idea: ¡Morir!

- ¡Jamás, jamás!, gritó Octavio fervorosamente.

Detuve las lágrimas que me sofocaban como un raudal ansioso de escaparse para poner término a la triste escena que rendía mis fuerzas.

-Hablemos por consiguiente de otra cosa, repuse, sonriéndome con la aparente tranquilidad que la costumbre de sufrir me ha enseñado en medio de las mayores angustias. He hallado, querido Octavio, el administrador que necesitamos para el buen manejo de nuestra hacienda. Un cuñado de mi difunto padre, un joven a quien él trataba como a un hijo, se presta a encargarse de los negocios que nuestro próximo viaje a Europa te obliga a dejar en ajenas manos. Si tú no decides otra cosa le señalaremos un sueldo crecido y descansaremos respecto al particular.

-Tu familia es también la mía, contestó Octavio besándome en la frente. En La Habana arreglaremos el asunto.

Respiré entonces con menos opresión. Mi esposo, prevenido por mí a favor de Bernardo, le concederá su amistad y quizá evitaré así la animosidad de aquel hombre cruel. Tristes circunstancias las que de esta manera me reducen a proteger a mi adversario.

Apenas me encontré sola, llamando a Mariana le reconvine por su audacia para con mi marido. La pobre mujer lloró: me reprochó a su vez la indiferencia con que dice la miro desde mi matrimonio, aludió en términos embozados a sus derechos a mi afecto y prometiendo enmendarse permaneció dominada por los mismos sentimientos de rencor contra Octavio.

El abatimiento que en mi espíritu produjeron las escenas narradas se desvaneció en parte con el espanto que me causó otra cuya memoria hace erizar mis cabellos. Reposábamos todos hace pocas noches en brazo de Morfeo de las zozobras del día cuando me despertó un ruido extraño, siniestro, fatal. La campana que llama en la finca a los siervos al descanso y a la oración vibraba con precipitación fatídica: hórridos clamores se elevaban en torno de la casa de vivienda y recios golpes resonaban en la puerta principal acompañados de las voces:

-¡Abrid, abrid!

Arrojeme del lecho desfavorida y me reuní con Octavio y Mariana, que participaron de mi sobresalto.

-¿Qué significa esto?, inquirió el primero, acercándose a mí para protegerme.

-¡Dios nos favorezca! Que la dotación se ha levantado, replicó la segunda, temblando de pies a cabeza.

-¡Abrid, abrid!, repetían mientras tanto los de fuera. A pesar de mis súplicas Octavio descorrió el cerrojo de la puerta y Francisco, Dorila y Valentín se precipitaron en el aposento.

-¿Los siervos se han sublevado? preguntó mi esposo apoderándose de un par de pistolas con el aire de varonil resolución que tan bien sienta al hombre.

-No, señor, a Dios gracias, contestó Francisco. Pero una calamidad poco menos terrible amenaza destruir la finca en breves horas. Los negros cimarrones de los contornos han prendido fuego a los cañaverales del ingenio, convirtiéndolo en una sabana de llamas.

-No han sido cimarrones los que han incendiado el «Antilla», me dijo Valentín, mirando con aire cauteloso en torno suyo. Fueron los dos bozales a quienes castigó ayer Francisco porque pretendían ahorcarse con una canasta llena de plátanos y arroz suspendida del brazo para regresar, según torpemente creen, a los arenales del África. Sedientos de venganza, se propusieron achicharrar a los blancos que han impedido su proyecto y lo hubieran conseguido si el mayoral y yo, despertados a tiempo por otros siervos leales, no hubiéramos enviado la dotación en masa a contener los estragos del devorador elemento ínterin recibimos de las fincas vecinas pronto auxilio.

-Gracias, Valentín, por tu fidelidad, exclamó Octavio con efusión.

-Tu actual conducta borra tus desaciertos pasados, añadí yo, examinando admirada el lívido rostro del mulato, que me parecía más a propósito para enemigo que para amigo de la raza que lo domina.

-Mi hermano al par de mí prefiere los blancos a los de su color, observó Dorila con cierto énfasis. Hay tanta diferencia de unos a otros.

-No es esta ocasión oportuna para vanos discursos ni retumbantes exclamaciones, replicó Octavio con una sequedad extraña en su carácter, afectuoso hasta para con sus inferiores cuando no se le manifiestan hostiles como Mariana. Seguidme, Francisco y Valentín. Corramos a impedir que las llamas hagan del «Antilla» un vasto yermo.

-Octavio mío, no desafíes por la Santa Virgen el riesgo temerariamente, murmuré, deteniéndole.

-No le permita usted salir de aquí, señora, dijo con viveza Dorila, que siempre me recuerda nuestra infancia pasada juntas para tratarme casi como a una igual.

-Mi Ambarina no querrá que me encierre cobardemente como una mujer, mientras lo crítico de las circunstancias me manda conducirme como un hombre.

Lo dejé pasar, recomendándole de nuevo la prudencia. Entonces Dorila exclamó con una expresión que me llenó de asombro:

-Yo también iré con ellos.

Solas pues Mariana y yo con nuestras zozobras subimos a uno de los aposentos altos de la casa, desde el cual se abarcaba inmenso terreno. ¡Qué espectáculo descubrieron, de aquella elevación, nuestras atónitas miradas! Yo, que tantas descripciones de incendios he leído, no tuve idea de su formidable majestad hasta que la vi. Un océano de fuego bramaba en torno nuestro, amenazando devorarlo todo. De las fincas inmediatas acudían tropas de robustos etíopes a impedir, aislándolo, que se comunicara a los vecinos cañaverales y los clamores de tanta gente junta, los estallidos de la caña al reventar, semejantes a descargas de fusilería, el viento, que con su impetuoso hálito se oponía a los esfuerzos de los hombres, la oscura noche, que mostraba un dosel de espesas nubes al sangriento reflejo de las llamas, el mugido de las reses, que adivinando el peligro inminente que las amagaba huían de los potreros en tropel, aumentando la general confusión, o trataban de escaparse de los establos, todo daba a aquella terrorífica escena un imponente aspecto que no olvidaré jamás.

En medio de las innumerables personas que a caballo y a pie pasaban como sombras fantásticas esforzábame en distinguir a Octavio, que tan animosamente corriera a tomar parte en la tarea de la salvación común. Pero mis espantados ojos sólo vislumbraban confusos espectros que gritando, corriendo, invadiendo los campos, se agitaban en derredor de la gigantesca hoguera como poseídos de un espíritu de extravagante actividad.

Pero no obstante la desesperada resistencia de aquella afanosa multitud el incendio avanzaba con la vertiginosa carrera de un corcel desbocado, y sus chispeantes espirales,

que giraban furiosas, enrojecidas, desmelenadas, en alas del viento, enviaban ya horrible calor a la casa de vivienda.

Tan inflamada estaba la atmósfera que respirábamos con dificultad. Imposible parecía que nada lograra escapar al elemento asolador, que se adelantaba frenético. Las nubes de la celeste bóveda, negra antes, brillaban como el hierro hecho ascua: torbellinos de humo subían a confundirse con ellas y el espectador de tan siniestro cuadro creía llegado el momento solemne de la destrucción universal.

De improviso bramidos espantosos brotando del centro del incendio duplicaron su aciago tumulto. Trastornada por la emoción y el miedo juzgué oír los tremendos clamores de la agonía del globo terráqueo. Durante algunos minutos, que se me figuraron siglos, vibraron en el aire, cálido como el vapor del agua hirviendo, aquellos sonidos roncós y sobrenaturales. Después fatídico silencio las reemplazó. Y el elemento que a la vez conserva y aniquila cuanto existe, prosiguió dirigiendo sus inflamadas pirámides hacia el cielo rojo al par como un horno encendido. Más tarde supe que una manada de toros que huía sorprendida en el laberinto del fuego había perecido en él.

Ya la madera de la casa comenzaba a rechinar reseca por las ardorosas emanaciones de su próximo contrario e implacable; ya faltaba en su recinto aire suficiente para los pulmones de un niño. Loca entonces de terror, no atreviéndome a dejar mi refugio ni a permanecer en él, deseando participar de la suerte de mi esposo hasta mis postrer suspiro, caí de rodillas gritando palpitante:

-¡Octavio! ¡No me abandones! ¡Sálvame!

-¡Ambarina, Ambarina! contestó desde abajo la voz de mi amigo. ¿Dónde estás?

-¡Aquí, aquí!, repliqué, volando a su encuentro casi desvanecida, mientras Mariana, que fiel al amor que me profesa no se había apartado de mí un instante, se agarraba temblando de mis vestidos.

-Es preciso huir sin perder un segundo, dijo Octavio, sosteniéndome con la ternura de un afectuoso protector. El incendio, que no tardará en devorar la finca entera, se ha comunicado ya a las más cercanas. ¡Mira, mira!, añadió, conduciéndome hacia la ventana desde donde había observado yo la destrucción de mi heredad. Presto las llamas estarán a nuestros pies. Evitémoslas a tiempo, y que se cumpla la voluntad divina.

Todavía hablaba Octavio cuando el Supremo Padre de todos los afligidos mostró su infinita bondad. Rugió el viento como para rivalizar en violencia con el fuego, abriéronse las cataratas celestes y un segundo diluvio inundó la abrasada tierra. Aspirando la frescura que de repente se derramó en la atmósfera creímos renacer a la vida. Al caer primero a torrentes la benigna lluvia, el incendio, como irritado de que le impidiera proseguir su asoladora obra, arrojó llamaradas terribles, rechinó frenético bajo la poderosa influencia del elemento contrario y pretendió luchar con él. Pero, vencido al fin por la tenacidad del mar de agua que se desprendía sobre el mar de fuego, debilitose su siniestro resplandor, se dividió en grupos aislados que indicaban los grandes espacios apagados ya, y concluyó extinguiéndose enteramente.

Apenas osábamos prestar fe a aquel providencial socorro. Tan próximos al abismo nos habíamos hallado que el vértigo nos dominaba aún. Sin embargo, la tranquilidad volvió a nosotros viendo retornar empapados hasta los huesos a los que trabajaran para salvar el «Antilla». Octavio mandó distribuir con benéfica largueza garrafones de aguardiente a los siervos propios y ajenos para que frotando sus miembros por fuera, y fortaleciendo interiormente sus estómagos, evitaran el tétano, aquí tan común y conocido con el nombre de pasmo. Mas a despecho de sus generosas precauciones dos infelices sucumbieron a esa enfermedad atroz, tan frecuente en los países tropicales. Admiraba, Inés, la omnipotente justicia, que tan pronto suele enviar el castigo sobre la culpa. Ambas víctimas fueron los negros bozales a quienes atribuye Valentín la sucedida catástrofe, y a los cuales obligó Francisco a hacer lo posible para frustrar el éxito de su crimen. Los desdichados se esforzaron antes de morir en hablar, como si alguna importante declaración que debiera librarlos de la aversión que leían en todos los semblantes pugnara por salir de sus labios balbucientes. Pero impidiéndoselo sus quijadas, cerradas con una contracción espasmódica que no consiguieron vencer los más enérgicos medicamentos, expiraron expresando en sus apagadas miradas agudísimo dolor de no poder explicarse.

-El diablo se ha llevado muy presto lo que le pertenece, exclamó Valentín con ceñudo rostro frente a sus cadáveres. Octavio y yo murmuramos por el contrario espontáneamente ante aquellos restos fríos:

-¡Que Dios los perdone como nosotros los perdonamos!

El daño que ha experimentado el «Antilla» ha sido menor de lo que temíamos. Sólo ha ardido la mitad de los cañaverales, y aunque tengamos gran pérdida en la zafra, la caña quemada llevada al trapiche puede todavía proporcionar algunos centenares de cajas de azúcar. Mi principal sentimiento por lo acaecido consiste en la trágica muerte de los dos autores del incendio, que ha enviado sus almas a Dios sin haberles otorgado tiempo suficiente para arrepentirse de su delito.

Este inesperado acontecimiento ha impelido a Octavio a permanecer en la finca hasta la llegada del nuevo administrador, cuyo apellido aún ignora. El nombre de Bernardo me lastima los labios de tal manera que lo pronuncio lo menos posible. He dicho únicamente a mi esposo (ya que la adversa suerte continúa sometiéndome a la voluntad de ese hombre) para predisponerlo a su favor que mi padre lo apreciaba mucho. Quiera el Cielo que no inspire a Octavio su traidor semblante igual repugnancia que a mí.

Un nuevo disgusto ha venido a acibarar mi vida, tan inquieta siempre hasta en el seno de las fugaces horas de felicidad que he disfrutado. Hallábame sentada en el ancho y rústico pórtico de la casa junto a Octavio, que reclinando su cabeza contra la mía contemplaba estático el firmamento, tachonado de lucientes planetas, de unas de las magníficas noches que anuncian la proximidad del otoño. Impregnado el aire en deliciosa frescura y cargado de balsámicos olores nos acariciaba voluptuosamente. Más brillante claridad que la de las estrellas se esparció poco a poco en el éter azul, y asomando luminoso globo en el horizonte comenzó la casta Febea a remontarse hacia el cenit casi con la gloria del sol, pues tú sabes que en Cuba, como en Australia, es tan radiosa la blanca luna que casi se puede leer a sus fulgores. Para aumentar el encanto de aquella noche poética la suave y trémula nota de un pajarillo silvestre en vecina enramada interrumpió de improviso, sin

turbarlo, su sereno silencio. Los penetrantes ojos de Octavio, al principio fijos en el espacio, se volvieron con lentitud hacia los míos como para buscar en ellos el reflejo de sus elevadas emociones. Aunque mi mirada contestó a la suya con otra de eterno afecto preguntome en seguida con expresión casi solemne:

-¡Me amarás siempre como ahora!

Por toda respuesta le recité, apoyando su mano sobre mi corazón con la melancolía que me embarga al separar mi pensamiento de lo presente para dirigirlo al porvenir, este verso de un célebre poeta inglés:

-¡*Once won won for ever!*

-¡Qué grato olor a violetas me ha traído la brisa! prosiguió Octavio. Ese delicado perfume me recuerda la Europa. ¿No es cierto que me acompañarás gustosa a ese continente lejano, Ambarina?

-Allí donde tú estés encontraré mi patria, exclamé con sinceridad.

-Gracias, amada de mi alma, repuso mi esposo con efusión. Pero nunca compraré mis placeres a costa de tus sacrificios y sólo nos estableceremos en otro hemisferio caso que lo desees tú. De todos modos en la primavera del entrante año, pues al presente sería locura ir arrojarnos sin motivo en brazos de un crudo invierno, nos embarcaremos para los Estados Unidos, país que me inspira suma curiosidad y que a menudo he recorrido en idea con Fenimore Cooper, el Walter Scott americano, cuya pluma posee mágico poder para trasladarnos a los inmensos bosques, grandes lagos y ríos espumosos de su suelo nativo. Las complicadas novelas de Dumas y Sué con todas sus vertiginosas peripecias jamás me han causado la profunda impresión que he sentido acompañando a «Media de Cuero» en los desiertos del nuevo mundo habitados por las tribus de piel roja, hoy en ellos casi enteramente extinguidas o al viejo «Trampero» en sus vagabundas excursiones por la «Pradera», donde fuera a fundar una colonia la ruda familia del «Squatter», admirando en el «Espía» el sublime patriotismo del humilde «Buhonero», o participando en el «Piloto» de los interesantes lances marítimos que el autor pinta con maestría tanta. A los héroes de Cooper se les toma cariño como a los de Walter Scott, cosa que no siempre consiguen los escritores franceses de la actual escuela, al hacer gala de mayor riqueza de imaginación que de moralidad, de mayores recursos para sorprender a sus lectores con su fecundo numen que para revestir de encantos la verdad, la virtud y la naturaleza. Con el mismo sencillo arte con que el autor de «Rob Roy» nos guía a las pintorescas montañas de Escocia, o al seno de las tradiciones y costumbres de la antigua Inglaterra, nos conduce el del «Colono de América» al rústico wigwan indio, a la agreste soledad de sus selvas natales y a los primitivos despoblados de su joven patria, hoy convertidos ya en ciudades populosas, haciéndonos creer que asistimos realmente a los originales y recientes cuadros que nos describen. Toda la romántica poesía de René no me agrada más que el libre espíritu de «Media de Cuero», el hombre cuya sangre no tiene mezcla, según repite con ingenua jactancia, al alejarse del artificioso círculo de los individuos de su color para ir a vivir sin otro yugo que la sagrada ley de la divinidad con los indios incultos y los gamos del desierto. Por elevado que haya sido el talento de Chateaubriand sus Natchez son una novela mientras en el «Guía», en los «Mohicanos»,

en los «Plantadores», en la «Pradera» etc., ha trazado Fenimore Cooper la historia de los primeros pasos de la civilización de su país rodeada de las bellas nociones de un peregrino ingenuo. Al recorrer esos libros interesantes, en que resalta un incomparable talento descriptivo, he gozado con deleite del silencio y la frescura de los bosques vírgenes todavía, he contemplado las transparencias del Oswego, me he paseado a orillas del Ontario, tan extenso como un mar de agua dulce, he visto a la joven América tal como fue cuando era más joven aún que ahora, y he descubierto siguiendo al «Último de los Mohicanos» en los senderos de la selva la huella de los mocasines del traidor Magua, que robaba a la dulce y rubia Alicia para lograr que caminara en pos de sí su generosa hermana, la de los ojos y cabellos más negros que una nublada noche. Tú te asemejas a la trigüeña Cora, mi bella Ambarina. Cooper te retrató sin conocerte.

-Pero Cora vivía infeliz no obstante sus raras prendas, porque no podía exclamar como su rudo protector Media de Cuero: «Mi sangre no tiene mezcla alguna», repliqué. Esa idea amarguísima nubló siempre su juventud y sus hechizos. El mismo Heyward, amante de la blanca Alicia, cuando el padre de ambas doncellas, que creyera a Cora objeto de su solicitud al saber que su hija menor, nacida de otra mujer, es la adorada y preferida, pregunta indignado al mancebo si participa de la injusta preocupación de los que consideran un crimen descender de la raza condenada a la esclavitud por la humana arbitrariedad, el mismo Heyward, repito, que admira la belleza y virtudes de Cora, siente allá en el fondo de su corazón que alberga, respecto al particular, la opinión del vulgo. ¿No te hubieras mostrado tú más generoso que él, tratándose de una mujer de las cualidades de Cora?

-Ambarina, me dijo Octavio, existen injusticias que conocemos, y a las cuales sin embargo contribuimos, porque ya las hemos hallado establecidas en el mundo. Entre Cora y Alicia yo al par hubiera elegido por compañera a aquella que no hubiera transmitido a mis hijos un borrón que los pondría en cierto modo en guerra con la sociedad. Lejos de nuestros semejantes podemos desdeñar sus leyes: residiendo en su círculo debemos respetarlas. En vano además pretendemos manifestarnos superiores a las preocupaciones. Involuntariamente las adoptamos como a hermanas junto a las cuales hemos crecido. Sí, yo también deseo que mis descendientes exclamen como Ojo de Halcón: «Mi sangre es pura y sin mezcla», y como Heyward tampoco me hubiera atrevido a amar a Cora. Esta digresión empero, añadió Octavio con acento festivo, me ha desviado del punto a donde llegar intentaba hasta dejarme al principio de nuestro viaje. Tregua pues a inútiles circunloquios, hermosa mía, y reanudemos el hilo de nuestros planes. De la vecina república americana nos embarcaremos para Liverpool: veremos cuanto haya de más notable en la histórica Albión y después pasaremos a Francia, emporio de la ilustración moderna, patria de los universales adelantos. De allí nos trasladaremos a Suiza, tan pintoresca con sus célebres montes, valles y precipicios; a Alemania, tan romántica con su caudaloso Rin, orillado de castillos y ruinas de la edad media, a Italia, tan interesante con sus famosos monumentos y artísticas maravillas, y a España, que reuniendo en sí todos los alicientes que ofrecen los citados países por su benigna temperatura, importantes memorias y glorias esclarecidas, nos otorgará por lugar de descanso su hospitalario suelo. ¿Qué te parecen mis proyectos, bella criolla? ¿Persistes en afirmar que tu patria será siempre la tierra donde more Octavio?

Costome trabajo responder afirmativamente con forzada sonrisa. Sentía que mis mejillas acababan de cubrirse de la palidez del mármol, y aunque te calle la causa ¡oh Inés! había invadido de golpe mi alma tan profunda tristeza como la de la muerte.

Dorila vino a interrumpirnos muy a propósito, pues la voz de mi esposo, que antes resonara en mi oído como la música del Cielo, había en mi concepto adquirido de repente inflexiones ásperas y severas. La hija de Mariana, vestida de blanco y punzó, hermosa en su clase como una Venus de bronce, traía en su mano el ramo de violetas cuyo aroma halagara desde la distancia el olfato de Octavio.

-Sé cuanto agradan a usted estas flores oriundas de su querida Europa, le dijo Dorila con el enfático acento de la gente de su color al tratar de sobreponerse a él. Por eso vengo a ofrecérselas, segura de que fuera de su época acostumbrada le agradarán más aún.

-Si antes me gustaban ya no me gustan, repuso con sequedad Octavio.

-¿Podrá saberse el motivo? preguntó Dorila con cierta intención que me sorprendió.

-Sin duda. Amo con pasión las violetas y todas las perfumadas flores cuando las recibo de blancas y finas manos; pero pierden para mí su atractivo cuando me las trae una mulata como tú; exclamó Octavio, arrojando el ramillete con desprecio.

Al presentar tan extraña acción en un hombre tan atento para con sus inferiores quedé atónita, Dorila anonadada de vergüenza, y Mariana, que acompañaba a su hija, penetrada de un resentimiento furioso que la impelió a decir, olvidando sus buenas resoluciones de enmienda:

-Miren al Marqués de la pordiosería que quizá acaricia en su país a gitanas y vagabundas, haciéndose el escrupuloso para convencernos de que poseía allá villas y castillos. Miseria y hambre sí que tendría de veras el muy arrancado, que ha venido a pedirnos que comer. Malhaya el desmedido orgullo de los advenedizos que así nos desdeñan después de chuparnos el jugo como sanguijuelas insaciables. En vez de regalarles violetas, muchacha, debiéramos espantarlos con ramos de ortigas. Mas tú eres una tontuela que te empeñas en correr tras los que te huyen.

Y Mariana se alejó con Dorila, que lloraba ruidosamente, mientras yo permanecía estupefacta aún y Octavio exclamaba estupefacto de cólera:

-Los términos, Ambarina, en que tu nodriza ha vuelto a hablarme me harán inexorable en lo futuro para con ella. No quiero que se presente más a mi vista, y si usted me ama en realidad, señora, no continuará autorizando con una indulgencia que raya en... debilidad, el audaz comportamiento de esa insolente criada para conmigo.

-Octavio, murmuré, cuando un caballero de tu condición contesta al obsequio de una mujer con un insulto ¿podemos acaso criticar el grosero lenguaje con que una criatura sin educación responde a esa injuria inmerecida?

Brilló en los ojos de mi esposo un relámpago de indignación marcada:

-¡Muy poco perspicaz es el decantado amor que usted asegura profesarme! añadió, conteniéndose. ¿Cree usted que, sin alguna causa justa, ultrajaría yo como acabo de hacerlo al más insignificante de los seres humanos? Se equivoca usted, señora y extraño que me haya cobrado afecto conociéndome como tal.

-Entonces ¿por qué lanzaste al suelo las violetas de Dorila?... Por qué la llamaste... mulata con un acento despreciativo que nunca olvidaré, repuse, estremeciéndome.

-Señora, balbuceó Octavio, sonrojándose a pesar de la serenidad de que intentaba revestirse, porque Dorila ha osado manifestarme más viva simpatía que la que una persona de su clase debe sentir por un hombre de mi color y de mi estado.

-¿Te ama? pregunté como asustada de mi propia voz.

-Sí, según amó a Francisco y amaré a cien otros, dijo él con irónica sonrisa. La desgraciada cifra su gloria en lo que degradaría a una mujer reflexiva y honesta. Ser la querida del esposo de su ama le parece el mayor de los triunfos. Pero si ella sueña locamente yo la despertaré con mi razón. Ni Dorila ni su digna madre residirán en adelante donde yo habite.

-Felizmente no tardaremos en marcharnos a la capital murmuré como aturdida. Pueden quedarse aquí por lo tanto.

-Poco me importa que se vayan o se queden con tal que yo no las vea ni las oiga, prosiguió Octavio con amargo desdén. Después de lo ocurrido en esta malhadada noche me conduciría, señora como un mendigo que ha venido, según dice Mariana, a buscar asilo bajo el techo de usted, si permitiera que tornara usted a imponerme la compañía de esas dos mulatas como una de las condiciones de nuestro matrimonio.

Hablando así, saludome Octavio precipitadamente y fue a encerrarse en su aposento. No lo seguí, ni intenté desenojarlo. Impedíamelo un torbellino de tormentosas reflexiones. Había comenzado tan alegre nuestro coloquio nocturno. ¡Ay de mí! Y a su conclusión hallábase, repito, mi alma fría y tétrica como la tumba.

Ráfagas de un viento húmedo y desagradable me hicieron estremecer en mi asiento. Alcé los ojos para contemplar el firmamento, antes transparente y estrellado. Densas nubes habían velado la luna, que despedía opaco resplandor a través de los vapores que ocultaban su faz. Terminada la rápida bonanza llegaba la borrasca presurosa.

-Mi luna de miel se ha nublado igualmente, pensé, gimiendo. ¡Pobre de mí! El huracán se irá desencadenando más pronto aún de lo que yo temía.

Permanecí en el colgadizo absorta en mi dolor horas enteras a despecho del aire y la lluvia, que con violencia me azotaban. Tiritando de frío, lívida, calenturienta repetía con una especie de monotonía fatal.

-¡Sí! ¡Sí! Fuese la dicha y retorna la desgracia. Mi alma me lo anuncia, porque está tan triste como la muerte.

Una mano que con timidez pretendía levantarme de mi asiento para conducirme a los aposentos interiores y una voz suplicándome que me recogiese interrumpieron mi abstracción estúpida.

-¡Mariana!, grité, poniéndome de pie como movida por un resorte, tu consumirás mi infortunio; tu me has perdido ya. ¡Vete!

-¡Perdón, niña! Hijita mía, perdón, balbuceó la mulata, arrollidándose a mis plantas.

A aquella vista se me erizaron los cabellos con el horror que el sacrilegio inspira. Murmuré de nuevo: ¡desgracia! ¡fatalidad! y huía mi alcoba, volviendo a pensar en el suicidio, porque como a ti no me han enseñado a buscar en la religión un consuelo para todos nuestros martirios, un apoyo sagrado contra la desesperación vertiginosa.

Octavio ha pasado la noche encerrado en su estancia por el resentimiento; yo, atormentada por el insomnio, no he logrado olvidar hasta el alba mis penas. Mi breve sueño aumentó mis dolores morales, pues al despertar, sintiendo siniestro peso sobre mi oprimido corazón me pregunté a mí misma:

-¡Gran Dios! ¿Qué me ha sucedido? ¿Por qué sufro tanto?

Enseguida recordé nuestro disgusto de la víspera. Inés, Inés, tú, que eres mi ángel, ruega al Cielo por esta pobre pecadora.

XII

OCTAVIO A MAURICIO

Los pintores, amigo, han caracterizado al tiempo bajo la forma de un anciano provisto a la vez de una guadaña destructora y de dos raudas alas. Pero el que ha vivido como yo lo bastante para conocer el mundo y los hombres sabe que sólo vuelan rápidamente las horas gratas a nuestro corazón. Las adversas giran por el contrario en el reloj eterno con desconsoladora lentitud. Mauricio, la impía segur ha cortado ya las últimas flores de mis esperanzas; las ligeras alas se han movido con velocidad vertiginosa para arrebatarme mis postreros instantes de ventura. ¡Insensato! Después de haber albergado en mi pecho tantas decepciones me atreví a soñar que duradera dicha me reconciliaría hasta con la memoria de mis disgustos. ¡Ay, falaz ilusión! Deseo irrealizable de un alma cansada de padecer. ¡Cuán pronto os habéis desvanecido! ¡Con qué cruel apresuramiento os ha disipado la amarga realidad!

Sin embargo, no temas que vuelva a entregarme a los violentos arrebatos que cuando la fe y la confianza reinaban en mi interior me causó el terrible desengaño al cogerme desprevenido. Entonces sus golpes trastornaron mi razón porque no los aguardaba mi inexperiencia; ahora, alerta siempre contra las vicisitudes de la inconstante fortuna, recibo siempre el gozo o el dolor con la melancólica filosofía que muestra que perdemos la más preciosa mitad de nuestra existencia perdiendo la convicción de que más bien hemos nacido para sonreír de placer que para verter lágrimas de angustia.

A pesar de esa fortaleza estoica, a ti, confidente querido de mis perennes inquietudes, que en medio del escepticismo que va apoderándose de mi ánimo me haces creer que la santa amistad mora en la tierra todavía, a ti, Mauricio, que más sabio que yo has hallado el secreto de vivir en paz contigo propio, te confesaré que mis ojos han derramado de nuevo acerbo llanto con que regamos el cadáver de una imaginaria felicidad, y que a solas con Dios y mis tenebrosos pensamientos han tornado a lanzar mis labios penosos suspiros. Mi luna de miel ha concluido apenas comenzaba a alumbrar mi ruta; ásperos abrojos han reemplazado a las rosas con que coronó mi frente Himeneo por segunda vez; Ambarina en fin principia a amarme menos, caso ¡recelo atroz! que me haya amado algo en los hermosos y breves días de nuestra aurora nupcial.

Pero como en mi funesto enlace con Carmen y mis aciagos compromisos con Beatriz también tengo yo en la actualidad la culpa de los males que me aquejan. Demasiado impetuoso para reflexionar cuando siento germinar en mi alma la semilla de nuevas afecciones me complazco en fomentarla sin examinar siquiera el terreno en que deposito mis simpatías. Después, aunque me arrepienta de mi imprudencia, es ya demasiado tarde para repararla. Así me ha sucedido con la mujer a quien hoy llamo esposa. Rechazome primero, evitó todo trato conmigo y fastidiada de mi persecución llegó a atribuir mi pertinacia en obtener su mano a sórdida codicia. Otro cualquiera se hubiera convencido con su comportamiento de que pretendía un imposible. Yo, cobarde esclavo de mis pasiones, consentí en aceptar de la compasión lo que el amor me rehusaba; quise que la ingrata beldad consagrara a los menos a mi memoria el luto de la viudez, y según en mis anteriores te he escrito con transportes de entusiasmo que han pasado muy presto, uní mi destino al de la joven de tez de ámbar postrado en el lecho que juzgábamos ambos el de mi inevitable muerte.

Salveme empero como por milagro y más adelante creí que Ambarina participaba del hermoso fuego que me inspirara, que el contagio de mi ardiente pasión había conmovido su corazón rebelde. Me hablaba ella de su conyugal ternura con tal acento de sinceridad que me consideré el dichoso Pigmalión de aquella divina Galatea. Radiosa y enérgica como el sol de su patria, asegurábame vertiendo lágrimas abrasadoras que desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron brotó la centella de mutua simpatía en nuestras almas palpitantes, y que si me huiera desdeñosa había consistido en que se avergonzaba de confesarme que no había nacido de legítimo matrimonio. Al aplaudir su delicadeza la tranquilicé manifestándole lo poco que me importaba una circunstancia que no transmitía mancha alguna a la prole que puede el cielo concedernos, puesto que su padre la legitimó antes de morir, la reconoció por su única heredera y le dio su apellido a la faz del universo. Si empañara en vida adúltero origen o impureza de sangre se hubieran despertado efectivamente mis escrúpulos. Pero la falta de que era inocente se había ya reparado y el mundo la olvidaría según la olvidaba yo. Explicado ya de este modo el antiguo desvío de Ambarina presté completa fe a sus cariñosas protestas. Todo el fuego de un alma virgen y entusiasta parecía chispear en sus grandes y negros ojos tropicales. Ceñían sus mórbidos brazos mi cuello con ese abandono lleno de inefable gracia que posee en supremo grado la mujer o, más bien dicho, la maga de los países del sur y cuando recitaba con su sonora voz musical, oprimiendo mi mano contra su oscilante pecho, esta sentencia de su predilecto autor inglés:

-Once won won for ever!

figurábame que se abría el cielo sobre mi cabeza para prodigarme todos los deleites del paraíso.

La bendita ilusión de que la suerte, fatigada de perseguirme, me había proporcionado en Ambarina la generosa, amante y leal compañera destinada a indemnizarme de las perfidias de Carmela y Beatriz me inducía a dispensar las impertinencias de su nodriza, mulata que vive a su lado y mira con disgusto otro gobierno en la casa que el de su condescendiente señora. Sabiendo que no debemos pedir a la ignorancia y falta de educación los delicados miramientos que no comprende el desgraciado que ha crecido abandonado a sí mismo como un árbol inculto, perdoné, repito, a Mariana su poca deferencia para conmigo hasta que alentada con el cariño de su dueña y mi debilidad osó decirme en términos bastante claros que me había casado con Ambarina por su dinero. Entonces, demudándome al recordar que también un día mi esposa me había ofendido con la propia sospecha, le rogué desterrara a Mariana de nuestro domicilio. Afligida Ambarina con lo sucedido imploró mi indulgencia a favor de la culpable, y aunque seriamente mortificado cedí a sus súplicas con tal que la petulante mulata no volviera a faltarme al respeto. Nuestro alborozo doméstico, empañado un instante, renació pues más radiante que nunca, y principiaba a confiar en su duración cuando Mariana, irritada del desprecio con que traté a una hija suya, desmoralizada joven de color que se atrevió a creer que yo consentiría en participar de sus halagos en unión de Francisco, el mayoral de la finca, tornó a reprocharme con tanta insolencia el goce de las riquezas de Ambarina que se necesita el grande amor que profeso a la última para no arrepentirme de haber prestado motivo a esa acusación vergonzosa, que hiere mi oído por tercera vez, enlazándome sin otros haberes que una decente medianía con una opulenta heredera.

Más exasperado si es posible aún con la apática tolerancia de mi esposa hacia semejante ultraje que con las groseras palabras de la mulata al calificarme de sórdido advenedizo, penetrado de dolor al asaltarme nuevamente el recelo de que quizá Ambarina me confundía en su pensamiento con los mezquinos seres que especulan con el matrimonio, alarmada mi susceptibilidad al ocurrírseme la idea insoportable de que pueda provenir el afecto que me demuestra de compasión hacia quien juzga salvado de la adversidad por ventajosa boda, me encerré en mi aposento casi pesaroso de los lazos contraídos con tanto júbilo de mi parte. ¡Implacable hado! Tú has hecho que las humillaciones de mi primera unión resuciten bajo otra forma.

Esperaba no obstante que Ambarina, amorosa y dulce como de costumbre, viniera a desvanecer mi enojo. No lo verificó. Se retiró a su alcoba sin recordar que yo sufría en la mía, y para colmo de mi resentimiento la oí hablar antes de recogerse con Mariana.

Cuán sombría y eterna me pareció la noche en que así se introdujo otra vez la discordia en mi hogar. Agitábame un temblor convulsivo, porque un amor como el que me animaba, nacido para nunca extinguirse, no podía debilitarse sin prolongada resistencia. Trastornado por el empeño de mi enferma imaginación en afirmarme que Ambarina me desdeñaba en secreto, considerándome vil esclavo del interés, hallé mi lecho poblado de espinas. En lugar de buscar el sueño, que me huía, me ocupé en formar planes para conservar intacta en adelante mi dignidad y decidí para lograrlo no sólo mostrarme

inflexible con la mulata sino también, caso que Ambarina prefiriera su nodriza a su esposo, restituirle su libertad interponiendo el vasto océano entre los dos.

¡Resolución cruel! Dios sabe que te concebí con la fúnebre sonrisa del martirio en los labios. Mis padecimientos me revelaron entonces cuanto amaba a la mujer de quien me quejaba; pero al trocarse en punzante tortura aquel amor, fuente de suavísimo consuelo durante la alborada de mis segundas nupcias, conocí que mi joven compañera había perdido a mis ojos de repente la bendita aureola que circuye la frente idolatrada de la persona que nos suministra tiernas y gratas emociones, del ser querido en quien más que en nosotros mismos confiamos.

Los disgustos que acabo de referirte fueron a pesar de su amargura insignificantes comparados con los que me aguardaban al día siguiente. Permanecí en mi aposento hasta que Ambarina, ya bastante avanzada la mañana, ordenó que me avisaran que nos esperaba el almuerzo. Trasládeme a la mesa, en la cual comencé a servirme sin mirar a nadie, hasta que sentí unos dulces brazos rodear mi cuello y una mejilla húmeda de lágrimas reclinarsse contra la mía. Ambarina venía hacia mí cansada de aguardar inútilmente que yo fuese hacia ella. Aunque hice un movimiento para rechazarla con aspereza los convulsivos sollozos que resonaban en su garganta triunfaron de mi rencor. A pesar mío correspondieron mis brazos a la afectuosa presión de los suyos y mezclé mi lloro con el que la afligida joven derramaba.

-Nos amamos y sin embargo trata de separar nuestras almas el rigor del destino, exclamó ella con un acento que me sobrecogió. ¡Oh esposo querido! Cualquier cosa que suceda jamás dudes de mí.

La miré atónito, pues había en su voz algo de sombrío y terrible que yo no esperaba. ¡Cuán pálido estaba su bello rostro! Toda la sangre había refluído a su corazón, o se había congelado en sus venas, según el color amarillento de su fina piel. Comprendiendo que había sufrido todavía más que yo, repelí el miserable orgullo que me dominaba y obedeciendo a un impulso de irresistible ternura caí a sus pies repitiendo:

-¡Perdón, esposa mía, perdón!

Alzando entonces Ambarina sus admirables ojos al cielo con una expresión de inmenso dolor que me traspasó el alma en lugar de responderme dijo tan débilmente que apenas le oía:

-¡Dios de bondad! Arrebatádmelo todo, todo menos su cariño.

Para tranquilizarla la colmé de caricias, jurándole que puesto que prefería mi amor a todos los bienes de la tierra no lo perdería nunca. Después nos sentamos a la mesa completamente reconciliados. Deseando acabar de restituir la calma a su atormentado espíritu sin aludir al lamentable origen de nuestra querrela de la víspera volví a hablarle de nuestro proyectado viaje a Europa. Escuchábame Ambarina con ansiedad y al informarse de mis planes de próxima partida exclamaba con una exaltación extraña en quien tan prósperos elementos posee en el suelo patrio:

-Trasladémonos pronto, pronto, al viejo mundo.

El brillante sol y despejado cielo de Cuba me ofenden con su perenne sonreír; esa vegetación verde siempre me fastidia con su monótono vigor; el cálido clima de estas latitudes me destruye y marchita como a una planta exótica. Anhele contemplar el poético cambio de las estaciones según Thompson lo describe, ver en la primavera a la tierra esmaltada de flores como por encanto, en el verano coronarse los campos de doradas mieses y los viñedos de maduros racimos, en el otoño caer las amarillas hojas con el melancólico atractivo que inspiró a Víctor Hugo, y luego en el invierno, sentada junto a la lumbre, oír pensativa desde abrigada habitación los silbidos del viento norte, que por fuera gime, o acercándome a los cristales de mis ventanas en una clara mañana de febrero o marzo distinguir allá en la distancia las cimas de los montes cubiertos de hielo, y en torno mío los vecinos tejados blancos al par de resultas de la nevada reciente, que se derrite bajo los rayos del padre de la luz. ¡Oh, estoy en verdad cansada de esta sofocante atmósfera, de este eterno verano! Marchemos a Europa sin dilación.

La entrada de Francisco, que me disgusta soberanamente desde que ofuscado por los celos ha extendido la voz de que de mis seducciones dependen las veleidades de Dorila, la cual, segunda Fedra, quisiera presentar mi inocencia tan calumniada como la de Hipólito a los ojos de su campestre Teseo, interrumpió a la entusiasta. El mayoral se dirigió con afectación a mi esposa para probarme, observando el sistema de Mariana, que continúa considerándola principal y única dueña de la casa, y le dijo respetuosamente:

-Señora, acaba de llegar al ingenio el cuñado de mi difunto amo. Mientras se sacude en el colgadizo el polvo he venido a participar a usted su arribo.

La palidez de Ambarina se trocó al escucharle en color cadavérico. Reponiéndose enseguida replicó presurosa:

-¡Bernardo está ahí! Que pase, adelante.

Después, cuando Francisco se retiró, mi esposa se volvió hacia mí con patente inquietud, me asió las manos convulsivamente y me dijo con el melifluo acento que debió haber tomado Betsabé para trastornar a David, o más bien, la falsa Dalila para engañar a Sansón:

-Vas a conocer a Bernardo, amigo mío; vas a hallarte en contacto con el hombre que mi excelente padre me destinó por compañero. Sentiría infinito que esta postrera circunstancia te sugiriera prevenciones contra él, pues el autor de mis días le amó como a un hijo, y aunque yo no participé jamás, te lo juro, de su simpatía por su cuñado, el respeto a la memoria del venerable mortal que fue para mí el mejor de los protectores me impele a contemporizar con su favorito, a desear que viva en armonía contigo, y a darle preferencia sobre un extraño para el manejo de nuestros asuntos.

-¿Es acaso ese Bernardo algún ogro para que necesites recomendármelo tan encarecidamente?, le respondí, chanceándome. En cuanto a sus desdichadas pretensiones a tu mano lejos de odiarle por haberlas concebido lo compadezco a causa del mal éxito que obtuvieron. Tranquilízate, interesante sensitiva, que tiembles y te asustas por la menor cosa. Dios querrá que nuestra desavenencia de ayer sea la primera y la última que empañe con lágrimas de tristeza esos brillantes ojitos de cocuyo.

Iba a besarle en la frente con todo el fervor de una reconciliación ansiada cuando entró Bernardo en la pieza donde así afectuosamente platicábamos. Al rumor de sus pasos levante para saludarle con sincera cordialidad. Pero mi mano, extendida hacia la suya con ademán amistoso, retrocedió antes de haberla tocado; una exclamación de furor brotó de mis labios en vez de las frases corteses que iban a pronunciar y justa indignación debió retratarse en mi semblante. Aunque Bernardo no posee el salvaje exterior de un ogro su hipócrita fisonomía, que recuerda la de un gato en acecho, su oblicua mirada y su encendida cabellera me causaron un escalofrío de espanto, pues en él había reconocido al corruptor de Carmela, mi primera esposa, y al seductor de Beatriz, que por poco trae a el honrado hogar de mis padres la ignominia en que la sumergiera aquel hombre inmoral.

Ínterin las terribles sensaciones que así me cogían desprevenido me quitaban el uso de la palabra, Bernardo a despecho de la culpable turbación que no logró disimular en el primer momento decía con el aplomo del perverso endurecido, saludando a mi consorte:

-Como sólo por la voz pública he sabido, Ambarina, tu matrimonio ignoraba que el Silva con quien te has casado fuera el caballero del propio apellido a quien conocí en la península. Mucho me alegro de la casualidad que me ofrece ocasión de vindicarme de algunos agravios que me atribuyen para con él, y que no cometí por cierto, como espero probar ahora que la suerte nos reúne para desvanecer un antiguo quid pro quo.

-¡Miserable!, grité, transportado de cólera con la infernal sangre fría del que me había ofendido en lo más precioso que posee la criatura humana, el honor. ¿Te atreves a negar cosas que contemplaron mis ojos desgraciadamente, y que tus víctimas confesaron en la hora tardía y suprema del arrepentimiento? En vano intentas ofuscar mi razón con tu diabólica serenidad. El recuerdo de mis desdichas y de tu infamia permanece aún vivo, palpitante en mi pecho para tu oprobio y mi eterna rabia. Escúchame, Ambarina, y participarás de la justa aversión que me inspira el vil reptil cuyo apellido por un funesto acaso no has pronunciado nunca en mi presencia al hablarme de él. Yo ignoraba además que ese inicuo fuera hermano de la difunta esposa de don Diego de Alarcón. Lo que sí sabía demasiado era que Bernardo Arribas era el más falso, cobarde y traidor de todos los descendientes de Judas. Él pervirtió a Carmela, antes de tratarlo esposa fiel, honesta y pura; él convirtió mi pacífica morada, en la cual se introdujo fingiéndome amistad, en albergue de desconsuelo y llanto; él en fin arrojó en el sepulcro a la pobre mujer que en sus criminales caricias había apurado la ponzoña del adulterio. Y lejos de experimentar los remordimientos de su crimen ante la prematura tumba que abriera su inmoralidad, riéndose con impudente cinismo de lo que osaba llamar naturales devaneos de la juventud, ocultando su corrupción con la máscara de usurpada virtud que adquiriera dando públicas limosnas, asistiendo al templo cristiano puntualmente y envolviendo en profundo misterio su depravado libertinaje, emprendió la seducción de Beatriz a continuación de la de Carmen, envileció a la inexperta virgen después de haber envilecido a la honrada matrona, y arrancó de la frente de la primera los azahares de la inocencia según arrancara de la de la última las siemprevivas de la constancia conyugal. ¡Oh! Por dos veces esa hipócrita víbora, ese mezquino gusano me ha torturado el alma. ¡Yo impediré que lo consiga la tercera!

Mientras en estos términos exhalaba mi justo furor, Ambarina lívida como la víspera la había visto al indicarle que me hallaría con suficiente ánimo para huir de su lado más

bien que para soportar posición humillante junto a la mujer de mi elección, apoyábase temblorosa en el respaldo de una silla.

-Encontrábame ajena de lo que acabo de oír, balbuceaba con extraño acento; pero temía algo por el estilo. ¡Mi sino debe cumplirse!

-Ambarina, le dije entonces con fuerza, no necesito añadir una palabra más para que comprendas que tus amistosas relaciones con ese miserable quedan concluidas para siempre. Mi compañera, mi amada, debe despreciar y aborrecer tanto como yo al ente ruin que me ha herido en el corazón pérfidamente. Tu mismo padre, el respetable anciano que me has pintado como tan noble y bueno, sólo le profesó cariño porque ignoró su negra maldad. Si lo hubiera conocido a fondo lo hubiera rechazado de su casa con horror. Yo me conduzco pues como él se hubiera conducido diciendo a Bernardo Arribas: salga usted inmediatamente de mi morada. Lo arrojo a usted a puntapiés porque no merece que busque un acero y exponga mi vida, que a nadie ha perjudicado, contra la de usted, que está de más en la tierra.

Bernardo, sin embargo, en lugar de obedecerme me miró con satánica malevolencia, se encogió de hombros con desdén y exclamó, volviéndose hacia Ambarina:

-Estoy fatigado del viaje: así en vez de detenerme aquí como un poste, escuchando los disparates de tu marido, manda que me preparen blando lecho para descansar. Siento infinito la ofuscación de tu señor y dueño, que me cierra el camino de su amistad; pero como no poseo la longanimidad precisa para tratar de persuadir a un loco me pasaré sin ella. Ya sabes que he venido a verte para encargarme de la administración del Antilla. Signifícalo por lo tanto a tus dependientes y permíteme ahora ir a dormir un rato.

-¡Bernardo! ¡Bernardo! murmuró mi esposa con un extravío en la mirada semejante al que produce la fiebre. En nombre de Dios, en nombre de mi padre, en nombre de mí misma, que tanto he padecido, parte, retorna a La Habana; respeta mi reposo doméstico. El cielo recompensará tu moderación y... yo también.

-Ya que piensas viajar quiero que me prefieras a un extraño para manejar tus bienes mientras ausente permanezcas, replicó el insolente con un énfasis que causó un efecto parecido al que me hubiera causado su aleve mano aproximándose con insultante ademán a mi rostro. Yo no hago caso de necedades y acomodándome la administración del ingenio me quedo en él.

-No lo conseguirás, infame, ínterin tenga yo voluntad y fuerzas suficientes para impedirlo, grité trastornado por la cólera. Sal de mi casa sin dilación. Voy a probarte que mando en ella según me corresponde. ¡Ala! Francisco, ayúdame a echar a este bribón de la finca.

Pero Francisco, que había entrado en la pieza con Bernardo, cual si no me hubiera oído continuó observando con los brazos cruzados mi lucha con aquel hombre inicuo, que osó contestar a los golpes que mi mano le dirigía para arrojarlo fuera con otros iguales.

Fue en verdad brutal y degradante espectáculo el de mi combate con mi enemigo y recordaría por mi parte avergonzado a no hacerme mayores penas, indiferente a cosas

que en las circunstancias ordinarias de la vida no soportaría mi orgullo tan filosóficamente.

A pesar de los clamores de Ambarina, Bernardo y yo reñíamos a puñadas como dos boxeadores ingleses. El furioso vértigo que alteraba mi razón duplicaba en cambio mis fuerzas, muy superiores hasta en mi estado normal a las de mi contrario, y hubiéralo ahogado entre mis brazos a no haber caído a tierra arrastrándome consigo.

Allí, aunque oprimido por el peso de mi cuerpo me mordió el traidor con tal rabia en una mano que no pude reprimir un doloroso alarido.

-¡Piedad, Bernardo, piedad! ¡Me someteré a tus exigencias con tal que no maltrates a mi Octavio!, exclamó Ambarina entonces, arrodillándose junto al grupo que formábamos ambos, extendidos en el suelo en grotesca y a la vez terrible actitud.

Enseguida Francisco nos separó con una violencia irrespetuosa que aumentó mi enojo. Parecióme que aquel hombre venal, pronto siempre a aproximarse al que más podía, indicaba al declararse insidiosamente por Bernardo que lo juzgaba más influyente que para con su ama.

Ciego de indignación en consecuencia dirigime a mi esposa y con voz sofocada:

-Señora, le dije, después de lo que acabo de revelar ¿se atreverá usted a proseguir admitiendo a Bernardo en su trato y confianza? Después que ha levantado ese traidor su mano contra mí ¿continuará usted extendiéndole la suya? Sin duda he comprendido mal las palabras de usted, señora y a usted toca desvanecer mi engaño.

-Octavio, repuso la joven, postrándose a mis pies, mi padre ordenó en su lecho de agonía que fuera una amiga, una hermana para Bernardo. Que no me causen pues vuestras querellas angustias peores que las de la muerte.

-Ya que posee usted señora, memoria tan fiel para recordar los paternos mandatos, téngala igualmente para no echar en olvido sus obligaciones conyugales, exclamé con amargura. Extraordinario es en verdad el amor que usted me juró ante los altares cuando sacrifica usted mi dignidad, mi reposo y mis derechos a una insolente mulata como Mariana, y a un ente vil como ese hombre, que ahora se burlará de mí con justicia. Ayer, señora, comencé a dudar del afecto de usted, hoy he llegado a arrepentirme de haber unido mi destino al de una mujer que considera como extraños los agravios inferidos a su consorte. Semejante comportamiento me prueba que no cree usted comunes nuestros bienes y desdichas; que ambos debemos vivir y sentir separadamente. ¡Enhorabuena! A mi turno sabré tener una memoria puntual. ¡Ah, malvado! añadí, volviendo a acercarme con ademán amenazador a Bernardo, tú me hieres por tercera vez y ¡gózate en mi triste confesión! más dolorosamente todavía que antes. Sí, Ambarina, dije con un desorden que no me permitía la desesperación contener, yo te había consagrado un generoso culto digno siquiera de haberme captado tu agradecimiento. Pero la frialdad de tu corazón te ha impedido apreciar el ardor del mío, o esclava quizá de más antiguo amor que el que concediste al cabo a mis tenaces súplicas, careces de la virtud necesaria para anteponer tus obligaciones a tus afectos. No me creas, en nombre del cielo, tan neciamente cándido que piense que por veneración a las cenizas de tu padre proteges al miserable a quien él al

par hubiera maldecido si hubiera leído en su tenebroso pecho. Prometida primero de Bernardo Arribas, y rechazada por su veleidad, quisiste suicidarte; vencida después por mi persecución aceptaste por lástima mis votos; conmovida ahora al aspecto de tu pérfido amante, sientes resucitar la adormida llama con la violencia de las contrariadas pasiones. Desgraciada de ti, Ambarina, que contrajiste un matrimonio sin amor, y más desgraciado de mí aunque palpitante de entusiasmo uní mi alma fogosa al alma helada que me repelía. ¡Oh! ¿Cómo ha tardado tanto en caer la venda que me tapaba los ojos? ¿Cómo no he conocido antes que la mujer que me acusó de pretenderla por sus riquezas, que me obligaba a soportar las injurias de una criada mulata bajo pretexto de que era su nodriza, que en fin no olvidaba sus deberes sino los que tenía para conmigo, jamás me había profesado ternura ni consideración? ¡Ay! La vehemencia de mi deseo me engañaba como a un niño, inspirándome la inefable certeza de la correspondencia apetecida. Mas, puesto que por último veo claro y comprendo que mi esposa prefiere a mi cariño el del protegido de su padre pronto quedará libre de estorbos.

Torné enseguida a encerrarme en mi aposento, de donde no salí en el resto del día. En vano vino Ambarina a llamar, llorar y suplicar a mi puerta. No la abrí hasta que envuelta la casa en las profundas sombras de la noche, yacían cuantos la habitaban entregados al sueño. Entonces, saliendo al campo con el mayor sigilo, me dirigí, acompañado de mis siniestros pensamientos, a la finca en que tan contento permaneciera antes de mi funesto enlace. Entré en el «Paraíso» sin que me lo estorbaran perros ni guardieros y toqué al rayar el alba a la puerta de mi rústico amigo Tomás, que acudió a abrirme armado de un formidable trabuco.

Considera su asombro al reconocerme. Inmediatamente encendió luz, me hizo sentar, me trajo café y despertó a su Lola, para que con su gracia femenil comunicara algún atractivo a su sencilla hospitalidad. Guiada por el penetrante instinto de su sexo, apenas Lola distinguió mis facciones al vacilante resplandor de la vela de sebo adivinó el motivo que allí me conducía y con ese franco abandono tan seductor en la mujer cubana a cualquier clase que pertenezca, dijo, sentándose a mi lado:

-¡Pobre caballero! Le atormentan penas que nosotros ignoramos, Tomás. Todos envidiamos a los ricos y sin embargo no es el dinero quien proporciona la dicha. Tú y yo, Tomás, no necesitamos talegas de oro para vivir contentos, porque nuestro cariño constituye nuestro tesoro verdadero.

-Calla, Lola, contestó el guajiro, observando que me tapaba el rostro con las manos para ocultar mi emoción. Don Octavio es doble feliz que nosotros, porque su casa además de contener tanto amor como la nuestra, encierra comodidades que jamás están de sobra en el valle de miserias que atravesamos. Si ha tenido algún disgusto con la señora Ambarina ¡bah! también nosotros refunfuñamos a menudo, y no por eso nos queremos menos. ¿Cómo podemos pretender que permanezca nuestro espíritu en perpetua serenidad cuando hasta el cielo se cubre a cada rato de nubes? Pero después del trueno y la lluvia el horizonte aparece más claro que nunca, y la tierra más galana y risueña que anteriormente. Así son las querellas entre esposos: truenos pasajeros, momentáneos chubascos, a los cuales presto sucede la alegre claridad de la reconciliación.

Y el buen Tomás se echó a reír como para transmitirme su festivo humor. No hallando empero eco en mi silencio sombrío, avergonzado de su poco tacto sacó un veguero y se puso a fumar con aire meditabundo. Enseguida, arrojando una bocanada de humo, me preguntó con afectuosa sencillez:

-¿Hay por ventura alguna cotorra amarilla a quien dar muerte? Según deshice ha tiempo de un escopetazo el maleficio que trataba de enviarlo a usted anticipadamente al otro mundo, puedo destruir ahora el que ha turbado la paz de su hogar.

-En la actualidad para restituirme el reposo doméstico necesitarías matar una asquerosa ave de rapiña, respondí convulso. El buitre se ha apoderado de mi domicilio legítimo y me ahuyenta de él. No huyo sin embargo por cobardía sino porque para vivir junto a una mujer que no nos detiene gustosa vale más morir lejos de su lado.

Mi llanto corrió a estas palabras con una especie de frenesí. Aquel torrente de dolor arrebató, lo conozco, las flores, el verdor y, la lozanía de la ternura que Ambarina me inspirara, pues desde que nos abandona la fe en el objeto amado comenzamos, repito, a amarle menos.

Contemplábanme atónitos Tomás y Lola. En su ingenua, honrada y completa armonía conyugal no acertaban a descifrar todas las torturas que me redujeran a aquel amilanamiento, vergonzoso para un hombre de mi condición.

-La señora Ambarina amaba a usted de veras y no puede haber cambiado tan pronto, exclamó la trigueña Lola. Aún tienen ustedes, como nosotros, la miel de la boda en los labios.

-Pobre de ti si algún día se convirtiera en hiel en los tuyos, añadió Tomás. Mi robusta mano te sacudiría el polvo hasta curarte de malos devaneos. No hay como una corrección energética, señor Octavio, para sentar la cabeza a las mujeres. A lo menos en nuestra clase se acostumbra recurrir en tiempo oportuno a semejante remedio, y quizá depende de él que la compañera del artesano no experimente los flatos, hipocondrías ni veleidades de las damas ricas, que sólo se ocupan en echarse fresco con el abanico.

-Quien te oiga, Tomás, no te creará el dócil cordero que guío a donde me place con una hebra de mis negros cabellos, repuso Lola con un acento que hubiera adquirido joviales inflexiones a no impedirlo el respeto a mi aflicción. Para castigarte por las brutalidades que acabas de decir he de ir el próximo domingo al pueblo a bailar el zapateo escobillado con mi antiguo apasionado Miguel, que es el buitre de nuestro tosco nido, señor Octavio, para mi asustado esposo, el cual a fin de ocultar su miedo promete de continuo tratar al incauto mozo como a la cotorra amarilla.

-¿Miedo yo a Miguel?, objetó Tomás, chispeándole los ojos como dos carbones encendidos. ¡Ah! si dices lo que piensas en tono de chanza no me conoces, Lola. Jamás temeré que enamoren a mi mujer, porque mataré antes al que lo intente y serviré su corazón en un sabroso ajíaco a la pérfida, según afirman que verificó allá por los años de Maricastaña cierto señor más celoso que un turco, cuyo nombre enrevesado he leído en un libro viejo.

-¿Y qué ganarías con ese arrebató, Tomás?, exclamé gimiendo. ¿Acaso la violencia te devolvería el cariño de la ingrata? ¡No, no! Yo amo la libertad hasta en los afectos, y al alma que no viene espontáneamente hacia la mía la dejo ir a otra parte.

-Entonces ¿cuenta usted por nada, D. Octavio, el placer de la venganza, o, más bien, de la justicia con que hacemos sufrir al que sufrir nos ha hecho?

-Si la venganza, querido Tomás, nos restituyera los perdidos bienes comprendo que siguiéramos sus consejos. Pero puesto que nada puede en el asunto prefiero buscar alivio en el olvido. Y por difícil que parezca olvidar la memoria que reina en nuestro pecho, absorbe nuestro ser y nos traslada a un mundo aparte en el cual padecemos solos, tristes y desesperados; como para el tiempo no existen imposibles, por distante que se nos figure la hora del ansiado consuelo resuena al cabo, cicatrizando la herida que juzgábamos incurable. ¡Ah! De otra manera sería la vida un martirio superior a la resistencia del pobre mortal.

-El señor Octavio habla como un libro, observó Lola sencillamente. Aprende de él, Tomás: aprende, guajiro mío, añadió, dándole un golpecillo en la cara con su trigueña mano, que el mayoral besó con una viveza que me oprimió el corazón, pues me recordaba el contraste de nuestras situaciones respectivas.

Al siguiente día, cuando según el poeta francés:

*L'aurore s'allume,
l'ombre épaisse fuit,
le rêve et la brume
vont où va la nuit!*

despedime de aquellas buenas gentes, ordenándoles que nada revelaran a Ambarina del penoso estado en que me vieran, y menos aún de mi resolución de marchar a La Habana para desde allí dirigirme a Europa en el primer bajel que partiera para un puerto de España. Tomás y Lola vertieron copioso llanto al decirme adiós, contemplando el honrado campesino a pesar de su celoso carácter, con sincera complacencia el ósculo que deposité en las mejillas de su compañera, la cual exclamaba con una vehemencia que comprendí más tarde:

-Dios es justo y no permitirá que se aleje usted así tan solo y tan desdichado. Cierta estoy de que no puede permitirlo.

A las once de la mañana, encontrábame de nuevo en la capital después de cinco o seis meses de ausencia. Fui a alojarme, como a mi primer arribo a ella, a casa de los apreciables dueños del «Paraíso», familia que a causa de antiguas relaciones con la mía me manifiesta constante deferencia. Apenas tomé posesión del aposento que ocupara antes de mi segundo matrimonio corrí a pagar mi pasaje en el vapor correo que debía salir a fines de la semana para la península. Seguro ya de obtener un camarote a su bordo retorné a mi domicilio temporal entregado a febril agitación. Necesitaba hablar, moverme, reír convulsivamente. Formaba no obstante un contraste tan raro mi

desencajado rostro con mis nerviosas carcajadas que mis amigos de la ciudad, aunque ignorantes de mis desastres domésticos, sospecharon que mi cuerpo y mi alma sufrían a la vez. Exigieron por lo tanto que me recogiera temprano y cuando me hallé solo, conmigo mismo, sucediendo profundo abatimiento a mi delirante inquietud me acosté creído de que iba a morir de tristeza.

Renuncio a expresarte las ideas que entonces por mi mente cruzaron temiendo envenenar tu corazón. Básteme decirte que me convencí de que la felicidad únicamente existe en la tierra como una utopía divina, y de que caso que llegue a convertirse en realidad, se refugia en una vida oscura, tranquila e ignorada, como la de Tomás y Lola, los cuales, fijos en su rincón modesto no han ido dejando sus ilusiones en los desengaños del mundo, como la oveja su vellón en los zarzales del camino.

En la inmediata mañana, y en el momento de escribir con trémula mano y pecho oprimido mi carta de despedida a Ambarina, tocaron a la puerta de mi estancia, la empujaron con violencia y antes que me fuera dado responder una mujer entró, arrojó el velo que le ocultaba las facciones y... reconocí a mi esposa.

Estaba tan cambiada que me estremecí al verla.

-¡Ingrato! exclamó, apostrofándome con la impetuosidad que constituye el fondo natural de su carácter: ansías mi muerte, puesto que me huyes. ¡Y bien! He aquí un arma. Sepúltala en mi seno. Te lo agradeceré como el mayor de los beneficios.

Hablando así presentábase su crispada diestra un pequeño puñal de que se había provisto ínterin con la izquierda mano separaba los blancos cendales que velaban su pecho, repitiendo:

-¡Hiéreme, no tardes! Es la última prueba de cariño que espero de ti. ¡Ah! No debe costarte mucho, puesto que me abandonas, que has cesado de amarme.

Corrieron mis lágrimas al oírla. A pesar de lo sucedido su patética voz conmovió mi alma, que la había amado, que quizá la amaba aún intensamente, y para resistir a las emociones que me dominaban asiendo con precipitación mi sombrero, quise ganar la puerta y alejarme.

Pero Ambarina, que adivinó mi intento, cerrando aquélla con un arrebató que la revistió del terrorífico y a la vez majestuoso aspecto de Medea celosa me dijo casi con desprecio:

-¡Cobarde! Te falta valor para escuchar mis reproches y pretendes evitarlos con la fuga. Ya que me odias y lo declaras con tu conducta márame según te suplico. No creas que lo deseo de labio afuera. Tu desdén me da el golpe de gracia y no quiero que mi horrible agonía se prolongue demasiado.

-¿Se atreve usted a reconvenirme, señora, cuando soy yo el ofendido? repliqué, recobrando mi entereza al eco de sus quejas injustas. ¿He sido yo por ventura el primero en destruir nuestra armonía doméstica? ¿Tiene usted acaso que echarme en cara que amo y patrocino a los enemigos de usted en lugar de rechazarlos y aborrecerlos? ¡Ah, señora,

señora! En vez de acusar, humíllese usted y confiese sus yerros; lejos de erigirse en juez siéntese en el banquillo de los culpables y pida perdón.

-Pues bien. ¡Perdón, Octavio, perdón! gritó con desgarradores acentos la mujer incomprensible a quien me he enlazado, postrándose a mis plantas.

Había sufrido tanto recientemente por causa suya, inspirábame resentimiento tan doloroso la imprudencia con que había marchitado, la insensata, nuestro entusiasmo conyugal que la dejé en aquella humilde actitud.

-¿Pretende usted, señora, detenerme en La Habana y reanudar los lazos que iba a romper mi indignación con sobrados motivos?, le pregunté secamente. En tal caso ya Bernardo Arribas habrá salido de la morada de usted; ya el fermento, que tanto mal me ha hecho no contaminará con su impuro hálito el aire que se respira en la mansión a donde usted me ruega que regrese, señora.

-Bernardo permanece todavía en el «Antilla», contestó Ambarina con angustia, porque temiéndole tanto como a ti te amo no puedo arrojarle de allí. Un secreto que en nada ofende mi virtud (lo digo por los venerados restos del autor de mis días) me impide ayudarte a pisotear a la serpiente a quien he mirado con instintiva repugnancia hasta cuando no sospechaba que la desgracia me pondría en parte a merced suya. ¡Octavio, Octavio! Sé confiado y bueno para con esta infeliz, que a la verdad lleva consigo el sello de que la convicción debe destruir con sus protestas las zozobras que te agitan. Prométeme que impondrás silencio a tus inquietudes. Venderé con sigilo nuestros bienes, que son tan tuyos como yo misma, y luego nos marcharemos lejos, muy lejos, a donde Bernardo no nos descubra, y caso que lo consiga no produzcan en ti sus palabras el efecto que te causarían aquí. Accede a mi súplica, amado Octavio, accede en nombre del cielo.

A pesar de la sinceridad que se revelaba en las facciones, los ojos y los acentos de Ambarina, el recelo de servirle de juguete, el disgusto que me inspiraba la existencia de un misterio entre ella y Bernardo, y sobre todo el recuerdo de la falacia de mi primera esposa me indujeron a repeler sus manos, que estrechaban las mías, a cerrar mis oídos a sus clamores, que buscaban el camino de mi corazón.

-Basta, señora, exclamé. Si usted representa una comedia en este instante recurra para urdirla a medios mejores que los que ofrece un enigma inverosímil. En el matrimonio cesa la felicidad de los cónyuges desde que se interponen secretos entre ambos. ¿Lograrán formar una sola dos almas que tratan de envolverse separadamente en el velo del disimulo? No, señora, y usted lo sabe demasiado. Respecto al trágico puñal que pretende usted blandir contra su propio pecho, arrójelo lejos de sí, pues son de pésimo gusto las exageraciones de esa especie en una fina y discreta dama. Las gitanas y manolas de mi país pueden usarlo, porque no lo manejan de mentirijillas, y se dan sendas puñaladas tratándose de cuestiones de gran interés para su corazón. Pero usted, señora, más deseo que de bajar al sepulcro tendrá de vivir para proteger a tan virtuoso joven como Bernardo, para recibir las caricias de tan ejemplar matrona como la mulata Mariana.

-¿Cómo?... ¿Osas atribuir a vil y despreciable ficción la vehemencia de mi pena?, dijo Ambarina, levantándose trastornada por mi glacial ironía. ¿No te manifesté en una maldecida noche que en vez de aterrarme la muerte llega mi valor para desafiarla hasta la impiedad? ¡Insensato! ¿Crees que Ambarina no hubiera ya sumergido esta arma en su seno si en lugar de un crimen no temiera cometer dos?

-No te comprendo, murmuré con frialdad. ¿Aludes a algún nuevo secreto, a algún nuevo enigma entre Bernardo y tú?

Cubriéronse entonces sus lívidas mejillas con el ardiente rubor de la indignación y la vergüenza.

-¡Bárbaro! Me has matado, y conmigo a tu hijo, añadió, cayendo a tierra como herida del rayo.

¡Ah, Mauricio! Qué supremo gozo me hubiera inspirado en diferentes circunstancias semejante revelación. Pero en aquella azarosa crisis sólo sentí dolor, dolor inmenso en mis entrañas paternas a la idea de que mi hijo nacería de una madre que acababa de llamarme despiadado y cruel, y a la cual dirigía yo sin pronunciar las invectivas peores aún.

Amigo, el matrimonio decide en gran parte de la suerte del mísero mortal. Cuantos desventurados, afectos primitivamente a la virtud, se han lanzado más tarde en los vicios, buscando distracción a sus disgustos conyugales. Antes pues de contraer tan grave lazo estudia a tu futura y lejos de ceder a irreflexiva pasión domínate lo suficiente para que la razón sirva de guía en esa importante faz de tu destino. No basta que una joven sea amable y bella para labrar nuestra dicha, necesitamos sobre todo que su educación, antecedentes y costumbres la hayan convertido en ángel de la paz doméstica, que nada en su pasado se oponga a que marche con firme rectitud por la senda del porvenir. La casualidad me hizo encontrar a Ambarina de una manera que hubiera impedido a otro hombre más sensato elegirla por compañera de su vida, entregándose a los sacrílegos arrebatos del suicida y descubriendo con su falta de resignación que no poseía las más preciosas virtudes de la mujer, paciencia, humildad y fe en el cielo. Después, sin fuerzas para resistir a un amor delirante, a pesar de no haber leído de la historia de su existencia sino una página tenebrosa le confié mi honor, mi reposo, mi privada felicidad. Y ya me había unido a ella irrevocable juramento cuando supe que aunque legitimada por su padre años antes de morir éste, Ambarina se había mecido en bastarda cuna, había aceptado por adoptiva madre a una mulata desmoralizada y conservaba hacia el pariente del autor de sus días que solicitara primero su mano una especie de servil deferencia. Estos tardíos descubrimientos, de que tiene la culpa mi imprudente precipitación, me colocan en una situación falsa, humillante y penosa que prueba la exactitud del vulgar axioma: «Antes que te cases mira lo que haces».

Mas he aquí que adquiere nuevo incremento mi locura, impeliéndome a contar los eslabones de la cadena que a ciegas me he echado al cuello para que me parezca más pesada. Tregua pues a lamentos inútiles y adiós, hasta dentro de pocas semanas, que volveré a escribirte, o de tres o cuatro meses, en que te daré en persona un estrecho abrazo.

XII

El mismo al mismo

El ambiguo final de mi última carta te habrá indicado, Mauricio, que Ambarina ha vencido, que he pagado el falso flete, y que a pesar de Bernardo, de Mariana y de otras mortificaciones permaneceré en La Habana hasta que vendiendo mi esposa sus fincas pueda huir conmigo de nuestro adversario común. Quizá me taches de necio, y quizá lo soy efectivamente, dejándome manejar así por una mujer que me oculta parte de su corazón. Pero Ambarina ha estado a las puertas del sepulcro; en el delirio de la fiebre que la devoraba repetía de continuo: «Octavio, te amo y soy inocente». Voy a deberle además el santo gozo paterno, que me indemnizará de las sufridas angustias, y según ella al mirarme moribundo consintió en entregarme su mano, así yo, viéndola expirar de dolor a la idea de perderme, he prometido quedarme al lado suyo, tierno y solícito como al principio de nuestro enlace.

Ambos de consiguiente evitamos ahora con el mayor cuidado hablar de nuestras tristes desavenencias a la vez que nos ocupamos con actividad de reducir a metálico las posesiones que dejó D. Diego de Alarcón a su única heredera. Ni siquiera he preguntado a mi esposa lo que hace Bernardo Arribas en el ingenio, compadecido de la perenne inquietud que en su frente se retrata. Ambarina, como para escapar al tormento de unas zozobras en que no me inicia, me arrastra consigo a menudo a visitas, fiestas y paseos. Diariamente recorreremos en lujoso carruaje la Alameda de Isabel II, tan umbría, fresca y olorosa; nos trasladamos al Cerro, que es un arrabal de La Habana ornado a ambos lados de su calle principal con lindas casas que quieren parecer campestres a causa de sus blancos pórticos y floridos jardines, y prolongando con frecuencia nuestra excursión hasta Puentes Grandes, otro pueblecillo precioso que, si no iguala al anterior en abundancia de ostentosas quintas, le gana en cambio en el pintoresco y romántico aspecto que le comunican tanto su quebrado terreno como el arroyo que lo atraviesa, formando cascadas sobre su lecho de limpios guijarros, regresamos a la ciudad ya cerrada la noche. Entonces los ojos de Ambarina, refulgentes como las estrellas que tachonan el firmamento, buscan los míos con recelosa, suplicante y apasionada expresión. Su ternura y su beldad, realzada por la aureola del cielo, me conmueven a veces tanto que figurándoseme imposible que un ser tan perfecto en su forma física abrigue un alma falsa y cautelosa, que tan noble fisonomía oculte baja degradación moral, le dije la otra noche, apoderándome de su temblorosa mano:

-¡Oh Ambarina! Mi corazón te pertenece aún. Consérvalo abriéndome el tuyo enteramente, manifestándome por completo amor y confianza.

-Nunca he cometido acción alguna que me avergüence, respondió con su acostumbrada tristeza y sin embargo, védame el destino revelarte el misterio que ansías penetrar. ¡Ah! Si de veras me amaras no te interesaría nada que no fuera nuestro amor. Pero tu alma es veleidosa y se entibia pronto.

-Me juzgas mal, exclamé resentido. Jamás he pagado con ingratitud e inconstancia un afecto sincero. Mas ¿cómo prestar fe a quien me presenta contrastes incomprensibles? ¿Cómo creer que ama la mujer que posee bastante entereza para callar un secreto al esposo de su elección?

-Hablemos de otra cosa, murmuró, retirando su mano de la mía. Vuelvo a repetírtelo: no puedo satisfacer tu curiosidad. El día que descubras lo que reservo será el de mi muerte. Como en la alegórica fábula de Psiquea cuando a la luz de indiscreta lámpara examines los cimientos del edificio de nuestro conyugal reposo desaparecerá este a fuer de una sombra.

El acento lleno de melancólica impaciencia con que Ambarina me cerró los labios me mortificó. Retornamos pues a nuestro domicilio menos complacidos de lo que de su recinto saliéramos. Lo repito, Mauricio, con la mayor convicción. Himeneo es un dios celoso que no tolera misterios, y que determinado a sostener sus derechos mira con ceño al que osa disputárselos.

A la siguiente noche, como para distraer la penosa impresión que el referido diálogo nos dejara, me propuso Ambarina ir a pasar algunas horas agradables al teatro de Tacón, cuya interior elegancia, adaptada al clima, cautiva desde luego a los forasteros. Al reflejo de la magnífica lámpara de cristal que pende de su techumbre lucían sus tropicales encantos infinitas hermosas habaneras cubiertas de matizadas gasas y de encajes exquisitos, coronadas de perlas y de flores. El afiligranado barandaje de los palcos les permitía ostentar toda su gentil gallardía. En el patio agitábase la masculina juventud, que estropeaba sus blancos guantes aplaudiendo a la bella artista Fortunata Tedesco, la cual cantaba la parte de Elvira en la ópera de Verdi titulada «Hernani» a satisfacción de los «dilettanti» gracias a los atractivos de su figura, a su fresca voz de mezzosoprano.

Vestida Ambarina de seda blanca, y ceñidos sus cabellos con una guirnalda de hojas de terciopelo verde entrelazadas con espigas de oro, causó sensación por su beldad pálida, melancólica e imponente como la de Vedella. A su lado, tímida como la violeta que se acoge a la sombra de erguido árbol, atendía con ingenuo entusiasmo al desempeño del drama lírico Inés, modesta y simpática joven que víctima de una cruel madrastra y de un padre insensato se consuela de sus disgustos con la amistad de mi esposa. Ambas sufren en su distinta situación y sin embargo no se pintan en la frente de la pura y resignada virgen, como en la de Ambarina, violentas pasiones ni lóbregas borrascas. Mientras la última lucha rebelde con la cruz que le ha caído, ignoro por qué, sobre sus hombros, sostiene la primera la suya con la conformidad de los ángeles humildes. Al sublevarse contra el dolor ha adquirido el rostro de mi compañera, a pesar de la clásica corrección de sus facciones, expresión adusta, inquieta e impaciente; al aceptar sumisa su acerba suerte se ha revestido, por el contrario, el de Inés de seráfica mansedumbre. ¿De qué proviene esta diferencia en dos mujeres de generosa índole? De que Inés vierte llena de confianza sus lágrimas en el seno de Dios y Ambarina le invoca sin la fe, que sirve de bálsamo benéfico para las heridas morales del buen cristiano.

A fuerza de tener mi esposa y yo nuestras incompletas explicaciones huimos uno de otro poseídos de natural embarazo. Ínterin Ambarina de consiguiente permanecía silenciosa e inmóvil hablaba yo con Inés, la cual vestida de tul azul y adornada con perlas y cándidas

rosas, revelaba en sus gestos con gracioso candor, a la vez que en la humedad de sus ojos, del color celestial de su vaporoso traje, la impresión que causaba en su sensible organismo la hermosa música de Hernani.

-Sólo le falta a usted el arpa sagrada para ser una segunda Santa Cecilia, le dije, chanceándome al ver su emoción, y al oírla tararear en voz baja con suavidad infinita los cantos de la ópera que más le habían gustado.

-¡Ah! ¿Quién podrá escuchar con indiferencia ese magnífico terceto final que expresa con filosofía tan elocuente la desesperación del amor frustrado y los implacables rencores de los celos? me respondió, levantándose a compás de las ruidosas aclamaciones que saludaban a «Elvira», arrodillada junto al moribundo «Hernani», víctima de su pundonor y de la venganza del cruel «Silva».

-No compadezcas a Hernani, ni a Elvira, que bajan al sepulcro con sus ilusiones, exclamó Ambarina, abandonando también su asiento. Más vale morir que perderlas.

Aunque comprendí que las palabras de mi consorte encerraban cierto sarcasmo no quise indagar su oculto sentido. Nuestras mutuas quejas han llegado a inspirarme tedio. Primero inquietaban mi alma y la afligían, ahora me importunan en alto grado. Si algún día te casas, Mauricio, evita ese tiroteo doméstico que concluye disgustando al esposo del domicilio conyugal. Las ilusiones huyen, como pretendió indicar Ambarina, a su prosaico ruido, y cuando ya no esmaltan galanas flores el monótono sendero de la existencia diaria, sólo distinguimos en perspectiva jornadas áridas, estériles y fatigosas.

Cualquiera que sea el origen de la extraña conducta de mi compañera para con Mariana y Bernardo hubiérale dado la naturaleza la blanda y flexible índole de Inés, hubiérale enseñado la religión humildad verdadera, y mis sentimientos hacia ella no hubieran perdido su primitivo fervor. Mi altivez hubiera desaparecido ante su dócil mansedumbre: mi desconfianza se hubiera aplacado ante su angélica piedad. Pero el orgullo de Ambarina gana al mío aún; ella, que por sus superiores bienes podría suplicarme sin envilecimiento, presenta a mi reserva una reserva igual, como desdeñando recurrir a la condescendencia para conservar mi amor. Y la idea de que un tierno fruto de la pasión hermosa que ¡ay! no recuerdo todavía con indiferencia, no tardará en estrechar con nueva fuerza los lazos que nos unen, lejos de imprimir en su tostada frente el santo gozo de la maternidad cercana ha aumentado, según creo, su aciaga palidez, su amargo silencio, su tristeza invencible.

Nuestra morada pues, a despecho de las comodidades que encierra, del alegre sol que continuamente la alumbra y de la perspectiva agradable que desde su elevada azotea se descubre, por hallarse situada en la favorita calle del Prado, se asemejaría a una tétrica prisión a no animarla a menudo Inés con su suave voz, su sonrisa más dulce aún y su gracia virginal. El mal trato que le da su indigno padre a causa de su ridículo amor por su segunda esposa, mujer falsa y desnaturalizada, no consigue destruir la celeste serenidad de la paciente niña. Injuriada por su madrastra, que le ha usurpado su legítima herencia, y desterrándola casi del paterno hogar, las pocas veces en que el resentimiento la ha dominado, ha provenido su cólera no de los agravios propios, sino de los que recibe el autor de su ser de la pérfida Dalila que lo vende. Inés, tan moderada, indulgente y

enemiga de la murmuración, se exalta al recordar que un hombre inicuo se vale de las torpes flaquezas de Leocadia para escarnecer las canas del anciano que ella prosigue mirando con filial respeto. ¿Y sabes quién es el ente corrompido que ayudado de una mujer ligera así roba a traición la honra de uno de sus semejantes? El objeto de mi odio y de la protección de mi esposa, la causa de nuestras rencillas y de nuestro descontento mutuo, Bernardo Arribas.

Al cerciorarme de ello no pude menos de decir a Ambarina irónicamente:

-¿Qué tal, señora? ¿Todavía continuará usted honrando con su confianza a su primer enamorado? ¿Tantas ruindades no triunfarán del singular empeño de usted en abrigar en su seno una serpiente?

-¿Cómo?, exclamó Ambarina, enrojeciéndose un instante a impulsos del enojo. ¿Persistes en atribuir a memorias de amor, a debilidades indignas de mi carácter franco y decidido mi consideración hacia Bernardo? ¿No te he repetido cien veces que esta consideración nace de miedo, y no de simpatía?

-¡De miedo, señora! repuse, subiéndoseme a mi turno la sangre al rostro por temor de que Inés, que presente se encontraba, diese a sus palabras alguna interpretación ofensiva para mi decoro conyugal. La mujer honesta y pura sólo teme a Dios, y en todo caso a su marido. ¡Tener miedo a Bernardo! Téngalo más bien usted de que hiriendo mis oídos con demasiada frecuencia, extravagante lenguaje llegue a exasperarme al fin.

-El testamento de mi padre me coloca en cierto modo en la dependencia de... nuestro enemigo si quiero conservar mi fortuna, balbuceó mi esposa con penoso esfuerzo.

-Miente usted, señora, grité, irritado como siempre que Ambarina trata de alucinarme respecto a las secretas causas de su culpable condescendencia con mi antagonista. Me engaña usted, figurándose quizá que prestaré fe a sus imposturas para proseguir disfrutando de unas riquezas que execro. Mas la engañada es usted, señora, si cree que me detienen a su lado otros motivos que un resto de loco amor y la esperanza de recibir en mis brazos a mi hijo.

-¿En qué términos me habla ya? murmuró Ambarina, trémula de dolor, o de enojo. Octavio, respeta a tu esposa para que los demás la respeten también.

-Usted me trastorna el juicio, señora. Usted me ha dado el mal ejemplo que imito, colocándome en ridícula posición a los ojos de nuestros sirvientes y del mismo Bernardo, que se ríe de mí viendo que usted me obliga a poner el cuello bajo su planta.

-De nuevo te juro que nuestros bienes... que el porvenir de nuestro hijo... que nuestra suerte feliz o desgraciada dependen en gran parte de la voluntad de ese hombre, añadió Ambarina gimiendo.

-¿Te atreves a sostener que dimanen de causas de interés material las zozobras que en ti excita Bernardo?, le pregunté con ansiedad verdadera.

-¡Sí!, me contestó vacilando.

-Entonces podrás aún volver a ser mi Ambarina, exclamé acaloradamente. Podré, sí, probarte que aquella sospecha tuya, siempre presente a mi memoria, de que te pretendí por tu cuantiosa dote era injusta, falsa, inmotivada. En el acto vas a escribir a Bernardo mandándole salir del «Antilla», manifestándole al fin tu desprecio, anunciándole tu inmutable propósito de romper toda relación con él. Al cumplirlo quedaremos, según me indicas, arruinados... ¿Qué importa? En cambio conservaremos el tesoro de nuestro amor conyugal, la armonía íntima, la paz doméstica y el aprecio de la sociedad, que nos verá atravesar sus filas sin mancilla alguna. Vamos: escribe a Bernardo inmediatamente. Tu carta me libertará de la triste situación de marido pobre, esclavo de una mujer opulenta.

-¡Sueñas... deliras!, balbuceó Ambarina con los labios convulsos. Yo no puedo dirigir a Bernardo el lenguaje insultante que deseas... No puedo. ¡Oh! No renueves esta cruel conversación si quieres que nuestro hijo no muera antes de nacer. Silencio, discreción y huiremos para siempre de Bernardo. De otra manera el día en que su rencor te revele el misterio que te reservo será, te lo repito, mi último día. ¡Oh Inés! continuó, arrojándose en brazos de su amiga, que escuchaba apesurada nuestra querrela. Tú, que al par extraña al aciago secreto de mi vida, jamás has dudado sin embargo de la rectitud de mis sentimientos; tú, que a pesar de mi excepcional posición no me has amado menos por eso, ayúdame a detener la funesta corriente de su desconfianza. ¡Mi tierna hermana de adopción, sálvame!

Contestó Inés con inefables caricias a los lamentos de Ambarina. Después, húmedos los ojos de celestiales lágrimas, trémula la voz de simpatía, me habló, con la elocuencia del corazón, de las desgracias de los primeros años de mi esposa, la cual habiendo perdido a su madre al nacer, y abandonada por su padre en la cuna, habitó en desamparada orfandad la humilde casa de su nodriza, la mulata Mariana. Añadió con acento dulcísimo que me correspondía indemnizarla a fuerza de abnegación y ternura de sus antiguos padecimientos; me aseguró con una santa confianza que me hizo avergonzar de mi ánimo sospechoso que había creído siempre, y creía aún, que el secreto tan cuidadosamente guardado por Bernardo y Ambarina pertenecía al hombre que tanto amara a ambos, al difunto D. Diego de Alarcón, y apoderándose de mi brazo me invitó a acompañarla a su morada, que se hallaba próxima; recogió allí en sus aposentos varias cartas que de soltera le escribiera Ambarina, y obligándome a leerlas, apenas retornamos a mi albergue, me probó que mi consorte que con tanto empeño me había huido antes de nuestro matrimonio, se había sentido dispuesta a amarme desde la primera vez que me vio.

Mirándome enseguida sentarme penetrado de compasión al lado de Ambarina y estrechar su fría mano en silencio, tomó un libro religioso, leyó con sonora entonación varios edificantes pasajes que predisponían el espíritu a la indulgencia, y se detuvo sobre todo en aquellos que refiriéndonos lo mucho que sufrió el Crucificado por redimirnos, nos echan en cara la flaqueza con que reportamos las pasajeras penas, que su voluntad nos impone para acrisolar nuestra virtud. Mientras Inés leía admiraba yo involuntariamente el candor de su frente de alabastro, la pureza ideal de su ovalado rostro y la patética suavidad de su voz. El aspecto de Ambarina me entristecía, el de Inés me regocijaba. Esta joven es un ángel, Mauricio, y Dios la ha colocado junto a un demonio como Leocadia para que resplandezca mejor su raro mérito.

Su serena influencia ha calmado mi exasperación moral de una manera portentosa. Diríase que con nuestro frecuente trato se me ha comunicado su dulzura como un perfume que al impregnarse en mí me pertenece ya. Cuando al observar el sigilo con que mi esposa vende sus bienes para apresurar nuestra partida a Europa vuelve a sentir que se envenena mi sangre con el recuerdo de lo acaecido, la gracia infantil con que Inés me riñe, la mirada húmeda de piedad con que me señala a Ambarina, tan cambiada y tétrica a impulsos de sus pesares, la inefable bondad con que me dice: «Sea usted condescendiente y bueno con la madre de su hijo», destruyen al momento la hiel que comenzaba a llenarme el alma de amargura. ¡Mujeres! Si siempre recurrierais al tierno halago y a la paciente persuasión para dominarnos viviríamos postrados a vuestros pies. La tenacidad con que a menudo huimos de vuestros lazos consiste menos en nuestra ingratitude e inconstancia que en vuestro imprudente anhelo de trocar en pesadas cadenas las guirnaldas de rosas.

Ambarina, que se ha desprendido ya de las casas y solares que en la capital poseía, ha enviado en clase de depósito a los bancos de Europa cantidades de consideración. Un rico hacendado se presta a comprar el «Antilla», única finca que le queda; pero antes pretende verlo y examinarlo. Mi esposa se turbó al ocurrírsele las dificultades que se presentan para alejar del ingenio a Bernardo sin que la malicia de ese segundo Judas sospeche el motivo. Al notar mi sombrío silencio, y la profunda palidez de su amiga Inés, cuyos azules ojos alzados al cielo parecían pedirle una inspiración feliz, exclamó entre alegre y confusa:

-Bernardo saldrá del «Antilla» dentro de dos o tres días sin adivinar que ustedes lo echan.

-¿De qué modo? preguntó lacónicamente Ambarina.

-De una que Dios me dispensará en gracia de la intención. Indicaré a mi madrastra que Bernardo se ha dejado seducir en el ingenio por la mulata Dorila; celosa Leocadia le enviará orden de regresar a la Habana inmediatamente y él se apresurará a obedecer, porque ¡Dios me perdone tan mal pensamiento! aspira a casarse con su cómplice, enriquecida con mis despojos, apenas fallezca mi pobre padre. Entonces bajo pretexto de restablecer tu quebrantada salud, que en efecto necesita aires más puros, te trasladarás a la finca sin despertar la desconfianza de tu enemigo. ¿Te conviene mi plan, Ambarina?

-Tanto, que desde luego lo acepto, replicó mi esposa, atrayendo a sus comprimidos labios pálida sonrisa.

La extraña expresión de la voz de Ambarina me indujo a examinarla atentamente y confieso que su aspecto me sorprendió. Su color dorado había adquirido tintes oscuros; sus grandes ojos se encontraban rodeados de verdoso círculo; su boca, antes tan fresca como una rosa de abril, se asemejaba ahora a una mustia violeta, y no obstante su incontestable hermosura oprimióseme el corazón, no sé porqué, viéndola contrastar como una estatua de bronce con Inés, blanca como la nieve, rubia como Venus, y cuyo delicado rostro ostentaba la transparencia del purísimo cristal.

Al cabo de algunos días retornó Bernardo Arribas a la capital, según Inés había pronosticado. Tuvo la audacia de presentarse en mi morada y mi esposa la de recibirlo.

Ignoro lo que se dijeron; pero sin la idea del ángel que dentro de pocos meses sonreirá en mis paternos brazos creo que hubiera huido ya de Ambarina como de un objeto fatal. ¡Tan insoportable me parece vivir íntimamente con la amiga de mis enemigos!

-Querido Octavio, me dijo ella enseguida con cierta timidez, leyendo en mi nublado semblante mis interiores emociones. Bernardo nada sospecha aún de nuestro proyectado viaje; los que han comprado ya parte de nuestros bienes han guardado el secreto prometido y dentro de dos o tres semanas recobramos al fin la ansiada libertad. Entonces, Octavio de mi alma, renacerá tu Ambarina como si saliera de una tumba, su confianza en el porvenir le restituirá sus medios de agradar y en vez de concentrarse, como en la actualidad, en sí propia, atormentada por el cruel recelo de perderte, desplegará sus alas al sol como la mariposa, cantará como el pájaro que se ha escapado de su prisión, y te mostrará amor tan ardiente e inalterable que la duda mutua que hoy nos separa a fuer de un muro de hielo desaparecerá bajo el fuego hermoso de nuestras caricias. ¡Oh! Dios se apiadará de nosotros concediéndonos la felicidad lejos de aquí, en la bella Andalucía, donde también hay naranjos y palmeras, o en la poética Italia donde al par luce un cielo esplendoroso y azul. Mientras tanto marchemos a despedirnos de los vastos cañaverales del «Antilla», de sus humildes siervos, que tanto me amaban, y de nuestra inolvidable laguna de la «Esperanza», a la cual te guió en época más venturosa la cotorra amarilla, pobre ave que yace rellena de paja sobre la mesa de mi tocador en lugar de triscar entre la verde arboleda loca de alegría. ¡Octavio, Octavio! Vuelvo a repetírtelo penetrada de misteriosa convicción. No debemos desesperar todavía de la suerte.

-¡Ojalá el deseo no te engañe! respondí desanimado. Pronto partiremos pues para el «Antilla» en unión del individuo que ansía comprarlo. Estamos ya en los umbrales del invierno y sin embargo gruesas nubes cargadas de electricidad, terribles tronadas y lluvias copiosas semejante a las del verano turban la serenidad atmosférica. Extraño clima donde así se alteran las estaciones. Pero mucho más singular es aún aquella de sus hijas que he elegido para acompañarme en la vida, al inspirarme tan presto la certeza de su acendrado cariño como el recelo de su oculta perfidia, o mi mismo corazón, que a pesar de creerse constante, palpita hoy alborozado al eco de su voz para helarse mañana al oírla, cual si se arrepintiera de haberse abierto a los acentos de una sirena engañadora, querido Mauricio.

XIV

Ambarina a Inés

¿No es cierto, dulce amiga mía, que hay en las sencillas palabras de la sinceridad algo que convence mejor que todas las enfáticas protestas de la impostura? Segura de ello, al saber que tu padre ha muerto, que pocos días han bastado desde que te dejamos si no alegre a lo menos con... con tu destino para convertir en fuentes de lágrimas tus serenos ojos, no necesito agotar el vocabulario de las lamentaciones para expresarte la gran parte que tomo en tu inmensa aflicción. Me limito a abrazarte, a mezclar mi lloro con el tuyo, a decirte con toda la efusión de un alma afectuosa no obstante su altivez: «Inés querida, aunque acabas de quedar sola en el mundo, pues tus únicos deudos en él se reducen a una

cruel madrastra, no vagarás errante como paloma sin abrigo por su vasta superficie. Una amiga cariñosa y constante dividirá contigo gozosa su bienestar y hacienda. ¿No adivinas desde luego su nombre?

Mas ¡ay! que al ofrecerte mis servicios con toda la espontaneidad del corazón, al unir mis lágrimas a las que viertes, teñido de rubor el rostro, postrada de hinojos ante ti, voy a dirigir amarga negativa a la proposición que me haces en la carta donde me participas el fallecimiento del anciano a quien tanto amabas o, más bien, a rogarte sollozando que desistas de ella. Confiando en la generosidad de mis sentimientos, con la fe que te inspira la nobleza de los tuyos, me indicas que vas a separarte de la indigna mujer que te usurpó la ternura de tu padre para venir a pasar el resto de tus días conmigo, semejante a la más amorosa de las hermanas. Tal proyecto, que en otro tiempo me hubiera colmado de regocijo, a mí, tan sedienta de afectos íntimos y profundos, ahora me ha hecho palidecer como nuncio funesto de futuras desdichas. ¡Oh, ángel! Tú, que a causa de tu celeste candor ignoras las flaquezas de las víctimas de las pasiones, perdóname. Te amo; soy tu hermana efectivamente; por ti sacrificaría cuanto poseo excepto una sola cosa, y esa excepción única es la que me induce a negarte la hospitalidad, a decirte confusa, humillada, avergonzada de mi propia: «Busca por Dios albergue en otra parte. Eres, Inés, tan amable que te temo sin poderlo remediar. Si a mi lado vivieras, Octavio compararía a todas horas tus suaves virtudes con mi impetuosidad indómita, tu inefable gracia con los defectos que me ha transmitido una educación incompleta, tu devoción, santa y persuasiva como un bendito perfume, con mi deísmo audaz. Entonces ¡desgraciada de mí! quizá Octavio a pesar tuyo, y de sí mismo, te profesaría simpatía demasiado vehemente. En fin, amiga, compadéceme en lugar de odiarme por la revelación que deposito en contrita actitud a tus pies. Tengo celos de mi esposo y... ¡tú me los inspiras!

¡Ay! La adversidad, encarnizada en mí contra, me ha comunicado una especie de aciago fatalismo que me presenta el porvenir cubierto de eternas sombras. Tu grata compañía, tus fraternales halagos, tus ósculos purísimos ahuyentarían quizá los fantasmas que me asedian. Y tal es no obstante el rigor de mi desgracia que a pesar del alborozo con que reclinaría mi frente en tu seno, con que descansaría en tus brazos de la fatiga que me abrumba, me hallo obligada a decirte: «Si de veras me amas, Inés, huye de Octavio; ocúltale tus angelicales dotes y salva a la pobre Ambarina del nuevo tormento que la amenaza».

Axioma exacto como todos los de su clase es el proverbio popular que exclama con sobrada razón: «Bien vengas, mal, si vienes solo». Cuán cambiado hemos encontrado el «Antilla» en el poco tiempo que hemos permanecido fuera de sus verdes cercados. Bernardo destruyó en algunos días la obra de mi paciencia durante meses enteros. Al persuasivo sistema substituyó el de la severidad, a la indulgencia el castigo inexorable, a la voz contemporizadora de la filantropía el funesto ruido del látigo. Mis siervos, antes tan conformes con un yugo que apenas sentían, confundiendo ahora en la natural irritación que les causa un bárbaro tratamiento a cuantos llevan en su rostro el blanco color de su verdugo me acogieron con tétrico silencio. Ya no cantan jovialmente al trabajar para un amo bueno. El perverso amo que acaba de oprimirlos para chupar como el vampiro la sangre de sus venas, los ha acostumbrado a recibir golpes para que muevan el perezoso brazo. La desesperación ha reemplazado en consecuencia a su humilde alegría y una

perspectiva de continuas penalidades les ha quitado el valor que sacaban de la consoladora certeza de reposar a ratos de sus rudas tareas.

Bernardo, apaleándolos como a bestias de carga, ha logrado que unos hayan huido, otros se hayan ahorcado y los más hayan tramado sedicioso complot contra los blancos de la finca. Felizmente Valentín, alerta siempre por una extraña anomalía contra los de su raza, delató a tiempo a los criminales y cuatro de mis mejores trabajadores de campo han ido a arrastrar afrentosa cadena entre los envilecidos presidiarios.

Estos inesperados reveses al disminuir bastante el precio del «Antilla» han aumentado mi deseo de abandonar un país que para mí posee cosas terribles. El señor N., acaudalado comprador que ha venido con nosotros a examinar la finca, se ha entendido conmigo perfectamente. Me ofrece por ella cien mil duros al contado y otros cien mil dentro de dos años. La mitad de la suma que va a entregarme te la destino, amada Inés, confiando en que la admitirás sin escrúpulos como el don de una hermana. ¡Ojalá te proporcione a falta de otra dicha la de la independencia mientras obtienes un esposo digno de ti! Si rehúsas un presente dictado por mi corazón, creeré que te ha ofendido la sinceridad de mis palabras, que me guardas rencor por los locos celos que he osado manifestarte, y que no te dueles de tu Ambarina, que ha sufrido tanto ya. Pero tú aceptarás ¡oh amiga! y entonces habrá a lo menos una flor perfumada, fresca y consoladora en el desierto que mi cruel desconfianza traza en torno de mi vida de secretas miserias, la de tu agradecimiento inefable.

En el ingenio he hallado a Mariana, la cual ha vuelto a abrazarme apasionadamente a escondidas de Octavio. Mi nodriza mora al lado de su hija Dorila, que a pesar de proseguir deteniendo en sus redes a Francisco el mayoral, logró entablar con Bernardo las inmorales relaciones que pretendió establecer primero con mi esposo. Su coquetismo infame suscitó violentas querellas entre Bernardo y Francisco. Parece que en mi ausencia hubo repugnantes escándalos en el «Antilla», de los cuales me ha hablado Mariana con indignación, no por vituperar la conducta de su hija sino la audacia del mayoral en querer rivalizar con un caballero que le regalaba oro y trajes bonitos. Su encono contra Francisco porque es pobre me hizo mucho daño, Inés mía, pues me prueba que Mariana no se ha corregido con la edad de su falta de delicadeza y de sanos principios. El recuerdo sin embargo de los cuidados que le debí en mi niñez me obliga siempre a disimular el disgusto que me inspiran sus costumbres como un delito de ingratitud.

Octavio sospecha que la veo y trato ocultamente. Lo he adivinado en las arrugas de su frente, en su silencio sombrío. ¡Ah! Necesitamos ambos ir a buscar sin más dilación en otro hemisferio paz, armonía, unión y confianza mutua.

Sean cuales fueren los defectos de mi esposo no son de esos que degradan a quien los abriga. Franco, generoso y arrebatado como el soplo del huracán, si algo tengo que reprocharle es que, como la tempestad, también su ánimo se incline a la inconstancia. Aunque Carmela y Beatriz gravemente le ofendieron en medio de sus acerbas quejas, el menos experto conoce que no tardó en consolarle de su ingratitud, que las heridas de su corazón fueron más dolorosas que profundas. ¡Mejor! Así el día que yo muera no correrá largo tiempo su llanto. Otra lo enjugará pronto embellecida por la novedad, y esa otra... ¡serás quizá tú!

¡Ay! A guisa del enfermo que en vano pretende distraerse del mal que lo preocupa torno a cada momento a deplorar el mío. Dichosos los que saben olvidar y consolarse. En cuanto a mí aseméjome a esas raras plantas que sólo florecen una vez, y que lánguidas y marchitas enseguida perecen sin producir otros capullos.

Confío, sin embargo, en que pronto me hallaré tranquila en algún rincón de Europa. Mi hijo no tendrá en el antiguo continente más hermosa patria que la que aquí tenido hubiera; pero sí más a propósito para mi paz actual y la suya futura.

¡Qué el cielo te guarde, mi querida hermana de adopción, y que él te inspire siempre amor y piedad hacia la triste Ambarina!

XV

Inés a Ambarina

¡Virtud, pura virtud, dame tu apoyo! Así exclamaba yo ayer, amiga de mi alma, casi tan fervorosamente como Santa Teresa de Jesús, al penetrar en el respetable asilo donde he comenzado ya el solemne noviciado de las esposas de Dios. Tu carta concluyó de madurar una idea que flotaba pertinaz en mi mente, luchando con la natural resistencia de una juventud débil y pecadora, la de buscar en el silencio del claustro, en la serenidad de una existencia religiosa, en la oración bendita de la virginidad eterna, el único bien a que aspirar puede mi orfandad, el de vivir olvidada del mundo. Un lazo me ligaba aún a él desde que la muerte de mi padre rompió el otro; tu fraternal ternura, a la cual he correspondido con toda la efusión de la gratitud. Figurábame en mi inexperta ignorancia que tu corazón enfermo necesitaba para curarse más que las caricias de un esposo el afecto de una hermana llena de abnegación; creía de buena fe que mis consuelos y compañía aclararían tu horizonte doméstico, y por eso sobre todo resistía al impulso que me arrastraba, como a la tímida paloma con quien a menudo me has comparado, hacia el sagrado nido donde no debía temer borrasca alguna. Pero informada ahora de que precisa no te soy, de que a despecho del cariño que me profesas, y cuya solidez me ha confirmado la franca lealtad con que me hablas, mi amiga voz no ahuyentaría de tu lado los males que te afligen, recobro mi libertad y hago de ella el uso que te indiqué al principio de esta epístola, trazada bajo las bóvedas del monasterio cristiano.

No me compadezcas ¡oh Ambarina! Todos marchamos hacia el sepulcro por distintos senderos, y el que yo he tomado me conducirá directamente por el rumbo mejor. En este apacible asilo podré orar por mi padre y por ti con los ojos siempre fijos en el cielo, sin que turben mi éxtasis entes malignos como mi madrastra, ni perversos como Bernardo. El ruido de los extravíos terrenales no vendrá a combatir mi fe, ni a impelerme como a tantos otros a devolver mal por mal. Salvada del torbellino aturridor, protegida por las místicas naves, libre en el porvenir de las miserias que hasta el presente me han aquejado, mi alma llegará virgen al seno del esposo inmortal a quien me consagro, y conozco que ese divino compañero acepta complacido mis votos en la inefable calma que ha sucedido a los tormentos que acaba de causarme el fallecimiento del autor de mis días.

Ya sabes que el anciano sucumbió a una parálisis casi repentina; pero ignoras que apenas hubieron declarado los médicos que no se levantaría del lecho donde yacía postrado, cesó Leocadia de fingir con un cinismo indigno y repugnante. Abandonó su lugar a la cabecera del enfermo, y cuando por contemporizar con la sociedad pasaba algunas horas en su aposento, acudía Bernardo a sentarse a su lado para mitigar su fastidio entablando con ella pláticas de adúltero amor doblemente sacrílegas en semejantes circunstancias. El agonizante no podía moverse, pero los oía ¡oh sí! Estoy segura de que los oía, pues a veces los ojos de aquel cadáver que todavía alentaba se fijaban con expresión lastimera en mi rostro como implorando mi perdón filial. ¡Oh, padre mío! Tu expiación encerró en las breves semanas en que al fin todo lo comprendiste una eternidad de torturas. Después expiraste entre el murmurio de mis oraciones y el de los infames coloquios de Bernardo y Leocadia para ir a encontrar en el tribunal del Supremo Juez la piedad a que te hizo acreedor el martirio de tus postreros momentos unido a otras excelentes cualidades que a pesar de tus debilidades poseíste.

Jamás, lo prometo, tornaré a detener mis pensamientos en Leocadia y Bernardo. La indignación que en mí excitan los audaces reos es un pecado en la mansión de paz donde reina augusta quietud, donde se aspira religioso perfume. No me hables por consiguiente de ellos en tus cartas, Ambarina. Conozco que en mi pecho vibran aún ecos profanos y quiero extinguirlos para siempre. ¡Ay! Acabo de cerciorarme de que todavía execro a la mujer fementida que arruinó mi paterna casa. Voy por lo mismo a regar con mis lágrimas los pies del Crucificado para que, doliéndose de mi flaqueza, coadyuve con su divina gracia a mi futura conversión.

Me ocuparé ahora de tus privados asuntos. Ambarina, apresura en efecto tu salida del país. Mucho tiempo hace que mi amistad adivinó tu secreto, pero mientras te traté, disimulé que lo sabía, deseando evitarte una humillación insoportable para tu altiva índole. Si he acertado y Bernardo posee la llave de ese funesto misterio ¡desgraciada! tu vida será en realidad un continuo suplicio. Huye, Ambarina, huye. La injusta preocupación de que eres víctima en nada ha disminuido mi afecto hacia ti, pero ¿sucedería lo propio con el de Octavio? ¿Descubriría sin amarte menos que en las venas de su hijo...? ¡Ah! Tiemblo, pobre amiga, involuntariamente. La idea de que Leocadia puede informarse por medio de Bernardo de lo que con tanto sigilo callas, y de que estás a merced de la dudosa discreción de Mariana, me hiere la sangre en el corazón. Querida hermana, con la ternura de tu esposo y las caricias del ángel que no tardará en sonreírte serás muy rica en todas partes. Aléjate pues pronto, muy pronto, antes que la casualidad, que hasta aquí te ha protegido, se canse de favorecerte. La distancia impide las explicaciones, tan fáciles con la proximidad. Ínterin Bernardo indaga el rumbo que hayas tomado pasarán meses, años quizá, y entonces tu hijo habrá nacido; ya su padre lo adorará con ciego entusiasmo, y ya la ausencia del punto en que hubiera adquirido la revelación de Bernardo terrible importancia habrá evitado la catástrofe. En Europa las preocupaciones a que aludo casi se desconocen. Allí, además no estarán en torno tuyo Mariana, Dorila y Valentín para degradarte con sus vicios; allí, vigilando cuidadosa la correspondencia de Octavio lograrás salvarte tal vez de la delación de tu enemigo; allí, en fin, te habrás puesto a cubierto de la borrasca si comparas el viento atronador que zumba actualmente en tus oídos con los sonidos apagados que a ellos enviará desde tan lejos. Sea por lo mismo tu respuesta a esta epístola una carta de despedida.

Mientras tanto, no admito de tu generoso regalo sino la cantidad precisa para costear mi dote monástica. Lo restante empléalo en las buenas obras que te dicte tu noble y humano carácter. Feliz tú si consigues al cabo vivir tan contenta en la escena del mundo como lo estará separada de sus agitaciones y vicisitudes tú. -*Inés*.

XVI

NARRACIÓN

Turbada con la lectura del último billete de la joven devota, Ambarina se apresuró a concluir, según en él le aconsejaba su amiga, la enajenación del ingenio. Olvidando, en su afán de poner término al asunto, que podía haber espías a su alrededor dejó que Mariana trasluciera el dispuesto viaje. Entonces necesitó la imprudente contemporizar a toda costa con aquella mujer, que era... su madre, según no ignora el lector, y Octavio, viéndolas de nuevo en aparente intimidad, sintió renacer su antiguo disgusto.

La frecuencia con que Tomás, el mayoral del «Paraíso», iba a visitar a Octavio aumentó el interminable catálogo de las zozobras de Ambarina. Dorila, a caza de conquistas perennemente, empezó a dirigir miradas de fuego al joven campesino, cuyo amor conyugal no resistió a la artillería de los incendiarios ojos de la desmoralizada beldad de cobre. Irritado Francisco de resultas de lo sucedido con Bernardo, se propuso desahogar sobre su segundo competidor la rabia que el temor de perder su destino en la finca le impidiera manifestar declaradamente al primero. Alzando la robusta diestra una tarde que Tomás, apoyado contra frondoso mango fronterizo a las ventanas de Dorila, cantaba al son del tiple los atractivos de la mulata, descargola con fuerza en la atezada mejilla del enamorado montero. Tomás por toda contestación, levantando el tiple a su turno con la velocidad del rayo, se lo rompió en la cabeza. Enseguida los machetes de ambos salieron de sus vainas de cuero, la sangre corrió y el daño no se hubiera reducido a leves rasguños si Octavio, asustado con los gritos de Dorila, no acudiera lleno de severidad a separar a los combatientes.

Tuvo después el esposo de Ambarina que agotar el vocabulario de las súplicas y reconvenções para conseguir que Lola perdonara a su infiel marido su veleidad amorosa. Quería huir de él, maldecirle y regresar al bohío de sus honrados padres. Habíale amado tanto la pobrecilla que no podía perdonarle fácilmente. El arrepentimiento de Tomás y la influencia de Octavio restablecieron no obstante la armonía en el desunido matrimonio. Pero convencido el postrero de que aquella sencilla y antes ejemplar pareja acababa de perder su verdadera felicidad, que era una completa confianza mutua, dio parte a la policía del comportamiento de la indigna mozuela que se complacía en introducir el desorden en las familias. Dorila fue pues condenada a sufrir diez años de encierro en una casa de reclusión.

Al ver que le arrebatában a su hija tornó a prorrumpir Mariana en injuriosas invectivas contra Octavio, ínterin Valentín se ponía, como de costumbre, de parte de la raza dominadora. El esposo de Ambarina, que desdeñando responder a la grosera alharaca de la primera, resueltamente ordenó que la expulsaran del ingenio, acogió con mayor

desprecio aún las adulaciones del último. Si el insolente arrojó de la madre lo indignaba, la bajeza del hijo le inspiraba repugnancia invencible. La causa de los dos estaba perdida en el tribunal de su sensatez.

No osó apenas respirar Ambarina durante las referidas peripecias domésticas, como recelando que el cielo se desplomara sobre su frente. Tenía miedo a Mariana, que podía hablar en un arrebató de cólera, a Bernardo, que podía llegar de un momento a otro, y a su consorte, tan decidido en los casos extremos. Creyendo Octavio sumisión su triste inquietud, y agradecido a su obediencia, la acarició nuevamente como a un niño mimado. Su corazón, siempre sediento de emociones, deseaba hallar eterno manantial de gratos afectos en el pecho de su legítima compañera. ¿Por qué pues caprichoso destino se empeñaba en separar dos seres nacidos para unirse, comprenderse y apreciarse?

Al fin, la venta del «Antilla» se realizó con el mayor sigilo. A los nebulosos días de enero y febrero sucedió la atmósfera de marzo, bajo la zona tórrida casi tan resplandeciente como la del estío, y Octavio anunció alegremente una serena tarde a su bella consorte que en la inmediata mañana marcharía a la capital para arreglar el pasaje de ambos en el primer buque que saliera para Europa.

Tiñose al oírle la tez de la joven de subido rosicler que le comunicó sobrehumana hermosura, y suspendiéndose del cuello de su amigo lo abrazó tan estrechamente que se asemejaba su caricia a una nerviosa contracción.

-¡Gracias, Octavio, gracias!, exclamó con profundo acento.

Después, cayendo de rodillas, juntó sus manos, fundidas por la naturaleza en tan perfecto molde como las de la Venus de Médicis, las elevó al cielo y oró con fervor.

Aquella misma tarde se dirigió a la laguna de la Esperanza, visitó el bosquecillo de bambúes, recogió los prematuros capullos que la verbena y los lirios favorecidos por la fecundizante acción del calor y la humedad comenzaban a producir, besó en señal de despedida la inscripción trazada por Octavio en las flexibles cañas, consagró un suspiro a la memoria de la malograda cotorra amarilla y regresó a su hogar, desplegando ya sus alas como el ave criada en jaula demasiado estrecha, que al escaparse de su prisión conoce que ha nacido para recorrer con raudo vuelo extensos horizontes.

Acudió Octavio a recibirla con el involuntario alborozo que causa una perspectiva lisonjera y besando sus negros cabellos, perfumados por los olorosos efluvios tropicales:

-Me ocupaba en preparar, le dijo festivamente, mi maleta de viaje cuando vinieron a convidarnos del próximo pueblo para un baile que en él esta noche se verifica. Lo costean las familias residentes en las fincas inmediatas y si quieres asistiremos a esa campestre fiesta por curiosidad.

Aceptó Ambarina gozosa. Anhelando sacudir el tétrico yugo de la desdicha, necesitaba presenciar sin dilación plácidas escenas. Juzgándose ya libre de la enemiga persecución de Bernardo principiaba a respirar con algún desahogo. Al verla en consecuencia correr de un lado a otro con ligera planta, disponer su vestido de baile tarareando populares cantos y ostentar naturalmente la animación graciosa de su edad, a ella, siempre tan seria,

taciturna y reservada, Octavio volvió a vislumbrar en sus sienas la aureola de sus ilusiones desvanecidas. Y esperanzado de que la felicidad le sonreiría junto a un ser tan seductor, luego que cesaran las funestas influencias que los habían desunido en parte, le preguntó con un resto de duda que las singulares circunstancias de su matrimonio excusaban quizá:

-Ambarina, respóndeme como responderías a un sacerdote en el confesionario: ¿me amas de veras?

-Mi conducta te probará en adelante los sentimientos que me inspiras, repuso la joven, húmedos de aprisionadas lágrimas los ardientes ojos.

Llegó la noche, noche radiosa y coronada de estrellas como una reina de diamantes. Atavióse Ambarina para el sencillo festejo con tanta armonía como elegancia. Un vestido de gasa rosada flotando en rizados volantes y abundosos pliegues en torno de su enhiesto talle, ramos de flores en los cabellos y en el pecho, y sonrisas inefables en sus voluptuosos labios constituían todo su adorno. Aquella ligera tela, transparente como los velos de la aurora, aquellas olorosas guirnaldas y aquella alegría algo triste aún componían un conjunto lleno de frescura y de poético hechizo. Al atravesar Octavio en cómodo carruaje las guardarrayas de palmas, de murmuradores pinos y de balsámico reseda que poblaban el «Antilla», sentado junto a la hermosa indiana, sintió por lo tanto desvanecerse a fuer de fatídica pesadilla la memoria de las penas que destruyeran tan pronto el entusiasmo de su segundo enlace. La misma Ambarina, extasiada con la magnificencia del firmamento nocturno, y el puro amor que bajo un cielo sublime abrigaba su alma, cesó de repetir como acostumbraba esta desconsoladora estrofa de Zorrilla, canoro cisne del Parnaso nacional contemporáneo:

¡Tantas horas de esperar,
tantos días de dolor
aguardando otro mejor
que jamás ha de llegar!

Ambarina creía ya llegado, o a lo menos próximo, el del término de su martirio, y lo saludaba con la inmensa gratitud del prisionero que juzgándose destinado a perecer entre cadenas recobra de improviso la libertad.

Entraron en el salón campestre, engalanado con verdes ramas, gayados festones y matizadas banderolas. Numeroso concurso dispuesto a divertirse lo llenaba ya; la orquesta, traída de La Habana, tocaba las contradanzas más populares y las familias de los hacendados vecinos mezclaban allí con las leyes de la franqueza las de decorosa finura. Tan animado espectáculo recordó a Octavio el baile de Puentes Grandes en que por segunda vez viera a Ambarina. Comparando pues el desvío que le demostraba entonces la bella joven con su tierno abandono actual murmuró, estrechando la delicada mano que al dirigirse ambos en busca de un asiento permanecía entre las suyas:

-¡Qué diferencia!

-¡Oh, sí! ¡Qué diferencia! repitió Ambarina, cual si la propia idea la embargara en secreto.

Encantado con esta simultaneidad de pensamientos Octavio añadió, sonriéndose:

-Hemos venido a este lugar a pasar un alegre rato desembarazados de la enojosa etiqueta que reina en las ciudades. ¿Quieres bailar conmigo?

Ambarina por toda respuesta volvió a colocar su mano entre las de su esposo, lanzándole a la vez una mirada que revelaba dicha tan inmensa como el inmenso amor de que nacía. Agregáronse ambos a los entusiastas bailadores y al sentir Ambarina en torno de su cintura el brazo del único hombre que había amado sosteniéndola cariñosamente, al levantar sus grandes ojos y hallar en las regulares facciones que para ella poseían atractivo tan infinito, la expresión de la simpatía en grado suficiente para satisfacerla, reclinándose sobre el corazón de Octavio como un avaro sobre su tesoro balbuceó, invocando en voz baja al Omnipotente:

-Permitidme, Señor, morir ahora amada por él y apoyada en su hombro. ¡Oh! Sea éste, os lo suplico, mi postrer instante si han de sucederle otros como los que habían comenzado a separarme de mi esposo y amigo.

¡Ay! La casualidad pareció encargarse de la realización de su voto. De repente invadió el ámbar de sus mejillas terrorífica palidez, la del mármol, la de la muerte. Quiso en vano permanecer en pie y diciendo entre sus dientes apretados: ¡Octavio, sácame de aquí!, dejose caer en un asiento próximo, doblado y flotante el cuello como el de una paloma en la agonía.

Asustado Octavio con su indisposición corrió a buscarle un vaso de agua. Apenas se hubo apartado de su consorte otro joven acudió solícito a auxiliarla. Era Bernardo, en cuya sarcástica boca vagaba una sonrisa de atroz enemistad.

-¿Tan impresionable te has vuelto, Ambarina hermosa, exclamó con ironía satánica, que casi te desmayas a mi vista? Si yo perteneciera al gremio de los fatuos que lo interpretan todo a su favor, imaginaría que el recuerdo de los íntimos compromisos que entre los dos mediaron te turba demasiado aún. Por eso quizá tratabas de emprender la fuga sin que yo lo supiera, temiendo los peligros a que te expone esa tierna memoria en mi proximidad.

-¿Lo sabes todo? preguntó lacónicamente la joven, recobrando de golpe el aire sombrío que oscureciera su beldad como fúnebre velo, y que sólo por breves momentos ahuyentara el sol de la alegría. Entonces mi pérdida es inevitable.

-¡Toma! Has recurrido a la traición para vencerme y comprendes por lo mismo que debes perecer en la lucha. Nada sospechaba, sin embargo, mi astucia, te lo aseguro, de la venta del ingenio, ni de tus proyectadas romerías por el vasto mundo. Pero permitiste que tu amable esposo arrojara de la finca a Mariana, tu madre, encerrara en una casa de reclusión a Dorila, tu hermana, y Valentín que no aborrece, como tú, a su familia, para vengarla me descubrió tus vagabundos planes.

-¡Baja la voz en nombre del cielo!... ¡Baja la voz! murmuró la desgraciada, estremeciéndose.

-¿Y por qué he de bajarla? Gracias a Dios puedo hablar sin recelo de que me escuchen. Mezclada sangre no circula por mis venas y los terrores que a ti te embargan me son desconocidos. ¡Ah! ¿Cómo creíste escapar a mi vigilancia y arrebatarme impunemente las utilidades que me proporciona la dependencia en que te tengo?

-Vete... Apártate... Otro día me hablarás a solas... En otra ocasión te oiré más tranquila, balbuceó Ambarina fuera de sí. ¡Piedad Bernardo! Mi existencia ya no me pertenece. No mates con tu crueldad a mi hijo. Te lo ruego por la tumba de mi padre, que te protegió sin sospechar que morderías como la serpiente el corazón de los que más amaba en la tierra. ¡Ten compasión de mí!

-¡Bah! ¿Y qué me darás en premio de mi complacencia? ¿La mitad del caudal que habías pensado llevarte entero? No vale la pena de renunciar a la venganza por tan poca cosa.

Antes que la víctima pudiera replicar, compareció Octavio con el vaso de agua en la mano. Al observar lo demudado que se puso cuando la presencia de Bernardo le reveló la causa del repentino síncope de su esposa, ésta, temiendo las consecuencias de la violenta contienda entre aquellos dos hombres, se lanzó con los brazos abiertos a separarlos, olvidando que arrostraba las miradas públicas. Su irreflexivo movimiento contribuyó a perderla. Furioso Octavio al conocer la extraordinaria influencia que sobre su compañera ejercía su enemigo la empujó hacia su asiento, diciéndole:

-¡Imprudente! ¿No te he repetido hasta cansarme que la mujer honrada no puede permitir que se le acerque un hombre vil sin contagiarla también con su degradación?

Púsose lívido Bernardo a su turno con las invectivas que lo desconceptuaban ante tantos espectadores, y olvidando en su anhelo de humillar a su contrario un resto de compasión hacia la infeliz Ambarina, exclamó, escapándose la voz como el silbido de una víbora de entre sus comprimidos labios:

-Nada hay tan audaz como el cinismo del hipócrita. ¿Qué tiene usted que echarme en cara, señor mío, para que se atreva a apostrofarme en términos tan insolentes? Locuras de la juventud, extravíos pasajeros que la sociedad no califica de vergonzosos, mientras yo en cambio poseo justos motivos para mirar a usted con desprecio a pesar de la tolerancia de mi carácter, que me ha hecho callar ante usted hasta ahora. No se sonría usted con ese desdén que oculta cobarde miedo. Yo sé, y lo declaro a gritos, que usted, hambriento advenedizo, aventurero sediento de oro, se ha vendido al metal que lo fascina, y que por tal de atrapar la dote de una rica heredera se ha casado usted sin escrúpulos con la hija de la mulata Mariana, con Ambarina la mestiza, resolviéndose a mezclar en las venas de su futura prole la sangre del hombre blanco y libre con la del negro esclavo y envilecido.

-¡Mientes! dijo Octavio, arrojándole al rostro con un rugido de tigre el vaso de agua que empuñaba todavía su crispada mano.

Siguiose una escena de tumultuosa confusión. Ambarina se tapó los ojos para no presenciara ínterin las fibras de su corazón se desgarraban para siempre. Cuando volvió en sí del aturdimiento que le causó el funesto desenlace de su triste historia, encontrose aún en la sala del baile, a cuya puerta se agolpaban los circunstantes repitiendo:

-Detenedlos... Van a matarse... ¡Que den aviso a la policía!

Un sentimiento superior a las violentas emociones que la agitaban se apoderó entonces exclusivamente del alma de Ambarina: su amor a Octavio, a su esposo, al hombre que iba quizá a morir despreciándola y maldiciéndola. La joven miró en torno suyo con la expresión salvaje de la leona a quien cercan los cazadores, o del demente que pretende recobrar su razón, y distinguiendo una ventana sin rejas que enviaba ráfagas de fresca brisa a su trigueño cuello lanzose por ella a la calle y corrió hacia donde corría la gente. De improviso se detuvo dudosa. Aunque la multitud seguía la línea recta, sus perspicaces ojos creyeron vislumbrar dos sombras que tomando por un sendero poco transitado acababan de perderse bajo una muralla de árboles. Guiada por el instinto, Ambarina, apartándose de la trillada carretera, voló en pos de los indecisos fantasmas. Numerosas escabrosidades interrumpían a cada rato la velocidad de su marcha, destrozando su ligero vestido, hiriendo sus delicados pies. ¿Qué importa? Su voluntad las vencía indignada de que fuera tan muelle la constitución física de Ambarina la mulata.

¡Infeliz! Esta palabra resonaba en sus oídos más lúgubrementemente que un doble funerario. Cuando quebrantada, sofocada, fuera de sí, sentía impulsos de pedir socorro dominada por un terrible pensamiento murmuraba llorosa:

-Calla y sufre conforme, miserable víctima de las preocupaciones y de la incontinencia de los que te dieron el ser. ¿Qué derecho posee para reclamar el servicio de personas blancas la mulata Ambarina?

A pesar de la serenidad de la noche, de los millones de astros que disipaban las tinieblas, y de su conocimiento de la localidad, la joven, trastornada por su aflicción, se extravió en los silenciosos campos. Cantaba el gallo en el corral vecino, mugía el buey en el establo, y la cigarra, verde como el césped que la albergaba, entonaba himnos llenos de humildad. Eran aquéllos los únicos rumores que le anunciaban vivientes seres en rededor suyo. Después de vagar de un punto a otro como una insensata, de saltar zanjas cenagosas y dejar su vestido de gasa en los matorrales, Ambarina tropezó contra un árbol derribado, cayó a tierra e incorporándose de nuevo toda magullada se sentó a llorar al pie de una palmera con doble amargura que, cuando niña todavía, la esbelta reina de los campos cubanos vio correr las lágrimas que le arrancaba la ausencia de un pariente amado y desconocido.

Humanas voces la sacaron de repente de su penosa abstracción. Levantose como movida por un resorte sobrenatural, voló hacia el punto de donde partían y oyó a Bernardo que decía a Octavio con los quejidos del dolor, pero no del arrepentimiento:

-Me has herido... Los dos machetes que acabamos de comprar a peso de oro en la cabaña de un sitiero no estaban templados con igual fortaleza... El mío ha rozado tu frente sin romperla, el tuyo me ha abierto en el cráneo un agujero del que probablemente no sanaré. Ya que la muerte me amenaza con su horrible guadaña quiero antes que me venza declararte toda la verdad. ¡Escucha!... Ciertamente fue que arrastré a tu primera esposa al adulterio, y que seduje a Beatriz; pero cierto es también que anulé mis compromisos con Ambarina porque no me atreví a poner a mi futura prole en lucha con la sociedad, empañando su nacimiento con indeleble mancha, pues Ambarina es hija del difunto D.

Diego de Alarcón y de la mulata Mariana, según probarte puede una carta escrita por el primero en su lecho de agonía que guardo con otros papeles importantes en mi necesaire de viaje, el cual encontrarás en un aposento de la pobre posada del pueblo donde me he alojado al venir de nuevo aquí en pos de la presa que se me escapaba. En mi bolsillo están las llaves de mi temporal habitación y del mueble a que aludo. Ahora haga usted que me socorran, a ver si logramos evitar que Satanás se lleve mi alma demasiado aprisa.

Todavía hablaba Bernardo y ya retornaba Ambarina rápidamente hacia la población que acababa de abandonar a causa del funesto incidente del baile. ¿Qué intentaba? Apoderarse de la carta delatora antes que su esposo la leyera a fin de poder declarar calumniosa la revelación del herido. El documento aciago, la prueba única de su desgracia, cuyo recuerdo le impidiera durante tanto tiempo dormir tranquila, y vivir en paz, se hallaba allí a pocos pasos de distancia para desaparecer cual si jamás hubiera existido si era ella bastante activa para evitar que Octavio la viese. ¡Oh! Su porvenir y el de la inocente criatura que ya más que a sí propia amaba, dependían de su prontitud.

-¡Hijo mío, hijo mío!, murmuraba, prorrumpiendo en delirante monólogo mientras desandaba lo andado, yo te salvaré de la fatal preocupación que pretende deshonorarte antes que hayas nacido. Destruído ese maldito papel cuando te acusen podrás negar y hasta convencer el corazón de tu padre de que Bernardo recurrió a infame impostura para satisfacer su encono contra nosotros. ¿Mas si Octavio llega antes que yo al albergue de mi enemigo? Si atormentado por la duda quiere cerciorarse de una vez de lo que hay de verdad en el asunto. ¡Silencio! añadió dirigiéndose a su propia voz. ¿No viene alguno en pos de mis pasos? Es Octavio, lo conozco en el modo de andar. ¡Oh impetuosa turbonada de mi ardiente patria, vendaval borrascoso que tienes alas como el pensamiento, trasládame inmediatamente a donde llegar ansío!

Y Ambarina corría jadeando como la perseguida cierva. Pero el cazador corría también con sobrehumana ligereza, prometiendo dejarla atrás. ¿Qué hacer de consiguiente en tan crítica situación?

-¡Oh Dios! ¡Favorecedme! balbuceó la desdichada, deteniéndose un instante abrumada bajo el peso de la idea fija que rendía su alma y su cuerpo.

Era horrible renunciar a toda esperanza de salvación tocando ya la tabla a propósito para librarla del naufragio. Era casi un suicidio permitir que, por falta de una inspiración oportuna, el volcán que le daba tiempo para huir de una próxima explosión al lanzar el fuego de sus entrañas la sepultara entre la lava derretida.

Ya muy inmediata al pueblecillo, tropezó con Francisco y Tomás, que reconciliándose sin saber cómo en medio de la confusión producida por la contienda de Octavio y Bernardo, que presenciaron al contemplar el baile por fuera de las ventanas, según costumbre del pueblo cubano, regresaban a sus respectivas fincas hablando inquietos del suceso. Al verlos ocurriósele a Ambarina, según creyó, el pensamiento afortunado que en vano buscara antes en su mente aturdida.

-¡Tomás... Francisco! exclamó temblorosa. Si amáis a mi esposo detenedle; evitad que me siga y a pesar de su resistencia conducidle al «Antilla» en el acto. Acaba de desafiarse

con Bernardo en un campo vecino y marcha en busca de un arma para darle muerte, o recibirla de mano suya. Impedid en nombre del cielo sus funestos planes; no os cuidéis de sus amenazas ni sus gritos y privadle de la libertad hasta mañana. Entonces ya las diligencias que voy a practicar habrán ahuyentado el peligro.

Y la joven prosiguió su loca carrera, dejando conmovida con la expresión desgarradora de sus acentos el alma de aquellos dos hombres rudos. Llegada a la humilde hostería donde fijara Bernardo Arribas momentáneamente su residencia, parose pensando en una cosa que no se le ocurriera antes, que no tenía las llaves del aposento, ni del necesaire de su contrario. En vano, bajo pretextos especiosos trató de inducir al posadero a forzar la valija de su huésped. O por temor al castigo que semejante abuso de confianza podría atraerle o porque miró con desdén a la mujer desmelenada como una demente que le hacía, con una corona de flores sobre su esparcida cabellera, a tan desusada hora una proposición por el estilo, o porque Ambarina consigo no llevaba suficiente oro para vencer sus escrúpulos, lo cierto es que no se rindió a sus ruegos. Entonces, pidiendo una habitación separada, púsose la infeliz a esperar con un semblante que causaba susto la venida de Octavio, persuadida de que Francisco y Tomás no lograrían detenerlo mucho tiempo. Abrazando alternativamente cien opuestos partidos decidiose al cabo a pretextar a su esposo que Bernardo había mentido y a exigir de él como prueba de verdadero amor que no buscara los falsos documentos forjados por el Judas de la familia para destruir la felicidad de ambos. ¡Sí, sí! Octavio la creería cuando le jurara por la vida de su hijo (Dios le perdonaría su engaño, destinado a conservar un padre al pobre niño) que el «necesaire» de Arribas sólo encerraba el testimonio de la impostura concebido si no para convencer a la víctima a lo menos para aniquilar su paz doméstica. La creería ¡oh sí! y presuroso desviaría su mirada de la carta cruel con el horror que inspira el aspecto de un basilisco.

Pero las horas transcurrían; la noche adelantaba, las sombras, después de haberse vuelto densas como un paño mortuorio, empezaban a diafanizarse, y el precipitado paso de Octavio no hería su atento oído, y nadie llegaba, y en la posada continuaban durmiendo con el pesado sueño que produce el cansancio del trabajo físico, unido a la ausencia de toda inquietud moral. Atormentada por la incertidumbre, Ambarina, que sobrecogida primero con la idea de una entrevista con Octavio, encontrara demasiado veloz la marcha invariable de la hija del caos, la acusó enseguida de arrastrar con desesperante lentitud su oscuro manto hacia los linderos del día. Al miedo había reemplazado la impaciencia, a ésta un presentimiento doloroso que le anunciaba algo que no definía, y que sin embargo colmaba la medida de sus zozobras de un modo insoportable, siniestro, aterrador...

Sobrábanle motivos para sobresaltarse con aquella tardanza, que le parecía un siglo de torturas en su situación excepcional. Al dirigirse Octavio en busca del papel de que le hablara Bernardo, ansioso de descifrar de una vez los misterios que le rodeaban, caminaba entregado al vértigo que en todo su ser suscitaban arraigadas preocupaciones. De repente pusiéronse delante Francisco y Tomás. Desviándolos pues a un lado con airado gesto Octavio les dijo:

-¡Dejadme! No puedo gastar mi tiempo con vosotros ahora. ¡Paso, impertinentes! Voy a donde no quiero que me acompañéis.

-La señora tenía razón; va a proveerse de pistolas o puñales, murmuró Tomás en el oído de Francisco. ¡Ah señor Octavio! añadió en alta voz el buen campesino, no permitirá nuestro afecto que siga usted adelante. Renuncie por amor de Dios a funestos arrebatos y regrese con nosotros al «Antilla».

-Os he dicho que me dejéis pasar. No me obliguéis a repetirlo, replicó Octavio imperiosamente.

Francisco hizo ademán de retroceder; pero Tomás, juzgando prestar importante servicio a quien otras veces a él lo sirviera, exclamó, interceptando siempre el camino:

-Antes me matará usted, señor Octavio, que separarme de aquí. No debo consentir en que usted pase y no pasará de consiguiente.

-¡Miserable! gritó el esposo de Ambarina, desahogando sobre el mayoral del «Paraíso» la rabia que Bernardo encendiera en su pecho, ¿cómo te atreves a contrarrestar con esa insolencia mi voluntad?

-Me insulta usted, señor don Octavio, pero se lo perdono considerando que la ira le trastorna el juicio. Vamos, Francisco, ayúdame a conducirlo al «Antilla».

-Si alguno de vosotros pone la mano en mi persona no respondo de su vida, dijo Octavio, buscando frenético en torno suyo algún objeto con qué defenderse. Sois unos traidores que pretendéis enviarme quizá al cadalso. Pero infames, cobardes, villanos, lucháis con un caballero e impunemente no lo verificaréis.

-¡Al cadalso! repitió Tomás, persignándose estremecido. Dios libre de tan mal pensamiento a dos hombres honrados hasta ahora. Tratamos por el contrario de evitar que usted se aproxime a él impidiéndole ir en ese estado de efervescencia a verter la sangre de una criatura humana, aunque sea esa sangre más vil que la de un perro.

-Ya la he derramado, necio, y tu pertinacia va a ser causa de que me sorprenda la policía. ¡Oye! Voces amenazadoras resuenan en la distancia. Me persiguen sin duda.

-Ese ruido proviene del populacho, que se ocupa aún del escándalo del baile al retirarse cada cual a su casa a conciliar el grato sueño. ¡Ea, señor don Octavio! Imitemos el ejemplo general y no se empeñe usted en alucinarme con pretextos que no creo, porque anticipadamente me los ha advertido su esposa.

-¡Torpe! ¿Qué tiene que ver Ambarina con nuestra actual situación?

-¡Toma! Ella, que todo lo prevé, nos ha ordenado que no permitamos a usted esta noche andar de vagabundo. Momentos antes que usted se apareciera aquí vino la señora, pálida, agitada, descompuesta, a decirnos estas palabras, poco más o menos: «Octavio me sigue. Me hallo informada de lo que ha hecho; me figuro lo que va a hacer y quiero estorbarlo. Detenedle aunque necesitéis luchar con él. Llévadle al «Antilla» y aguardad allí mi retorno». Un trastorno horrible se pintaba en su rostro ínterin hablaba. Estaban desencajadas sus facciones, trémulos sus miembros y destrozados sus vestidos. Después desapareció, recomendándonos de nuevo que condujéramos a usted al «Antilla» y

asegurándonos que usted iba a matar al señor Bernardo, según la escena que acababa de presenciar entre ambos en un campo vecino.

Despertó aciaga idea esta inconexa relación en la mente de Octavio. ¿Cómo extrañar que su natural sensatez se extraviara en el caos que tan singulares eventos produjeran en su cabeza? Apoyando pues la mano en su frente con un ademán de desesperación que sobresaltó a los toscos espectadores de su emoción penosa murmuró convulsivo:

-Ha presenciado mi querella con Bernardo en el vecino campo. Luego sabe que acabo de herirle peligrosamente; luego al impedirme la fuga, intenta quizá entregarme a la policía para vengar la muerte del hombre a quien secreta voz me repite que amó en un tiempo como nunca me ha amado, o estorbar que me cerciore, aunque ciña a mi pie la cadena de los presidiarios, de su afrentosa procedencia. De todas maneras es una egoísta sin corazón que me sacrifica a sus particulares intereses. ¡Maldito sea el día en que la conocí! ¡Maldita la hora en que uní mi mano a la suya! ¡Soltadme cobardes! ¡Criados desleales, paso a vuestro señor! ¿No me obedecéis? ¡Y bien! Caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza.

Octavio en efecto, arrebatando a Francisco el machete que pendía de su cintura, lo blandió en formidable actitud. ¡Inútil amenaza! Tomás, fiel al bien que prestarle creía, prosiguió luchando con él tan tenazmente que tal vez hubiera salido mal parado de la contienda a no haber comparecido en la escena varios individuos a caballo, cuyo jefe, echando pie a tierra, preguntó sin andar con rodeos:

-¿Cuál de ustedes tres es el llamado don Octavio de Silva?

El desgraciado que llevaba aquel nombre probó desde luego, desdeñando buscar la salvación en mezquinos subterfugios, que le pertenecía.

-En tal caso dese usted a la justicia, contestó el recién llegado. Soy el capitán del partido y mis muchachos acaban de encontrar junto al palmar cercano a un hombre herido que acusa a usted como al criminal que en semejante situación lo ha puesto. Mientras la verdad se prueba irá usted a la cárcel.

Dejose amarrar Octavio como un malhechor con gran asombro de Francisco y sincera pena de Tomás, que comenzó a sospechar que había cometido irreparable torpeza. Cuando Ambarina por lo tanto retornó en la inmediata mañana al «Antilla», cansada de permanecer infructuosamente de centinela en la posada, halló en la finca a Bernardo, debatiéndose con la muerte, y un billete donde en mal trazados renglones le decía su esposo:

«¡Inicua mujer! Tus deseos se han cumplido. Has vengado a tu antiguo amante, o has evitado tu vergüenza a costa de la mía condenándome a la afrenta de la prisión para que no se confirmara el descubrimiento de tu impuro linaje. De todos modos ya no dudo de que circula en tus venas la sangre de la mulata Mariana, sangre que a Dorila ha inspirado los deliquios horrendos de Mesalina y a ti la baja idea de arrojarme a una mazmorra para satisfacer tu egoísmo personal. ¡Ah! Tu conducta me haría morir de dolor si tu perfidia manifiesta no hubiera robustecido de golpe los sentimientos repulsivos que las contradicciones de tu carácter, las dobleces de tu cauteloso pecho y la falsedad de tus

palabras habían empezado a inspirarme. Ambarina, te lo repito por centésima vez: no existe el amor sin la confianza, la fe y la expansión mutua. Tan grande, tan verdadero ha sido no obstante el mío que aunque al momento lo privaste de esos elementos de estabilidad triunfó de la duda, del temor y de la sospecha hasta que ordenaste a Tomás y a Francisco me detuvieran para que los sabuesos de la justicia me impidieran huir del castigo que aguardaba al matador de Bernardo, o apoderarme del documento que te interesa más que la vida de tu consorte. Por tu culpa, Ambarina, han oprimido mis miembros humillantes ligaduras, ha resonado a mi alrededor el feroz murmullo que lanza el pueblo contra el criminal que camina entre bayonetas amenazadoras. En medio de ese oprobio, la fatal pasión que encendiste en mi alma expiró para siempre, dejándome en su lugar acerbos impulsos de rencor. Y desde que mora negra hiel, donde hubo miel divina ya la muerte de Bernardo, que originará la mía, no me asusta: ya no me importa que me juzguen como un vil asesino. La mano del verdugo puede romper el lazo que nos une. Venga en buena hora a descargarse sobre mi cuello.

»Soy cristiano como jamás lo has sido tú, joven escéptica, y sin embargo me has despojado del paciente valor con que un día sostuve la cruz de la adversidad. Has colocado una tan pesada sobre mis hombros que sucumbiendo mis fuerzas, bajo el fardo terrible, ha resbalado mi planta en la falda del Calvario de mis sufrimientos y hállome ahora caído y débil y estúpido en la base del escabroso monte. Tú, que me has empujado impiadosa, apresúrate a cantar el himno de triunfo sobre mi postrado cuerpo.

»Gracias al cielo ya no te amo, ni aunque un milagro tornara a presentarte a mis ojos revestida de la brillante blancura del inmaculado cordero podrían resucitar en mi corazón, herido mortalmente por tu imprudencia, o malicia, las antiguas afecciones hacia ti. Pero te he amado y el sonido de tu voz, que todavía ayer halagaba mi oído como melodía encantadora, lo atormentaría hoy después que ha perdido la celeste expresión que mis ilusiones le prestaban. ¡Mujer! ¡Mujer! Si te arrepientes de la aciaga influencia que has ejercido en mi destino, si lloras sobre la situación a que me has arrastrado, que tu pie no huelle el umbral de mi encierro, que tu presencia no venga a recordarme un pensamiento que me martiriza. ¡Que mi hijo nacera de una madre que me ha perdido! Evítame profanar los más santos sentimientos de la naturaleza, trayéndome actualmente a la memoria que esa pobre criatura enturbiará la clara prosapia de los Silvas. Espera a que el tiempo (si no muero) me haga menos escrupuloso en la materia, o bastante justo para no reprochar al inocente vástago la impureza del materno tronco.

»Adiós para siempre en este valle de lágrimas de cualquier manera que mi suerte se decida, que sucumba Bernardo y acreedor me consideren a la expiación del patíbulo, o que sabidas las circunstancias de mi duelo con aquel hombre ruin me declaren absuelto, nada conseguiré reunirnos en lo futuro. Mi voluntad y tus circunstancias nos separan más completamente que la losa de una tumba, y al concluir estos desordenados renglones menos intranquilo de lo que los principié, conozco que apagándose hasta el resentimiento que ha reemplazado al amor que me inspiraste, pronto únicamente quedarán en mi corazón nuevas cenizas destinadas a mezclarse con las del antiguo afecto que sentí por Carmela y Beatriz, cenizas ¡ay! que como ha probado lo sucedido con entrambas nunca, nunca volverían a reanimarse aunque a causa de un cataclismo permanecieran solos en el mundo tú y. -*Octavio*.

-¡Gran Dios! exclamó Ambarina al terminar esta cruel lectura. Yo en efecto lo he precipitado en el abismo en que se agita ciego. ¡Salvadle, Señor, salvadle y aniquiladme enseguida para que recobre su libertad!

Sin pérdida de tiempo pues, se trasladó la joven a La Habana, donde respetando las órdenes de su esposo, que le impedían penetrar en su prisión, suavizó su cautiverio derramando a torrente el oro, a la vez que hacía su testamento, en el cual lo nombraba heredero exclusivo de todos sus bienes.

XVII

LLAMAS Y OLAS

A pesar de la calentura de fuego que había encendido una herida espantosa en las venas de Bernardo, a pesar del grave peligro que corrió su existencia a causa del tétano, tan temible y frecuente en la isla de Cuba, no tardó en declararlo el médico que lo asistía (el mismo que en época no muy remota jugaba al tresillo con Octavio y el maestro de escuela en el «Paraíso») en plena convalecencia. Tan favorable anuncio, unido a los empeños de que se valió Ambarina para abrir al encausado las puertas de su encierro, obtuvo pronto el éxito deseado. Con el pie ya de consiguiente en el umbral de la prisión, con la certeza incontestable de que iba a recobrar su libertad, Octavio tomó pasaje en un buque que se disponía a salir para un puerto de la península. Verificolo con el sigilo que los ánimos desconfiados manifiestan en los proyectos que pueden encontrar obstáculos. Quería huir de Ambarina sin verla más, poner el mar entre su persona y el objeto de tan dolorosas agitaciones, desaparecer en fin del hermoso país en que su fatal sino le impidiera disfrutar del apetecido reposo y no dejar en él rastro de su huella.

Trágico e inesperado acontecimiento apresuró la hora de su soltura. Concluía Bernardo en el «Antilla» su convalecencia, cuidado por Leocadia, que violando el decoro social había ido a sentarse a la cabecera de su amante, cuando una noche que el sueño embargaba las potencias de ambos un rumor sordo, siniestro, formidable, los despertó, introduciendo un estremecimiento en sus culpables corazones que ignoraban a qué atribuir. Leocadia, tan audaz en injuriar al indefenso como cobarde ante el riesgo propio, se incorporó asustada, alargó el cuello y arrojándose del lecho envuelta en un peinador se trasladó al inmediato aposento, donde igualmente halló a Bernardo sentado en la cama, atento el oído y pálido de miedo más bien que de resultas de su enfermedad.

-¿Has escuchado? le dijo temblando la pervertida joven.

-¡Demasiado!, balbuceó Arribas como temeroso de su misma voz.

Entonces el ruido, primero confuso, después singular y por último amenazante que los sobrecogía adquirió toda su significación aciaga. Era una llamada monótona, misteriosa y salvaje que se parecía a la inarmónica música de un tango africano; era una seña uniforme que salía de diversos puntos para formar un acorde extraño, brutal y exterminador como la cólera de los hombres incultos.

-¡Huyamos!, exclamó Bernardo despavorido. Es una conspiración. Démonos prisa o somos perdidos.

Hablando así corrió hacia una ventana, cuyos postigos entreabrió. Al momento retrocedió lanzando un grito de angustia. Al resplandor de la luna que radiaba en el cenit como un globo luminoso, había distinguido multitud de feroces seres que rodeaban la casa de vivienda semejantes a un cordón de demonios. A su frente, un vil mestizo lleno de las abominables pasiones que le inspiraba su desprecio a los negros, a los cuales no quería pertenecer, y su odio a los blancos, que lo rechazaban, exhortaba a sus secuaces a la venganza. Era Valentín.

Al verle, reanimose sin embargo Bernardo.

-Socorro, fiel Valentín, ahuyenta a esos hijos de Lucifer y obtendrás un premio digno de tu gran servicio, díjole a través del postigo.

Una carcajada infernal que resonó acompañada del silbido de una bala le obligó a cerrarlo. No lo efectuó empero bastante aprisa para impedir que el mortífero plomo, encontrando a su paso a Leocadia, la hiriera en el pecho.

-¡Maldición! aulló Bernardo sosteniéndola. Ahora lo comprendo todo. Valentín es un infame que nos ha engañado con su satánica hipocresía para lograr nuestra muerte. ¡Somos perdidos!

-Yo por lo menos lo estoy ya, murmuró Leocadia, oprimiendo su ensangrentado seno. Pronto... pronto... Un médico... Un confesor. Mi alma no tardará en abandonar mi cuerpo.

-¡Y no poder huir! Y sentirse encerrado como el tigre que ha caído en la trampa del cazador artero. ¡Francisco! ¡Tomás! ¡Salvadnos!

Los mayores del «Antilla» y del «Paraíso» a fuer de verdadera gente del pueblo, tan dispuesta a las reyertas como a las reconciliaciones, vivían en la mejor amistad desde que Dorila, manzana de la discordia, desapareciera de la escena. La víspera Francisco, impulsado por uno de esos presentimientos que suele inspirar el ángel de la guarda al mortal por quien vela, sintiéndose triste de un modo extraño para su condición egoísta e indiferente, había invitado a Tomás al descender la tarde a venir a jugar un rato con él a la baraja para distraerse de la idea de que sin duda le amenazaba inmediata muerte, cuando así colgaban desfallecidas las alas de su corazón. Sumamente supersticioso Tomás, según sabe el lector, se ofreció a pasar con él la noche para ahuyentarlas fúnebres visiones que podían visitarle. El fatídico chirrido de una lechuza que se posó en la techumbre de la habitación donde los dos platicaban, acabó de determinarlo a quedarse. Avisó a su Lola los motivos que le inducían a dormir en el «Antilla», le recomendó mandara al boyero vigilar en lugar suyo la gente y cumplida esta obligación, colocando su excelente machete bajo su almohada para luchar con el diablo, si era necesario, entregose a Morfeo en el bohío de Francisco, con todo el abandono de una conciencia tranquila.

El rumor acompasado, y más aterrador aún a causa de su monotonía y misterio que un declarado tumulto, lo despertó también a la propia hora en que Bernardo y Leocadia

abrieron en la fronteriza casa de vivienda los despavoridos ojos. Vistiose precipitadamente, asió su machete y se dirigió con la sangre fría del campesino cubano al lecho de Francisco, al cual halló ya igualmente prevenido. Sacó el postrero lumbré, encendió una vela, miró a su camarada y dijo con una calma más expresiva que los clamores de la exageración.

-La gente se ha levantado. Mira cumplidos mis presentimientos.

-No nos queda duda de tamaña desgracia. Francisco ¿dónde está tu trabuco?

-Aquí, cargado y dispuesto a la defensa como un fiel mastín. Informémonos antes de agujerear la piel de esos bribones de lo que pretenden.

Entreabrió un postigo como Bernardo y al par percibió cercado el bohío. Seguro no obstante por experiencia de que la voz del que manda ejerce sobre el que se ha acostumbrado a obedecer influencia fascinadora, exclamó con autoridad:

-¡Hola! ¿Qué hacéis ahí, muchachos? Habéis abandonado demasiado temprano la tarima para acudir a trabajar, equivocando la luna con el sol. Ya veis que no calienta, aunque luce mucho, hijos de Caín. A la choza de nuevo, o antes de la mañanita los soldados y vecinos de los alrededores os cazan como «jutías», u os cuelgan de los árboles como racimos de plátanos morados.

El acento temido de Francisco sobrecogió a la atezada muchedumbre. Pero Valentín, que se multiplicaba devorado por la sed del mal, durante tantos años contenida en su pecho, le respondió como había respondido a Bernardo Arribas. El gatillo de su escopeta volvió a caer y una segunda detonación reveló los hostiles proyectos que le animaban.

Mas esta vez, hendiendo inútilmente la bala los aires cerrose el postigo sin que la sangre corriera.

-Nuestras personitas se hallan seriamente amenazadas, Francisco, murmuró suspirando Tomás. Bien nos lo indicó anoche aquella maldita lechuza. ¡Pobre Lola mía! Ya no tornaré a verte, ya tus trigueñas manos no rodearán mi cuello, ya... No sé lo que digo sino que es muy duro morir despedazado por esos perros jíbaros destinados a bailar en la hora después que nos hayan mordido a su gusto.

-Aguarda... Aquí hay otro trabuco, contestó Francisco, cuyos ojos relumbraban con la ira que produce en el jefe la rebelión del subordinado. Aquí hay también municiones en abundancia. ¡Carguemos nuestras armas y fuego con ellos!

Mientras con afán lo verificaban, los rebeldes, golpeando con fuerza sus tambores, prorrumpieron en los salvajes cantos de guerra del África esclava, y trocando en bullicio discordante el monótono murmullo de su agreste cólera, se precipitaban hacia la puerta, tratando de derribarla.

-¡Ánimo, firmeza! repetía Valentín, poseído de diabólico furor.

-Sí, firmeza sobre todo, exclamó Francisco, volviendo a abrir el postigo velozmente y disparando contra él su trabuco casi a boca de jarro.

Cayó blasfemando el mestizo. Entonces sus satélites empujaron la puerta con nueva furia. Tomás, imitando la maniobra de Francisco, descargó su terrible arma, regando por medio de un movimiento lleno de destreza los proyectiles que encerraba y diez o doce de los asaltantes cayeron a su turno entre muertos y heridos.

Aterrados con este desastre retrocedieron en masa, exhalando alaridos semejantes a los de las fieras que pueblan los bosques.

-No os esponzáis imprudentemente, les gritó Valentín, a quien habían sentado bañado en su propia sangre contra un árbol. Prended fuego a los edificios de la finca... ¡Incendíadla toda!

-¡Ah, maldito tiznado! dijo Francisco, oyéndole dar la siniestra orden. Que haya sido tanta mi torpeza, que no haya conocido antes cuanto veneno albergaba tu corazón de víbora.

-Ya es tarde para tales reflexiones, observó Tomás con melancolía. Encomendémonos a Dios. ¡Nuestro último momento ha llegado!

-Muramos matando a lo menos. No dejemos que nos tuesten aquí como a lechones en un horno. Machete en mano, amigo Tomás, y cuando esos malvados cambien sus armas por las antorchas abrámonos paso a través de sus filas.

En efecto, según lo preveyera el astuto mayoral, los ofuscados siervos, ansiando apresurar su obra de destrucción, trocaron sus armas por maderos encendidos. Apenas comparecieron algunos blandiendo los fatídicos hachones los imitaron los demás con grotesca y bárbara algazara. Presto ondularon en el aire centenares de llamas rojizas agitadas por robustos brazos. Entonces Francisco exclamó: ¡Ahora Tomás! Abrió la puerta de improviso, descargó de nuevo su trabuco en unión del de su compañero, produciendo horrible estrago en sus desordenados antagonistas, y se lanzó, repartiendo machetazos a diestro y siniestro, hacia los campos próximos.

En medio del frenético clamoreo que les aturdió lucharon Francisco y Tomás como hombres determinados a vender sus vidas caramente. Manejando activamente su machete, tropezando aquí y cayendo allá, Tomás se salvó por milagro del diluvio de golpes que le dirigían, y a favor de una nube que veló la claridad de la luna pudo ocultarse en vecino cañaveral. Acurrucado en su escondrijo, sangriento, jadeando, aguardó en vano allí el mayoral del «Paraíso» al del «Antilla» durante cerca de un cuarto de hora. Con los ojos desencajados cual si fueran a saltársele de las órbitas, contemplaba mientras tanto a los negros fantasmas que iban y venían aullando como demonios al fulgor de las antorchas inflamadas, y al mirar elevarse de repente columnas de fuego hacia la bóveda etérea, al conocer que las fábricas del ingenio ardían ya todas a la vez, al oír los lamentos de las víctimas condenadas a un horrible martirio, venciendo la indignación al sentimiento de la seguridad personal, deslízose furtivamente hacía las cuadras y en medio de las tinieblas se apoderó de un caballo.

Lo asía ya por la soga para sacarlo fuera, cuando otras manos se pusieron sobre las suyas. El animal relinchó como si por el olfato conociera al último que lo había tocado.

-Es sin duda el etíope que lo cuidaba, pensó Tomás. Su muerte antes que la mía aunque Satanás se lleve su alma.

Y se lanzó al cuello de su enemigo, pugnando por ahogarle con sus dedos de acero. Aquél se lo impidió dándole con el pie tan violento golpe en las corvas que Tomás cayó para atrás, sintiendo a la vez desplomarse sobre su pecho dos rodillas de hierro empuñadas en quebrantarlo.

-¡Maldita lechuza... ¡No mentiste al graznar! balbuceó el pobre guajiro, luchando con el peso que lo abrumaba. Voy a perecer sin darte, querida Lola, el beso de despedida... ¡Ah! Te amo al morir... y te he amado siempre... a pesar de lo sucedido con Dorila... pues los hombres ¡ay! no sabemos amar... de otra manera.

Tomás, que comenzara su monólogo con apagada voz, lo concluyó con toda la fuerza de sus pulmones. Contradiendo a no sé qué filósofo antiguo acababa de mostrar que la palabra de oro oportunamente usada vale más que el silencio que nada dice. Su adversario, abandonando la violenta posición que tomara sobre su cuerpo, le ayudó a levantarse, exclamando:

-Sin Lola y la lechuza te envió al otro mundo equivocándote con un cafre. Felizmente para los dos hablaste a tiempo. Montemos a toda prisa en mi potro alazán, a quien regalo doble carga, en recompensa de haberme conocido a oscuras, y volemós a traer la tropa que ayer providencialmente llegó al inmediato pueblo a causa de las precauciones que ha tomado el gobierno para que aborten los proyectos de los etiípicos conspiradores.

Montaron pues, Francisco delante y Tomás a la grupa y huyeron con toda la velocidad que permitía el peso de entrambos a su cabalgadura. El ruido de las herraduras del potro resonó en el oído alerta de Valentín desde la distancia. Al instante mandó ocho o diez de los suyos a caballo también para cerciorarse de lo que significaba. Los perseguidores oían bastante cerca la carrera del cuadrúpedo fugitivo; pero Francisco, que se guardó bien de seguir un sendero recto, obligándole a formar un laberinto de curvas, ángulos y círculos que logró confundir a sus contrarios de manera que no pudieron dirigirle un tiro certero. Así llegaron a la pequeña población, donde no osando aquellos penetrar volvieron grupas, asustados a su vez.

Ínterin los dos mayores volaban en busca de auxilio, Bernardo y Leocadia espiraban entre atroces tormentos. La última, experimentando la constricción que inspira por lo regular la proximidad de la muerte, pedía perdón a Dios, a su difunto esposo y a Inés de sus faltas. El primero, encerrado en la gigantesca pira que enviaba hacia el firmamento una masa enorme de llamas, huyendo en vano de una pieza en otra para evitar el humo, que le privaba de la respiración, y el terrible elemento, que antes de haberle tocado con su lengua abrasadora lo había cubierto, con su reflejo insoportable, de dolorosas quemaduras, no encontrando en su alma de ateo otro impulso que el horror a la tumba, blasfemaba como un réprobo. Tal miedo le causaba el frenesí de aquéllos a quienes su crueldad, unida a las instigaciones de Valentín, a semejante extremo guiara que la puerta cayó derribada por el incendio antes que se resolviera a abrirlo. Al aspecto del pórtico circuido de rojos pabellones que se formó ante él repentinamente perdió sin embargo la cabeza y quiso salir gritando:

-¡Aire! ¡Aire!

Viole Valentín y reanimándose con las sugerencias del furor acudió a su encuentro.

-¡Implacable verdugo, corruptor inicuo de mi hermana!, le dijo, rechinando los dientes: baja al sepulcro de una vez.

Enseguida lo agarró con sus nerviosas manos, lo separó del suelo y lo arrojó dentro de un torbellino de fuego, que envolvió su presa en su manto devorador. Resonó angustioso alarido, brotaron igualmente de la inmensa hoguera los gemidos de una mujer y desplomándose a continuación la casa, prosiguieron ardiendo los escombros durante el resto de la noche.

A medida que ésta adelantaba, conocía Valentín la necesidad de abrazar enérgico partido. Cuando vio expulsar a su madre del «Antilla», y encerrar a su hermana entre las más viles criaturas de su sexo, su odio a Bernardo y Francisco, que habían corrompido a Dorila y a Octavio y su esposa, que en su concepto pagaban tan ingratamente los servicios de Mariana, le impelió a quitarse la máscara de una vez. Más que de simpatía hacia los de su raza, provenía su cólera de despecho por hallarse obligado a vegetar en sus filas; de envidia mortal hacia la especie superior que no lo admite en las suyas, y del alevoso corazón que la naturaleza le diera. El mal ajeno le deleitaba tanto que a menudo se sorprendía de su gozo al contemplar el llanto de una mujer, los padecimientos de un niño, o las enfermedades de un anciano. Puesto que detestaba así a la humanidad entera ¡cómo no aborrecería a los que le dominaban! Él había sido el autor del primer incendio ocurrido en el «Antilla», y cuyo crimen atribuyó a dos pobres negros bozales que no podían defenderse; él había sembrado desde meses atrás las semillas de la rebelión en el ingenio, y al descubrirse casualmente antes de que germinaran había acusado a los tres mejores siervos de aquél, desgraciados que por su falsa delación fueron condenados a perpetuo presidio, según refiriera Ambarina en una de sus cartas a Inés. Así, fingiendo interesarse por los mismos cuya pérdida ansiaba, ganó su confianza y llegó impunemente a la catástrofe final.

Pero sus perversas ideas experimentaron completa derrota, siendo su exterminio el suspiro postrero de la conspiración. Al dorar el sol las nubes de la aurora un cuerpo de tropa veterana entraba por un lado en el «Antilla», guiado por Francisco, ínterin por otro se presentaba Tomás a la cabeza de una compañía de rurales perfectamente equipada. Apenas vislumbraron los fusiles, carabinas y sables de los hombres tan superiores a ellos en valor, pericia y disciplina, arrojaron sus heterogéneas armas los revoltosos, pidiendo misericordia, o huyendo a los inmediatos bosques. Infructuosamente los exhortaba Valentín a la resistencia. Acostumbrados a la sumisión, y quizá ya conformes con su suerte, se arrepentían de su audacia al tocar de cerca sus funestas consecuencias. Ni un tiro dispararon los vencedores para obtener la victoria. Un soldado que, irritado con los insolentes dicerios de Valentín, hizo ademán de atravesarlo con su bayoneta fue detenido por Francisco, que le dijo:

-No quite usted a la horca lo que le pertenece. Ese Judas debe bailar muy alto para que contemplen todos su escarmiento.

Cumplieron los deseos del mayoral del «Antilla». Transcurridas dos o tres semanas fue ejecutado Valentín sin excitar la compasión en pecho alguno. Ninguna noble dote abogó a favor del perdón de su conducta, fundada únicamente en la atracción que ejercían en su índole, como en la del tigre, la efusión de sangre y los destrozos. En tres mujeres empero produjo su fin una sensación profunda. Horror en Ambarina, que así poseyó un motivo más para lamentar su turbio origen; asombro en Dorila, que lo consideró justamente castigado por haberse aliado a la raza africana, que ella encontraba tan fea, y un dolor tan grande en Mariana, que amaba intensamente a su prole a su modo, que a fuerza de entregarse a desesperados arrebatos se volvió loca. Todavía habita entre los dementes de color en el hospital de San Dionisio. Quizá hubiera sido la expresada mulata una excelente madre si la educación hubiera prestado luz a su entendimiento, enseñándole el pudor, la moralidad y la delicadeza. Los desaciertos humanos provienen con más frecuencia de ignorancia que de perversidad.

Desde entonces los atezados trabajadores de nuestras fincas cultivan en paz el fecundo suelo de Cuba, convencidos de que el pobre compra en todas partes la subsistencia con el sudor de su frente, de que a pesar de la contrariedades de su situación no se hallan expuestos a las miserias que sufre el paisano irlandés al par de los labradores de otras tierras menos ingratas para sus habitantes que la subyugada Erin, y de que por más que digan exagerados filántropos no hay aquí amo malo para criado bueno...

...Impetuoso terral hinchaba las velas de la hermosa fragata mercante «La Voladora», que en una clara mañana de primavera salía del puerto de La Habana viento en popa. Dejando atrás casi tan rápidamente como un buque de vapor el Morro y la Cabaña, importantes fortalezas que defienden en inmejorable posición la boca de la bahía, tomó, dirigiéndose por el canal nuevo, el rumbo de la vieja Europa. Magnífica era la perspectiva que desde la cubierta de la fragata descubrían los pasajeros, agrupados sobre la popa. Lucía en el cielo el risueño azul de la turquesa entre pabellones de ardiente rosicler trazados por el sol indiano, que comenzaba su diurna carrera con su pompa habitual. Disipándose la rezagada bruma de la pasada noche, al fulgor de su aureola permitía a las miradas de los circunstantes abarcar en toda su extensión el maravilloso espectáculo que ofrecían el firmamento, el mar y el verdor de las costas, mezclando sus bellezas en un cuadro lleno de poesía. Echado de codos sobre la borda de «La Voladora» observaba un caballero todavía joven la isla casi tan grande como un continente de que lo alejaba el velero bajel. Una palidez más intensa que la que por lo regular cubre el rostro de aquellos cuyo corazón, al separarse de un país sólo experimenta la tristeza que acompaña a las despedidas, teñía sus expresivas facciones. Con una ansiedad indefinible veía deslizarse tras él los espesos bosques, los grupos de palmeras y los fértiles panoramas de la virgen América. En medio de las voces de la marinería, entregada a la maniobra, de los gemidos de algunas damas cuya alma traspasaba el dolor al apartarse del patrio suelo, y del inevitable tumulto que forma parte del principio de una navegación, permanecía inmóvil, silencioso y concentrado en sí mismo. Al fin el mareo o la fuerza del sol vencieron su estoicismo, pues abarcando con una última mirada la masa ya confusa que coronada de árboles y colinas presentaba la gran Antilla descendió a su camarote, de donde no volvió a salir hasta ya entrada la noche.

Rutilantes estrellas habían reemplazado a la gloriosa luminaria del orbe. Aunque todavía bajo los trópicos, respirábase ya a bordo de la embarcación más fresca temperatura. Octavio (ya el lector lo habrá reconocido) retornó entonces a la cubierta. Recorriola a paso largo cual si necesitase exhalar con el movimiento físico su desasosiego interior. Sentándose después en un banco situado a popa contempló absorto las profundidades del espacio, que se asemejaba entre las sombras a un toldo ennegrecido recamado de plata, y el piélago vastísimo, que a pesar de su reposo murmuraba sordamente como el león adormecido.

-¡Abismo! dijo, respondiendo en alta voz a sus secretos pensamientos, no agites tus espumosas franjas, ni tus montañas líquidas. Hay otro que te vence en turbulencias y riesgos: el corazón humano.

-Juzgas por experiencia, Octavio, exclamó a corta distancia suya dulce acento femenino. El mar se irrita, brama y se lamenta; pero enseguida al recobrar tu tranquilidad olvida la pasada borrasca. No así ¡ay! nosotros, que cuando hemos padecido mucho sólo conseguimos olvidar en el seno de la muerte el funesto huracán de nuestras pasiones.

-¡Ambarina! gritó Silva, levantándose indignado: huyo buscando la paz y te empeñas en seguir mis huellas como nuncio fatal de perpetuas desdichas. ¡Te comprendo! añadió con cruel ironía. Ya no existe Bernardo y vienes de consiguiente a recordarme la cadena que nos une. Pero yo te probaré que nada puede detener al hombre que quiere alejarse, que si la golondrina permanece cautiva en las redes en que ha caído, el águila las rompe y se escapa. Mujer, ya no te amo. Te lo revelé en mi carta y si poseyeras delicadeza no me pondrías en la dura precisión de repetírtelo verbalmente. He sufrido tanto por causa tuya que el cambio de mis sentimientos no proviene de versatilidad, sino de la aversión que cobra nuestra naturaleza egoísta a los objetos que con culpa o sin ella nos han mortificado y mortifican. Además eres delincuente para conmigo de haberme tendido un lazo para hacerme expiar en hedionda cárcel mi duelo con Bernardo, de haberme acompañado al ara conyugal sabiendo ¡desgraciada! que una mestiza no es la madre que desea el hijo de un blanco.

Juntó sus manos Ambarina con una contracción espasmódica y a la luz de las estrellas vio Silva deslizarse por sus mejillas un arroyo de lágrimas. En otro tiempo las hubiera enjugado con sus ardientes ósculos. Entonces desvió los ojos disgustado de aquel doloroso raudal. ¡Ay! Era pues cierto que ya no la amaba.

Recobró al cabo la infeliz joven suficiente dominio sobre sus emociones para decir convulsivamente:

-Octavio, esposo mío, no trataré de disculparme recordándote la larga resistencia que opuse a tus votos, la pertinencia con que quise separarte de mi camino, ni que únicamente consentí en pertenecerte cuando te vi moribundo a fin de que el ángel de tu guarda llevara un alma serena y resignada hacia los cielos. Nací para sufrir y debo apurar, con la paciencia que inspira la convicción de un destino irrevocable, el cáliz de la amargura. Mártir de la casualidad, no he buscado a tiempo el único consuelo que hubiera podido suavizar las espinas de mi corona de miserias, la fe religiosa. Me ha faltado ese bendito báculo y andando sin apoyo por los difíciles senderos de la vida he caído en el abismo de

desgracias que pretendía evitar. ¡Oh! Si la claridad divina hubiera alumbrado mi razón no estaría yo ahora a tu lado llorando y suplicándote como una delincuente. Hubiera ido a refugiarme en los brazos de mi querida Inés; hubiera pedido a las fraternales caricias de la piadosa joven el bálsamo que exigen mis heridas, y hubiera, a pesar de tu desprecio y el del mundo, recuperado el sosiego del alma mezclando con las tuyas mis oraciones. Pero la santa tranquilidad del claustro me sobrecoge; Dios no basta a llenar este corazón impío, y las lágrimas de desesperación con que regarían mis ojos su santuario le ofenderían como la queja del réprobo. Por eso he venido aquí en lugar de ir allá; por eso lejos de ofrecerme en sacrificio al Redentor no deploro mis pecados sino la pérdida del frágil y pasajero amor de un hombre; por eso ¡miserable de mí! en vez de postrarme ante él, ante ti me postro murmurando: ¡Perdón!

-¿Estás loca? exclamó Octavio, impidiéndole arrodillarse. Después de lo sucedido humillarte tanto sería... bajeza. Concluyamos tan penoso diálogo, Ambarina. Yo me conozco y al causarme tu presencia en la actualidad la sensación amarga como el resentimiento, y fría como la muerte de la sincera pasión, a la cual ha reemplazado, que al par experimenté por Beatriz y Carmela, sé que nada, nada podrá volver a unirnos en el porvenir.

-¡Nada! ¿Y nuestro hijo?, preguntó Ambarina, recobrando por un instante su antiguo orgullo.

Doblando Octavio la frente sobre sus puños crispados dejose caer como anonadado en el asiento que abandonara al acercarse la joven.

-¿Y nuestro hijo? repitió ésta con energía. ¿Reprocharás acaso al inocente los infortunios de la madre? ¿Preocupaciones sacrílegas, inicuas, monstruosas, lograrán sofocar en tu pecho el grito respetable de la naturaleza? ¡Oh, cuánto más elevada índole poseyó el autor de mis días! Él me amó más aún de lo que ama un padre por consideración a mi desgracia.

-¿Entonces la confiesas?, inquirió Octavio, alzando el trastornado rostro. ¿Tendrá mi primogénito por próximos parientes al vil mestizo que acaba de expirar en el cadalso, a la mujercilla, oprobio de su sexo, que yace encerrada entre criaturas de su especie, y a la vieja mulata cuyas groseras exclamaciones resuenan en el hospicio de locos?

-¡No! contestó Ambarina fuera de sí con el desprecio de Octavio. Primero mi exterminio, mi ruina eterna que condenar al ángel al tormento de verse desheredado del afecto de aquel que le dio la vida. ¡Gran Dios!, añadió prosternándose, ya no invoco la clemencia de un hombre privado de generosidad sino la vuestra y sois tan magnánimo, tan superior a los pobres gusanos humanos que no desatenderéis mi ruego. ¡Perdón, Señor, perdón! Doleos de una madre desesperada, del fruto infeliz de sus entrañas, que padece antes de nacer.

Avergonzado de su dureza, quiso Silva dirigirlle algunas palabras consoladoras. Ambarina no le escuchó: oraba fervorosamente y alumbraban los nocturnos astros sobre sus doradas mejillas lágrimas como perlas.

Cuando tornó a levantarse su irritación se había convertido en profunda tristeza, pues dijo a Octavio con dulzura:

-Adiós; renuncio a los planes que había formado caso que fuera posible una reconciliación entre nosotros. Tú, que has rehusado perdonarme la falta que cometieron mis padres al darme el ser, recibe el mío por el inflexible rigor con que acabas de tratarme. Te he amado, no como tú a mí, para reemplazar otras pasiones ya extinguidas, sino con toda la efusión de un alma virgen, nueva, y que no había entregado a los caprichos de la veleidad sus ilusiones. Hasta en este momento de amargura conozco que te agradezco la única flor que ha perfumado mi tétrico camino, el placer que he sentido al amarte y crearme amada. ¡Qué Dios pues te bendiga y llene pronto el vacío de tu corazón!

-¿Qué intentas? preguntó asustado Octavio. ¿Qué debo temer todavía de mi adverso signo?

-Nada, murmuró la joven con tan indefinible sonrisa que juzgó Silva que su razón se extraviaba. Voy a dormir a mi hijo y la Virgen me acompañará. Por si acaso me sorprende la muerte, mi triste ruta, he dejado en manos de Inés el testamento donde te lego casi todos mis bienes. ¡Puedan ellos borrar de tu memoria tantas miserables tribulaciones!

-¿Pretendes injuriarme otra vez, atribuyéndome la sórdida ambición que nunca he conocido? Ambarina, todas tus palabras me prueban que no habíamos nacido para comprendernos mutuamente. Dominado por la pasión que me inspiraste lo he descubierto demasiado tarde y al naufragar en una costa que nos priva de toda esperanza de salvación, tengo el desconsuelo de haberte arrastrado conmigo a perecer entre los escollos.

-No importa. Mi abnegación te sacará de ellos, repuso la joven, apoyándose contra la borda como desfallecida. Te restituiré tu libertad y ya no aborrecerás a mi pobre hijo. Mira esa estrella, Octavio. Es la misma que a menudo contemplábamos en el «Antilla», bajo doseles de verdor, henchida el alma de tiernas emociones. Es la misma también que nos sorprendió una noche en el pintoresco botecillo de mi querida laguna de la Esperanza. Mariana, la pobre Mariana, nos gritaba desde la ribera que era hora de regresar a nuestro domicilio; pero yo me reía, no le hacía caso y continuaba echándote aire con un abanico formado con las plumas de mi malhadada cotorra amarilla. Dulces recuerdos, no me arranquéis lágrimas. He vertido tantas ya. Sí, esa es la estrella que alumbró nuestro amor lleno de entusiasmo, de verdad y de poesía. ¿Cómo es posible que hayas dejado de amarme, Octavio? Ella brilla siempre hermosa en el espacio y nuestras almas son aún más inmortales que su luz.

Sintió Silva que su corazón se desgarraba dentro de su pecho cual si tratara de desprenderse de él. Bañó el llanto al par sus mejillas y con la violencia que poseen los sollozos del hombre, repitió:

-¡Recuerdos dulces, recuerdos inefables, recuerdos imperecederos!

-¿Lo ves, Octavio? El amigo eco responde todavía a mi voz. Yo me conduciré de modo que jamás permanezca mudo al resonar mi nombre en tu oído.

En lugar de aborrecer a Dorila y a Mariana compadécelas, Octavio; eso será más generoso. Respecto a Inés vivirá tranquila y contenta en humilde clausura; tímida paloma que como la romántica Amelia de Chateaubriand al huir de las borrascas del mundo hallará paz inalterable bajo el velo de las desposadas de Cristo. ¡Oh! El universo es un caos donde al girar su rueda de la fortuna nos encontramos lanzados en acontecimientos que ni siquiera podíamos sospechar. Cuando habitábamos Bernardo y yo a la sombra de mi buen padre ¿quién le hubiera a él dicho que las alternativas de la caprichosa deidad le harían perecer en un incendio, ni a mí alguien me hubiera dicho tampoco que me traerían a bordo de un bajel? En torno del perseguidor las rojas espirales del fuego; en derredor de la víctima los inmensos mares con sus misterios y terrores. ¡Llamas y olas! ¡Olas y llamas!

-¡Divagas, infeliz! murmuró Octavio. Tu juicio se trastorna. ¡Retírate! Mañana nos explicaremos a sangre fría.

-Jamás la claridad de mi entendimiento ha irradiado tan pura como en este instante, ni aun en los días dichosos que pasamos en nuestro Edén terrestre, en nuestro inolvidable «Antilla». Tampoco en él nos alumbró esa hermosa estrella con el esplendor que adquiere en el desierto, donde no interceptan sus fulgores frondosos árboles ni presuntuosos edificios. Dios, la inmensidad, la frágil tabla que nos sostiene y el puñado de hombres que nos acompaña son aquí los únicos testigos del poético rielar de esa lámpara de la noche. ¡Mírala, Octavio, mírala!

Alzo Silva involuntariamente los ojos hacia la tachonada techumbre y sintiendo mientras tanto que los brazos de Ambarina enlazaban su cuello, y que sus besos y lágrimas caían mezclados con el rocío sobre su frente, por no separar de sí con mortal desdén a la pobre mujer desconsolada permaneció con la vista fija en la bóveda, poblada de luminosos mundos, que se extendía sobre su cabeza. Pudo pues Ambarina desatar sin obstáculo el lazo afectuoso con que se estrechara a él y murmurando: «¡Bendícidle, Dios mío! ¡Perdonadle como yo le perdono y salvad mi alma del tormento eterno!» lanzose al mar, buscando por segunda vez el reposo del cuerpo en la tentativa criminal del suicidio, que ¡ay! siempre le atrajera como una siniestra fascinación de la fatalidad.

Al ruido de su caída, al distinguir los pliegues de su blanco ropaje confundiéndose con la rizada espuma que formaba la quilla del bajel al cortar el agua, Octavio, prorrumpiendo en terrible clamor, dijo con todas sus fuerzas:

-¡Persona al agua! ¡Pronto! Un bote, un salvavidas.

Él fue quien primero saltó a la lancha presa del frenético dolor que en sí mismo producían los remordimientos. ¡Nada encontró! El abismo se había apresurado a tragar su presa. Después de infinitos peligros, pues «La Voladora», no pudiendo oponerse al viento, los dejó durante muchas horas expuestos a zozobrar entre el agitado oleaje, Octavio de Silva y los marineros que le acompañaban consiguieron al cabo regresar a su bordo. Entonces exclamó aquél, delirando como un calenturiento:

-Los dos elementos más formidables en su ira se han encargado del desenlace de mi historia de miserias. Tenía razón la infeliz: ¡Olas y llamas!

Y la estrella que amara Ambarina prosiguió brillando en el cielo, el océano jugando con los Tritones y Nereidas, y «La Voladora» dirigiéndose con toda la rapidez posible hacia el europeo continente sin cuidarse del trágico acontecimiento que acaba de presenciar.

XVIII

UNA EVA SUPERIOR A LA TENTACIÓN

Meses después de la referida catástrofe Inés, envuelta en el cándido hábito del noviciado religioso, leía como enajenada en su celda el libro sagrado. Inefable serenidad se pintaba en el rostro de la virgen, blanco, puro e infantil como nos describen el de la santa de su nombre. Era el color mate de sus mejillas causado por la meditación, y no por las inquietudes del alma. Al recorrer las místicas páginas que absorbían su atención, expresaban sus ojos el ardor espiritual que mostraron los primeros catecúmenos del cristianismo al hollar la arena donde iban a sellar con su sangre la consagración de su fe. En las apacibles miradas de la devota joven, adquiría aquella llama austera una reverberación dulcísima, que comunicaba a su fisonomía supremo encanto. Y a medida que se engolfaba en la historia de la persecución y martirio de los primeros fieles, lágrimas relucientes humedecían sus párpados, e inclinaba la linda cabeza sobre el seno, cual si no osara elevar la vista hacia el divino esposo en cuyo celestial amor se abrazaba.

-¿Qué sacrificios he hecho yo por él, que por mí apuró el cáliz de la amargura, cargó la cruz sobre sus doloridos hombros y bañó la tierra con su sangre? murmuraba. ¡Ninguno! Quizá si como en tiempo de la tiranía pagana me amenazaran con el tormento, las garras de las fieras y las cadenas de la esclavitud desfallecería mi corazón cobarde, que se cree tan firme en seguir el camino de la salvación. Quizá ¡ay! bastaría tener en el mundo quien me amara y protegiera para que, apagándose el fervor que juzgo ahora inextinguible, abandonara el culto de Dios por el cariño de un hombre. ¡Miserable de mí!

Entró entonces una legua en su celda encargada de varias comisiones concernientes a la próxima profesión de la novicia. Con las cartas de despedida que en afectuosos términos le dirigían sus amigas de sociedad, recibió Inés otra llegada del continente europeo cuya letra conoció apenas detuvo los ojos en el sobre. Tembló la doncella a su aspecto, tiñéronse sus pálidas mejillas de brillante rubor y dudó un rato antes de abrirla. Pero triunfando al fin de lo que consideraba indigna flaqueza rompió el sello y leyó lo siguiente:

«Perdón ¡oh Inés! si el eco de mi profana voz va a resonar bajo las solemnes bóvedas que cobijan a la virgen más digna de consagrar al cielo el púdico perfume de su castidad; gracia para el atrevimiento que me impele a interrumpir el silencio del claustro que encierra a la mujer más amable del universo, con el acento impetuoso y triste de las pasiones terrestres. Pero al saber que estos renglones partiendo sin tardanza hallarían libre aún al ángel que podría derramar flores piadosas sobre las espinas de mi ruta, he luchado vanamente con el deseo de trazarlos. Cedo pues a una inclinación más fuerte que mi voluntad y traslado al papel los sentimientos que contenidos harían que mi corazón estallara como el vaso de cristal lleno de hirviente líquido que salida no encuentra.

»Querida Inés (la amistad que la unió a usted a Ambarina me autoriza a dar a usted ese tierno epíteto), Inés querida, en todas estas situaciones halla modo la virtud de servir bien a Dios, de seguir un camino grato a sus ojos, de ganar la futura bienaventuranza. Cuando se poseen las excelentes cualidades y sólidos principios que a usted enaltecen no es preciso para huir del mal confinarse entre paredes tan frías como la tumba. En el seno de la sociedad, en el círculo de las seducciones, junto al mismo abismo de la corrupción los seres angélicos como usted permanecen intachables, firmes contra el contagio de los perniciosos ejemplos, prontos a volar en alas de su pureza, lejos del fango de los vicios apenas amenaza salpicar las orlas de su vestidura. ¿No se manifestaría usted doblemente acreedora al galardón divino encargándose de restituir la paz a un hombre atribulado, formando una de esas ejemplares familias que respetan los mortales y bendice el Omnipotente, transmitiendo en fin a otros seres tantas virtudes, que viviendo para sí sola dominada por el afán tal vez egoísta de la propia salvación? ¡Inés, Inés! Al retirarse del mundo ¿obedece usted al celeste amor de la Divinidad, o al sagaz pensamiento de que reduciéndose la existencia a algunos breves y tormentosos días debe la previsión inmolarlos a una eternidad de sublimes goces? ¿Qué penosas luchas, qué tentaciones vencidas, qué lágrimas de sangre ofrecerá esa alma sin combates en holocausto a Jesús? ¿Qué gemidos habrá exhalado ese tibio pecho dignos de llegar a los pies de Aquél que tan dolorosos los envió al Cielo desde la cima donde lo crucificaron viles asesinos? ¿Proporcionarán a usted la inmarcesible palma que pretende fáciles oraciones y suspiros privados de amargura? No seguramente; sin agudos padeceres no habría en la tierra mártires, ni santos en la gloria.

»En una palabra, Inés: usted, nacida para ser la más perfecta de las esposas, según es la más casta de las doncellas, no puede negarse sin crimen a cumplir la misión de gracia y de bondad para que el Hacedor la ha destinado. Vuelva pues al mundo a ejercerla. Ayudando a un compañero honrado a soportar conforme las miserias de este valle de penalidades, enseñando a sus hijos a venerar a Dios y ser útiles a sus semejantes, no se arrepentirá usted nunca de haber renunciado a sus actuales intenciones. ¡Ah! Mostraríase usted muy culpable por cierto permitiendo que la desesperación me arrastre tal vez a la carrera de extravíos por temor a los riesgos que correría su quietud moral fuera del santuario, donde no le alcanzara el vendaval que me sacude. El ungido del Señor lo arrostró todo por redimirnos. Imite usted su ejemplo y sea para mí lo que fue el Salvador para la inmensa grey humana.

»Inés, la amo a usted, no como amé a la desgraciada Ambarina, con la ciega pasión fundada en atractivos pasajeros, y que está expuesta por consiguiente a perecer con tan frágil estímulo, sino con el afecto apacible, profundo e inmutable que se apoya en el aprecio, en la convicción de que hemos elegido bien, y en el involuntario respeto que causan las dotes morales. Cuando me aficioné a Ambarina sólo conocía su rostro, siéndome su alma extraña enteramente. Ahora por el contrario, adoro en usted el noble y hermoso espíritu que la ha inducido a perdonar a una infame madrastra y a su ruin cómplice. Tan bello me parece ese espíritu que apenas me ha permitido reparar en la encantadora cubierta que lo encierra. Virtuosa joven, no me rechaces con desdén porque caigo a tus plantas devastado ya por otros amores. El que Ambarina me inspiró se asemejaba a los que antes había experimentado, el que siento por ti a ningún otro. Puedo pues juzgarlo el primero que viene con tanta dulzura a persuadirme de que mi triste

corazón había ignorado antes de su llegada la pura y delicada simpatía destinada a no extinguirse jamás. Caso que te ofenda la idea de pertenecerme me contentaré con vivir a tu lado como un tierno humano, como un amigo cariñoso, el resto de mis días. Una de tus inefables sonrisas, una de tus tímidas miradas bastará para mi felicidad. El temor de perder a Ambarina antes de nuestra infausta boda me puso al borde del sepulcro; tu negativa ¡oh virgen incomparable! no me dará la muerte; pero me dejará tan pobre como el mendigo que ha soñado con la adquisición de un tesoro y al despertar se halla sumido en la indigencia. Los muertos olvidan a lo menos, los que viven desgraciados sufren siempre.

»Al hablar a usted en estos términos, que probablemente excitarán su asombro, añado de buena fe que ignoro si tuvo razón Ambarina en sus celos de otro tiempo. Nunca he podido leer con exactitud en mí mismo. Sin embargo creo que Ambarina se equivocó, y que mi amor hacia usted data desde que se apagó el suyo en su helada tumba. Mujeres tan puras y modestas como usted no suscitan afectos que necesiten envolverse como un crimen en las sombras del misterio.

»Vuelvo a rogar a usted, buena y amable Inés, que me mire con piedad. Que no sea yo el único para quien usted no posea indulgencia y compasión. He padecido tanto desde que Ambarina, en un arrebato que a condenar no me atrevo, cortó los lazos que nos ligaban, que si usted me viera se dolería de mi infortunio. Pálido, triste, envejecido, me aferro a usted como el náufrago a una tabla para no contemplar con amarga misantropía a la humanidad entera. Siempre descontento de mi conducta, marchó de error en error hacia el nebuloso porvenir que me aterra instintivamente. Sírvame usted de guía y llegaremos al puerto de duradero descanso. Mi comportamiento con Ambarina, a despecho de las míseras circunstancias que motivaron nuestros domésticos disturbios, no se halla exento de vituperio. Pero según las páginas del Evangelio hasta el justo tropieza y cae varias veces, lo que no impide que Dios lo sostenga, lo ayude y lo levante.

»No es indigno de usted el sentimiento que le he consagrado, pues la piedad que en usted excitar deseo me mueve a mi turno a sacarla del silencioso claustro. Tan joven, tan interesante, tan llena de simpático mérito y renunciar a vivir antes de haber vivido. ¡Ah pobre niña! Lloro al pensar que quisiste en tu desamparo refugiarte en mi albergue, y que la que entonces era su soberana te cerró sus puertas. Mas yo te las abro ahora y te recibiré de rodillas si me permites esperarte.

»Que Dios te bendiga de todos modos, dulce Inés, cualquiera que sea la resolución que tomes. Bien me digas «ven a buscarme, amigo», o de mí te despidas hasta el día solemne en que todos nos reuniremos en torno del Señor, que la paz sea contigo, y que los ángeles, tus hermanos, te acompañen. ¡Ay! Aunque presiento tu contestación no impedirá ella que te ame y reverencie hasta su postrer aliento. -*Octavio*.

Al terminar la lectura de esta carta, dejola caer Inés sobre su blanca túnica, juntó sus diáfanas manos y deslizándose de su asiento hasta postrarse de rodillas, exclamó con rayos de sobrehumano regocijo brillando a través de un velo de lágrimas en sus pupilas, suaves como las de la paloma:

-Gracias, divino esposo a cuyo culto me dedico. Ya tengo una prueba de amor que darte. Ya puedo con un sacrificio convencerte de la sinceridad de mi fe.

Enseguida oró con un fervor parecido al éxtasis de los querubes. Levantose al cabo de algunos minutos, buscó una pluma, dispuso una hoja de papel y por la vez postrera se ocupó su escrupuloso pensamiento de materias extrañas a la esfera en que residía.

«La carta de usted llegó a tiempo, Octavio, escribí temblorosa. Hasta dentro de un mes no pronunciaré los votos destinados a separarme del mundo y he podido por lo tanto abrazar con toda libertad un partido definitivo. La letra de usted ¿por qué negarlo? despertó mi débil corazón de su ficticio sueño, recordándome lo que, desde que aquí penetré, me propuse olvidar, mi juventud, los recreos sociales, el campo, las flores y (voy a confesarlo para castigarme por los usurpados elogios que acabo de recibir de usted) las seducciones de la culpable simpatía que se deslizó en mi pecho como una serpiente, cuando me colmaba de caricias la amiga tierna y generosa que me adoptó por hermana. Octavio, lo digo casi alborozada, porque las ofertas de usted me han proporcionado la expiación porque clamaba con afán mi alma delincuente; los celos de Ambarina no fueron infundados, aunque tomaron torcida dirección. Su instinto conyugal adivinó la borrasca que amenazaba su reposo, sin definir con certeza de qué punto se levantaba la lóbrega nube. Usted no me amaba entonces; pero yo comenzaba a amar a usted sin sospecharlo, y al revelarme las justas alarmas de mi amiga el misterio de mis sentimientos, adorando la bondad de Dios con la gratitud de aquél a quien ha salvado su mano protectora del riesgo cauteloso que iba a sorprenderle desprevenido, me puse a cubierto del pecado futuro en el santo lugar donde me hallo actualmente, y de donde no volveré a salir sino en mi ataúd.

»Ya ve usted que no nace mi inmutable propósito del deseo egoísta, como usted lo llama en profano lenguaje, de llegar a la bienaventuranza por un fácil sendero, sino de un reconocimiento infinito hacia mi Creador, que me ha ayudado a triunfar de una inclinación ilegítima, que me ha permitido leer en mi extraviado corazón, y que me ha librado en fin de pérfidas sensaciones. Según se inmoló él por redimirme quiero yo a mi turno sacrificar mis pasiones al pie de la Cruz, donde los perversos le clavaron, sufrir también largo y terrible martirio para presentarme a él limpia de graves faltas y pura de deseos ignominiosos. Octavio, yo me he sentido dispuesta a amar a usted; yo podría ser ahora su honrada compañera; las proposiciones de usted ponen una felicidad que no creía se me ofreciera nunca al alcance de mi mano y lejos no obstante de extender el brazo para asirla, la rechazo con firmeza para que Dios me perdone haberla codiciado cuando pertenecía a otra.

»Respecto a la compasión que a usted inspiro, al encerrarme entre monásticas paredes, cese usted de experimentarla, pues he principiado ya a ser dichosa con una ventura al abrigo de agitaciones y mudanzas; he sacudido ya de mis frágiles hombros el peso del remordimiento y la paz se ha introducido ya en mi pecho como un huésped bendito. La muerte, en lugar de atemorizarme en el porvenir, me sonreirá como un mensajero de goces inmarcesibles, y concluida mi terrestre jornada, desplegando las alas de mi espíritu, que humanas afecciones no aprisionarán, llegaré radiante de esperanza junto al Trono Supremo.

»Antes de conseguir el reposo mortal de que al presente disfruto, confieso ¡ay! que las funestas peripecias de la sociedad que he abandonado han venido a arrancarme acerbo lloro, en el grave y religioso asilo que me protege. El espantoso fin de mi madrastra y de Bernardo en el «Antilla», las catástrofes ocurridas en la familia de la mulata Mariana, y luego el fallecimiento de la pobre Ambarina produjeron en toda mi máquina violento trastorno. El verdadero egoísmo, Octavio, reside en aquellos que, como los padres de mi malograda amiga, por tal de satisfacer sus pasiones no reparan en que su desenfreno cause el infortunio de otras criaturas. La prematura desaparición de la noble joven, que hubiera sido gloria de los suyos en distintas circunstancias, me ha revelado por medio de una aflicción inmensa cuan querida me fue. Al recordar de qué deplorable manera la perdimos, y al despedirme de usted hasta la eternidad, vuelve, Octavio, a correr mi llanto. Es el último que derramaré por motivos ajenos a la cruz, que abrazo, y al altar, que venero.

»Al sentirme en seguridad para siempre, no olvido que queda usted expuesto a peligrosos vendavales. Prometo, en consecuencia, orar de continuo para que en lo futuro sepa usted hacerse superior a sus embates tormentosos, para que conceda a usted el Cielo la conformidad del buen cristiano, y para que logre usted con edificantes virtudes rescatar sus pasados extravíos. Así conservaré la esperanza de que ambos nos reuniremos algún día con Ambarina en un mundo mejor. ¡Esperanza tierna y consoladora! Encontrarnos de nuevo los tres para no separarnos jamás. ¡Oh! Yo no la juzgo ilusoria, porque usted y yo podemos alcanzar aún la bienaventuranza, y porque Ambarina, por cuya alma, a mi súplica han doblado con frecuencia las campanas y han recitado a menudo venerables sacerdotes el oficio de difuntos, habrá, a causa de lo mucho que padeció, obtenido perdón e indulgencia de nuestro misericordioso Padre. Anoche justamente se me apareció en sueños revestida de la tristeza de los penitentes, pero no de la desesperada amargura de los condenados. «Sigue orando por mi salvación, díjome melancólica. Dios escucha tus preces y las admite. Aunque el acto criminal que puso término a mi existir me ha conducido al lugar de la expiación, de él pasaré pronto, purificada, a aquél donde para premiar las virtudes no se hace distinción de clases ni colores».

»Cuan grande y bella es esa idea, amigo mío. Como resalta la suprema magnanimidad al lado de nuestra pequeñez. Nosotros, lejos de acatar elevados sentimientos o cualidades nobles, nos inclinamos ante la riqueza y la jerarquía, mirando al pobre con desdén, y con insulto al que no nació de nuestra propia casta. El Omnipotente por el contrario contempla severo al orgulloso magnate y llama al humilde su hijo predilecto a cualquiera raza que pertenezca. Soportad pues ¡oh desgraciados! valerosamente vuestra corona de espinas. El que todo lo puede la trocará algún día en esplendorosa diadema.

»Termino, Octavio, diciéndote que mi adiós responde al tuyo con fraternal efusión. Único amigo que me queda en la tierra. Que cese mi destino de apesarte. Según tú has nacido para brillar en la escena del mundo, he nacido yo para vegetar olvidada a la sombra del monasterio. Cuando por consiguiente medites en lo pasado, y recuerdes que existo todavía, di, sonriéndote satisfecho: «Ella es feliz, vive en paz y ora por los que ama».

»Hasta luego, Octavio, hasta la vista en la patria de los justos. -Inés».

Un mes después, la piadosa joven tomó el velo embriagada de santo alborozo. Al pronunciar sus irrevocables votos, resplandeció en su semblante tan inefable arrobamiento que sus compañeras la examinaron con asombro. La fe, sublime alimento de la sincera devoción, inflamaba su alma sin mancilla. Los escépticos, tan numerosos en el siglo de la adoración del becerro de oro, la compadecían mirándola despojarse de sus blondas trenzas, y envolver sus delicados miembros en el tosco sayal. Los verdaderos cristianos la envidiaban. ¡Felices en efecto aquellos que creen y confían de veras!

No se han vuelto a recibir en la Habana noticias de Octavio, aunque Tomás y Francisco suelen ocuparse de él fumando oloroso veguero, o saboreando aromática taza de café.

Extractando de las truncadas relaciones de ambos los principales sucesos de esta historia, he logrado coordinarla con el orden posible. ¿Qué objeto te propusiste al escribirla? me preguntará quizá el curioso lector. Además del de diseñar la fisonomía característica de mi adoptiva patria, respondo, el de probarte que el hombre, según dije al principio, aunque reconozca la injusticia de las preocupaciones no consigue casi nunca sobreponerse a ellas; que se necesita la lenta obra de los siglos que van y vienen para destruir aquello que la sociedad humana ha adoptado, y que por lo mismo el mortal previsor prefiere someterse a su influencia a desafiarla.

FIN